



Los ángeles no se estrellan

(TIPEJO-LOGÍA DE HOMBRES TÓXICOS
DE LOS QUE TODA MUJER SENSATA
DEBERÍA HUIR)

R. Roman

Los ángeles no se estrellan

(TIPEJO-LOGÍA DE HOMBRES TÓXICOS
DE LOS QUE TODA MUJER SENSATA
DEBERÍA HUIR)

R. Roman

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Los ángeles no se estrellan. (Tipejo-logía de hombres tóxicos de los que toda mujer sensata debería huir)

©R.Roman, 2019.

Diseño de portada: Adyma Design.

Maquetación: Adyma Design.

*A todas las mujeres y al inmenso amor
que son capaces de regular*

Índice

1. Nunca es mal día para empezar de nuevo
2. De repente te levantas y ves que el cielo no ha cambiado de color
3. Ojito con el pasado, siempre puede volver a visitarnos
4. Se amontona la suerte
5. Te veas en una carretera nueva, mete primera y acelera
6. Nunca es mal día para volver a empezar, insisto
7. Todo se forja poco a poco, se fortifica, crece. también las relaciones
8. perder el norte es tan sencillo... mantenerse anclado a la realidad, una proeza
9. Las señales son señales, aunque no queramos verlas
10. Pídemle perdón
11. Cuando guardar un secreto va en contra de tus principios, lo mejor es que olvides lo que te contaron
12. De tal palo, tal “fruta” astilla...
13. Trucos y soluciones
14. Ponle las cosas fáciles a un irresponsable: pronto será tu espalda la que soporte todo el peso
15. Inocente donde las haya
16. ¡Ay, ay, ay...! novedades
17. Lo creas o no lo creas, el flechazo existe. un intercambio de energías envuelto en una mirada, tan potente que te estrella contra la pared
18. Y esperar y esperar...
19. El principio del fin es cuando las obras empiezan a desmoronarse sin remedio. no te pongas debajo
20. Culpa ¿de quién?
21. Un fin es un adiós. que lo sepas
22. Lo que mal empieza... ni te cuento cómo acaba
23. Malos recuerdos
24. Y generalmente sigue mal, aunque a ratos se enderece
25. Hoy es el primer día del resto de mi vida
26. París, París
27. Cada día es único. ¿cómo puedes tener la desfachatez de desperdiciarlo?

- 28. Entre sierras y nevadas
- 29. Se desvela el misterio
- 30. ¡Continuamos para bingo!
- 31. Arrancamos a correr
- 32. Cuando el filósofo señala la luna, el tonto se fija en el dedo
- 33. La comidilla del grupo
- 34. Si tienes cierto interés para mí...
- 35. Hoy es el primer día del resto de mi vida. otra vez
- 36. Noche de chicas
- 37. La victoria de una debería ser la victoria de todas
- 38. Lo mío con hugo...
- 39. Seguir luchando...
- 40. Si fueras un juguete para mí, no perdería el tiempo amándote
- 41. pagamos por los errores de otros
- 42. Plantearme otra vida, otra oportunidad
- 43. Verdadero amigo es quien con tus fallos te conoce y aún así, te

acepta

- 44. Reencuentros indeseados
- 45. Si te faltan las fuerzas, detente, respire e inténtalo de nuevo
- 46. La extraña etapa
- 47. La maldad no viene sola...
- 48. Herida
- 49. Hoy es el primer día del resto de mi vida: tercer intento
- 50. Deshacer los lazos
- 51. Dibujando mi futuro
- 52. Conclusiones y moralejas

1. Nunca Es Mal Día

Para Empezar de Nuevo

Dicen las malas lenguas que los ángeles son seres excelsos, bellísimos, pluscuamperfectos, que se pasean entre las nubes con la soltura y el donaire de Giselle Bundchen en la pasarela de Victoria Secret's. Cuentan por ahí que son altos y garbosos, rubios como las candelas, contruidos en pura luz. Y luego está el asuntillo ese de las alas para rematar lo que, mirado desde todos los ángulos, es la perfección personificada. Eso dicen.

Pues bien ¿te imaginas el cachondeo si uno de esos dechados de excelencia va un día volando y una tijera invisible y justiciera le corta los apéndices volátiles? ¿Te figuras el mamporro monumental contra el suelo? Sería algo parecido a ver a tu peor enemiga (que para más inri está la tía como un queso), subida en unos Jimmy Choo con plataforma de doce centímetros, hociarse contra la acera por donde se contoneaba, delante de toda la agrupación de buenorros del barrio reunidos. Lo que se viene llamando un momento de intenso placer vengativo irrepetible.

Pues esta novela va dedicada a todos esos ángeles terrenales llamados "hombres", que superado ampliamente el listón de ir de divos por la vida, van y les da por creerse "ángeles" encarnados, seres superiores. ¿Que te parece una exageración? ¿Que no puede ser? Calla y reza lo que sepas, porque si no has cumplido aún los ciento catorce años, todavía estás a tiempo de toparte con uno y sufrirlo en tus carnes.

Puede que haya llegado el momento de presentarme. Me llamo Victoria, tengo treinta y cinco abriles y soy el momento presente de una modelo con cerebro. Empecé a modelar a eso de los quince, viajando por todo el mundo y recolectando una suerte de insospechados triunfos de lo más lucrativos. Protagonicé las portadas de muchas revistas de renombre, adquirí descapotable y piso, y para cuando mis compañeras de pasarela y fotografía empezaban a perder el norte, la pinza y las bragas con los productores cinematográficos, yo me aparté de ese mundo de caramelo, para ingresar en la facultad de arquitectura y convertirme en una profesional de pro. Y pese a quien le pese y aunque más de uno pensara que porque era guapa tenía la cabeza llena de arroz con leche, acabé la carrera con inmejorables

calificaciones y monté un estudio prometedor, con Pilar, mi compañera de promoción, de insomnio pre—exámenes y de juergas.

No voy a negar que en esos años ligué cuanto quise, que pegaba una patada en el suelo y salían treinta tíos babeando por mis huesitos y yo, entregarme me entregaba, pero seguramente no era amor verdadero, ya sabes lo que dicen de que a esa edad uno se enamora del amor y *blablabla*. Puede. Algo debía haber de cierto, porque pasaba de uno a otro con una pasmosa facilidad, sin remordimientos de conciencia, sin volver a dedicarles un minuto de memoria y con la sensación de haberme quitado de encima, la losa de la piedra Rosetta. ¡A por el siguiente! Y conste que admito que a enamoradiza no hay quien me gane.

Pasaron las primaveras y maduramos. Nos zambullimos de lleno en la selva laboral y aprendimos a enfocarlo todo desde un prisma diferente, puede que más exigente, no sé. Pero empiezas a plantearte que un hombre a tu lado no es sólo un órgano que manipular, que te invita a copas y te provoca cadenas de intensos orgasmos, sino un compañero, el padre de tus hijos, la piedra sobre la cual edificaré mi iglesia... digo mi familia, etc. Y ahí es cuando da comienzo el desastre.

Los psicólogos afirman que cada mujer, dependiendo de sus carencias, tiende a atraer un tipo determinado de hombre, con similitudes patológicas, añadiría yo. Cierto, muy cierto. Todos los “hombres de mi vida” han resaltado por una inexplicable fijación a la hora de robar las toallas de los hoteles. Y no es que anduviésemos escasos de toallas en casa, no sé qué los empujaba a esconderlas en el fondo de las maletas como si fueran valiosas piezas de colección. Aún hoy las veo y soy capaz de identificar quién robó cuál. Dejando al margen el trauma *toallil* de los muchachos, he besado un buen ramillete de ranas antes de encontrar mi príncipe azul. “Como todas”, diréis. Sí, como todas, desgraciadamente. Si alguna se salva, por favor, envíe urgentemente un mail a mi editor notificándolo: se gratificará.

Todo comenzó cuando me divorcié a la temprana edad de veintisiete años. Pero de mi matrimonio no voy a hablar, merece dedicarle un libro entero. O una saga de trece volúmenes. Superé la depresión con mayúsculas. De tal calibre, que la del veintinueve con su oleada de suicidios, a mi lado se quedaba en pañales. Fue de libro. No comía, no dormía, no hablaba, no sonreía, no me lavaba, apenas respiraba y la vida y su contenido me importaba un carajo. Perdí quince kilos en mes y medio conforme me llegaban noticias detalladas de los retozos y escarceos de mi señor marido con una de mis

amigas. Espera, que aquí es cuando paro y me revuelco de risa.

Sobreviví gracias a mi madre que me alimentaba a paletadas. Y a mí, que mantuve mis reflejos vegetativos a flote, lo imprescindible para abrir la boca y tragar sin masticar.

Hacia el mes de marzo de aquel año infame, Victoria salió de la cueva, haciendo honor a su nombre y dispuesta a recomenzar. En mitad de la crisis existencial había adquirido un coqueto apartamento que reformé con mucha ilusión (si es que algo de eso me quedaba). No sé cómo no me timaron al firmar en notaría y me vendieron la choza del burro, si iba catatónica a más no poder, con los ojos hinchados de llorar y tufo a desgraciada. Pero triunfé, estampé mi firma exactamente donde debía, entregué mi alma al diablo (me refiero al banco) aunque había jurado no casarme nunca más y, abrí los ojos y brazos para recibir al primer día del resto de mi vida.

Mi amiga Otilia me llamaba constantemente para chequear mi estado, empeñada en que pasara algunos días de verano con ella en la Manga del Mar Menor, en la casa de sus padres, donde cada año se reúne su nutrida familia a pasarlo teta. Son hermanas, cuñados y sobrinitos para parar un tren de mercancías. El agua del mar caldeada cual bañera y miles de bares y garitos donde menear el esqueleto por las noches, tras las copas. ¿Qué más se podía pedir? Era el plan perfecto para acabar de despertarme.

Sin embargo, a mí no terminaba de apetecerme. Aún estaba sumida en una especie de letargo que hacía de mi vida una rutina de autómatas, acudiendo al estudio cada mañana, superando como podía los vaivenes de los proyectos, soportando clientes insoportables, dándome una buena paliza en el gimnasio después y recogéndome cada tarde al finalizar la jornada, en la beatífica calma de mi apartamento. A cocinar algo de cena y a engullirla frente a la tele. En esa época de mi vida me enganché de todas las series habidas y por haber.

Pero llegué a ser feliz. Estaba en calma y no echaba nada de menos. Debe ser que andaba reseteándome y para eso, nada mejor que estar intrínsecamente sola con una misma.

Finalmente acepté pasar una semana con Otilia en la Manga. Promesas cumplidas: el mar a temperatura caldo de puchero, como a mí me gusta y, cientos y cientos de parientes variopintos dando color a la casa. Pero lo de las marchas, iba a ser que no. Salí a cenar con ella y sus primas un par de noches, pero en cuanto se acercaba algún chico, se me revolvía el estómago.

—Nena, vas a tener que mirarte lo tuyo, esto no es normal —criticó abiertamente Otilia, asustada por mi exagerado rechazo.

—Pues yo estoy encantada —reconocí contenta. Y no fingía en absoluto—. Significa que tengo un sistema de defensa en perfecta forma, que cierra el “escudo protector” en cuanto le ve las orejillas a algún *hijofruta* en busca de víctimas. No seré yo esta vez, cabrón de mierda, no seré yo... —advertí jocosamente meneando el dedo índice.

—A ver si ahora todos te van a parecer iguales —bufó mi amiga disfrutando de la visión de dos muchachos bronceadísimos, vestidos de blanco comunion, que nos miraban picarones. A mí me parecieron una manada de buitres, lo juro—. Que te haya tocado un limón no quiere decir...

—Oti, que no tengo ganas de ir al mercado a por fruta —zanjé algo cortante. Me puso las pilas el hecho de que los “vampiros” se aproximaran y decididamente, no iba a quedarme para sufrirlos—. La cama me llama, vosotras divertíos y sed todo lo malas que esté en vuestras manos.

—Aguafiestas, no me puedo creer que te vayas...

—Es el cansancio, me pesan hasta las pestañas y mañana habrá que madrugar para tomarse el café —giré para irme agitando una mano al cielo.

—¡Vaya con la guasa! ¡Rancia! ¡Mala amiga!

—¡Desertora! —coreó su prima que hasta el momento había mantenido la compostura. Pero claro, es que mientras Oti y yo discutíamos, ella se había metido a morro medio litro de vino tinto y ahí estaban las consecuencias.

Cómo acabó aquella noche después de mi marcha, si te digo, no me acuerdo. Creo que algo me contaron, pero estaban tan resacasas y yo tan poco receptiva, que lo he olvidado. Algo oí de colarse en una fiesta particular, celebrada en un ático de propiedad desconocida, con una ducha circular fabricada en pavés azulón, que era una monada. Quién sabe dónde llegarían estas niñas, porque que yo sepa, los baños principales se ubican a continuación del dormitorio principal. ¡Ay, ay, ay!

Transcurrida una semana, abandoné La Manga del Mar Menor y regresé a casa, en tanto Otilia continuaba disfrutando del veraneo y los escauceos nocturnos con su familia. Yo me sumergí en una serena tranquilidad, trabajando la segunda quincena del mes de agosto, sí, esa que todo *quisqui* se coge de vacaciones, que deja las calles desiertas y un montón de plazas libres de aparcamiento, en que la tranquilidad y posibilidades de concentración de cualquier profesional se disparan a la estratosfera porque ni suena el teléfono. Muchas tardes bajaba a la playa con un libro y una botella de agua mineral helada como mejores compañeros. Encantada de la vida. Tuve, no obstante, ocasión de comprobar que Otilia me apreciaba y se preocupaba por mi estado

mental, no sólo por sus continuas llamadas de teléfono, sino porque desde que regresó, se dedicaba concienzudamente a cocinar para mí: cocido madrileño con oreja de cerdo, para chuparse los dedos de los pies. Sus llamadas, entretanto, eran como sigue:

—¿Cómo te encuentras, cómo vas de ánimo?

—Estupendamente nena, no tienes de qué preocuparte.

—Te echo de menos. ¿Te has terminado el libro gordo de Petete que te traías cada mañana a la playa?

Me reí de buena gana. Oti iba atrasada, atrasadísima, no me conocía leyendo. Yo no leo, engullo.

—Cari, esa la terminé hace un mes, poco después de volver de La Manga. Y desde entonces, van dos. Pero de bolsillo —advertí para que no se me asustara.

—¿Páginas?

—Unas cuatrocientas y pico cada uno —informé de mala gana. Pero es que miento fatal ¿para qué intentarlo?

—¡Válgame Dios y la Virgen todopoderosa! Espero que te hagas alguna paja de cuando en cuando y dejes circular la sangre, de lo contrario, te vas a volver chalada.

—De todo hay en la viña del Señor, ya que te has puesto tan parroquiana —me burlé.

—Vuelvo en quince días y te voy a hacer unas comiditas que verás —me prometió con ese cariño de hermana mayor que siempre manifestaba. No viviría lo suficiente para agradecerle sus desvelos.

—Tú dedícate a disfrutar lo que te queda de verano y cuando llegue la vuelta al cole, nos vemos.

—Victoria...

—¡Queeé! —suspiré.

—Hazme el favor de no quedarte sola ¿vale?

—¿Bromeas? Tengo a Pilar todo el día colgada de la chepa. Comemos juntas, merendamos juntas, visitamos las obras juntas y vamos al cine adosadas. ¿Qué más quieres?

—Bueno, guapetona, pues te dejo... —Me llegó un estrépito a su espalda, tres o cuatro voces peleando por destacar—. Dice mi madre que no te olvides de cocinar y que no comas mierdas.

—Ya lo sé. Vamos al menú de “Casa Manolo” junto al estudio, seis euros, gloria bendita —la tranquilicé.

—Que ya lo sabe, mamá, no seas brasas —le chilló a su hombro.

Para cuando volví a verle la cara a mi amiga, ya había conseguido que confiara en mí y en mi aparente felicidad, que me dejara un poco tranquila y sobre todo... que dejara de buscarme novio, de invitarme a barbacoas plagaditas de solteros calenturientos y a fiestas locas hasta las mil. Que le constase que no estaba deprimida pese a que mi ex me había puesto unos cuernos que ni los del padre de Bambi y, que no lloraba por las noches. ¡Por fin un poco de paz!

2. De Repente Te Levantas Y Ves Que El Cielo No Ha Cambiado De Color

Fumábamos. Fumábamos juntas como chimeneas. De paso nos bebíamos una taza de café tras otra y hablábamos de chorradas. Yo, que había enterrado el cigarrillo los malditos diez años que estuve con mi ex, volví a las andadas como una quinceañera ansiosa. Pilar, mi amiga y socia en el estudio, había elaborado su propia teoría.

—Ella se cree que lo de la cornamenta no la ha afectado —explicó a Oti. Luego me miró a mí, que estaba presente y boquiabierta—. Perdona que sea tan franca, pero al pan, pan y al vino, vino.

—Sí, hija, sí, no te prives ni aunque la interesada esté delante —la animé.

—Pues eso. Claro que te ha afectado ¿cómo no iba a hacerlo? Encima con lo sensible que tú eres Victoria. —Volvió a dirigirse a Oti como si yo no estuviera sentada en aquel mismo sofá—. Sé que no lo aparenta, que va de “doña témpano” por la vida, pero es todo fachada, te lo digo yo. Esta es más blanda que el pan de molde. Y como los nervios siempre buscan por donde salir los muy cabrones, ahí la tienes. Compitiendo con las chimeneas de la fábrica de cerveza.

—De algo hay que morirse —sentencié echándome adelante y matando mi colilla contra el cenicero.

—Pues tú vas corre que te corre hacia la meta, maja —me reprochó Pilar con deje maternal—. El otro día me quemó la esquina de un proyecto ya terminado —se quejó a Oti, que la secundó con una sacudida de cabeza.

—Ya saltó la exagerada —rezongué—. Era sólo un boceto y lo tenía en el ordenador. Le imprimí otro y santas pascuas.

Otilia debía de estar harta de que la usáramos de saco de boxeo, de modo que se levantó y nos trajo un plato de pastas recién horneadas, que es lo suyo.

—No entiendo por qué me criticas tanto: si fumo, malo, pero si me pongo ciega a bollos y me endilgo seiscientas mil calorías, tú tan contenta —repliqué algo resentida.

—Por lo menos no te jodes los pulmones.

—Me jodo el hígado, no sé qué es peor.

—Bueno, al tajo. Tengo que ponerlos al corriente de los eventos sociales de las próximas semanas —interrumpió Otilia—. Viernes, cena de chicas, cine y copas. Han abierto un local nuevo con aires “decandence” que habrá que visitar. —Consultó su libretilla—. Sábado, fiestorro del bueno en el chalé de un cliente mío o desfile de modas y cóctel en el puerto; a elegir. A lo mejor a ti te va más el rollo desfile para recordar viejos tiempos —supuso mirándome fijamente lápiz en ristre.

—Me es indiferente, pero a Juana le pondrá más la fiesta, supongo.

—A nosotras también —coincidieron a coro.

—Pues apunto fiesta —Otilia garabateó con su lapicero en la libreta—. Y el domingo...

—Por Dios, Oti, el domingo es fiesta de guardar, déjanos descansar el pedo —supliqué, ya agobiada de antemano.

—Iba a proponer una paellita inofensiva para desintoxicarnos y un buen café en algún chiringuito al sol del otoño —replicó desencantada—. Pero si quieres lo dejo.

—A mí me parece bien —acogió Pilar mordiendo un rosco. Luego se queja de que si el culo, que si la molla.

—¿Apunto? —preguntó Oti buscando autorización antes de emborronar su libreta.

—Apunta —cedí derrotada—. ¡Qué estrés!

Mi amiga se mostró encantada de tener planeado el fin de semana y amenazaba con puntear también el siguiente, cuando la corté de cuajo.

—Por cierto, tengo noticias.

—¿Un hombre en tu vida? —gritó muerta de impaciencia. Yo me la quedé mirando casi con asco.

—Siento desilusionarte, pero no, no es un hombre. —Me arrellané en el asiento girando para verla mejor—. Nena ¿me explicas el por qué de esa obsesión por emparejarme? ¿Qué parte de “estoy de puta madre sola” es la que no entiendes? —Sin darle cancha, proseguí—. Cualquiera diría que tú no te has divorciado también, tanto prejuicio tonto...

—Mi divorcio no tuvo nada que ver con el tuyo —se defendió.

—A ti no te engañaron con otra, cierto, pero hasta que decidisteis dejarlo, eras una ama de casa entregada a sus fogones y a la tabla de la plancha. Y de pronto, ahí estabas. Sola ante el mundo. Y te veo bastante entera ¿me equivoco? —remaché con cierta dosis de mala leche.

Es difícil ponerse borde con Oti porque es un amor de persona y siempre

te mira con ojos de cordero inocente y degollado. Pero es que la pesadez ya me mata; ha hecho de mi vida sentimental, su cruzada y su bandera.

—Al mes y medio estaba haciéndole magdalenas al vecino del quinto —expuso como si aquello fuera la piedra filosofal. A Pilar le dio un ataque de risa.

—¿Pero te lo tiraste o no te lo tiraste?

—No, pero tuvimos una relación —contraatacó tan convencida que tuve que callarme. No quise ahondar; el concepto que Otilia tiene de una relación, abarca un mero ir juntos al parque a echar migas a las palomas.

—Bueno, pues yo ya te avisaré cuando tenga ganas de imitarte. A lo que iba: me han llamado de la tele para hacer de comentarista.

Lo solté así del tirón, porque sabía que causaría tal éxtasis que el tema “noviazgos” quedaría aparcado. No erré en el tiro. Otilia y Pilar saltaron sobre sus respectivos cojines.

—¡Guay!

—¡Qué chulo, la tele!

—¡Gente famosa, maquillaje impecable, trapitos...!

—¿Y vas a comentar acerca de edificios y construcciones? —irrumpió Oti con cara de no enterarse. Fue como si nos desinflaran los globos de una fiesta de cumpleaños. Hasta pude oír el “*puuuuuuuuuuf*”.

—No, mujer. Me llaman por mi pasado de modelo. Comento la sección rosa, famosos, famosillos, famosetes y demás hierbas.

—¿Hora de emisión?

—Magazine de la mañana. Empieza a las diez.

—Mierda, no podré verlo. A esa hora abrimos el estudio. —Pilar se marchaba. Lo supe porque andaba registrando su bolso. Es que siempre se le extravían las llaves del coche.

—Ahí estaré clavada como un clavo, delante de la pantalla—juró Otilia embebida—. Por estas. —Cruzó los dedos y se los besó.

3. Ojito con el Pasado, Siempre puede Volver a Visitarnos

Tengo que confesar, aunque sea por lo bajini, que me gusta más un foco que a un niño una piruleta. Desde luego, no cambiaría mi trabajo actual por pasearme en paños menores sobre una pasarela, eso ya pasó a la historia, pero me atrae el mundo del espectáculo, las cámaras y todo eso. Los que me conocen bien, dicen que es por afán de comunicar. Yo comunicar, comunico mucho, vamos que no callo ni debajo de agua, a lo mejor va a resultar que es verdad y visto lo visto, se hace comprensible el delirio que me produjo el ofrecimiento de mi televisión autonómica y las charletas en la mesa de actualidad, poniendo verde a todo el que se atrevía a sacar los pies del plato.

Cierto es que andaba liadísima y que a diferencia de otros contertulios que se quedaban tomando cafés con los jefazos y haciendo amigos, yo era acabar la emisión del programa, que por cierto era en directo, y salía escopetada de vuelta al estudio o a la obra de turno, donde solía llegar pintada como una puerta. Tuve que empezar a dar explicaciones, no fuesen a pensar que lo del pluriempleo iba por otros derroteros.

Y así nos encajamos en navidad. A principios de diciembre, le di a Otilia la alegría de su vida:

—Oti, formalmente comunico que se me está poniendo el cuerpo de “J”.

Era una especie de clave entre nosotras: Juerga, Jolgorio, Jarana. Vaya, que la entropierna me escocía más que un pañal mojado y que ya le hacía ojitos a algún que otro albañil buen mozo en las construcciones. Se abría la veda y quedaba inaugurada la temporada de caza. *For me*, se entiende. Mi amiga se dedicó a palmotear un rato, emparejándome con todo bicho viviente apuntado para asistir a la fiesta de Nochevieja que estaba organizando.

—De ahí sales con novio, te lo digo yo. Si los tienes haciendo cola pero como estás tan inaccesible...

—Estaba, querrás decir —corregí, ocasionándole otro vuelco de gozo a su corazón.

—¡Ay qué alegría, que vuelves a ser tú!

Nunca había dejado de serlo, pero claro, ella no lo sabía. Sencillamente porque siempre me había visualizado con un accesorio imprescindible en mi

atuendo llamado “marido”, colgadito como un llavero y faltando el bicho, me veía como marciana. Pero eso estaba a punto de pasar a mejor vida.

¡Ojito que voy cuesta abajo y *desbocadaaaaaaaaaa!*

El canal televisivo instituyó su particular fiesta de navidad el día 15 de diciembre y todo el mundo corrió a confirmar su asistencia. Sólo yo, pese a mi cuerpo de “J” renovado, no dije ni esta boca es mía. En el fondo de mi ser me constaba que iría, no me quedaba otra, porque no quería ser la comidilla de los directivos, argumentando que me creía superior, presuntuosa y fatua, al punto de evitar mezclarme con la plebe. No. Victoria Alazán iría a la puta celebración, aunque no conociera a casi nadie y le pareciese un bodrio.

Pues mira por dónde, el día de la fiesta, me levanté con gastritis. O ardores. O cólico. O algo malo y estropeado en la barriga. Me pasé vomitando toda la mañana y como era sábado, acabé gateando hasta casa de mi madre. Tengo un estómago a prueba de bombas, pero ese quince de diciembre había decidido dar guerra y de las gordas. Me arrojé al sofá lanzando gemidos, dejando que mi mami me mimase. Me preparó media olla de manzanilla con miel y limón y me lo ofreció con inmenso amor.

—¡Hala, hija! Tómate esto, a ver si se te cortan los vómitos.

—¡Jo, mamá, qué malita estoy!

—No hay más que verte, estás verdosa...

La verdad, tanta sinceridad tampoco era necesaria.

—La fiesta de navidad de la tele... —me lamenté— ¿Qué hora es?

—Las tres de la tarde.

—Empezaba a las dos... ¡*Pistaaaaa!*

Otra visita al baño y otra ráfaga de ametralladora. La cara se me estaba salpicando de chispitas rojas a causa del esfuerzo al vomitar y me mareé, pero el balance global era “mejor estado que antes de levantarme del sofá”.

—¡No tengo ganas de ir a esa fiesta! —lloriqueé con un paño húmedo sobre la frente.

—Pues no vayas. —La lógica aplastante de mi madre, que lleva muchos años jubilada y no sabe lo que es el deber laboral.

—Mamá tengo que ir, va todo el mundo. Y los directivos, no puedo ser la única que falte...

Así, inventándome excusas para no levantarme, me encajé en las cinco de la tarde. No podía demorarlo más. Me arrastré fuera del sofá y no me dio la gana de vestirme. Iba en vaqueros, casi sin pintar, con cara de acelga y un jersey de cuello vuelto color cámel. Total, a esas horas todo el mundo estaría

ya ciego ¿quién iba a mirarme?

Llegué, saludé y pedí una tónica: era lo más fuerte que mi apaleado estómago podía soportar. Y miré alrededor; ya sabía que el lugar elegido para el festival no era ningún acierto. Hubo un tiempo en que fue el local de moda pero de eso había llovido más que en el diluvio, ahora no lo pisaba ni el gato y los propietarios pasaban hasta del mismísimo concepto de “mantenimiento básico”. Seguramente se lo alquilaron a precio de saldo, malditos directivos ratas... Me acordé del maquillaje plástico en barra que nos ponían en la cara porque era barato, y me agrié.

No me había equivocado en mis predicciones: la peña erraba caótica y borracha montando numeritos en coro y cantando con los palos de las escobas. El subdirector del programa, que es un pulpo, pasadito de copas, se vino a darme la vara. Y aunque no era plan desairarlo, tampoco tenía necesidad de aguantar ningún baboseo. Huí rauda y veloz y pedí otra tónica en la barra. Esta vez con una rajita de limón.

Encontré un lugar donde ocultarme escurriéndome entre unas cajas de cerveza apiladas, que me permitían olisquear lo que aquella panda de degenerados hacía, sin resultar demasiado visible.

—Pronto empezarán a caer como las fichas de un dominó —comentó divertida alguien que se acopló a mi lado— ¿Puedo?

—Sí, claro —respondí apresurada por ser amable, antes de comprobar quién era. Me sonaba vagamente su cara y su pelo rizado, de haberla visto por plató con los cascos puestos.

—Eres operadora de cámara ¿verdad?

—Bingo. Soy Paula. —Ofreció su mano—. Tú eres Victoria. Me encantan las cosas que dices. Y cómo las dices, eres muy ocurrente.

Me sorprendió.

—Vaya... Gracias... Creo que es el mejor piropo que se puede echar a un comentarista...

—Rompes el viejo tópico de la guapa tonta. Creo que eres una de las tías más inteligentes que he conocido en mi vida. Además si eso fuera verdad, yo sería una lumbreras —rió volviendo su atención a los osos que se movían en la pista de baile.

Me quedé un poco abrumada por tanto halago inesperado, deseando conocerla la mitad de bien que ella me conocía a mí y poder corresponder. Pero sólo sabía que maniobraba con la cámara y me señalaba la lucecita roja de “on” con el dedo índice. No era mucho, la verdad.

—¡Qué pintas! —dije por hablar—. Han debido de darles garrafón.

—Veo que tú te has salvado. ¿Qué bebes?

—Tónica a secas. Tengo el estómago fatal hoy, casi no vengo.

—Yo estoy con antibióticos, llevo ya una semana y no quiero pifiarla pero viendo los resultados, casi mejor no haber optado por las copas. Madre mía, hasta los más tímidos se han desbocado...

Echamos un rato cotilleando y riéndonos del personal, hasta que un desconocido nos abordó con suma amabilidad. Y sumo buen gusto. Y sumos impresionantes ojazos negros.

—¡Paula! ¡Paula de bachillerato de San Gregorio! ¿Te acuerdas de mí?

—¡Alberto! —exclamó ella cayendo en la cuenta como quien cae de un guindo. Yo, discreta y educada, me mantuve al margen.

—¡No podía creerlo cuando te he visto...! ¿Cuánto hace...? ¿Quince años?

Ella le golpeó divertida el hombro.

—¡Generoso! Debe hacer más de veinte que no nos tomamos una caña a pachas con unas aceitunas *aliñás*... ¿Qué es de tu vida?

—He venido a tomar algo con unos colegas del trabajo, que no sé por qué oscura razón, veneran este antro. Me convencieron asegurando que hoy se celebra una fiesta con la gente de la tele y que vendrían las Mama-Chicho —se cachondeó. Ahora sólo faltaba que me preguntase si yo era una de ellas y le arrearía con la botella de la tónica en la cabeza— ¿Sois vosotras de ese grupo? —Y me miró sonriendo y exhibiendo unos dientes perfectamente alineados.

—¡Perdona, qué burra soy! —Paula nos hizo los honores—. Victoria, Alberto. Victoria es una compañera del programa y Alberto un antiguo compañero de instituto.

—Encantado.

—Lo mismo digo.

—¿Queréis tomar algo? —ofreció sin quitarme el ojo de encima.

—Estamos las dos a palo seco por prescripción facultativa —informé sumándome a la broma—, aunque vista la calidad infernal del alcohol que están sirviendo...

—Y que lo digas. Suerte que os he visto, ya me marchaba porque mis amigos andan tirados por los rincones criando resaca para una semana. ¿Queréis que cambiemos de sitio? Nos podemos comer unas tapas por ahí, y charlar de paso.

Nos pareció buena idea. Alberto había venido en el coche de uno de los defenestrados y fue a informarlo. Volvió asegurando que no lo había entendido, que sólo lo miró bizqueando con un hilillo de baba resbalando cara abajo y que se echó a reír cuando le dijo adiós.

—Me tranquiliza saber que no invertirán un solo segundo en localizarme. Es la regla número uno cuando salimos de juerga tóxica: búscate la vida.

—¡Qué encanto de amiguetes! —susurré para mis adentros. Pero Alberto me cazó y en lugar de mosquearse, sonrió. Además de guapo era simpático.

Se vino con nosotras en mi coche y nos dirigimos a una tasca del centro, famosa por sus guisos. Parecía haber pasado una eternidad desde que me separé del sofá de mi madre pero eran solo las diez de la noche. El centro bullía de gente imbuida de espíritu navideño y no hacía demasiado frío. Mi estómago hacía rato que no protestaba y aunque no iba a arriesgarme zampándome unos pimientos chiles, me encontraba razonablemente animada. La tasca me puso más que el local desvaído de la fiesta.

—Así que cámara de televisión —se admiró Alberto sacando un paquete de tabaco— ¿Os importa que fume? —Negamos y Paula le pidió uno—. Tú debes ser artista, como si lo viera, con esa cara...

—Pues básicamente... Soy arquitecto —lo desengañé—. Pero hablo mucho...

—Y muy bien... —completó mi ferviente admiradora.

—Bueno, que participo en la mesa de actualidad rosa. —Me ruboricé ligeramente—. No es de lo más intelectual pero me divierto un montón.

—¡Eso está bien, está muy bien, de puta madre! —jaleó Alberto encantado—. Una mezcla interesante... ¿Y estáis casadas? —Me sorprendió que me incluyese en su pregunta. Supuse que esas cosas se le preguntan a tu vieja amiga de bachillerato, no a una completa desconocida con quien no tienes más obligación que ser amable.

—¡Anda, anda! —se escandalizó Paula levantando los brazos. Alberto me miró interrogante.

—Divorciada —escupí con desgana. Vi que parte de la luz que alumbraba su rostro, salió corriendo por la puerta de la tasca.

—*Uff*. Yo... estoy en ello.

No imaginé lo necesitado que estaba de vomitar sus desgracias, hasta que se puso a hablar, cerveza en mano. Su tono era amargo como la quina.

—Ha sido una experiencia espantosa y lo peor es que no ha terminado. A veces pienso que no ha hecho más que empezar.

—Si mal no recuerdo —interrumpió Paula pensativa—, tú te casaste con la cabaretera... ¡Uy, perdón! —Consciente de la fuerza del adjetivo, se puso como un coche de bomberos. A mis oídos también sonó despectivo aquello—. Quiero decir, la cantante...

Sin embargo, Alberto ni se ofendió ni se molestó.

—No hay nada de malo en llamar a las cosas por su nombre, Gio empezó actuando en salas nocturnas. No me llegué a casar —agregó.

—Ya, es cierto, pero vivisteis juntos... ¿Cuánto?

—Cinco largos e interminables años —respondió poniendo los ojos en blanco.

—Se llamaba Georgina ¿verdad?— Paula seguía acumulando datos, más que nada para no perderse.

—Sí, Georgina, Gio para amigos y amantes. Se marchó con otro tío, un vejstorio forrado de pasta. Ni a soñar que me hubiera echado, que tendría tanto estómago. Fíjate qué iluso. Mi abogado me aconsejó que me quedase en casa, que no me fuera, pero... Tuve que marcharme o habríamos acabado mal. Ella se arreglaba y se vestía para salir con él, él la recogía en la puerta misma de casa... y de mis narices.

—¡Qué desfachatez! —me asombré.

—¡Qué provocación!

—¿Verdad? Bueno, él exactamente no, venía su chófer, pero le constaba que yo seguía viviendo allí. Era humillante. Y encima mientras ella trasnochaba, yo me quedaba con la niña.

—¡Tienes una hija!

—Con tres años. Pobrecilla, ya la estoy viendo con una maleta de fin de semana, de casa de ese energúmeno, a la mía. —Se bebió de un trago la cerveza que le quedaba y pidió otra con un gesto ansioso.

—Entonces la cosa va para adelante... —dedujo Paula consternada.

—Y tan para adelante. Me marché de casa porque no podía soportar la presión. Destrocé dos puertas a puñetazos por no romperle la cara a ella... Y ahora estoy recluido en casa de mis padres. Figúrate, a mis años...

—Es una cosa temporal, hombre —me vi obligada a animarlo. El pobre estaba para recogerlo con cucharilla.

—La odio tanto... No os lo podéis imaginar. A lo mejor está mal que lo diga, pero soy sincero. Me ha destrozado la vida. —Meneó la cabeza asqueado.

Guardamos un minuto de silencio por su dolor, al cabo del cual, Alberto

levantó la cabeza con los ojos brillantes por el efecto de la cebada fermentada.

—¿Y tú, qué tal lo llevas?

—Fenomenal —admití—, superado, superadísimo y feliz de haberme quitado de encima semejante joya. La que se lo ha quedado no sabe la suerte que tiene —reí mirando a Paula en plan solidario.

—Te veo bien... Ojalá dentro de poco pueda yo decir lo mismo y con igual talante —se lamentó Alberto pidiendo otra ronda.

—Chicos, yo voy a marcharme —les dije—. He estado enferma todo el día y no quiero pasarme. Estoy muy a gusto y todo eso, pero... mañana me toca ir un rato al estudio.

Alberto se puso precipitadamente en pie.

—Lo siento mucho. He estado agobiándoos con mis problemas y abusando de vuestra caridad. Ya es tarde y estaréis cansadas...

—Ni mucho menos, ha sido una charla enriquecedora. Ver de lo que son capaces algunas, siempre me hace sentir mejor persona...

—Yo me quedo otro ratito contigo y luego nos pillamos un taxi —ofreció Paula enganchando otra caña y el brazo de su amigo.

—Pues todo en orden entonces. —Abrí los brazos. Alberto no había vuelto a sentarse pese al gancho de Paula—. Encantada y te deseo lo mejor. Ya verás que dentro de poco te reirás de toda esta tormenta.

Alberto me estrechó con afecto, como si me conociera de años.

—Ha sido un placer, Dios te oiga.

—Te veo el lunes, Victoria —se despidió Paula echando un beso al aire—. En el programa.

—Hasta pronto —dije para los dos. Circunstancia segura en el caso de Paula pero en lo que respectaba a Alberto... ¿era simple cortesía?

Llegué a mi casa mejor que me fui, me lavé la cara y me metí en la cama. Mi camita nueva, esponjosa, comprada justo después de firmar el divorcio, sin recuerdos chungos, sin estrenar y solo para mí.

Cuando ya caía irremisiblemente en brazos de Morfeo, pitó mi móvil. Paula me reenviaba un mensaje que a su vez, ella había recibido. Era de Alberto.

“Me encanta tu amiga”

4. Se Amontona

La Suerte

Mi amiga Juana, jueguista profesional y borrachina irrecuperable, es la afortunada propietaria de un pisazo en el centro de Madrid. Para aquellas navidades propuso una escapada a la capital, ya lo habíamos hecho otras veces: tapitas, algo de shopping, ver algún musical entretenido y cambiar de aires, que al fin y al cabo es lo fundamental. Yo acepté e hice lo posible porque Oti y Pilar se nos unieran, pero no hubo suerte: la primera tenía reunión familiar (¿cómo no se me había ocurrido antes?). A la segunda, su madre la tenía atada a la pata de la cama, para que en unas fechas tan señaladas se comiese los polvorones a su verita. Pues arreglé la maleta para unos cinco días a solas con la salvaje de Juana. Miedo me daba.

Grabamos los programas de Nochebuena y Nochevieja haciendo una excepción al riguroso directo, pero es que al equipo había que darle vidilla y vacaciones. El último día que nos veíamos, Paula me confesó:

—Alberto me ha pedido tu teléfono, pero no he querido dárselo sin preguntarte antes.

Qué considerada.

—Es majo, ¿no? —pregunté como buscando su beneplácito.

—Si no ha cambiado desde que lo conocí, es un chico estupendo. Lástima que haya tenido tan mala suerte. Colgado y con niña pequeña ¡Menuda bruja, la tal Gio!

—Venga dáselo —me animé refiriéndome al teléfono.

—¿Seguro? —Me miró con desconfianza—. Mira que no quiero que te salgan admiradores plastas y luego me culpes de que les tendí un puente...

—Anda ya, Paula, que soy mayorcita. Si nos sale molesto, patadón en el culo y adiós muy buenas.

Lo de la patada parece que la dejó más tranquila. A diferencia de Paula, yo no le concedí al tema demasiada importancia. Pensaba en Madrid y en su ambientazo navideño.

Al día siguiente, justo cuando peleábamos con las maletas para que encajasen en el escaso maletero de mi descapotable biplaza, llegó un mensaje de Alberto:

“He comprado una pandereta que lleva tu nombre. Digo yo, que habrá que dártela. ¿Qué tal mañana con una caña y unas tapas?”

Ingenioso y original, el chiquillo. Y con sentido del humor. Iba por buen camino. Lástima que yo, me escurría a otros territorios. Le respondí enseguida:

“Saliendo para Madrid. Pasaré allí unos días. Podemos vernos a mi vuelta”.

No pensé recibir contestación, pero me equivoqué:

“¿Madrid? No puedo creerlo, yo estoy en Madrid en casa de mi hermana. Me marchaba hoy pero si tú vienes, me quedo”.

Toma ya, directo a la boca del estómago, sin tapujos. *¿Por qué no?* me dije.

“¿Por qué no?” le respondí.

Por el camino tanteé el asuntillo con Juana. Ella no era lo que se dice una defensora acérrima de los novios formales, pero andaba más domesticada desde que le presenté a Pepe, un amigo de toda la vida, que por lo visto la llevaba al séptimo cielo cada vez que se encamaban. No lo había pasado a la estantería de lo “serio”, pero la había apaciguado lo bastante como para poder discutir con ella si me convenía o no, darle cancha a Alberto.

—Tíratelo y luego lo mandas a la mierda —fue su consejo. Me dejó muerta.

—¿Por qué dices eso? Si ni siquiera lo conoces...

—Ya me has contado bastante, un tío amargado por la gran cerdada espacial que le ha hecho la puta de su ex. No es que le falte razón, pero rumiará y rumiará su desgracia y dudo que se quiera volver a enamorar en serio. Es todo cuanto necesito saber. —Y desenvolvió un Pistolín.

—Joder...

—¿Qué?

—Cuando no tengo ganas de rollo, os empeñáis en que estoy enferma terminal y me queréis liar con todo Cristo. Y cuando uno me hace gracia, le ponéis cinco mil pegas y me advertís que me aleje —protesté mohína.

—Yo no te he dicho que te alejes, sólo que lo uses cual clínex y a la papelera, que mañana es domingo.

—Tanto monta, monta tanto, guapa.

—Si algo he aprendido en los años que llevo catando mozos y no cuajando con ninguno, es que para que surja algo mínimamente aceptable, deben tener el corazón limpito —razonó Juana entre chupetón y chupetón—

¿Quieres un caramelito?

—No, que pican. ¿Y no has oído hablar de lo de la mancha de la mora...?

—¿Y a cuento de qué tienes que ser tú, mora de nadie?

La Juana y su lógica aplastante. Me dejó sin palabras, huérfana de argumentos. De repente, ya no tenía tantas ganas de encontrarme con Alberto. Hasta repelús me daba. No contenta con la pupa sembrada, mi amiga siguió retorciendo el dedo dentro de la llaga.

—Porque lo has visto sólo una vez, si no he entendido mal —resumió. Me limité a asentir con la vista fija en la carretera—. Es que no lo conoces de nada para andar haciéndote pajas mentales, Victoria, hija, que tú sueles ser muy sensata.

—Me parece que se está saliendo todo de madre. Yo vengo a Madrid contigo —silabeé empezando a mosquearme—. Y que Alberto esté también aquí es una feliz casualidad, que celebraremos tomando unas cañas juntos. Punto y final. No estoy preparando el ajuar.

—Si lo tienes así de claro... —recoló.

—¡Por supuesto! ¿Qué te creías? —respingué ofendida. Y apreté las manos contra el volante disimulando mi confusión. Ya no sabía lo que quería.

Tras varias paradas a repostar combustible y estómagos, alcanzamos las fronteras de la capital y después de los suburbios, el bello centro. Nos hospedamos en un hotel moderno y funcional que nos dejaba cerca de todo y deshaciendo nuestras maletas, organizamos el plan de la noche.

—Te doy a elegir: mi primo ya está dando la tabarra para llevarme de copas. Podemos salir nosotras solas por ser la primera vez, o nos adosamos directamente a él y a sus amigos, si es que los trae.

—Hay otra opción —calculé mordiéndome una uña.

—Tú dirás...

—Que Alberto se venga con nosotras y con tu primo.

—Te advierto que mi primo es gay, pero gay, gay, muy gay —musitó Juana cautelosa. Yo la miré más perdida que el barco del arroz.

—¿Y?

—Que si el tal Alberto está tan macizo como todas decís, vamos a tener a mi pariente al borde del colapso toda la noche. ¿Me pongo estas? —Se coló un tanga por encima de la cabeza y empezó a bailotear. Con Juana no se puede, tuve que echarme a reír.

—No creo que entre todos no podamos atar a tu primo el estupendo. Yo no digo nada, es solo por tener algo preparado si Alberto... —Sonó mi móvil

y leí en su nombre en la pantalla— ...llama. ¿Sí?

—¿Victoria? Soy Alberto, no sé si te acuerdas de mí...

—¡Qué cachondo! Si eres el mismo con el que me estuve *guasapeando* anoche, sí, te recuerdo vagamente. ¡Ya estamos en Madrid!

—Estupendo, eso iba a preguntarte. ¿Tenéis plan para la tarde-noche?

De repente, el marco temporal de salir al despendole se había ampliado abarcando parte de la tarde, reduciendo proporcionalmente el tiempo disponible para descansar y acicalarme. Apreté los labios y formé una rosita mientras me miraba en el espejo.

—Pensábamos salir a tomar algo con los primos y amigos de Juana, mi compañera. ¿Te sumas?

—Perfecto. Hora y lugar y volaré hasta allí vía metro.

—Te envío un mensaje en cuanto lo sepa, no está decidido —prometí.

—Ok, gracias, hasta entonces... Oye...

—Dime...

—Nada, que gracias por contestar y por querer verme...

Pude imaginármelo, enrojeciendo hasta la raíz del pelo. De repente me pareció, además de monísimo, entrañable. Pero desde la entrada del baño donde se había colado segundos antes, Juana sacó la cabeza y me hizo un gesto de advertencia. Reprimí el acceso de simpatía arrolladora que me había invadido.

—Vale, bueno, sí, no tiene importancia —dije algo rancia—. Espera a mi mensaje.

Desde su posición, Juana levantó un pulgar en señal de conformidad. Por lo visto, no había hecho el tonto más de lo conveniente, menos mal.

Me tumbé en la cama con la cara recién desmaquillada y las piernas en alto para reposar un poco el cansancio del viaje. Juana es vaga de solemnidad y se distrae con una mosca, así que ni harta de vino la dejaría conducir; el problema es que cuando viajo con ella me pego unas palizas de ven aquí y no te menees. Pero me lo compensan sus bromas, sus ocurrencias y su buen humor. Con ella al lado, deprimirse está prohibido.

Estaba quedándome sopa, cuando salió del aseo hecha una exhalación y con una mascarilla facial color mantequilla.

—Vamos tarde. Dile a tu amigo que quedamos en la Latina, en Casa Lucas. Me voy a zampar unos huevos fritos con algo, que no se los salta Tarzán.

—Ok, le enviaré el mensaje —obedecí sumisa y amodorrada.

—Pero mejor que se venga para el hotel y quedamos en recepción, porque no somos más que los cuatro y prefiero no llevar dos coches, que no encuentras aparcamiento ni vendiendo tu alma a Satanás —rumió mi amiga paseándose en bragas por la habitación.

—Alberto se mueve en metro —informé pensando que sería un punto a su favor. Pero con Juana nunca se sabe. Puso cara de asco.

—¡Qué cutre, para una primera cita! Con más motivo, así vendrá en coche —espetó como si hablara de un perrillo vagabundo y pulgoso.

Hice mi trabajo enviando el mensaje y volví a quedarme fuera de combate, aunque era hora de ir pensando qué ponerse. Me arrepentí de no haber dedicado unas horas al aspecto de mi cutis como Juana, por mucho que ella insistiera en que no lo necesitaba. Lo bueno siempre puede mejorarse y entonces, se convierte en excelente. Pero ya me habían pillado las manillas del reloj y tenía lo justo para vestirme.

Seleccioné un conjunto de satén negro, pantalón pitillo y bustier, con una coleta alta y sin más complementos que mis pendientes de brillantitos y un brazalete. Me metí dentro de mi abrigo y taconeé impaciente. Juana me miró desde el tocador, con un ojo pintado y el otro esperando.

—Joder ¿ya?

—Ya. Y tengo un mensaje de Alberto, está abajo.

—Pues ve de avanzadilla, no lo hagas esperar, necesito otros diez minutos... —Tronó su móvil—. Mamá... si, todo bien, ya lo veo esta noche... no, no sé cómo está la tita de momento, cuando hable con él te llamo de vuelta... no... no me lo puedo creer... ¿No puede esperar a mañana? Mira que ahora podemos meternos en una caravana de órdago... Jo mamá, vaya tela.... —Me lanzó una mirada de verdadera y terrible angustia que me encogió el higadillo—. Vale, mamá si no hay más remedio iré, pero esta por Judas que me la debes... Pues porque me acabas de chafar la noche... Y al primo también. Hala, te llamo para informar... Besos... Yo también.

—¿Qué árbol se ha caído? —pregunté manoseando nerviosa mi bolso.

—Mi madre se dejó el DNI en Ikea la última vez que vino. No ha tenido otra ocurrencia que hablar con ellos y asegurarle que yo iría a recogerlo esta tarde a última hora, eso, antes de contar conmigo. Me están esperando hasta la hora del cierre y quien lo tiene, se marcha mañana de vacaciones de navidad. Si cambia de manos lo más probable es que acabe perdiéndose.

Fue como si me cayese una nube de lluvia helada, entera en la cabeza.

—Le diré a mi primo que me acerque con el coche, pero va a ser un buen

rato —advirtió Juana ceñuda.

—¿Quieres que te acompañe? —Qué tontería, pues claro que iba a acompañarla ¿qué otra cosa iba a hacer si no?

—Te jodería la cena como se ha jodido la mía. Sal con Alberto, id picando algo y cuando acabe con mi puto encarguito, te llamo y me dices dónde estáis.

—No sé... quedarme sola con él... —dudé expresando mis miedos en voz alta. A Juana le faltó poco para despatarrarse por el suelo de risa.

—¡A estas alturas... No me lo puedo creer! Tía, no irás a tener miedo de un chico inofensivo... —se mofó señalándome con un dedo estirado.

—No, claro que no —mentí firme—, es sólo que... No lo conozco demasiado... ¿Y si no sé de qué hablar?

La mirada de Juana me lo dijo todo: no se creía lo que estaba oyendo.

—Tú no callas ni debajo de agua, mona y si él se parece en algo a lo que me has descrito durante el viaje, se le ve de lengua fácil... —Se quedó un momento meditando—. Espero por tu bien y el de tus cañerías atascadas, que la tenga igual de ágil para todo.

Le arreé un codazo en las costillas. Por viciosilla y guarrona.

—Vete para el lobby —ordenó ahuecando la voz—. Nos vemos en un rato... Espero.

—Pues claro que nos vemos, de lo contrario *te-ma-to*.

Salí del ascensor con el abrigo en el brazo y las piernas temblonas. No en vano llevaba un montón de meses sin tener una cita y si dejaba de considerar tales las quedadas con mi ex, resulta que llevaba diez años y muchos meses sin tener una primera cita. ¡Joder! ¡Iba a ser que sí tenía motivos para el tembleque! Alberto ya me esperaba con las manos entrelazadas a la espalda y al verme, se quedó bizco.

—¡Vaya! ¡Qué preciosidad!

Sonreí discreta, recordando la cara de acelga y la facha innoble que llevé a la fiesta navideña de la tele. Claro, no nos habíamos visto desde entonces y una, tras pasar por chapa y pintura, mejora un montón. Lo puse al corriente de las novedades y se lo tomó fenomenal, con una amplia sonrisa que me llevó a sospechar si no prefería quedarse a solas conmigo. Salimos caminando relajados en busca de la boca del metro.

—¿No te importa que no haya traído coche? —preguntó de repente— Es que vas tan arreglada...

—No voy arreglada, para nada —lo corregí. Este no me había visto a mí

de punta en blanco— y lo del metro es una idea fantástica.

—Qué chica tan fácil de llevar, un encanto.

—Eso me dice mi madre cada mañana delante de las tostadas —bromeé. Hace siglos que no vivo con mi santa madre.

—Pues ahora también te lo digo yo.

Y empezó a contarme la historia de su hermana, casada con un médico cirujano plástico, mudada a Madrid hacía años y con tres churumbeles. Estaba muy unido a ella, daba gusto escuchar cómo la subía a un pedestal para nunca bajarla y lo mucho que la apreciaba. Al parecer, había sido su principal apoyo cuando lo de... la cabaretera. Y así fue como dando un rodeo, volvimos al tema de marras. Ya me parecía a mí...

—Mira que me lo advirtieron, que no me complicase con ella, pero ya sabes lo que pasa con los pijos...

—No, no lo sé ¿qué pasa? —dije por darle vidilla.

—Mi familia es una retrógrada, todavía pendientes del trabajo de uno y de la fortuna del otro. Se ahogan en dinero, los muy cabrones. Yo debo de ser la vergüenza del árbol genealógico, a mi hermana mayor es la única a quien no le importa que a mis años, no sea millonario. Pero a Gio la despreciaban de un modo inaceptable, rechazándola porque era cantante, sin importarles mis sentimientos.

—Y claro ante eso, te salió la vena rebelde, el caballero galante y defensor —adiviné, pensando qué nombre más chulo tenía la tipa aquella, con lo *hijafruta* que había resultado ser.

—Exactamente eso. Cuanto más la escupían, más me emperraba yo. Y me salió cara la cabezonería, al final resulta que tenían más razón que un santo.

—Bueno, eso nunca se sabe. También mi madre bebía los vientos por mi ex, pensando que era la mejor persona del mundo y... ya ves, menudos cuernos me colocó el señorito —recité sin ningún resentimiento.

—No me cabe en la cabeza que alguien te tenga y te deje escapar —confesó Alberto deteniéndose delante de una cervecería—. Casa Lucas, la elección de tu amiga. Creo que deberíamos entrar y ponernos morados. Tengo hambre para parar siete trenes.

—Pues vamos allá —acepté sacudiéndome el pasmo de su piropo.

A partir de ahí me animó para que le contase mi historia. Yo la resumía bastante bien, tres o cuatro frases, seis “*me cago en sus muelas*” y un “*hasta luego, MariCarmen*”, exponía con bastante acierto y claridad mi experiencia. Lo de que ahora estaba feliz y aliviada, no tenía que decirlo, se notaba con

solo verme.

—Y el trabajo va medio bien, no nos quejamos. Pilar es una compañera excelente y como a ninguna de las dos se nos caen los anillos por hacer las tareas de un delineante o lo que se tercié, ahorramos costes. —Alberto me atendía absolutamente entregado. Una maravilla como interlocutor.

—Yo he saltado de un curro a otro sin parar. Mi madre flipa y se cabrea, cada vez más y más pronto. Ahora le regalo mi tiempo a los laboratorios farmacéuticos, hago de visitador. Nada interesante. —Torció la boca y levantó una mano para pedir la cuenta— ¿Una copa? Aquí cerca hay un pub que está muy bien.

—Por mí, encantada.

Pagamos a medias porque me empeñé más allá de lo soportable y porque me hizo jurar que le permitiría abonar las copas sin tirarme a su yugular. La conversación sobre nuestras vivencias, continuó fluyendo como si nos conociéramos de toda la vida.

—Pilar anda brujuleando a ver si consigue un proyecto de una envergadura tal, que nos colapsaría el estudio por casi cinco años. Ya es casi nuestro, un complejo hotelero de vacaciones, con termas-balneario, club de golf y parque temático.

—¡Joder, cómo suena eso!

—Imagina. No es sólo lo mucho que se puede disfrutar trabajando algo así, es que mientras dure, tendríamos asegurada una buena entrada de dinero sin preocupaciones y sin estrecheces. —En mitad del bullicio del pub, con un grupo de ingleses dando alaridos futboleros a nuestras espaldas, Alberto se me escapaba, retrepándose hacia atrás en su taburete. Yo para compensar, me echaba cada vez más adelante, buscando su oreja. De otro modo, no había forma humana de que me entendiese.

—Tú sí tienes un trabajo que merece la pena. Yo... Me temo que no he encontrado mi sitio aún —se quejó lacónico. Quise consolarlo.

—Bueno, todos damos tumbos en esta vida. Unos más, otros menos, pero al final siempre encajas en tu hueco. Mi madre dice que siempre hay un tiesto para cada maceta.

—Qué ocurrente... La mía no es tan graciosa. Será que como somos del norte...

—¿Y vivís en Málaga?

—Desde que a mi padre lo trasladaron hace medio siglo. Ya están jubilados los dos —me explicó bebiendo un enorme trago de su whisky.

—Supongo que estará encantada con tener a su niño de nuevo en casa, me refiero a tu madre.

Alberto enarcó las cejas y puso cara de espanto.

—Ni de coña. Creo que se avergüenza. Dice que tengo más años que el Alcoyano, que ya podía disponer de mi propia casa... —De nuevo se empañó su mirada—. Dice un montón de cosas y ninguna buena. Yo disponer, disponía, me cago en la mar, pero se la quedó Gio. A pesar de todos los miles de euros que metí en reformas, hoy no tengo donde caerme muerto.

Vi peligrar la velada si nos daba la vena sensiblera y nos echábamos a llorar. Yo también había perdido la mitad de mis pertenencias al escapar de la casa que compartía con el traidor de mi ex, cual fugitiva en la noche. Pero había procurado no volver a acordarme de ellas. No iba a obligar a Alberto a pensar lo mismo, pero haría bien pasando la escoba por aquellos rincones mentales tan colmados de suciedad, o no avanzaría. Pedí otras dos copas y le metí el vaso de tubo por delante de las narices.

—¡A animarse, venga! ¡Que te quiero ver! Vamos a brindar por una vida nueva, llena de maravillosos momentos, lejos de esos atufados que no han sabido apreciarnos. —Levanté mi gin-tonic— ¿Qué les den?

—Que les den —convino él con una sonrisa.

Fue dar un trago, bueno en su caso fue media copa del tirón, y llamarme Juana. Misión cumplida, DNI materno a buen recaudo en el bolso, y venían de camino. Su primo gay resultó ser un encanto, acabamos en Chueca bailando y nos reímos hasta hacernos pis.

5. Te Veas En Una Carretera Nueva, Mete Primera Y Acelera

La noche siguiente sí fue posible salir a cenar todos juntos. Y fue estupendo. Rafi, el primo de Juana, conocía mil y un sitios originales para probar y acabamos decidiéndonos por un vegetariano que resultó ser la perdición de los sentidos. Yo berreaba con la carta en la mano, suplicando para que me dejaran probar todos y cada uno de los platos que anunciaban. Leía miel, rúcula, croquetas de piñones, ensaladas de queso de cabra con frutos secos y salsas naturales elaboradas con frambuesas...

—Me encantan las mujeres que disfrutan comiendo. Gio era un coñazo, todo el tiempo con la dieta, calculando calorías.

—¿Perdón? —irrumpió Juana con poca o ninguna diplomacia— ¿Has dicho, quién?

—Gio, mi ex.

—No la conocemos —replicó cortante—. Ni la queremos conocer. —Yo enrojecí de vergüenza ajena. Juana sin embargo, le sostuvo unos segundos la mirada a Alberto, en una especie de duelo. Parecía que él se pensaba cómo tomarse la frase. Finalmente se lo tomó de la mejor forma imaginable.

—Tienes toda la razón, nadie la ha invitado a cenar esta noche.

—Pues eso, tengamos la fiesta en paz —puntualizó Juana con muy mala leche y un brillito malvado en los ojos que yo me conocía de sobra.

—Apurad, apurad, que nos vamos a tomar las copas en un sitio que acaban de abrir que es la pera. —La aguda vocecilla de Rafi entró cortando tensiones como un cuchillo bien afilado.

—Yo repetiría postre —aseguré chupándome un dedo cubierto de melaza.

—De eso nada, estás demasiado guapa como para mustiarte detrás de una mesa. A bailar, niña, a menear el esqueleto y a pillarnos una buena cogorza —decidió Rafi poniéndose en pie y dando dos palmadas.

Nos faltó tiempo para pagar y salir de estampida. Lloviznaba ligeramente pero íbamos de tan buen humor que a nadie le importó un comino.

El local en cuestión era realmente *cool*. Las paredes de color ciruela con ramalazos de plata pura. Del techo plagado de filigranas barrocas, colgaban arañas de cristal de roca centelleantes. El espacio lo cubrían decenas de sofás

sinuosos, tapizados en piel de pelo negro azabache con mesitas de cristal delante. Los cuatro corrimos a ocupar una libre, antes de que fuera demasiado tarde. Una marabunta se apretaba en la puerta, loca por traspasar el umbral y ponerse ciega a cubatas.

—Lo malo de vivir en un pueblo, por muy de costa y muy chulo que sea, que el nuestro lo es, es que lugares como estos, no se estilan —comenté admirando los alrededores.

—No hay color, mona, aquí tienes de todo, teatro, marcha, ambiente... —rumió Rafi encandilado con los ojos de Alberto—. ¿No os habéis planteado una mudanza rapidita?

Me eché las manos a la cabeza.

—Calla, calla, ni se te ocurra. Con lo tranquilo que se vive en el sur de esta España nuestra —me espeluzné.

—Pues tú te has movido bastante por la capital, según tengo entendido, fuiste modelo y de las buenas —punzó Rafi con su mijita de mala uva. Me quedé mirando a Juana con cara de asesina en serie. Nadie más que ella había podido irse de la lengua con un asunto que me gustaba mantener oculto.

—¿Modelo? —se sorprendió Alberto. Yo hice como si no lo oyera.

—Madrid está de puta madre, para escaparse. Vivir de seguido, como que no, Rafi, lo siento.

—¡Pidamos unas copas, tengo una garganta que se abrasa! —propuso a gritos Juana, consciente de su metedura de pata.

En un plis tuvimos el sobre de cristal de nuestra mesa atiborrado de vasos y refrescos. Juana y su primo se enfrascaron en una conversación profunda que empezó destripando al jefe inmediato de él y pasó a las múltiples enfermedades de la madre de ella. Embebida por la charla, mi amiga terminó dándome la espalda. Alberto y yo, tomamos nuestra propia parrafada, espontánea y natural, como la noche anterior.

—¡Vamos a bailar! —Decirlo, agarrarme la mano y tirar de mí, fue todo una. Le seguí a trompicones entre la gente, sin saber a ciencia cierta dónde se encontraba la pista. Tronaba una versión disco del “*Hero*” de Bonnie Tayler.

Localizamos una zona con suelo de espejos brillantes, donde una pelotera de gente achispada se contorsionaba con los ojos semicerrados. Alberto me soltó con un impulso que me hizo girar sobre mis talones y quedar frente a él. Tampoco pude evitarlo: mi boca quedó atrapada entre sus labios con una fogosidad impensable.

Tanto tiempo besando al mismo hombre, incluso cuando el fuego se había

consumido entre nosotros y ya solo nos quedaba el cariño, el respeto y poco más, me había hecho olvidar qué se siente al ser bien besada o cuando de verdad lo ansías. Como más tarde me planteé, Alberto no era ningún reto para mí, ni siquiera estaba segura de querer emprender una aventura y lo encontraba atractivo pero no temblaba al rozarme con él. Quiero decir que si todo aquello del deseo contenido aún no se había cocido, debía deducir que el tío besaba que te cagas. Sí, eso era.

Era, porque estuvimos enganchados más de veinte minutos, lo juro por la cobertura de mi móvil. La calentura iba creciendo y subiéndome de la punta de los pies a las orejas, deteniéndose peligrosamente en la entrepierna. Sus manos recorrían mi cintura, mi espalda y mi trasero con una avidez que me conmovió. Los movimientos parecían ensayados, todo encajaba con una radical perfección. Y cuando digo todo, me refiero a todo. Cuando nos dio la gana de separarnos, media pista incluido el Dj, estaban ojipláticos mirándonos como quien paga en un Peep Show. Me dio por reírme.

—Ese debe estar haciéndose una paja debajo de la mesa de mezclas — aseguró Alberto refiriéndose al pinchadiscos y a su hilillo de baba.

Tras el interminable beso, no se distanció demasiado y mantuvo su nariz en el hueco de mi oreja, aspirando mi aroma como si la vida se le fuera en ello. Me ardían los labios y el tacto y la presión de sus fuertes manos sobre mis costados, me ponían a cien. Una nueva yo acababa de despertar y lo había hecho a todo gas, porque me llamaban la gamberrada, el salvajismo, el mandar a hacer puñetas mi compostura acostumbrada y el dejarme llevar a lo bestia.

¿Iba a ser Alberto quien condujese mi Ferrari?

La noche anterior nos habíamos despedido con un casto beso en la mejilla y veinticuatro horas más tarde habíamos estado a punto de devorarnos en público. Esa noche me acompañó al ascensor del hotel y me dijo adiós con una dulce caricia en los labios. Juana y yo regresábamos a Málaga el día siguiente y él permanecía aún dos días con su hermana. Quedamos en vernos en el sur.

—Dime que no me engañas —supliqué ahogando un gemido—. Dime que esto es verdad.

—Pura y verdadera, socia —chilló Pilar sin perder los estribos, pero con los ojos encharcados en lágrimas de emoción—. El proyecto es nuestro. El

cliente vendrá a vernos hoy mismo con un par de inversores. He programado la reunión para las... — consultó su reloj de pulsera— cuatro de la tarde. Lo aderezaremos con un café.

Me puse a dar saltos y a corretear por todo el estudio. Por fortuna, la secretaria la teníamos en la calle haciendo gestiones, si no, habría pensado en llamar a los loqueros.

—Eso quiere decir... —la miré ilusionada y dando palmitas como una cría.

—Que en el próximo lustro no tendremos que preocuparnos por quién llama a esa puerta.

Di otro par de brincos y me paré porque los tacones me estaban jodiendo los pies.

—¡Pilar, Pilarita, qué feliz soy...! Voy a proyectar un hotel que ni las Torres Petronas, te lo juro. —Posé mi culete en el silloncito confidente y me abalancé sobre su mesa—. Mira por donde, el asqueroso de mi ex creía que me dejaba hundida en la miseria y marchó mejor que nunca: Alberto, el proyecto...

—Vuelve hoy de Madrid ¿no? —asentí con un cabezazo— Pareces una quinceañera enamorada —me sonrió. Me quiere una barbaridad.

—Enamorada no, pero entusiasmada, mucho —la corregí—. Vuelvo a sentir mariposillas en el estómago y es genial.

—Pues no te me desmadres ni te me despistes demasiado, ahora el cliente nos necesita con los cinco sentidos alerta. Ni te imaginas lo que nos jugamos a nivel reputación.

La reprendí con la mirada y comedí mi excitación para demostrarle que también sé ser fría y profesional.

—Lo entiendo perfectamente, Pilar, no soy gilipollas. ¡El mundo entero hablará de nosotras! —volví a chillar enloquecida. Mi socia se tapó las orejas con las manos y miro al techo.

—Locatis...

—Tengo una idea para el parque temático. —Apoyé las dos manos sobre su mesa y le clavé una mirada interesantona—. Se lo propongo hoy mismo: Canción de Hielo y Fuego.

A Pilar se le descolgó la boca, en plan belfo.

—¿Canción de...?

—Yessss —confirmé—. En Europa. Adelantándonos a lo que seguro, vendrá. Las atracciones y construcciones del parque se basarían en los mundos

creados por R.R. Martin, los castillos, los personajes, la Ciudadela de los secretos, dragones, los distintos reinos...

—¡Qué infantilada! Me da vergüenza estar presente... —recriminó Pilar sabiendo que cuando algo se me mete entre ceja y ceja llega hasta la meta.

Hice como si no la oyera.

—La gente podrá hospedarse en los castillos de las principales casas de la serie: Invernalía, la fortaleza roja, Rocadragón, Roca Casterly... Y el hotel principal, debe participar de ese aire mágico pero con una rotunda nota de funcionalidad. Se llamará Árbol Arciano. El estilo Gaudí sería perfecto para el diseño...

Pilar entrecerró los ojos y me observó con el trocito de pupila que quedaba a la vista.

—No suena nada mal...

—Vámonos de celebración. —En un arranque, cogí al vuelo mi bolso—. De comilona, socia, con dos buenas botellas de Rivera del Duero. Nos ha tocado la lotería, esto no pasa a diario.

—Ni lo sueñes. Hay mucho que preparar antes de las cuatro, nos toca picotear algo que nos suban de la cafetería, deberíamos dibujar unos esbozos, listar las propuestas, ordenar los datos de qué disponemos y relacionar los que aún quedan por entregar al cliente... —Ya andaba perdida entre sus papelotes.

—*Andaaaaa*, por *faaaaa* —Le hice un puchero por si la ablandaba, pero se mantuvo impasible. En cuestión de firmeza, Pilar hace honor a su nombre y “hormigón” debería ser su apellido.

La perspectiva de no comer y posponer la celebración, no me afectó tanto como me temía. Por si tuviese poco para bailar de alegría, me llamó Alberto. Tenía una voz tan sexi por teléfono, que temblé toda.

—Voy de camino. No puedo esperar a abrazarte —se confesó nada más certificar que yo era yo.

—También me muero por verte —me dejé ir con un desmedido entusiasmo, culpa de proyecto— ¡Adivina!

—Has reservado la tarde completita para mí —intentó.

—¡Huy, frío, frío! El proyecto del parque temático, el hotel, residencial de vacaciones... —insinué con voz sugerente.

—¡No! —gritó emocionado.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Es nuestroooo!

—Nena... no sé qué decir... Es algo muy gordo... —exclamó aún eufórico.

—¡El gordo de navidad, Alberto, no lo sabes tú bien! —Los piececillos se me movían solos.

—Vamos a cenar esta noche, hay que celebrarlo. A mojar ese parque temático sin tardanza.

Meneé la cabeza contenta. Era mucho más parecido a mí que Pilar, y con ella llevaba ya tres años. ¿Hasta dónde podía llegar con Alberto?

—Buenísima idea, acepto.

—Paso a recogerte a las nueve.

—Yo volví a estar de acuerdo.

6. Nunca Es Mal Día Para Volver A Empezar, Insisto

—¿Juego de Tronos? ¡Me parece una idea cojonuda!

—¿A que sí? Al cliente también se lo ha parecido. Sólo uno de los inversores no estaba muy por la labor al principio, pero le di un par de razones —no sé por qué en ese momento Alberto me miró las tetas sin ningún disimulo— y de repente lo vio todo rosa. Pilar flipaba. Esa historia río ha sido capaz de atraer millones de lectores en todas las lenguas y se han sumergido en su mundo, gente de todas las edades y condición. De momento seríamos los primeros en Europa en disponer de un parque temático inspirado en su mundo mágico y con el buen tiempo que gastamos en Málaga, la explotación estaría asegurada prácticamente los trescientos sesenta y cinco días del año. —Me llevé el tenedor a la boca aunque no tenía ni rastro de apetito. Es lo que me pasa cuando una idea me arrebatada, que no pienso en nada más—. Lo menos que podemos hacer después de haber perdido Euro Disney por exquisitos, es ponernos las pilas y ser pioneros en esto...

Cuando reparé, Alberto analizaba cada rasgo de mi rostro, con los codos apoyados en la mesa y la cara entre las manos. Parecía estar contemplando kilo y medio de donuts recién hechos. Tenía la sonrisa más seductora que había visto jamás y una perfección dental que escamaba y, olía a pastizal en el dentista. Me quedé cortada.

—¿Pasa algo?

—Pasa que me quedo embobado oyéndote hablar —dijo meloso. Luego recapacitó y recuperó el aplomo—. Me gusta como cuentas las cosas y estás tan llena de entusiasmo y de vida... Es como oír hablar a mi hija Ana.

Teniendo en cuenta que Ana tenía tres años, no supe si tomármelo como un halago o justo lo contrario, pero se le notaba lo mucho que la adoraba, de modo que la comparación no podía ser ningún insulto.

—De verdad creo que las cosas hay que acometerlas con el corazón —reconocí bajando la voz—. Para mí este proyecto no es simplemente trabajo —me aproximé a él por encima de la mesa y susurré—: soy fan de Canción de Hielo y Fuego desde que la descubrí, cumplidos los veintidós.

—Eso lo explica todo —rió Alberto apurando su cerveza y ordenando

otras dos.

—No, no para mí, tengo que volver a la oficina... —Lo frené figurándome la cara de Pilar si me veía llegar borracha.

—Son las diez de la noche, Victoria, no me digas que has quedado para trabajar —se horrorizó mi acompañante.

—Es que Pilar...

—Os veréis mañana. —Negó enérgico con la cabeza—. Anda pásame el teléfono, que yo me encargo de convencerla.

—Pero... —vacilé.

—Esta noche me perteneces. —Me clavó unos ojazos tan negros y brillantes como las piedras de mi anillo de ónix—. Ya va siendo hora.

No sé por qué, el vientre me dio un tumbo al oír eso y le pasé el móvil a toda velocidad con el número de Pilar, ya parpadeando en pantalla. Sin perder la sonrisa, Alberto pulsó la tecla. Realmente, no creí que le echase tanta cara.

—No, no soy Victoria, Pilar, soy Alberto. Hola, encantado. Victoria me ha hablado mucho de ti —¡Mentiroso! Para compensar, me guiñó un ojo— Mira, te llamo para comunicarte que esta chica estará ocupada las próximas diez horas y lo de irse a trabajar, va a ser que no. Acabo de llegar de Madrid y no la cambio por ningún partido de fútbol. Me comprendes ¿verdad? Te prometo que mañana la tienes fresca como una rosa, a primera hora en el estudio. Vale, lo mismo para ti. Oye, Pilar..., que gracias.

Me quedé mirándolo boquiabierto. Él cerró el teléfono con parsimonia y me lo devolvió con una mueca misteriosa.

—¿Ha dicho que sí?

—Por supuesto —arremetió contra la cerveza helada.

—¿Así, tan fácil? —No me lo podía creer.

—Ya lo has oído. Mañana será otro día y esta noche, tú y yo, nos vamos a tomar unas copas con tranquilidad —planeó con tono dulzón.

Yo con un par de cañas, ya estaba más que contentuela. Pronto me daría el cariñoso, o sea, el momento de la velada en que me lío a besos con todo quisqui, incluidos los camareros. La perspectiva de seguir metiéndome alcohol en vena, no me resultaba del todo atractiva.

—Si quieres, podemos tomar la penúltima en mi casa. Mañana tengo que madrugar, lo has prometido —le recordé. Alberto chasqueó los dedos como fastidiado.

—¡Vaya por Dios!

Pero aceptó, vaya si aceptó. Fuimos cada uno en su coche hasta la entrada

de mi urbanización donde él aparcó y se pasó al mío, que encajó directo en su cuadrado del garaje. Sentía una clara opresión en la boca del estómago que no tenía nada que ver con la cena. ¡Estaba nerviosa! ¡A mis años y estaba jodidamente nerviosa! Al menos, recordaba haber dejado el apartamento immaculado, limpio y ordenado, aunque algo me decía que a Alberto le importaría un pimiento.

Me besó apasionadamente en el ascensor y volví a sentir aquel cosquilleo insano por debajo del ombligo. Me restregué contra su cuerpo y un bulto erecto y duro a la altura de la entrepierna, me vino a recibir. La cosa se ponía seria. Me percaté de lo histérica que estaba, cuando metí tres veces la llave equivocada en la cerradura. Por fin quiso el cielo que acertase y encendí la luz del recibidor.

—¡Qué bien huele esta casa! —exclamó Alberto nada más poner el pie fuera del felpudo de “*Welcome*”. Era la primera vez que alguien apreciaba los efluvios de mi vivienda.

—Pasa, por favor, ponte cómodo y sírvete una copa —lo animé soltando el bolso y el abrigo en el perchero de la entrada. El brazo de madera, sobrecargado, soltó un quejido. Le rogué en silencio que no eligiese precisamente aquel momento para hacerse añicos.

Mi invitado se quedó de pie, digo yo que estudiando la distribución de los muebles de mi salón. Una sonrisa enorme le partía en dos la cara. Era atractivo cuando se ponía serio pero cuando enseñaba aquellos dientes perfectos en el marco de su rostro bronceado, viraba a irresistible.

—¿Qué tomas? —quiso saber pegado ya, al mueble bar.

—Ponme un gin-tonic, pero cortito, por favor, ya sabes lo que me espera mañana. —Y como no sabía qué hacer con mis nervios y tampoco me iba a escapar al baño como las gilis de las películas americanas, agregué—. Voy a la cocina a por unas aceitunas.

—Mejor si las tienes *aliñás* —me pidió desde el salón.

—Lo siento, solo te doy a elegir con hueso o sin hueso. —Rebusqué frenética por los armaritos pero las putas aceitunas se empeñaban en no aparecer. Inteligentemente, opté por un sustitutivo aceptable—. ¿Qué te parece si... —Salí al salón con una fuente en la mano y me lo encontré en pelota picada, tumbado en el sofá, con la copa en la mano, mirándome picarón— ... nos comemos unas patatas fritas? —acabé estupefacta.

—Creo que prefiero comerme otras cositas —aventuró agarrando la esquina de mi falda, dando un tirón. Porque perpleja y todo, yo había seguido

moviéndome en su dirección.

Me puse del color de las remolachas. O yo había perdido fuelle y costumbre, o Alberto le echaba más cara que espalda y no se cortaba un pelo. Su desinhibición fue mi vergüenza.

—Vamos al dormitorio —susurré algo confusa, como si estuviese viviendo el sueño de otro.

—Pues deja las patatas sobre la mesa —me indicó poniéndose en pie y arrebatándomelas de las manos. Pero se quedó en intento fallido.

Algo me petrificó tal que una ráfaga de magia. No controlé el arco que mis ojos dibujaron hacia su “armamento”, ni el que se clavaran cual dardos venenosos. No me dio la gana soltar la ensaladera llena de patatas fritas. Alberto trató de quitármela, pero sin pretenderlo, me descubrí resistiéndome a la fuerza. Era como si la hubiesen soldado a mis palmas sin mi permiso. Él pegó un tirón. Yo, otro en dirección contraria. Alberto aplicó la fuerza de las dos manos; yo me aferré como si me fuese la vida en ello. Mi invitado finalmente pareció rendirse y me miró interrogante.

—¿Tienes hambre? ¿Piensas llevártelas a la cama?

La solté de sopetón sin contestar siquiera. Estaba catatónica. Mi gozo en un pozo. Había sido levantarse y desmoronarse mis expectativas. ¿Aquello que tenía entre las piernas era todo lo que había? ¿Aquel gusanito diminuto e indefenso? ¿Eso es lo que se me había empotrado sin misericordia en el ascensor? ¡Vaya chasco, si casi tenía que usar la lupa para distinguirla! Alberto no se turbó ni perdió un ápice de su aplomo, pese a mi patente decepción. Pareciera que todo cuanto quería era recuperar el bol de patatas. ¡Pues hala, majo, ya las tienes!

—¿No habías dicho algo de ir al dormitorio? Lo digo porque me enseñes los muebles y tal —bromeó—, para cuando tenga posibles y me compre un piso... Mis padres te lo agradecerán en el alma...

—Sí... Vamos —balbuceé aturdida y llorosa. Tanto tiempo esperando para aquello... Menuda mala suerte...

Me empujó sutilmente por el corredor, como si adivinase dónde dormía yo cada noche, solita y a pierna suelta, a salvo de desilusiones sexuales como la que se avecinaba. Sorprendentemente, se liberó de la fuente de patatas fritas para apoyar ambas manos en mi sinuosa cadera. Conforme avanzábamos, mi calenturienta imaginación no dejaba de pensar en la liliputiense cosita, bamboleándose y pendulando de un lado a otro, pidiendo guerra. Debí de ponerme vercosa.

Fue ver la cama y pegar un salto mortal que lo situó justo en el centro. Sonreí tensa y me dispuse a desnudarme, con poca emoción y nulo entusiasmo. Los ojos se me iban solos hacia su fondillo y la boca se me secaba.

Pero eran ya muchos meses de sequía, y yo esa noche follaba. ¡Vaya si follaba! Por arriba, por abajo, con pene o a lengüetazo limpio, pero consumaría por encima de mi cadáver muerto. Alberto era seductor, atrayente, se parecía a Robert Redford en moreno y gozaba de un envidiable sentido del humor. Yo le parecía preciosa y mostraba un frenesí difícil de igualar. No me lo pensé más y me arrojé a su lado, apretando los párpados para no ver “aquello”. En cuanto me zampó el primer beso, perdí el conocimiento.

No sé si fueron minutos u horas, pero el episodio de la pista de baile madrileña se repitió con mayor intensidad si cabe, la que conllevaba el roce permanente de nuestros cuerpos y nuestras pieles ansiosas y cálidas; puede que especialmente la mía. Casi había olvidado lo rico que sabe “el tema” y lo mucho que yo disfruto practicando. Presa de la pasión, alargué una mano hacia sus muslos y me topé con una tranca insospechada. Tanto fue así, que me vi forzada a abrir los ojos y resbalar hasta encontrarla.

¿Multiplicada por diez sería suficientemente gráfico?

Con razón no parecía turbado el *hijofruta*, con razón se le veía prepotente, relajado y orgulloso a pesar de la miniatura japonesa que llevaba entre las piernas, con razón se movía con tanta soltura... Sólo él sabía lo que aquello era capaz de dar de sí. Hay un refrán que reza: “parece mentira lo que la picha estira”. Por mis muelas que desde ese día hasta mi muerte, lo defendería a ultranza. Yo como testigo, daba fe.

Sin embargo, volví a pasarme de optimista. En cuanto tanteé aquello, había echado las campanas al vuelo, convencida de que me transportaría al Nirvana. Quía. Él se lo pasó de lo lindo a juzgar por cómo se retorció y gemía y hasta reía, pero yo... Yo me quedé a dos velas. Me refiero en exclusiva al tema “orgasmo”, disfrutar, disfruté... de su compañía... La que no se consuela es porque no quiere.

Luego se fumó su cigarrito de rigor y yo, para no ser menos, encendí otro. Ya parecíamos una escena típica de película mala. Pero su arrolladora simpatía podía con todo. Me rodeó los hombros con su brazo y me atrajo hacia sí, aunque yo estaba más preocupada porque la ceniza de su pitillo no chamuscara mis maravillosas sábanas de hilo egipcio.

—Voy a hacerte una confesión —me susurró al oído—. Luego negaré habértelo dicho. Ni bajo tortura, ni aunque me despellejen vivo, por estas. —

Formó un aspa con los dos índices y se los besó—. Me lo he pasado mejor que nunca.

¿Para eso tanta parafernalia? Si ya se lo había notado, ya, no hacían falta golpes de pecho. Esgrimí mi reconocida generosidad y me olvidé de que yo me había quedado con la miel en los labios. Me encantaba que me dijese lo mucho que había disfrutado, un hombre como él, con tantas mujeres a su disposición y una evidentemente nutrida vida sexual. Más que yo al menos, que pese a mis posibilidades, había decidido marchitarme durante diez años, a la vera de un mendrugo que no me merecía.

—Me alegro, me alegro mucho —repuse con toda sinceridad.

—¿Y tú, qué tal?

¡Ayyyyyyyyyy! ¡La pregunta del millón! Por lo menos el tío se preocupaba y no daba por hecho que me había echado el polvo del siglo... Algo era algo.

—Fenomenal, genial —mentí. Y suspiré.

Él me apretó el hombro satisfecho y yo me juré que la cosa mejoraría.

Total, que alguien me diga qué primera vez se salva.

7. Todo Se Forja Poco A Poco, Se Fortifica, Crece. También Las Relaciones

LA NOCHE SE ALARGÓ Y SE ALARGÓ Y SE ALARGÓ, porque Alberto no mostraba ninguna prisa por irse a su casa. Bueno, corrijo, a casa de sus papis. Y con la exaltación propia de la situación, no debió de acordarse del día maratónico que me esperaba a mí desde la mañana, de modo que serían casi las cinco cuando me atreví a sugerir:

—Quizá deberíamos dejar los chistes para otra ocasión y dormir un poco... Ya sabes, el proyecto, mis obligaciones para con el estudio...

Pareció caerse de lo alto del armario. Abrió unos ojos como platos y se palmeó la frente.

—¡Ostias! ¡Pero cómo no me lo has dicho antes! —Saltó de la cama y ya no me ofendió ver al enanito que escondía un gigantón en su interior. Hasta me pareció gracioso—. Me marchó, me marchó, me voy... ¡Joder qué tarde! —chilló a la pata coja introduciéndose en los pantalones.

—Tranquilo, hombre... —me vi forzada a decir al notar lo tan abochornado. Pero lo cierto es que mis párpados no se sostenían en pie.

—Te llamo mañana, no te muevas chiquitina —me besó precipitadamente en los labios y salió de estampida por el pasillo. Debió coger sus llaves y otras cosillas del salón y cruzó la puerta cerrándola a su espalda.

Me despatarré en la cama y en menos de un segundo, estaba profundamente sopa.

—Vaya ojeras que traes, guapa —me recriminó Pilar con esa mirada de señorita Rottenmeier que se le pone cuando le da por regañar—. Me figuro que la noche ha sido de circo...

—*Envidiosaaaaa* —me reí. Pero era penosamente cierto. Me dolía hasta el carnet de identidad.

—No es por aguarle la fiesta, pero sería mejor que durante la semana te olvidases de trasnochar.

—Pilar, era nuestra primera noche, no podía negarme —expliqué innecesariamente, porque mi socia no iba a ceder.

—Nos jugamos mucho en este proyecto, es un milagro que nos hayan

elegido, no somos más que un pequeño estudio sin renombre en un pueblo turístico y sin varón en la placa de la puerta, que nos dé soporte en este mundo machista de la construcción. Dos perfectas desconocidas que han tenido la gran suerte de caerles en gracia a un potentado de las finanzas, que nos va a hacer inmensamente ricas. —Su tono era tan frío y profesional que por un momento creí que no era ella la que hablaba. Al ver que la reprimenda me había dejado muda, se retrepó en su sillón—. No tenemos que acostarnos con ellos pero tampoco será gratis. —Se estiró sobre la mesa y acercó su nariz a la mía—. Esto hay que currárselo, Victoria. Si dicen mañana, tendremos las cosas preparadas para ayer, nos anticiparemos a sus necesidades, a sus deseos e incluso a sus caprichos.

—Expuesto así, tan crudamente, casi me arrepiento de haber aceptado —gemí asustada.

—No digas tonterías. Tú eres capaz de sacar esto adelante. Si lo sabré yo... Sólo tienes que ponerte a ello y dejarte de gilipolleces campestres. —Volvió a la verticalidad en su asiento y me sonrió pragmática.

A mí se me había arrugado la boca del estómago y tenía un nudo marinero en el duodeno. Para Pilar, enamorarse era una gilipollez. Captado.

—No sé... supongo que tienes razón. Estoy tan cansada que no pienso con claridad —me froté las sienes—. Pero era nuestra primera noche de pasión —insistí con deje lastimero.

Parece que doña muro de Berlín se ablandó un poquito. Me miró con ojos húmedos.

—Y ya que nos ha fastidiado la mañana de trabajo, supongo que por lo menos habrá valido la pena ¿no? ¿Qué tal?

—Bien, bien, muy bien... —afirmé con excesiva y sospechosa premura. Pilar me examinó suspicaz—. Lo siento, tengo mucho sueño ¿qué tal un café doble con algo de leche?

Mi amiga se puso en pie. Pensé que me daría dos tortas, pero no. Se ve que venía benevolente.

—Mejor te tumbas a la bartola en el sofá de la sala de espera, aprovechando que no hay nadie. Yo bajaré a la cafetería y te traeré un capuchino de esos que tanto te gustan. Si eres capaz de resucitar, aún hay esperanzas de preparar unos bocetos para el cliente.

—Yo sabía que te quería por algo —Di un brinco y busqué con brújula el sofá.

—Enseguida vuelvo. —Se colocó el abrigo, tomó su bolso y salió del

despacho dejándome en la más absoluta y serena soledad.

Me acoplé como pude en el sofá de terciopelo rojo y disfruté de un sueño reparador de casi cuarenta minutos. Suficiente para ponerme las pilas. El reposo sumado a la caféina, hizo maravillas en mis ojeras deslucidas. En menos que canta un gallo, lucía esplendorosa como si me hubiera ido a la cama a la hora de los Loonies. Me levanté, sacudí la melena y me prometí a mí misma que aquella noche no le robaría tiempo a Morfeo y que de ahí en adelante, me centraría en el proyecto con ferocidad leonina.

Parece ser que mi móvil, aprovechando mi cabezadita, siguió currando, porque tenía mi buena ristra de mensajes. Dos especialmente halagadores, eran de mi chico:

“Me estoy enamorando de ti como nunca en la vida”

Y el siguiente:

“Y déjame trabajar, porque ando atontado, sólo pienso en ti”

Se me hizo el culo PepsiCola. No podía ser de otro modo. ¿A qué chica en sus cabales no le hubiese ocurrido otro tanto? No medité que hablar de enamoramiento era repentino y precipitado, que podía tratarse de una mera burbuja de ilusión. O peor aún, podía ser signo externo inequívoco, de la necesidad de afecto que consumía a Alberto. ¿Quién no lo habría deducido después de su traumática experiencia?

¡Adivinaste! Yo.

Yo no lo deduje. Pensé que era fabuloso que un chico guapo estuviera tan colado por mis huesitos y que si no aprovechaba la oportunidad, es que era tonta de remate.

Ligeramente distraída y con muchos pájaros en la cabeza, soporté una estoica jornada junto a Pilar, al pie del cañón como si nada. Creo que mi compañera no tuvo queja. Cuando ya recogíamos los bártulos bostezando, sonó mi teléfono.

—Cielos, qué horas, no me he dado ni cuenta de que se pasaba la tarde —le comenté a Pilar mientras descolgaba— ¿Diga?

—¿Cómo está lo más bonito de Marbella, España y parte del extranjero?
—Era Alberto.

—¿Perdona? Creo que te has quedado muy corto —rezongué alegre.

—Tienes razón, Marbella, la Vía Láctea y... ¿Qué coño le sigue?

—El espacio infinito sideral. ¿Qué tal tu día?

—Lleno de batas blancas, espantosamente aburrido. Oye... Vente para Málaga —me pidió.

—¿Ahora, esta noche? —Parpadeé anonadada. Pensé que me llamaría, tontearíamos un rato y se acabó, pero no, por lo visto tenía planes. Y esos planes me incluían.

—Claro que sí. Tengo pensada una velada formidable, mira, escucha...

Ya se estaba embalando. Miré de reojo a Pilar, que con los labios apretados cual línea de fuego, recogía documentos y enrollaba planos con una eficiencia familiar. Cualquiera le pedía consejo, era capaz de devorarme entera. Decidí hacer de tripas corazón y cortarle el paso a mi gallardo caballero, aguantarme las ganas de verlo.

—Alberto... No va a poder ser. Tengo que estar muy temprano en el estudio, mañana hay varias reuniones importantísimas —mentí cual bellaca, por ver si de la falsedad sacaba la fortaleza que me fallaba para rechazarlo.

—¿Vas a decirle que no a un campero con cerveza en lata sentaditos en la playa de Pedregalejo? Te recuerdo que hay luna llena —añadió sugerente.

Para los que no lo sepan, un campero es un bocata especial, típico de Málaga, consistente en un bollo harinoso, tiernísimo, blanco y redondo de nombre mollete, tostadito con jamón cocido, queso, lechuga, tomate y mayonesa. Una delicia para el paladar, capaz de resucitar a un difunto. La triste ensalada del medio día, me dio un vuelco cruel en la punta del pie, adonde debía estar alojada ya a aquellas horas tardías de la jornada.

—*Jooooooooo* —dije con el corazón oprimido—. Eso es chantaje, no vale.

—Tenía preparado el *iPod* de cuando jovencillo, para amenizar la cena con música de la buena. Luis Miguel, los italianos y Julio Iglesias, baladas románticas clásicas ¿qué te parece? —insistió en lugar de apiadarse de mí.

Respiré hondo antes de responder.

—Me parece que no va a poder ser. No quiere decir que no me guste el plan, me parece una pasada —califiqué con atropello—, sólo te pido que lo pospongamos hasta el fin de semana, porque ando muy liada y son sesenta kilómetros de ida y otros tantos de vuelta.

Esperé que lo comprendiera, pero obtuve silencio al otro lado de la línea. Temí que se hubiese ofendido.

—Alberto...

—No, si lo entiendo —replicó hosco—. Es que me había hecho tantas ilusiones... lo he preparado todo para ti...

—Es que mi socia va a matarme —me justifiqué echándole el muerto a la de al lado. Denigrante, lo sé.

—¿No eres ya muy mayorcita para permitir que tu amiga te controle la

vida? —Jolines, parece que no había hecho sino empeorar.

—¿A qué hora suena tu despertador? —pregunté por desviar el asunto. La pregunta parece que lo cogió de improviso.

—No tengo hora... quiero decir, las visitas las empiezas a la hora que quieras...

—Yo tengo que estar aquí a las nueve sin falta, vestida, peinada y maquillada. Y con la neurona lo suficientemente despierta como para no meter la pata y diseñar un escobero en lugar de un aseo. —Me carcajeé, desesperada por sacarlo del mutismo terrible en que se había sumido. Funcionó. Recuperó su vitalidad acostumbrada.

—Bueno, de acuerdo, princesa, si es eso lo que quieres. Iré yo a verte —zanjó la charla—. En un rato estoy en tu casa, prepara cerveza fría que los camperos vienen conmigo.

Y me colgó. Me quedé de pie con el móvil en la mano y cara de ida. Mi intención era negarme a otra cosa que no fuese una cena ligera en la alegre soledad de mi apartamento e irme a la cama a recuperar el sueño perdido, con una buena capa de crema nutritiva, de un dedo de espesor. Pero después de desbaratarle el plan de la playa y si era cierto que había comprado los bocadillos ¿cómo demonios iba a desairarlo si el pobre chico se ofrecía a conducir ciento veinte kilómetros con un Saab de quince años, por estar conmigo?

Me despedí de Pilar de prisa y corriendo, y volé al súper más cercano a comprar cerveza helada. Yo de eso no suelo tener en casa.

Otra velada interminable, llena de chistes y ocurrencias, aunque los camperos al parecer, se quedaron en Málaga porque con Alberto no viajaba ni el olor. *Este chico es una caja de sorpresas*, me dije. Gracias a su insistencia, me bebí cinco cervezas y nos metimos en la cama renqueando y con una tajada del quince. Nuevamente hubo gritos y premios para el caballero y la princesa madrugadora se quedó a dos velas. No sé. Alberto era una bomba de testosterona a punto de reventar, gracioso, sugestivo y atrayente. Ni siquiera tenía ya la tara del pito invisible. ¿Qué fallaba? ¿Era yo que no me relajaba? No, debía de ser la postura, seguramente sería la postura, casi con plena seguridad, era la postura.

Cuando se marchó, cantando bajito por el olivar, como él mismo decía, el reloj de mi muñeca marcaba las cuatro y media. Me derrumbé semicomatosa sobre el colchón revuelto, sin desmaquillarme siquiera. Sin embargo y contra todo pronóstico, mi corazón palpitaba acelerado y Alberto me gustaba más a

cada rato.

8. Perder El Norte Es Tan Sencillo. Mantenerse Anclado A La Realidad, Una Proeza

La miradita de Pilar a la mañana siguiente, no tuvo nombre ni apellido. Pero yo estaba feliz. Reventada y con la vista borrosa, cierto, pero dichosa por primera vez en muchos años. Y rebelde, belicosa, dispuesta a no permitir que me gafaran mi relación. Quizá por eso pasé de largo silbando una cancioncilla de Julio Iglesias y me metí en mi despacho. Puse la radio a toda pastilla, lo cual la enfureció todavía más.

—¿Has tomado café? —Vi su cabeza asomar por la rendija de la puerta. Parecía mansa.

—Una cafetera completa, pero se aceptan más.

—Bajemos a la cafetería —propuso.

Ya ubicadas en nuestra mesa favorita, se dedicó a asaetearme con la mirada hasta que me removí incómoda. Me entraron ganas de refugiarme bajo la tostada con aceite y tomate, en vista de la reprimenda que me caería encima, pero no, Pilar se dedicó a sermonearme en plan cínico e indirecto.

—He pensado hacer una lista de las gestiones pendientes en esta primera fase del proyecto...

—No es una primera fase —la corregí—, es sólo la fase preparatoria.

—Y podemos ajustar un horario. —Me ignoró olímpicamente.

—¿Nunca te relajas, Pilar? —me sorprendí preguntando. Yo normalmente no pregunto esas cosas, porque en cuestión de trabajo, soy de las que siempre van a mil.

—Y distribuir las tareas entre las dos. Así estará todo más ordenado y sabremos bien qué ofrecerle al cliente por anticipado —reanudó como si yo no hubiese intervenido.

—Bien —acepté seca. Muy seca.

Tenía el aspecto de quien ha cumplido una misión con éxito. Mordió su pan cubierto de mermelada y se relamió el labio superior con la punta de la lengua. Me la quedé mirando esperando algo más.

—¿Ya estás contenta? —espeté.

—Ni contenta ni triste. ¿Hay algún motivo concreto por lo que deba estarlo?

—Vamos, Pilar, te mueres de ganas de echarme la bronca porque otra vez he dormido poco —la reté torciendo el gesto—. Reconócelo.

Se encogió de hombros dejándome fuera de combate.

—No es asunto mío. Si quieres echarte a perder y lucir unas ojeras como el capote de un torero, allá tú, no seré yo la mala pécora que te quite la ilusión. —Se explicó con una frialdad que me dejó muerta.

—Sabes que aunque durmiese una sola hora, los bocetos estarán a tiempo, los dibujos estarán hechos, las memorias redactadas... Todo lo tengo aquí dentro, perfectamente compartimentado. —Me señalé la cabeza con la punta del dedo.

—Lo sé —admitió—. Y si no lo están, buscaré otra persona que me ayude. Te juro por lo que más quiero que no perderé este proyecto. —Sus ojos soltaron un destello como los dientes de oro de los mafiosos. Algo se me revolvió por dentro. Y no era el café con leche.

—¿El proyecto es tan tuyo como mío! ¿He oído mal o tratas de amenazarme?

—¿Con echar a pique tu carrera? —Eché atrás la cabeza y rió— No. Ya lo haces muy bien tú solita, espero que los polvos merezcan la pena —agregó con acritud. Soltó unas monedas sobre la mesa y se levantó—. Subo al estudio. Tómate tu tiempo. Cuando regreses, tendré hecha la lista con sus fechas y la distribución de tareas.

Cabeceé para responder, incapaz de articular palabra. Tenía el desayuno convertido en una bola de acero, estrangulándome el gástrico. La vi marcharse y suspiré hondo, hondo hasta adentro, casi al borde del ahogamiento. Porque tenía razón, toda la razón: los polvos no estaban mereciendo el sacrificio que pagaba por ellos. Y con tanto insistir en lo de la calidad del sexo que me robaba el descanso, seguro que Pilar se lo olía.

La charla me dejó confusa y la única solución que se me vino a la mente, fue no contestar el teléfono cuando Alberto me llamó aquella tarde. No era muy buena, pero estaba tan embotada que no disponía de otra. Conseguí asustarlo. Y que se plantara en mi portal y me esperase descompuesto y ansioso cuando yo llegué arrastrando los pies, pidiendo a gritos un baño caliente y una almohada. Me abrazó con vehemencia y yo me dejé achuchar, como una muñeca de trapo.

—¡Nena! ¡Joder, qué asustado me has tenido todo el día! ¿Por qué no has

contestado a mis llamadas?

—He estado saltando de reunión en reunión, tuve el móvil en silencio casi todo el tiempo —mentí mirando al vacío por encima de su hombro.

—Un mensaje, una seña... Pensé que te había ocurrido alguna desgracia.

Por encima de sus reproches, el tono seguía siendo cariñoso. Me sentí una bruja mala.

—Sí, me ha ocurrido. —Me separó de su cuerpo y me miró fijamente a la cara—. La de no ser millonaria y tener que trabajar para sobrevivir. —Sonreí con tristeza—. No sé si este proyecto me viene demasiado grande o que me has conocido en el peor momento de mi vida —sollocé al borde de la extenuación.

Alberto tomó la iniciativa arrancándome el bolso de las manos y registrando en busca de las llaves. Abrió el portal y me empujó suavemente dentro. Me condujo al ascensor, de ahí al piso y de la entrada, al sofá. Ahuecó unos cojines, me quitó los zapatos y me colocó echada y aliviada como si fuese una muñeca hinchable. Se sentó al fondo y me masajeó los deditos de los pies. Inmediatamente empecé a sentirme mejor.

—¡Estoy *cansadaaaaaa!*— gimoteé volviendo a mi más tierna infancia. Iba a pedir un Cola-Cao calentito, cuando Alberto me metió un botellín de cerveza por las narices. No me quedaban fuerzas para negarme. Me la bebí a pequeños sorbos, ignorando el regusto amargo que tanto me desagrada— ¿Dónde andan esos camperos que anoche no trajiste? Creo que estoy a punto de desfallecer.

—Ya no los tengo. Los tiré —confesó sin más.

—No me lo creo. Venga, sácalos.

—En serio, se quedaron fríos y los tiré por la ventanilla del coche.

Me quedé cavilando un segundo, mirando su cara. Estaba bronceado y su melena oscura le caía sobre los ojos.

—¡Mentiroso! Nunca los compraste. Ni ayer ni hoy.

—Me has pillado —rió abierto.

No me moví del sofá y Alberto parloteó sin descanso. Sus vivencias diarias eran simples y aburridas, pero contadas bajo su particular sentido del humor, podían tirarte al suelo de risa. Imitaba a sus clientes más desdeñosos con un salero inigualable. Pese a sus gritos y aspavientos, el alcohol en vena me tranquilizó y me sumió en un sopor capaz de reconciliarme con mi proyecto y mi socia. Ni cuenta me di, de que Alberto me desnudaba, lentamente, disfrutando como quien monda un melocotón maduro, dispuesto a hincarle el

diente. Casi flotando, me llevó a la cama.

¡Eureka! ¡Sí! ¡Ahora sí! ¡Viva la Pepa de Puerto Real! ¡Y la Lola que se fue a los puertos, que viva también! ¡Por fin dio con la tecla, el punto flaco o sensible, la posición ideal! ¡Menuda corrida, que ni en las Ventas!

Ya sabía yo que el apoteósico orgasmo que se me resistía, no podía esperar mucho. Nunca lo dudé, ni por un instante. Ahora bien, con ese tanto anotado a su favor, la cosa había empeorado y mucho: ahora estaba enganchada de él y lo estaría para siempre.

Después de desfogarnos y al amparo de los cigarritos relajantes, Alberto me comentó:

—Mañana deberías tomarte el día libre.

—Ni pensarlo. Pilar se pondría como una Gorgona.

—¡Mándala a la mierda! —bufó— ¿Quién se cree que es para manejarte esa vieja amargada?

—Oye, Pilar no es ninguna vieja amargada... ¡Coño! ¿Pero qué digo, si ni siquiera la conoces? Es muy responsable, eso es todo. —*Justo como era yo hasta que te conocí y decidí jugar a soltarme la melena*, pensé para mis adentros.

—Una jode planes, eso es lo que es. —Metió una criminal calada al cigarro que lo puso en trescientos grados en cuestión de segundos—. No voy a consentir que nos martirice con el puto proyecto de los cojones.

Me asustó su ímpetu. No era necesario en absoluto. Además, por el calor de su tono, parecía a punto de encargarse del asesinato de mi socia. Me vi en la obligación de defenderla.

—Ella lo está haciendo muy bien. En todo caso soy yo la que no está a la altura de las circunstancias, tomándome esto un poco a chufra. Si metemos la pata, perdemos el cliente. Y perder este complejo turístico, la pasta, la promoción y el prestigio que conlleva, es como para suicidarse. Además, te seré sincera, me hace muchísima ilusión.

—Sé espontánea —replicó como si no me entendiese.

Cabeceé y miré la hora. De nuevo las cuatro de la mañana. Él se adelantó a mi petición.

—Es muy tarde para volver conduciendo a Málaga y además temo que la Guardia Civil me pesque con tres cervezas de más. —Falso, se había pimplado como diez— ¿Te importa que me quede a dormir?

—No, claro... Claro que no —invité más que nada por ser amable. Tenía pensado despatarrarme atravesada en el colchón, pero qué se le iba a hacer.

—Genial. —Dio media vuelta y en un par de minutos roncaba como un oso en plena hibernación.

No pude pegar ojo en toda la noche, hasta las seis de la mañana en que tambaleándome, me acurruqué en el sofá del salón y recuperé un par de horas.

9. Las Señales Son Señales, Aunque No Queramos Verlas

A lo tonto, habían pasado ya dos meses y todo marchaba viento en popa. Sí, todo, incluso mi tensión con Pilar, mis ojeras cenicientas y mi falta de sueño. Alberto se quedaba a diario en casa y se quedaba cuidando la cama cuando yo madrugaba para ir al estudio, donde llegaba con los ojos pegados como un gato recién nacido, la mayor parte de los días. Luego se marchaba a trabajar cuando le daba la gana, y regresaba al nido por la tarde. Logramos el equilibrio sexual y aun así nos empeñábamos en perfeccionar más y más: Alberto ya no se limitaba a gemir. Aullaba como un lobo en celo y en cuanto se emborrachaba, gritaba a los cuatro vientos que jamás había experimentado orgasmos como los que tenía conmigo. Yo enrojecía o me ponía más ancha que pancha, dependiendo del número de cervezas que llevase ingeridas, cuando le daba por contarlo. Me había acostumbrado a sus ronquidos y si conseguía dormirme antes que él, podía descansar casi toda la noche.

¿Era perfecto o era perfecto?

Alguna vez hubo un amago de dilema, como cuando me quejé de un extremo cansancio una semana completa y una tarde al volver del trabajo, y Alberto me sorprendió con una cajita de pastillas.

—Son para ti, te sentarán mejor que bien, ya verás.

—No tomo pastillas —repliqué, mirándolas con desconfianza. Pensé que en cualquier momento les saldrían fauces y me devorarían.

—¡Qué tontería! Son para combatir el cansancio y las toma todo Dios.

Me sentí ridícula.

—Anfetaminas ¿verdad?

—Y de la mejor calidad. —Sonrió como si en vez de mierda me hubiese traído un anillo de esmeraldas.

—Paso... —rechacé indecisa. Lo vi sacar del bolsillo una bolsita pequeña de plástico transparente, llena de un polvo blanco difícil de confundir.

—Si no te gustan estas, tengo esto otro.

Eso me gustó aún menos. Una historieta nueva en nuestra rutina, sorprendente y asquerosa, dicho sea de paso.

—No tomo drogas, Alberto, ya lo sabes.

—No seas tan melindres, hoy las toma todo el mundo; con precaución, sabiendo controlar, no son malas, te despejan.

¿Precaución? ¿Desde cuándo consumir drogas y precaución viajan en el mismo vagón? Pero me lo pensé mejor y alargué la mano hacia la cajita. Solo porque no quería parecer mojigata. No a sus ojos.

—Me quedo las anfet.

—Buena elección, las toman hasta los estudiantes. Y si necesitas algo más fuerte, dímelo.

—Gracias pero no, espero quedarme sólo aquí.

Observé el constante buen humor de Alberto y sus niveles de energía siempre a tope. Me pregunté si usaría los mismos remedios que acababa de recomendarme. Pero deseché la sospecha: nunca lo había visto consumir y su actitud frente a las drogas era más que cautelosa. La razón, según me juró, que de jovenzuelo se había pasado mucho más tiempo colocado, que en sus cabales. Que las juergas y las malas compañías le habían hecho perder la carrera de farmacia que dejó abandonada en tercer curso y que según sus propios cálculos, gracias al cachondeo y a la coca, se había convertido en un desgraciado, paria familiar. Por eso las criticaba abiertamente, lamentando que los jóvenes hoy día no tuviesen ni información, ni control, ni ganas de tenerlo.

Llegué del estudio contenta cual mariposilla, porque los bocetos que había dejado preparados eran un primor. Me topé con un Alberto taciturno, ovillado en el sofá viendo un partido de tercera regional. Me acurruqué a su lado, pero sólo me sonrió a medias.

—¡Hey! Tenemos planes para el fin de semana —anuncié radiante—. Se reúne mi vieja pandilla de amigos, cena y copitas.

Pensé que se animaría, pero arrugó la boca desde las comisuras.

—No estoy de ánimos.

—Raro en ti. —Alucinante. Que Alberto no aceptase una juerga dando saltos de alegría era tan inusual como que se vistiera de lagarterana— ¿Pasa algo que yo deba saber?

—Nada en particular, princesa. Que esto es una mierda, mi trabajo es una mierda, las comisiones que me pagan son una mierda... —Su tono era tan amargo como el agua de carabaña que me daban de pequeña para purgarme el estómago sucio.

—Oye, que vengo con la energía justa, no me la robes. Hijo... Ya

vendrán tiempos mejores.

—No gano ni *pa* pipas —volvió a quejarse. Y abrió una lata de cerveza y se la echó entera al colete. Para qué se me ocurriría mirar al suelo, junto al sofá. Tenía una colección de cinco.

—Bueno, últimamente vuelves más temprano a casa— concretamente después de comer, y se tiraba en plancha en el diván delante de la tele. Nada productivo hasta que yo llegaba también y preparábamos la cena—, trabajas sólo por la mañana. Podrías probar añadiendo algunas horas de la tarde... Visitarías más médicos, tendrías más ventas, más ganancias... —Hice un gesto con los dedos simulando dinero. Pero en lugar de agradecer la sugerencia, pareció que le nombraba a su madre.

—¿Meterme más caña, también por las tardes? Estoy muy cansado. ¡Tú no sabes lo duro que es mi trabajo!

¡Oh, sí! Pensé. Tan tremendo como descargar pianos de cola a las tres de la tarde bajo el sol de Agosto. Visitar a los médicos y aceptar sus invitaciones a café, mientras los sobornas con una sonrisa para que se olviden de la aspirina y compren tu nuevo mejunje. Y por si no tienen suficiente con tus argumentos, el laboratorio te permite ofrecerles, pongamos por caso, un crucero por el Caribe, un viaje a El Cairo donde te pagan hasta la ropa interior, o un apartamento en Torrevieja, Alicante. Muy duro. Imposible de sobrellevar.

—Entonces, si no quieres alargar la jornada ni tampoco buscar un trabajo alternativo, debe ser que consideras suficiente lo que ganas —deduje estirando mis músculos abotargados. Los párpados me pesaban tres kilos cada uno.

—Y una mierda —replicó revuelto—. Gano una basura.

—Pues con más motivo la reunión de este fin de semana te va a alegrar el cuerpo. —Me arrodillé ante él y apoyé teatralmente mi cabeza en su pecho—. No me digas que no, no me digas que no, no puedes negarme este capricho, *por fa, por fa, por faaaa*.

Terminó riendo a carcajadas. Aunque puede que influyeran las cosquillas que le hice bajo el sobaquillo. Iríamos.

Y fuimos. Todo iba tan de fruta madre como hecho a encargo. Después de una cena con Natalia, Gabriela, cinco chicos cachas de la pandilla del gimnasio, Lula y Carolina, estas últimas, meras conocidas dispuestas a desmoñarse, dirigimos nuestros nutridos y satisfechos pasos al local de moda,

a ponernos tibios a cubatas. Alberto, especialmente ocurrente, fue el centro de atención no sólo de la mesa, sino de todo el restaurante y él, satisfecho con su papel, pensaba alargarlo más allá. Yo, caminaba erguida y orgullosa a su lado, sabiendo que aquel efebo moreno bebía los vientos por una servidora. Punto y pelota.

En el local, me di de bruces con Luis Pomarroza. Un indecente cretino del que tuve la mala ocurrencia de enamorarme como una burra y que tuvo a bien preñar a la zorra de su secretaria, cuando más entusiasmada andaba yo con nuestra historia. Ahora vive amargado con una mujer a la que detesta, pero que sabe bien cómo sacarle fondo a sus bolsillos, y tienen una niña rechoncha casi tan repelente como su puñetera madre. No es que me importe, todo eso ocurrió antes de casarme yo, pero cuando lo pienso, aún me escuece. Pudimos haber sido la pareja perfecta.

En fin, Luis andaba sujetando la barra del bar y yo iba con mi chulo bien puesto al lado, un vestido de morirse y unos zapatos de vértigo. Se le revolucionaron las bolillas de los ojos cuando me vio entrar. “¡Jódete!” pensé y me arrimé más al brazo de mi chico. Entonces le propuse jugar a ser dos desconocidos que se encuentran y pretenden ligar. Alberto, con el punto y seguido que llevaba, aceptó encantado de la vida. En dos minutos, nos comíamos con los ojos, exhibíamos complicidad a raudales y controlábamos a duras penas, nuestras hormonas desatadas. La tal Lula se acercó reptando, con los ojos enrojecidos y la boca semiabierta. Yo diría que babeaba y temí que nos propusiera un trío.

—Oye Alberto, no tengo tu teléfono... Creo —balbució merendándose lo de un lametón a sí misma.

—Y vas a seguir sin tenerlo —avisé con muy mala leche. Se acababan de encender *toooooo* las alarmas. ¿A quién se le ocurre decir eso delante de una chica cuyo marido se convirtió en ex por fugarse con su mejor amiga?

Agarré el brazo de Alberto y me lo llevé al fondo del local.

Pese a la china en el zapato, es decir, la molesta Lula, me estaba divirtiendo de lo lindo con el juegucito que nos traíamos entre manos, la música sonaba genial y las copas sabían a gloria. Ver la cara de acelga pocha de Luis y de las malas pécoras envidiosas, Lula la primera, era un premio a mi perseverancia, una venganza a lo Kill Bill, pero sin sangre ni casquería. Pero las cosas se torcieron: Alberto tropezó con estrépito, me volcó el vaso de tubo en el modelito y empezó a graznar riéndose sus propias gracias. Traté de sujetarlo, pero no se mantenía en pie, se tambaleaba hasta la cruz con el santo

Cristo que llevaba colgando del cuello. Me acerqué discretamente y le susurré en la oreja.

—Cielo, quizá deberías dejar de beber...

—Quita, quita. —Me hizo a un lado con un empujón y cuando traté de arrebatarse la copa, me dribló con un movimiento impetuoso. Se la ventiló de un solo trago: fue como ver una anaconda abriendo las fauces, tragándose un venado de golpe y sopetón: espeluznante.

Para mayor terror, observé cómo le hacía señas al camarero ordenando otros dos whiskies.

—Para mí no —me apresuré a decir—. Para mí, agua.

—Dos para mí y agua para ella —chilló Alberto desaforado.

Desde ese momento, dejé de beber y la risa se me congeló en el rostro. Estaba incómoda, loca por desaparecer, con una sonrisa tensa sabiéndome en el punto de mira de todas aquellas carroñeras. Alberto rayaba el ridículo y a mí no me apetecía una discusión en público. Asumí que me tocaba conducir su coche de vuelta y, salvé el trasero lo mejor que pude.

Pensé que la mano izquierda de la seducción sería la más fiable, dadas las circunstancias. Repartiéndole melosos besitos a lo largo del cuello y prometiéndole la mamada de su vida, conseguí sacarlo del bar a tirones. Lo monté en el Saab como pude, segura de haberme descoyuntado un hombro. Aquel puto volante giraba como el orto y yo tenía ganas de estrellar el coche con Alberto dentro.

—Vamos a la playa —balbuceó de forma casi ininteligible.

—¿Cómo dices?

—Que me llesves a la playa —repitió con una lengua hinchada, demasiado grande para su boca o con una alpargata entre los dientes, sabe Dios.

Tan exagerado me sonó, que confié en que bromeaba: otra de sus imitaciones cómicas. Le seguí la broma aplaudiendo con una sonrisita.

—Cariño, son las cinco de la mañana y nos vamos a la...

—¡He dicho que quiero ir a la playa! —vociferó mirándome con ojos vidriosos, pero llenos de odio. Su irritación iba claramente dirigida a mi persona. Por un instante, temí que estallase la madre de todas las discusiones y si Alberto sacaba fuerzas del alcohol, mis energías estaban a cero. Cero ánimos, cero ganas de pelea.

—Es madrugada y es invierno. No podemos ir a la playa... —traté inútilmente de explicarle, porque seguía más empeñado que un jubilado en el Monte de Piedad.

—¡Cortarrollos! —acusó con violencia— ¡Eso es lo que eres! ¿Nadie te lo ha dicho? ¡Pues te lo digo yo, los demás no habrán tenido cojones, pero a mí me sobran! ¡Eres una aburrida, aguafiestas y cortarrollos! —No contento con acusarme, pasó al insulto. Yo apreté las manos en torno al volante y cerré el pico. No estaba el horno como para replicar— Quiero ir a la playa — insistió una vez más, antes de doblar la cabeza sobre el pecho y ponerse a roncar como un mamut.

Desatrancándolo del asiento del coche primero, subiéndolo en el ascensor después, tuve la completa certeza de que sí que me había descoyuntado algo, la espalda, el hombro, las dos cosas. Me cago en la leche.

10. Pídeme

Perdón

Me pidió perdón por la escenita mil y una veces, hasta en chino mandarín, pese a no dominar los idiomas exóticos. No tenía que haberse esforzado tanto, porque la verdad, yo ya lo había olvidado. Lo olvidé cuando por la mañana me desperté y lo vi allí a mi lado, tan guapo que parecía mentira. Me lo quedé mirando embelesada como una completa gilipollas. Su pelo oscuro hasta los hombros, sus larguísimas pestañas, sus labios sabios... Me puse a hacer tostadas, más contenta que unas pascuas.

El lunes volvió la rutina y con ella Pilar, los madrugones (no sé cuál de los dos más desagradable y difícil de soportar) y el delicioso proyecto que requería de toda mi energía pero que me abducía en cuanto me sentaba ante la mesa de dibujo, ponía música relajante y dejaba salir los trazos y curvas que se escondían en mi subconsciente. El boceto del hotel de Alto Jardín era de verdadero cuento. Se lo expliqué emocionada a Pilar, a ver si con eso la complacía.

—Tengo que explicarle al cliente, que con una arquitectura tan peculiar, el ornamento botánico, pasa a primer plano. Me imagino parte de la fachada cubierta de hiedra espesa, de esa con campanillas azules...

—¡Mis favoritas! —se emocionó en el acto juntando las manitas.

—Pues de esas. Tiene que parecer que van a salir hadas volando en cualquier momento de cualquier ventanal y le he puesto un toque medieval...

—Me encanta, Victoria, es una pasada. Y los clientes van a volverse locos. Por cierto —prendió un cigarrillo, con lo cual daba a entender que se abría una tregua y podíamos descansar—. Se han sumado unos inversionistas nuevos, nos los quieren presentar. Rusos por lo visto.

Contraje el gesto.

—¿Es necesario?

—Pues no, la verdad, ya se lo he dicho, pero claro, están interesados en ver lo que tenemos adelantado...

—Sí, eso lo comprendo... Disculpa un momento, por favor —mostré el móvil parpadeante—, es Alberto.

Pilar enarcó las cejas como diciendo “*el de siempre*” y se marchó hacia

la ventana, donde pudo soltar a gusto sus volutas de chimenea.

—Hola cielo, dime.

—Estaba en deuda contigo, pero ya no. Tú me presentas amigos, yo hago otro tanto. Esta noche cenamos con Juan Pedro y Eva. Juanpe es amigo mío desde críos, jugábamos jockey sobre patines juntos.

—Albertito... Es lunes... ¿No podíamos dejarlo para el viernes o mejor el sábado? —miré de reojo a Pilar para comprobar que no cotilleaba.

—Ni hablar de la peluca. Juanpe tiene una obra en Almería y estará todo el fin de semana fuera. Es constructor ¿sabes? Antes era albañil, uno de los buenos, pero ahora gobierna su propia empresa ¡Menuda suerte el cabrón!

—Su trabajo le habrá costado —me rebelé— Esas cosas no son, ni mucho menos cuestión de azar ni fruto de la suerte...

—Venga, paso de elucubraciones filosóficas —me cortó—. Esta noche. Les digo que sí.

—¿Y el próximo fin de semana? ¿No sería mejor?

—Habrán hecho otros planes y nosotros también. Te quiero, nenita, que tengas un buen día.

Y *plaf*. Colgó. Me quedé traspuesta, pensando qué me pondría esa noche y qué carita de dolorosa tendría a la mañana siguiente.

La parejita en cuestión, vivía en un pueblecito precioso a unos setenta kilómetros de casa. Todo el desánimo que Alberto esgrimía tras un día no muy boyante, desapareció al propinar a su amigo un abrazo de oso y ordenar varias cajas completas de cerveza en el restaurante donde quedamos. Como muestra de solidaridad, yo no le hablé de lo chachi *piruli* que me estaban quedando los dibujos del hotel.

—Así que eres arquitecto —se maravilló Eva. Una niña encantadora, es lo que me pareció, si bien un poco cohibida. Me dediqué a ella en cuerpo y alma porque los otros dos tenían de qué hablar, si juzgábamos sus risotadas y graznidos.

—Pues sí —obvié mi pasado como modelo. No quería que pensara que presumía—. Tengo entre manos un proyecto apasionante.

—Eres tan guapa que podrías ser modelo —aseguró poniéndose colorada.

—Mujer, gracias —reí—. Pero lo que hago dista mucho de modelar. Verás, tengo una idea para que el parque temático que acompaña al hotel... —Desembalé toda mi artillería pesada, explicando con meneos de manos y todo lujo de detalles, cosas que ni aún sabía que estuviese pensando—. Y también

habrá que diseñar un balneario. Y no tengo muy claro si seguir el modelo original de cuentos, magia, fantasía...

—Dedícaselo a las ninfas —sugirió Eva con un hilillo de voz.

—¿Cómo? —troné.

—Que para el balneario, te inspires en las hadas del agua, sigue la idea inicial, pero con una variación...

La había oído perfectamente. Es que me parecía una idea tan garrafalmente buena, que no entendía cómo no se nos había ocurrido antes, ni a Pilar ni a mí.

—¡Me encanta! —repuse feliz, felicísima.

—Pensé que te parecería una chorrada. —Eva bajó los ojos al suelo—. Al fin y al cabo, soy una pueblerina ¿qué voy yo a saber...?

—*Chiss* —interrumpí metiéndole el dedo entre las cejas—. Tonterías las mínimas. ¿Acabas de darme la idea del siglo y te menosprecias? —Tomé mi cerveza y la levanté en vilo— ¡Juanpe! Por tu mujer, que como te descuides te la quito y me la llevo de ayudante.

—Vale mucho mi maruja —fue su respuesta y continuó croando con Alberto, medio girado, dándonos la espalda.

—¿Por qué te llama así? —me enfadé.

—Sus cosas...

Eva estaba doblegada, se veía a la legua. Juanpe era un machista gobernante y mandón, y yo no era quien para llegar la primera noche y cambiar a mi antojo las reglas del juego. Llevaban casados una pila de años y a mí, como quien dice, me encontraron en la calle. Ni siquiera eran mis amigos del alma; lo era él, de Alberto. Yo estaba fuera del cuadro. Todas estas razones no impidieron que me sublevara tanta indiferencia por parte del marido, ni que Eva me cayese mejor que bien.

—Así que llevas la administración de la constructora —prosiguió nuestro parlamento.

—Todo el papeleo —sopló mientras separaba las hebras de su carne mechada—. Menudo lío. Ahí donde lo ves, Juanpe es un desastre para el orden, los papeles y las cuentas.

No sé por qué no me sorprendió en absoluto. Pero sonreí como si lo que acababa de oír me hiciera una gracia bárbara.

—Cuando puso en marcha la constructora, contratamos un contable y una secretaria, pero ya sabes cómo es la gente, lo que no es suyo no les duele —me explicó—. La chica se quedó embarazada en cuanto la hicimos fija y no

daba un palo al agua. Creo que venía a trabajar el día que se aburría en su casa y Juanpe... —bajó la voz y acercó su cabeza a la mía en plan confidencia —, bueno, Juanpe tuvo unas palabritas con ella. Por poco nos denuncia.

—Y llegaste tú y salvaste la situación. —Como si lo viera.

—Cerré mi tiendecita de modas —se le escapó un suspiro delator. Echaba de menos su negocio, estaba claro—, no era gran cosa pero era la ilusión de mi vida. Bueno no, la ilusión de mi vida era ser estilista.

—¿Era? —repetí con cierto resquemor.

—Claro, era, porque ya no es ni será, estoy atada a la pata de la mesa con las cuentas y las facturas y los proveedores... Al principio Juanpe aseguraba que los metería en un buen marrón, que no podría con este curro, pero aquí me tienes, cuatro años más tarde —volvió a amortiguar el tono— y si tenemos un duro ahorrado, es por mí.

No lo dudé ni un momento. Sólo contemplar a Juan Pedro hecho un brazo de mar pidiendo vino y cerveza sin importar la marca ni la cantidad, me bastó para comprobar que era un manirroto. Y aquella pobre mujer, una santa que tenía el cielo ganado por goleada.

—Me da mucha pena que renuncies a tu sueño. Lo de ser estilista... qué chulo... Vistes bien —observé— y es un oficio bien pagado.

—Mejor que no le dé vueltas a la cabeza porque a veces me amargo —confesó apartando su plato—. ¿Le metemos mano a un postre de esos prohibitivos?

Me reí con ella. Definitivamente, Eva me gustaba. Y esa noche, no me importó trasnochar. Eso sí, Alberto acabó borracho como una cuba cantando “*Eso es América*” del brazo de Juanpe y para variar, me tocó conducir de vuelta a casa.

11. Cuando Guardar Un Secreto Va En Contra De Tus Principios, Lo Mejor Es Que Olvides Lo Que Te Contaron

Por lo visto, Alberto se enfadó mucho y yo, la verdad, no entendía el motivo.

—¿Que Eva ha venido a verte?

—Sí, a almorzar, no sé qué tiene de raro.

—Apenas os conocéis —refunfuñó masticando con la boca abierta, con el coraje que sabía que me daba. Lo hacía a conciencia.

—Hemos conectado muy bien, es una chica encantadora, además está sola, Alberto ¿no te das cuenta? Después de renunciar a su sueño profesional, todo lo que obtiene es verse encerrada en una oficina de cara a la pared, arreglando los desaguisados que su marido va generando.

—¿Eso te ha dicho?

—Eso me ha dicho. Pero aunque no me lo hubiese contado, viendo a Juan Pedro es fácil adivinarlo, tendrá muy buena voluntad pero le funciona más el músculo que el seso.

—Será que ella es muy culta —se mofó con crueldad.

—Sabe estar, no sé si podemos decir lo mismo de él.

—Y es más fea que pegarle a un padre —clavó más la puya. Lo miré airada.

—*Perrrdona*, olvidaba que él es el clon de Beckham en sus mejores tiempos... —repliqué notando que mi temperatura corporal, ligeramente se elevaba.

—Pues esa mosquita muerta que tanto defiendes, es la causante de que mi amigo sea un desgraciado.

—¿Un desgraciado? —Por poco me descojono de risa—. Diría que se le ve bastante satisfecho de haberse conocido y de la vida que se ha procurado.

—No creas todo lo que ves. Ella quería un coche mejor, un chalet independiente y colegios privados para las niñas. Y él, que en el fondo es un calzonazos, renunció a su trabajo fijo en la obra y acometió uno para el que no estaba preparado: Juan Pedro no es empresario ni lo será nunca, pero la

ambición de ella no tiene límite. Se negaba a ser la mujer de un albañil, quería que su marido fuera un hombre importante. Pues ahí lo tiene, hecho un infeliz, preocupándose por las facturas sin pagar y levantándose con el sol. ¿Y se queja? Tiene lo que quería —Me miró como si me odiase—. Porque las mujeres nunca tenéis suficiente.

—No... yo no sabía... —Mi palpable calentón cayó en picado.

—No, claro, no lo sabías, hablas sin documentarte. Eva no es el alma cándida que te ha hecho creer, le están bien empleados los cuernos que lleva en la azotea —escupió con amargura. Yo me quedé de piedra.

—¿A qué te refieres? ¿Juan Pedro la está engañando?

—Con una representante de una promotora. Es cosa de poca importancia, solo se divierte con ella, le sobran tetas, las que a su mujer le faltan. —Y se rió socarrón mientras abría otra cerveza.

—¿Es que lo apruebas? —pregunté con horror.

—Paso de opinar. Vivir con Eva tiene que ser un muermo.

—¡Alberto...!

—La culpa la tiene ella, ella y nadie más. Si se hubiera conformado con lo que tenía no estarían al límite. Ese pobre hombre tendrá que desfogarse con algo, vamos, digo yo.

¿Pobre hombre? ¿Así lo disculpaba? Me di por vencida. Lástima que pensase de aquel modo. A lo mejor también creía que yo era una zorra ambiciosa que esperaba más de él, pero no se lo pregunté porque me daba miedo su respuesta. ¡Claro, caí en la cuenta! ¡Eso era! En el fondo, la amargura que estaba sacando a relucir, el resentimiento, no era por Eva sino por él mismo. Porque se sentía inferior. Porque yo nunca lo había forzado a ser más, pero él se veía en la obligación de superarse.

—Lo que sí te agradecería —retomó malhumorado— es que no le metas telarañas en la cabeza. Eva puede ser muy insoportable cuando quiere y no estoy dispuesto a que jodas mi amistad con Juanpe.

Me quedé helada con el tenedor a medio camino entre el plato y mi boca, mirándolo fijamente. A lo mejor había oído mal.

—Disculpa ¿has dicho “jodas”?

—Justamente eso —replicó negándome la mirada.

—Mira, si por hablar con su mujer y servirle de paño de lágrimas, tu considerada y valiosa amistad se va al garete, voy a decirte lo que vale ese amigo: una mierda, el boquete de un donut, Alberto. Y no te preocupes, que no soy ninguna revolucionaria, por mí, Eva no saldrá del cajón donde su odioso

marido la ha encerrado.

Arrastré la silla al levantarme de golpe y abandoné la mesa sin haber comido. Me encerré en el baño y me metí debajo de la ducha. ¡Dios! ¡Cómo estaba de furiosa! Habrase visto la fiereza con la que se defienden los tíos entre ellos. Un indeseable cabrón que humillaba a su mujer, la ninguneaba y encima se la pegaba con una tetona. Un ejemplar de museo. Me entraron ganas de vomitar. En ello estaba, cuando oí unos tímidos golpecillos en la puerta.

—Princesa. —Por lo visto, se le había pasado el arrebató homicida, sonaba dulce como la melaza. No respondí—. Que he olvidado decirte... ¿Puedes abrir? —Seguí muda— Bueno, te lo digo desde aquí. Que he pensado que ya va siendo hora de que conozcas a Ana...

¿Ana? ¿Ana? ¿Quién coño era Ana? ¡Ostras Ana! ¡Claro, su hija! Me subieron unos calores terribles por el torso arriba y reventaron a nivel del cuello. Menudo momentito...

—Sí, claro... —titubeé—. Supongo.

—Gio ha consentido dejármela este fin de semana. —Lo dijo con tanto entusiasmo que me dio pena decepcionarlo. Además, recordad que yo andaba ciega, sorda y muda porque estaba enamorada. Y enamorada no se piensa. Eso también lo sabéis.

—¡Vaya novedad! ¿Le ha tocado la primitiva y piensa marcharse a dar la vuelta al mundo? A lo mejor te deja la niña para que vayas haciendo cuerpo —aventuré sarcástica.

—No seas cabrona —fue la sorprendente respuesta.

La verdad, había para serlo. La cabaretera había montado en cólera cuando se enteró de que Alberto tenía novia. Ella lo quería a sus pies, maltrecho y machacado para seguir humillándolo y haciéndolo sufrir. Debía de ser una de esas personas malas que pululan por el mundo, qué se le va a hacer. El caso es que hasta entonces, por culpa del rebote que pilló al saber de mi existencia y que para más jodienda estábamos felices y contentos, se había negado de cien y una maneras, a cumplir con sus obligaciones legales, no permitiendo que la niña pernoctase con su padre ni disfrutase de fines de semana en su compañía.

Yo, simplemente me había acostumbrado a ese placentero estado, llegando incluso a olvidar que Alberto tenía una hija que para entonces, ya rondaba los cuatro añitos.

—Me la traigo este fin de semana —fue la sentencia final. Y no sé por qué, se me hizo un extraño nudo en los intestinos.

12. De Tal Palo, Tal “Fruta” Astilla...

Y ya iban dos. Dos fines de semanas alternos y terroríficos, en los que había tenido el gusto de compartir espacio con un pequeño monstruo chillón, con dos coletas que parecían el manillar de una moto y, que tenía por costumbre salirse siempre con la suya. No es por criticar a su puñetera madre, pero la niña estaba asilvestrada, para atarla, carente de la más mínima educación o noción de buen comportamiento. Para guinda pastelera, a mí no me gustan los niños.

Sin embargo y para ser justos, creo que el problema no me pertenecía, Anita le hubiese gustado a poca gente, especialmente después de romperme un cenicero de Murano, dos jarrones y tirarse encima una estantería de libros. Al padre, tras cada desastre, el color se le iba de la cara, pero se encerraba en proteger a su polluelo y no me dirigía ni una palabra de consuelo. Sé que se sentía culpable, pero lo empeoraba resaltando mi poca paciencia y quitando hierro a las mataduras de su hijita. Iba a terminar pensando que la culpa la tenía yo.

Otro elemento rompedor eran las noches. Sagradas noches de pasión y sexo que compartía con Alberto, y que se cortaron de cuajo en cuanto el “ente” entró por la puerta. Intentamos sin éxito acomodar a la niña en la camita individual del cuarto de invitados. Hasta fui a comprarle un juego de sábanas de la Sirenita con un edredón que me costó más que el mío. Nanas de la china.

—Yo duermo contigo. —Y señaló a su padre. Ay, joder, lo que me temía.

—Pero Anita... esta es tu cama... —intentó explicarle Alberto sin ningún éxito.

—¡No! —Pegó un puñetazo en la mesa. Los platos rebotaron y mi corazón se estrelló contra las costillas.

—No te enfades con papi —rogó él mohíno. Ya lo tenía en el bote.

—¡Duermo contigo!

—Está bien, conmigo —accedió sin consultarme siquiera. Se me agrandaron los ojos y la mala leche. Para colmo, la niña no probó el puré de patatas que me había llevado mi tiempo cocinar.

Sólo vi que Alberto me guiñaba un ojo y lo dejé hacer confiando en su

buen juicio. Algo tendría tramado, seguramente, esperar a que se durmiese y cambiarla de cama. Bien por él. Recogí parsimoniosa la cocina y la mesa, echando dolorosamente de menos aquellas noches en que nos arrebujábamos en el sofá a fumar y a ver pelis con un cubata en la mano y terminábamos comiéndonos los higadillos allí mismo, sin poder esperar a la cama. ¡Ains!

Pasado un buen rato, me hizo señas silenciosas desde el pasillo para que lo siguiera. Nuestra cama, de nuevo libre y sin obstáculo para ser ocupada por su legítima propietaria, o sea, yo. Loca de contento me fui desnudando corredor adelante y me arrojé en plancha muerta de sueño, buscando mi almohada con agonía. Claro, que aún no había reparado en los ojos brillantes de mi chico y en su torso desnudo pidiendo a gritos un saco de bocaditos. Fue mucho mejor, porque de haber apoyado mi cabellera en la almohada me habría topado con un charco inmundo de babas infantiles. Gracias al cielo, no llegué a sufrirlas porque no llegué a acomodarme.

Me atravesé en la cama y nos quitamos la poca ropa que nos quedaba como dos náufragos en un desierto. Su boca buscaba la mía con ansia y su aliento me sabía más dulce que nunca. Estábamos más calientes que las varillas de un churrero, cuando desde el dormitorio contiguo, llegó un bramido, a medio camino entre sirena de bomberos y rugido de dragón. Todo eso, pero en agudo a más no poder. Yo pegué un salto y Alberto se cayó de la cama, buscando desesperado sus calzoncillos.

—¡Voy, voy Anita! ¡Papi va corriendo! ¡Estoy aquí al lado! —Todo eso a la pata coja, tratando de encajarse los paños menores.

Anita respondió a su buena voluntad con un chillido tan estridente que pensé que los cristales de las ventanas saltarían hechos añicos. Tuve que taparme los oídos y el resto del cuerpo también, porque la mirada que la niña me echó al entrar en brazos de su padre, me cubrió de vergüenza. Puede que se preguntara qué demonios hacía yo en “su” cama.

—Supongo que no te importa... —intervino Alberto depositándola con cuidado en el colchón e indicándome con un gesto de la mano que ahuecase el ala.

Muda me quedé. Pero me levanté y dejé el campo descubierto, evitando la sagaz mirada de la chiquilla mientras cubría mi desnudez con una bata y me arrojaba a mí misma al frío desasosiego del pasillo.

—No te preocupes, princesita —lo escuché susurrar desde mi exilio—. Papi se queda contigo, a tu ladito y no nos vamos a separar...

¡Sería cabrón! ¿No era yo la princesa? Ya me habían desbancado y

desalojado de mi cuarto, todo en una. Me enfrenté entristecida a la camita de invitados plagada de dibujitos rosa. El manchurrón mojado en la almohada llamó mi atención. Me alargué y olí. Babas. Babas a mogollón. Eliminé la almohada y la sustituí por un par de cojines de Winnie de Poo. ¡Me cago en la sota de bastos! Mi desamparo pasó a radical cabreo.

Salí a la terraza a fumarme un pitillo, con unas caladas tan cargadas de disgusto que la colilla estuvo a punto de abandonarme y saltar por encima de la barandilla. Me consolé imaginando que el caprichito sería flor de un día, pero que va: era toda una enredadera.

De este modo, se instauró en mi casa la bendita costumbre de que fin de semana sí, fin de semana no, me echaban de la cama cualapestada y me veía recluida y sola en la habitación de los huéspedes. Las conversaciones con Alberto se reducían a malhumorados monosílabos y Ana y su circunstancia lo copaban absolutamente todo. Pensé incluso en marcharme de vacaciones y dejarles la llave de la casa, visto que me convertía en un cero a la izquierda.

Traté de reflexionar con él, su exagerada atención a la niña no era recomendable. Con cuatro años se ha dejado de ser un bebé, debía otorgarle algo más de autonomía en lugar de tratarla como un recién nacido. Pero ninguno de mis bien intencionados comentarios dejaba de ofenderlo. La cosa empeoró al punto que Ana reclamó que le comprasen un chupete.

Mis nervios de punta no conjugaban del todo con el hecho de que yo, a la niña, sencillamente le caía rematadamente mal, como una patada en el estómago, vamos. Observándola, tuve la impresión de que me retaba, de que establecía unas normas de poder y gobierno sobre su padre en una especie de duelo mujer contra mujer, que invariablemente, ganaba la mocosa. Sus miradas de triunfo entonces, no eran propias de su edad, más bien de alguien con minifalda de cuero y mucho rímel en las pestañas. Empecé a pensar que me emparanoiaba. Pero no. Seguía pasando y la sensación se repetía. Opté por pasarme la mayor parte del tiempo en el estudio adelantando mis dibujos y de paso le causaba un alegrón a Pilar, que andaba de capa caída.

No tardé en comprobar que dejarlos solos campando a sus anchas, no era la mejor solución. Alberto siempre había sido bastante bruto y relativamente poco hacendoso, pero la cría era una hormigonera arrasando la casa. Cuando regresé a las siete de la tarde de aquel domingo con una caja de pasteles para merendar y hacer las paces, me encontré con Alberto, su cara contrita y mi tele despanzurrada en el suelo. Al mismo lugar donde fueron a parar los pasteles cuando los solté: necesitaba las manos para echármelas a la cabeza. También

tenía que asesinar a alguien, pero ¿a quién?

Ana se lanzó a por los dulces reventados y empezó a comer como si llevase tres años encarcelada. Yo seguramente tendría que haberme reído, haber dicho “no pasa nada, no te preocupes, ya compraremos otra” y haberme interesado por qué había preparado para comer o si de nuevo, se habían hecho un sándwich en espera de que la filipina, o sea una servidora, llegase del estudio a preparar la cena a toda pastilla. Pero juro por Dios que no me salían las palabras del cuerpo, sólo me quería morir.

—Se ha caído. —Gracias por informarme de algo tan misterioso, Albertito. Dime algo que no sepa. Por ejemplo, quién la ha estrellado contra el suelo y por qué ni te has molestado en levantarla—. Lo siento, estábamos jugando y...

—Jugando... ¿Jugando a qué, dentro de la casa? —lloriqueé con la cara como una hoguera— Tenéis una playa inmensa a trescientos cincuenta metros... —Eso lo añadí al divisar una pelota medio oculta tras la cortina.

—Es que Ana tenía frío —fue la justificación. Claro. Todavía no han inventado los anoraks y los niños escandinavos no asoman la nariz a la calle desde Septiembre a Mayo.

—Voy... voy a visitar a Otilia —tartamudeé, agarrando el bolso, saliendo por donde mismo había venido, pero sin un gramo de energía, ni para arrastrar los pies siquiera.

Mi amiga me recibió con los brazos abiertos y un té moruno que me volvió persona otra vez. Me desahugué a gusto.

—Hija, ya era hora de verte llorar, me tenías preocupada —aseguró—. Cuando lo de tu divorcio... Todos pensamos que te lo habías tomado demasiado bien.

—No sé por qué vengo a verte, ni por qué te cuento nada. No tienes corazón y si lo tenías, se te ha convertido en una piedra —me quejé. Mentira y gorda. Si me había refugiado en Otilia es porque era una de las personas más sensibles y cariñosas que conozco. Pilar me hubiera regalado una bronca y Juana se hubiese descojonado de risa y apuntado en un papelito la dirección de la tienda más cercana de televisores y consoladores.

—Mujer, son gajes del oficio. Las que no tenemos niños no sabemos lo bien que vivimos. Es normal que haga esas cosas, es una chiquilla —la disculpó, cosa que me embraveció.

—¡Es un toro normando! Mira Oti, no todo el mundo llevamos la comprensión por bandera como tú. Has nacido para ser madre de familia, para

estar irremediablemente casada. Reconócelo, tú no quieres un novio, quieres un marido.

—Has dado en el clavo —admitió sin ruborizarse.

—Pues eso. Tus cualidades te hacen perfecta para acoger monstruitos ajenos.

—No los llares así, pobres nenes...

—Te lo pensarás dos veces cuando te traiga a Anita un par de días. La bajas de la lámpara tres noches seguidas y cuando te destroce el parquet con los patines, ya me cuentas. A veces pienso que su madre ha estado entrenándola para que se comporte como un engendro del diablo. Si lo piensas tranquilamente, esto no es más que una venganza de la tal Gio...

—Me gusta el nombre —interrumpió Otilia pensativa.

—A mí también, maldita sea su estampa. Pero a lo que voy... ¡Acabo de descubrirlo! Está tratando de arruinar nuestra relación. —Se me iluminó la sonrisa y hasta me brillaron las lágrimas. ¿Cómo había podido dejar que ocurriese? Estar a punto de dejarla vencer... Ni hablar del peluquín.

—Puede que tengas razón. Tómate otra tacita de té, cariño —me ofreció Oti con dulzura.

—¡Era eso...! Le consta de sobra qué clase de monstruo peludo es su nenita y nos la larga fin de semana tras otro para ver si nos lleva al desastre... —Me quedé atrapada por la pared de enfrente, donde mi amiga había colgado un tapiz con una preciosa reproducción de “El Beso” de Klimt. Súbitamente, me sentía mucho mejor, con las riendas de la situación en la mano, de nuevo en control.

Íbamos a ver quién de las dos se llevaba el gato al agua, mala pécora. ¡Qué bien hizo Alberto dándote portante! Luego me acordé de que era ella quien le había coronado con unos cuernos que ni Viki el vikingo, pero de momento, la idea me consoló.

—¡Hala Oti! Vuelvo a casa, gracias por todo. —Me levanté en busca de mi bolso y mi abrigo, mucho más despejada y energética.

—Me alegro que te haya servido. Un ratito de conversación con una amiga es un bálsamo para las penas, que a la fecha continua imbatible.

La estreché entre mis brazos.

—Y que lo digas. Claro que no todo el mundo tiene mi suerte de tenerte.

Volví a casa, feliz y contenta, llena de buenos propósitos mientras giraba la llave en la cerradura. Eran más de las diez, seguramente estarían viendo la tele. ¡JA! ¿Qué tele?

Salón, desierto. El cadáver de mi Smart TV tirado en el suelo a merced de los buitres. No se había entretenido ni en retirarlo, el muy... Avancé por el pasillo sin hacer ruido y enseguida me llegaron los ronquidos. Los dos despatarrados en mi cama, durmiendo el sueño de los benditos.

Suspiré y les entorné la puerta. Tenía todos mis cosméticos en el baño del dormitorio, de modo que para no despertar a nadie tuve que lavarme la cara con jabón y, ni una triste cremita. ¡Merdé!

A pesar de todo, caí redonda. Resultado de haber dibujado y desechado proyectos parciales durante más de nueve horas, sumado al berrinche del televisor. Dormía profundamente, hasta que unos ruidos extraños me arrancaron del agradable sopor. Me senté de un golpe en la camita. La luz del dormitorio principal estaba encendida y se percibía movimiento. Mucho movimiento. Hasta allí repté.

El espectáculo... ¿Cómo describirlo sin resultar escatológica? Bien, lo haré breve y conciso. Más de la mitad de la cama, embarrada en pringue marrón de dudosa procedencia, capaz de agredir mi pituitaria con un olor repugnante y vomitivo. Ana abrazaba su osito en una esquina del dormitorio, medio en pelotas pero protegida por una calefacción a todo meter (que por cierto agravaba el problemita del aroma), con cara de susto. Por primera vez me dio penita. Alberto apartaba las sábanas manchadas y se giró para mirarme con cara de circunstancias.

—Hemos tenido un escape.

—Un... ¡Válgame el Cristo de los Faroles! Mi Témpur... —“todo cagado”, terminé de decir en mi discreto pensamiento.

—¿Qué? —espetó Alberto con cajas destempladas mientras la niña le berreaba en la oreja. Fue verme entrar y correr a engancharse en la pierna de su padre.

—Nada... esto ¿cómo se limpia?

—Fácil, le das con un trapito mojado y lo pones a secar.

Aquel uso del singular me escamó. ¿Pretendía que acometiera la hazaña en solitario y con los ojos pegados a las cinco de la mañana?

—Yo tengo que bañar a la niña, mira cómo se ha puesto.

Me evité el mal rato de comprobarlo. Ya me llegaba un dato olfativo suficientemente esclarecedor. Me entraron ganas de estrangularlos a ambos.

—Es que el colchón mide dos por dos, no hay modo humano de que pueda moverlo sola.

—Pues limpia aquí mismo sobre la cama y nosotros terminaremos la

noche en el sofá. Mañana lo sacamos entre los dos a la terraza a que se airee.

Se perdió en los confines del baño y entornó la puerta mientras yo seguía mirando mi colchón desolada.

—Era nuevecito... —me dolí con un hilillo de voz.

—Mujer, no exageres, llevamos muchos meses durmiendo en él —terció Alberto entre jabones.

—Año y medio no es antigüedad para un producto de tres mil eurazos, lo mismo que ochenta mil kilómetros es leche y habas para un motor mercedes. —Eso lo había oído decir miles de veces a todos los hombres con los que me topaba, debía ser cierto.

Alberto ya no me replicó. Desde el dormitorio podía escuchar los aullidos de la interfecta cagona, fastidiada por el intempestivo baño y los trajines que se traía con ella su padre para domesticarla. Fui a la cocina resignada, agarré un paño limpio, un bote de mistol y una palangana pequeña con agua caliente y me puse a frotar con fruición... las manchas. Antes de que yo hubiese terminado, padre e hija, roncaban sonoramente en mi sofá, durmiendo a pierna suelta. Me fumé otro cigarro en la terraza, volví a acordarme de todo el santoral disponible y regresé sumisa a la camita de invitados.

Eso sí: habiendo tomado una sublime decisión que nos salvaría del desastre.

13. Trucos Y

Soluciones

Aguardé con paciencia a que tocase el siguiente fin de semana y llamé a Alberto durante la mañana del viernes.

—¿A qué hora recoges a la niña?

—A las tres, a la salida del colegio. Vamos directos para allá.

—No, no, no, no —me apresuré a cambiar sus planes—, por eso te llamo. Me voy a Málaga este fin de semana a ver a mi madre.

Silencio al otro lado de la línea telefónica. Podía imaginarlo frunciendo ceño y morros.

—La tengo muy descuidada, en este último año creo que la he visto... ¿seis veces? Contando las fiestas de navidad, su cumpleaños y el mío, que me acerqué por si tenía un regalo guardado para mí. Esto ultimo es broma ¿eh? No soy una interesada cruel...

—¿Entonces yo, qué hago?

—Pues te quedas con la niña en casa de tus padres —resolví alegremente—. Mira, además lo he pensado y es muchísimo mejor, echarán de menos a su nieta, si no la ven nunca. Tendrás ayuda con el asunto de las comidas y eso. Los fines de semana que tienes a Anita, yo puedo desplazarme a Málaga, disfruto de mi madre y tú disfrutas de tu hija, tienes todo el derecho a hacerlo. —Al fin y al cabo, con la niña en casa ni me miraba, total ¿qué perdía?—. Por la noche, salimos de juerga tú y yo solitos. —Esa última palabra me provocó un escalofrío de placer.

Se hizo el terrible silencio. Yo era consciente de lo sucio de mi maniobra pero tenía claro que no daría marcha atrás. Actuaba a la desesperada porque era el único modo de salvar aquella relación. De aquello no me cabía la menor duda.

—Bueno... —consideró pasado un rato, ni mucho menos convencido.

—Es genial, la respuesta a todas nuestras plegarias. —A las mías, por descontado—. Mi madre no para de llamarme y en serio, ya empiezo a sentirme como una descastada. Es la única familia que me queda...

—Vale, lo haremos así —me cortó. En realidad me pregunté hasta qué punto me sentía miserable y rastrera, que me deshacía en justificaciones. Fue

un alivio que me interrumpiera.

Pues oye, decisión acertada donde las hubiera. Mi vida dio un fabuloso vuelco a mejor: madre satisfecha y amorosa, llenando recipientes herméticos con comiditas caseras que aparte de alimentar mi cuerpo y el de Alberto, me aligeraban la tarea de la compra y cocina durante la semana, ya que el recién nombrado, no hacía por ayudar en ninguna de las dos cuestiones. Recuperé mi tranquilidad y sosiego, perdí de vista a la peque, recuperé algunas amigas del colegio que seguían viviendo en Málaga y me permitía tomar café con ellas los sábados o los domingos. Paseaba por las tiendas del centro y acompañaba a mi novio al parque infantil o al McDonald's, donde sí era posible intercambiar unos cientos de palabras, mientras Anita evolucionaba en los columpios, sin queja y sin cargar contra una servidora. Ahora que no tenía que soportarla a la fuerza, hasta empezó a caerme bien la pequeñuela y me dio por comprarle vestiditos.

Las noches de los viernes, me las pasaba ovillada en el sofá de mi infancia, cenando con mi madre y viendo juntas algún programa de esos horribles de cotilleo rosa. Los sábados los dedicaba a la juerga desenfadada con mi chico, que generalmente llegaba tarde a recogerme porque tenía que asegurarse de que Anita no se despertaría sin encontrarlo tumbado al lado. La abuela de la criaturita había amenazado con echarlos a los dos a la *rué*, en caso de que volviera a producirse algún episodio (tipo aullidos nocturnos) que despertase al vecindario e hiciera venir a los municipales.

Aquella noche de sábado, bastante tarde por cierto, nos zampamos unos Paninis con vino tinto en una tasca de la Plaza de la Merced. Mientras los degustaba, mi novio me propuso un novedoso plan:

—¿Nos tomamos unas copitas en mi bar favorito, que nos facilitan unos porrillos? Gratis. Aunque te advierto que es un antro.

—Ni preocuparse, me encantan los antros —respondí feliz como un cascabel. Lógico, llevaba encima alcohol suficiente para que me hubiesen complacido las mismísimas alcantarillas de Londres.

—Pues vamos. Conduce tú que yo estoy muy borracho —propuso sin querer darse cuenta de que yo zigzagueaba.

La cena no había sido ningún lujo y pese a ello, Alberto se irritó con la cuenta. Fue verlo resoplar y como lo conozco, mi cartera saltó del bolso sin poderlo remediar, dispuesta a poner fin al numerito antes de que comenzara. Pagué y así y todo, mi novio siguió protestando calle abajo.

Aquella visita al “Triple X”, el antro en cuestión, fue la primera de otras

muchas. La mugre que cubría las paredes y los asientos no era visible gracias a la escasa luz del local, pero no debían de haber pasado la fregona en años. Olía a marihuana que alimentaba y se respiraba un sórdido ambiente hippy-chill-out, propio de los que flotan en el sub-mundo de la paranoia, cada cual sumido en lo suyo y sin importarle qué hacía el de al lado. Por ejemplo, Alberto y una servidora, que nos pegábamos unos lotes y unos magreos dignos de un quinceañero calentón, después de ponernos a tono con los porros que el propietario nos obsequiaba. Llegaba a casa de mi madre literalmente a cuatro patas y me arrastraba a mi camita de soltera, donde dormía “haciendo el ancla”, con un pie apoyado en el suelo para que el maldito alrededor dejase de girar, atiborrada de “Actrón” para matar la resaca.

Una noche especialmente mala, mi madre me pilló con la cabeza dentro del retrete, sacudiéndome en plena vomitera.

—Hemos ido a cenar y ha debido sentarme algo mal... —expliqué con media lengua sin que me hubiese preguntado. A mi edad.

Su mirada me indicó que no se chupaba un dedo, pero acobardada por mis treinta y pico años, dio media vuelta y regresó a su cuarto sin decir ni mu. Yo me acosté ciertamente avergonzada de haber dejado de ser quien era: una chica modosita que no daba ocasión ni motivo de disgusto a sus padres. Pero al fin y al cabo... ¡Qué coño! Trabajaba como una condenada y me merecía un poco de diversión. Sin duda, Alberto era de lo mejor que me había pasado en la vida.

14. Ponle Las Cosas Fáciles A Un Irresponsable: Pronto Será Tu Espalda La Que Soporte Todo El Peso

“*Joder estoy sin blanca*” o su variante “*Mierda, me he olvidado la cartera*”, empezaron a ser frases peligrosamente habituales en boca de mi queridísimo. Pero yo obviaba pegadas como aquella porque gracias al cielo y al proyecto del complejo vacacional, andaba sobrada de efectivo. De buena mañana, entré al despacho y saludé a la secretaria que andaba atareada peleándose con la fotocopidora.

—Dale una buena patada —me entraron ganas de decirle. Pero me contuve porque ¿a quién le tocaría luego pagar el estropicio?

Me colé en el cubículo de Pilar y la encontré sentada como una reina delante de su mesa de dibujo, tan concentrada que respondió a mi saludo jovial con un gruñido de perro. Al ver la ventana que da al paseo abierta de par en par, me arrimé a ella, me apoyé de canto contra la pared y encendí un cigarro.

—No te vas a creer lo que me ha pasado, Pilarín. Me he encontrado con Margarita Lores en el gimnasio.

—¿Mmm?

—Margarita Lores, del colegio ¿No te acuerdas de ella? Fue mi compañera de pupitre durante seis cursos de primaria. Jolines, casi no ha cambiado. Así, al pronto, no la reconocí, pero ella a mí sí y hemos quedado para comer juntas... Aunque eso es lo de menos, porque nos veremos a diario en el gimnasio.

—¿Te has apuntado al gimnasio? —preguntó Pilar cayendo del cerezo en donde se había subido hacía rato.

—Sí, hija, sí, a ver si me prestas un poquito de atención y desconcéntrate, que tienes un surco entre las cejas, para aparcar bicicletas —repuse ofendida, oteando por la ventana.

—Disculpa. Llevo toda la tarde tratando de asimilar mis diseños a los tuyos, pero no tengo ni chispa de imaginación fantasiosa. Yo soy pragmática, de las de diseñar edificios inteligentes con anchos pasillos rectangulares y

minimalistas, y estos clientes van como locos con tu idea de Juego de Tronos y sus mundos mágicos, de modo que no sé dónde agarrarme para no caerme del burro. —Y para muestra de su frustración, arrojó el bolígrafo entre el maremágnum de cosas desordenadas sobre su mesa.

—Siempre podemos combinar mis exteriores de cuento con tus interiores increíbles, que aprovechan hasta el último centímetro habitable —la consolé, incapaz de corresponder a su elogio—. Bueno, te dejo, he quedado con Alberto en el centro comercial, vamos a comprar un sofá para el salón.

—¿Qué le ha pasado al tuyo? ¿Se le han saltado los muelles? Si es chulísimo y parecía bueno...

—No, de hecho sigue impecable.

—Ah, entonces es que te has vuelto derrochadora.

—Tampoco, Alberto lo adoraba pero le ha cogido manía de buenas a primeras y si antes era la leche porque su anchura nos permitía ver la tele y dormir la siesta juntos, ahora lo odia a muerte y lo he pillado endiñándole patadas a escondidas.

—Jolines, actos terroristas y todo, la cosa se pone grave —se cachondeó mi socia. Yo torcí el cuello.

—Es guay cambiar la decoración de la casa de cuando en cuando —repliqué tratando de ver el lado positivo del asunto.

—Pues me quedo con tu sofá —terció Pilar encantada—. Avisa cuando pueda mandar a recogerlo.

—A río revuelto... —reí cerrando la puerta a mi espalda.

Pero Alberto no apareció por el centro comercial y tampoco respondió a mis llamadas. Me tomé un café, di un par de vueltas por las tiendas de muebles, fiché un sofá de pluma de oca y cuero color chocolate que era la pera, le saqué un par de fotos y volví a casa. Encontré al susodicho desparramado en el salón con un montón de cervezas vacías alrededor, algo familiar. Estaba enfurruñado.

—¿Te has olvidado que habíamos quedado? —pregunté inocente despojándome del abrigo. Desde el sofá maldito, me llegó un gruñido— No importa, he asumido la misión en solitario y ya he visto nuestro futuro nuevo sofá. Divino.

—¿Cuánto? —se interesó con sequedad.

—Entre tres y cinco mil dependiendo del tamaño.

Se le abrieron unos ojos como la luna de Valencia. Se levantó en plan exhalación y se encerró en el baño. Yo me quedé de una pieza, preguntándome

qué había provocado esa huida en desbandada, si mis palabras o un apretón repentino. Pero no oí tirar de la cisterna, de modo que diarrea no era. Me acerqué con cautela a la puerta del aseo y propiné unos suaves golpecitos a la puerta.

—Alberto, Alberto ¿va todo bien?

—Sí —mugió—. Ahora salgo.

Juraría que lloraba, lo cual, me desconcertó mucho más aún. Regresé al salón perturbada y marchita, como si arrastrase un peso muerto. Al poco rato, mi chico vino a hacerme compañía. Pero se sentó y se quedó catatónico mirando la pared de enfrente con los ojos huecos.

—Me vas a contar qué pasa ¿a que sí?— me vi obligada a plantear.

—Me odio a mí mismo. Soy un fracaso, un perdedor... Un mierda.

—¿Tiene algo que ver con la compra del sofá? —pregunté con timidez, totalmente perdida. Pensé que lo negaría.

—Soy un hombre y un hombre debería poder comprar un sofá nuevo para su casa cuando hace falta. Pero yo no, yo no puedo porque mi trabajo es un putito desastre y no tengo un duro. —Sonaba tan amargado que no supe darle razones en contra, salvo que un sofá nuevo no nos hacía ninguna falta.

—Hay rachas... Yo también he pasado meses que... —comencé decidida a sacarlo del hoyo. Posé una mano en su antebrazo, pero se revolvió como si lo persiguiera una bandada de patos salvajes, quitándosela de encima.

—¿Qué te parece si llamamos a las cosas por su nombre y ahorramos tiempo? —Sus ojos brillaban violentos, febriles y su tono era mucho más alto de lo habitual, sin rastro de su acostumbrado buen humor. Sin querer, me arrugué en el asiento.

—Este sofá está bien, perfecto diría yo, no hace falta cambiarlo...

Alberto se levantó y cazó al vuelo su chaquetón, alcanzando a grandes pasos la puerta de mi apartamento.

—Esta noche duermo en Málaga— rugió a modo de despedida y con el rostro contraído.

¡Virgen de la Macarena! pensé. Si alguien entiende a los hombres, que venga en mi busca y me saque del hoyo.

No volvimos a mencionar el *espinosísimo* asunto del sofá, no reventasen nubes de tormenta sobre nuestras cabezas y, más mal que bien, Alberto recuperó su jovialidad aunque a ratos pareciese un alma en pena. Yo estaba loca porque surgiera una buena juerga, único modo de verlo realmente

animado, porque ya, ni haciendo el amor ni emborrachándonos era lo mismo. Sus andares tenían una pesadez inusual que me preocupaba.

Pero con Alberto, nada era para siempre.

—Tenemos fiestón en casa de un amigo. Inaugura un ático que se ha comprado en el centro histórico de Málaga, frente a la catedral —anunció con una sonrisa que le partía en dos la cara. Soplé aliviada.

—Mira qué bien. Planazo para el fin de semana —sonreí sin fuerzas.

Y es que le oculté que estaba reventada, que la genial idea de apuntarme a Spinning con Margarita Lares, había venido a sumarse a las horas y horas de incansable proyecto y reuniones con los inversores, a las noches de vigilia gracias a su incansable sed sexual y que habría regalado mis conjuntos de La Perla, por poder dormir sábado y domingo completos. Pero deseando verlo feliz me tragué mis pupas y mis fatigas. Me coloqué mis mejores galas, un mono de punto de seda rojo, fluido y favorecedor, y me metí en el trasto que tenía por coche, rumbo al festejo.

Íbamos charlando animadísimos, poniéndome al corriente de dimes y diretes sobre el propietario del ático, para no llegar absolutamente extraviada. Suelo no mirar por dónde me llevan, pero el itinerario que agarró el Saab de Alberto, no se parecía en nada al camino del centro, que más o menos me lo manejo.

—Creí que dijiste que la fiesta era cerca de la catedral —dudé. Él trató de esquivar la pregunta, pero no pudo. Era demasiado directa.

—Vamos primero a hacer un recadito. Me han encargado algo... para la fiesta.

Conociéndolo y conociendo esa media sonrisa traviesa suya, sólo tuve que atar cabos. El coche ya traqueteaba por una calle empinada sin asfaltar, flanqueada por casuchas de muy mal ver.

—¿Coca? —adiviné con tono rancio.

—Es para ellos —respondió a la defensiva. Pero yo no me chupo un dedo, señores.

—¿Y cómo es que han tenido que encargártela a ti que vienes de sesenta kilómetros de distancia? —Lo miré con suspicacia y Alberto se agitó un poquitín.

—Ellos sabrán.

—O tú, que te conoces muy bien la rama de proveedores. ¿No decías que eso era veneno puro y que te apiadabas de los que andan enganchados?

No soy ninguna santa y respeto lo que cada cual decida hacer con su

cuerpo y su vida, pero no soporto las mentiras.

—Es para ellos —repitió olisqueando el aire fétido a través de la ventanilla.

Cuando detuvo el ronroneo del motor, me entraron ganas de sacar un rifle para protegerme. Docenas de ojos sombríos nos espiaban desde unos soportales a punto de derrumbarse, si bien nuestro cochecito abollado no desmerecía en el entorno. Parecíamos dos quinquis cualesquiera en busca de su dosis. Me escurrí sillón abajo hacia el suelo y, cuando el fulano que metió la mano dentro del coche estrechó la de mi novio, parecía conocerlo de toda la vida.

—¡Alberto, tío! ¡Qué bueno verte! —Tenía una voz aguardientosa con marcado acento argentino, barba descuidada y los párpados más hinchados que he visto en mi vida.

—¿Lo tienes? —apremió Alberto impaciente.

El hombre se sacó unas cuantas bolsitas del pantalón mugriento y se las pasó por encima del cristal de la ventanilla. Alberto le correspondió con un puñado de billetes arrugados. Yo, molesta, miré para otro lado con los brazos cruzados sobre el escote.

—Avisa con tiempo, tío, no te puedo buscar más que mierda si me vienes de un día para otro, como el miércoles pasado. ¿Qué *pretendés* que te traiga así de repente? Tú llama con espacio y yo me encargo de buscarte cosita buena. —Sonrió mostrando su hilera de dientes podridos. Y de camino, me dio a mí un repaso lascivo que me revolvió las tripas.

—Vale, nos vemos —se despidió Alberto, precipitadamente y con las mandíbulas apretadas.

Arrancó a toda mecha levantando una nube de polvo considerable que debió dejar los pulmones del camello para el arrastre. Como se mantuvo en persistente silencio, yo hice cábalas tratando de cuadrar la noche del miércoles anterior. ¡Eureka! Alberto no había venido a dormir, se justificó porque tenía que atender a unos clientes. Se ve que los había puesto marcando el paso, felices como perdices.

—Espero que tus clientes te comprasen medio laboratorio —masqué. Ni sé cómo hice para que mi voz sonara lóbrega, como salida del fondo de una tinaja.

—No lo habrás creído ¿verdad? —dijo sin mirarme.

—La verdad, no sé por qué no habría de hacerlo. Por cierto, esperaba de ti una excusa más brillante.

—Yo no he venido ningún miércoles a comprarle nada. Ese pobre diablo tiene la cabeza vuelta del revés.

No vi necesidad de responder. Si algo tenía, era capacidad de análisis, en el colegio me lo decían constantemente. El vendedor, ignorante de mi ignorancia, había repetido lo del miércoles con un desparpajo que desprendía sinceridad por todos sus poros. Pero no tenía ganas de enfrascarme en una discusión.

—Debe de haberme confundido con alguien —insistió Alberto observando mi reacción de reojo. Ni moví un músculo.

—Seguramente.

15. Inocente Donde

Las Haya

Menos mal que la fiesta me barrió el cabreo. ¿He dicho ya que no me agradan las mentiras? Yo no suelo mentir. Ni embustes piadosos siquiera. Ni uno chiquitito, *na* de *na*. Es que no me sale, se me pone cara de rana. Y estaba claro como el agua de Lanjarón, que Alberto me había metido una trola más grande que Barcelona. ¿Qué otras cosas se metía?

Llegamos al ático y nos salió al encuentro una algarabía de luz y sonido, mezclada con las voces discordantes de al menos cincuenta personas armadas con vasos de tubo. El propietario del inmueble en cuestión, resultó ser un niño pijo de la ciudad, con un increíble gusto para elegir pantalones. Me achuchó como si fuera su prima y me presentó a toda velocidad a un montón de gente, cuyos nombres olvidé de inmediato.

Alberto, entretanto, se me había perdido. *Missing*. Desaparecido en combate, el *hijofruta*. Se ve que le picaba la conciencia y allá que fue a limpiarla a base de whisky del caro, de esos que él se tragaba a garganta abierta como si fueran agua mineral. Miedito me daba de cómo podía acabar la noche.

Di un par de vueltas por el salón abarrotado de bailones y me encontré a mí misma con dos copas en la mano. Gin-tonic y ron-cola, a cada cual más fresquito. También había chucherías para picar, pero no me quedaban manos, de modo que me bebí el gin de tres buches y me desembaracé del vaso para pasar al meneo de bigotes. Todo el mundo se acercaba a hablarme, se presentaban, me cogían las patatas fritas de las manos para estrechármelas y a continuación, me las devolvían. Y yo sonreía, sonreía todo el tiempo, sorbiendo del ron-cola y estirando el cuello a ver si divisaba a mi chico. Creí verlo en la terraza, pero cuando me encaminaba hacia allí, un trenecito que pasó bailando la conga me arrolló y me montó al vagón de cola. Acabé saltando y zapateando la canción de los pajaritos.

De chiripa pude librarme y salí a la extensa azotea. El anfitrión había repartido asientos de caña por toda la superficie y los invitados se arremolinaban en torno a ellos, conversando pausadamente. Parece que todos los locos se habían quedado dentro soltando alaridos. Aunque era invierno, la

noche era de lo más apacible y había antorchas para alumbrar. Me acerqué sonriendo tontamente, porque el efecto del alcohol era ya imparable.

—Bienvenido forastero —le susurré a la oreja procurando que mi aliento se la recorriese toda— ¿Qué haces aquí tan solito?

—Ya ves... esperando que la dama más bella de la fiesta se digne a hacerme caso.

—Te refieres a mí —afirmé atrapando su boca.

—A ti me refiero —aseguró segundos antes de volver a besarme con furia fiera.

Estábamos los dos tan bebidos, que la lengua no nos cabía en la boca. Entramos, bailamos, bebimos, comimos y volvimos a beber. Yo empezaba a ver dobles los cuadros de las paredes, pero indudablemente, la música tenía la culpa de que la gente ya no danzase tan animada.

—Vaya muerdo —protesté dirigiéndome hacia mi bolso.

—¿Vienes al baño? —invitó Alberto. Lo miré sin saber a qué se refería. Igual pretendía bajarme las bragas y colármela a traición.

—Un segundo, voy a poner mi propia música —barboteé.

—Pues estoy en el baño —repitió en plan disco rayado.

Coloqué el pendrive que llevaba en el bolso y los últimos temas de La Mega empezaron a tronar. La gente silbó, gritó vivificada y se lanzó a la conquista del espacio central. Yo no fui menos. Pero con el extremo del cinturón a modo de cable, fantaseando con que sostenía un micro entre las manos, me puse a cantar a pleno pulmón "Self control". Aquella canción, en concreto, es que me podía, me podía. Cuando vine a darme cuenta, tenía un chico pegado a mi espalda como un percebe.

—Oye tía qué bien cantas...

No sé, también me lo decían en el cole. Siempre hacía los coros en misa y en cuanto me despistaba me dejaban sola, pero yo creo que porque chillaba hasta desgañitarme.

—¿A que no sabes qué? —lo intrigué misteriosa, interrumpiendo mi cantinela.

—¿Qué? —Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—No se lo digas a nadie. Soy la suplente oficial de la representante de España en Eurovisión.

—¡No me jodas!

—Como te lo digo —Y volví a las andadas. Él quedó tambaleante y calibrando mis méritos.

—Pues sí, lo haces de la ostia. ¡Oye! ¡Que es la sustituta oficial...! — Allá que se fue pegando berridos y contándole a todo el que lo quería escuchar, que yo era cantante profesional. Al rato tenía mi propio corro de admiradores entregados babeando y poniendo una y otra vez el mismo tema en el reproductor de música.

No fue hasta que me entraron ganas de pis, que me acordé del crápula de mi novio y de que su última invitación había sido al baño. Salí del aseo abrochándome la cremallera del mono y busqué tambaleante al dueño de la casa.

—Oye, toma —Le entregué una tarjeta de crédito sospechosamente impregnada de polvillo blanco que no me había llamado ni un poquito la atención—. Alguien se ha olvidado esto en el baño, joder, luego les roban y se quejan. ¿Para qué sacan la tarjeta si van a cambiar aguas?

Como me di media vuelta y volví a mi salsa tan feliz, no pude disfrutar de la cara de pasmo e incredulidad del anfitrión, que debió pensar que le tomaba el pelo o que era más tonta que Pichote. Sinceramente, a juzgar por la inocencia cristalina de mi carita, creo que optó por lo segundo.

No me topé con Alberto en toda la santa noche, pero ¡Válgame la Pilarica! Alentada por mi creciente coro de fanáticos seguidores, pidiéndome otra y otra, me desgañité a base de bien cantando y estuve afónica tres días. No veas luego Pilar con la guasita...

16. ¡Ay, Ay, Ay...!

Novedades

Sonó el teléfono del estudio y nuestra secretaria, que por una vez se encontraba presente, corrió a atender. Me pasó la llamada.

—Victoria, una tal Rosa Hernández. ¿Le digo que no estás?

—¿Hernández? Ni idea. —Pero me picaban los ojos de tanto ordenador y me apetecía abrir una pausa. Miré la triste taza de café congelado que ni siquiera me había llevado a los labios—. Pásamela y tráeme otro café caliente, porfa.

—¿Victoria? No sé si te acuerdas de mí. —La voz era agradable y bien timbrada, firme, profesional—. Soy Rosa Hernández, abogada .—Una pausa para pensar. No caía. Me dio pistas—. Llevé el divorcio de tu compañera Pilar...

—¡Ah, claro, claro que sí, Rosa! —Efectivamente, una abogada simpática que se había empeñado en llevarme de testigo y como no sé mentir, le di más trabajo que replicar la Gran Pirámide—. Disculpa, de momento no te había ubicado.

—Sí, espero que sigas tan maravillosamente guapa como siempre. Tengo un cliente británico, víctima de una estafa en relación a su chalet recién construido; voy a representarlo en el caso pero requerimos de unas explicaciones técnicas que para mí es fundamental aclarar, aunque él no habla más que inglés. Eres la única arquitecto que conozco que domina el idioma. ¿Te importaría recibirlo y dedicarnos un ratito? ¿Lo harás?

—Claro que lo haré, mujer, encantada. Sólo dime exactamente cuándo, porque ando metida en un proyecto colosal y estamos con el movimiento de tierras, es probable que pase algunas mañanas fuera del despacho.

—¿Qué me dices de esta tarde? Hay una serie de puntos que no me cuadran y tendré que tomar notas, las declaraciones se me vienen encima y la verdad, prefiero quitármelo cuanto antes.

—Pues pasaos esta tarde. —Meneé la cabeza decidiendo en ese mismo instante, que me la tomaría libre—. Ya sabes dónde estamos, os espero.

Rosa parecía más la jefa de un salón de estética, que una abogada seria.

Era muy alta y robusta, con curvas de diva del cine de los cincuenta, luciendo una generosa cabellera teñida de rubio que le caía por la espalda y embutida en un traje de chaqueta dos tallas menos de lo necesario. Otro detalle discordante era el rojo carmín, siempre ligeramente corrido en las comisuras. Pero al margen de su aspecto, en los tribunales era una fiera luchadora. El divorcio de Pilar fue arduo y tormentoso, pero ahí supo estar nuestra Rosa, siempre al pie del cañón, machacando al interfecto cabrón. Al final ganamos.

Cuando mi secretaria la hizo pasar a la sala de juntas, yo ya les esperaba con unos cafés preparados y una bandeja de pastas. Oí que entrecruzaba unas palabras amables con Pilar en recepción y a continuación, entraron y me presentó al inglés.

—Victoria, Maxwell Oberon.

—*Nice to meet you* —dijo el inglés estrechando mi mano. Tenía una voz aterciopelada y sexy, irresistible. Yo es que soy mucho de voces.

Le correspondí de igual modo y tomamos asiento. Si tengo que ser sincera, me costó lo mío concentrarme. Conseguí que la afanosa abogada pospusiera el estudio de planos hasta terminado el café y mientras lo tomábamos, me fue poniendo al corriente de los pormenores del caso. Me sentía estable bajo la pupila azul del británico y tampoco podía evitar mirarlo con el rabillo del ojo. ¡Redios! ¡Vaya si estaba bueno el víctima! Era alto y bien formado. Pero que muy bien formado, por lo que se adivinaba bajo su ropa. Rubio como las candelas, con melenita, como Alberto. Los ojos de un increíble azul ultramar profundo y la mejor caja de dientes que he visto en tiempos. Vale, Alberto también tenía una hermosa piñata, pero era moreno y sus ojos, oscuros como la noche. Quizá en Maxwell todo resaltase más porque estaba preñado de luz: los rayos dorados de su pelo, los ojos color cielo, su piel suavemente bronceada... Parecía un actor de cine, en toda regla. Y luego esa voz... que me mareaba.

A duras penas y poniéndolo todo de mi parte, logré enterarme de lo que necesitaba Rosa. Le hice varias preguntas al efebo y se las traduje a mi conocida. Ella a su vez, hizo otro tanto. Así se nos fueron dos horas y media como un suspiro. Cuando dimos por terminada la entrevista, Maxwell solicitó mi teléfono.

—Es por si me surge otra duda sobre la marcha. Estoy tan enfadado con este asunto, que no puedo dormir. Continuamente se me vienen dudas a la cabeza —explicó en correctísimo inglés para españoles.

No vi motivo para negarme. Se lo di. El del despacho, el móvil, el

privado, el de casa de mi madre..., se los di todos. *Llama, hijo, llama.*

—No sabes el favor que me has hecho, Victoria, eres un encanto —me agradeció Rosa ya en la puerta. Suspiré al ver que se llevaba al mocetón lejos de mi lado, pero aliviada por perderlo de vista. Demasiado en qué distraerse; ignoraba cómo a ella no le afectaba su narcótica proximidad.

Lo último que recibí de Maxwell Oberon, fue un recio apretón de manos y una mirada azul que me traspasó los huesos y me puso a temblar.

17. Lo Creas O No Lo Creas, El Flechazo Existe. Un Intercambio De Energías Envuelto En Una Mirada, Tan Potente Que Te Estrella Contra La Pared

Eso era lo que yo suponía. Que no volvería a tener noticias tuyas. Pero me equivoqué. Maxwell me llamó enseguida y yo me puse tan histérica que no descolgué. Me dejó mensajes de voz, invitándome a cenar primero y a un simple café después, en vista de que yo ni aceptaba ni daba señales de interés. Recibí varios mensajes en mi móvil que resolví contestar, poniendo fin al asunto. Ahora bien, nada de preguntar por el caso, aquello era un tirar de tejos puro y duro.

—Pilar ¿cómo le digo que tengo novio sin parecer ñoña?

—Pues corto y conciso: tengo una relación y no acepto invitaciones a cenar. Un café, puede.

—No, eso tampoco.

Pilar se me quedó mirando inquisitiva. Mi tono había sonado excesivamente arrollador.

—Hija, un café no le hace mal a nadie, tampoco estamos en el siglo pasado —calculó recogiendo el cabello en una coleta.

—Es que ese tío me gusta —me sinceré. Era tan sencillo hacerlo con ella—. En serio, me ha gustado desde que vi aparecer su nariz recta y perfecta por esa puerta. Y no voy a darle alas a algo que puede meterme en la boca del lobo...

—Porque tú a él lo has dejado tarumba —completó mi compañera—. Sí, sí, no me pongas esa cara de pasmada, que me he dado cuenta. No te quitaba ojo y marcharse del estudio, fue como obligarlo a donar un riñón gratuitamente. Le has impactado.

—¿Ves? Pues si tú lo has notado, con más motivo. Vade retro, Satanás.

—Mira que eres mema. Si está como un queso gruyere sin agujeros...

—Oye que tengo novio —objeté, evidentemente molesta por el giro que tomaba la conversación. Habíamos comenzado medio en broma.

—Tu novio es un fracasado, Victoria, y a ti no te importa porque eres muy

buena gente, que otra, ya lo había exportado. Ronda los treinta y tantos y no tiene ni oficio ni beneficio, con un trabajito inestable de comercial que no le da para vivir y, alojado en casa de sus padres cuando no en la tuya. ¡Qué vergüenza! —La severa Pilar puso los ojos en blanco.

—Oye, que Alberto tenía casa, pero se la ha quedado la cabaretera —lo defendí con énfasis de amante herida.

—Lo que tú quieras; ya de entrada, haberse emparejado con semejante espécimen, dice mucho de él. Es parte de la fragua que genera su fracaso. Va de desastre en desastre y tiro por que me toca, odiándote porque eres mujer de éxito.

Aquella apreciación disparó mis alarmas. ¿Hablaba Pilar en serio? ¿Completamente en serio? Me subió por el cuello una pena horrible.

—Alberto no me odia —aseguré estirándome digna.

—¿Estás completamente segura? Eso es lo que tú te crees. Si no te lo ha demostrado todavía, lo hará en breve. Los hombres acabados no soportan tener al lado una mujer que brille. Y tú brillas, querida, aún sin proponértelo y no sólo por el tema económico.

—Está un poco deprimido últimamente. —De pronto, me arrepentí de haberle comentado los bruscos cambios de humor de mi chico y el episodio del sofá. Lo estaba usando contra mí como arma arrojadiza y eso no era noble.

—Cortinas de humo —refutó Pilar chasqueando la lengua.

—Estás siendo muy dura con él —critiqué resentida. En mi opinión, Pilar era siempre un poco más dura de lo necesario con todo el mundo.

Pero me dejó preocupada. Mucho más de lo que consentía reconocer. Porque ahí en el fondo de mi cerebro, algo me decía que las cosas no marchaban tan bien como yo me empecinaba en ver, y que el mundo estaba dejando de ser rosa. Alberto despotricaba contra su trabajo y sus míseras ganancias, día sí, día también, pero se ponía como un basilisco cuando yo iluminaba su sendero sugiriéndole otro empleo, o incluso algún curso de especialización que facilitase su acceso a otras profesiones o grados. A gritos, me acusaba de querer manipular su vida profesional. Nada más lejos de mi intención.

Así y todo, resolví no responder a los llamamientos del inglés, porque soy una chica honesta (y gilipollas) donde las haya. Y al final pasó lo que tenía que pasar, que se dio por vencido y no volví a saber de él. Sinceramente, no tardé en olvidarlo. Otras cosas se sucedían en mi agitada vida. Por ejemplo, los nuevos negocios de Alberto que por fin pareció decidirse con un paso

adelante.

Y menudo paso...

Lo vi llegar a medio día a mi estudio, con un semblante resplandeciente y una botella de champán del caro, bajo el brazo.

—Suelta todo lo que tengas entre manos, te invito a comer —dijo, sin poder contener su emoción.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha tocado la lotería?

—Algo así. —Sus ojos chispearon—. Venga, sal de aquí y te lo cuento todo.

Recogí la mesa y me colé dentro del abrigo. Lloviznaba y había quedado con Pilar para subirnos unos menús chinos y comer juntas en el estudio, no estaba previsto que Alberto apareciese de aquella guisa. Mi compañera nos despidió desde su despacho con un gesto indolente de la mano, lanzándole a mi chico miradas suspicaces. Alberto no se coscó. Fuera lo que fuere lo que tenía en mente, lo absorbía por completo. Conseguí que cesase en su afán por almorzar en el restaurante más caro de Marbella, aludiendo que debía volver al estudio cuanto antes y lo arrastré a un alemán distinguido pero comedido en los precios, que tenía en la misma calle.

Bien acomodados, desdoblando servilletas, lo miré fijamente a los ojos. Irradiaba felicidad. Yo intriga.

—Bueno, desembucha, me tienes en ascuas.

—Vamos a ser ricos —vomitó así de golpe—. He vendido una parcela de trescientas hectáreas para urbanizar.

—¿Vender? ¿Tú has vendido? —me asombré. Hasta la fecha, no sabía que comerciase con otra cosa que con píldoras y jarabes para la tos.

—Un amigo de Málaga tenía el encargo de venta pero decidió contar conmigo. La propietaria de la parcela es una señora francesa, riquísima y con un pie en la tumba...

—¿Qué amigo? —lo corté. Conocía lo suficiente a Alberto, para saber que considera “amigo” a cualquier desconocido con el que se tome dos cervezas.

—No lo conoces, Antonio se llama... A lo que iba. La vieja quiere deshacerse de esas tierras que son urbanizables. Y yo he conseguido un promotor interesado en comprarlas.

—¿Cuánto de interesado?

—Todo lo que se puede estar. Le he mostrado los planos, le he informado del precio y de las condiciones y ha aceptado, dice que todo le parece genial y

que quiere conocer a la propietaria y señalar la operación, pero ya.

—¡Vaya...! —me alegré mucho por él, la verdad.

—Y ahora viene lo bueno... Mi comisión por la operación asciende a...

—¿A...? —dije contagiada de conmoción.

—Quinientos...

—¿Quinientos mil?

—Ochenta...

—¿Ochenta mil?

—Quinientos ochenta mil eurazos —sentenció como Dios. Y se puso a vociferar— ¡Camarero! ¡Una docenita de cigalas a la plancha!

Se me nubló la vista. ¿Había oído bien? La respuesta a todas mis plegarias, por fin algo gordo de lo que sentirse orgulloso. Me refiero a Alberto, no a mí, desde luego. Yo bastante tenía con los inversores rusos de mis clientes, la traductora que me volvía chaveta y con diseñar unas torres “caladas” con luz interior iridiscente, el último caprichito de mi “jefe de proyecto”, para el hotel principal del parque. Mi cara se iluminó cual farola del paseo marítimo.

—¡Ay madre! Creo que me va a dar un jamacuco... ¡Eres... eres rico, pero rico, rico! ¡Lo que siempre has deseado, un golpe de fortuna! —Sin dar ni golpe, debería haber añadido.

—Ya me tocaba, ya... —Se zampó de un bocado una cigala completa— Joder, toda la vida mordiendo polvo, toda la vida soportando las chufas de mi hermanito el neurocirujano... ¡Pues que le den! Con tantas horas de quirófano y no ha visto una cantidad así en su puta vida... En cuanto a Gio... Esa, cuando se entere se muere. —Acompañó su oscuro deseo con una risotada.

Tuve que hacerle señas para que bajase la voz. A estas alturas, medio restaurante sabía ya de sus ganancias.

—Bueno y el trato... ¿Para cuándo? —siseé.

—Para ya mismo. —Se chupó ruidoso los dedos y yo lo dejé hacer, encantada de verlo tan disfrutón—. Mi cliente andaba como puta en cuaresma buscando un terreno por la zona, exactamente con esas características, menuda suerte. El caso es que ya nos ha pedido que concertemos la primera reunión con la francesa. Se ven mañana por la mañana en la misma parcela.

—Tú irás, supongo. —Alberto me miró raro.

—¿Hace falta?

—Hombre, pues sí. Debes atenderlos, estar encima y presente en toda reunión que se celebre, hasta que escriburen, es lo normal. Mucha gente piensa

que los intermediarios son unos aprovechados que cobran una fortuna por cuatro llamaditas y un poco de azar, de modo que tendrás que hacer como que trabajas. —Me reí, pensando que me comprendía. Pero lo que oyó lo puso de mal humor.

—Pues vaya muermo, esas reuniones son soporíferas. Les hemos organizado la cita, ya ellos se entienden ¿no es suficiente? —consideró con cierta esperanza.

—No, no lo es. —Me mostré intransigente. De negocios inmobiliarios sé un poco.

—En fin... Si tú lo dices, iré. De momento esta tarde es enterita para nosotros, vamos al concesionario Mercedes, que voy a comprarme un coche.

Se me pusieron los pelos como escarpías y di un respingo. Fue todo en simultáneo.

—¿Comprarte?

—Mujer, ya es hora de que jubilemos el Saab, que se cae a pedazos y un potentado como yo no puede ir por ahí sin carro de postín. Sé perfectamente lo que quiero. En cuanto lo vea le echo el lazo.

—Pero tendrás que esperar a que te paguen...

—Ya, pero mejor lo encargo con tiempo. Pago una entrada y al retirarlo, el resto —me contó con un tono tan resuelto que no admitía réplica.

—Bien... —dudé—. Si estás tan seguro de que la cosa será rápida...

—Dicho y hecho, te lo digo yo. La promotora está loca por empezar a urbanizar y la vieja, por volverse a París con el bolsillo forrado. Mi cliente conoce el precio fijado y las condiciones y, ambos le han parecido bien, no hay mucho más que atar.

Volví a relajarme con un suspiro, y alcé la copa de vino.

—Por ti, cariño, porque todo salga fenomenal, que te lo mereces.

—Tengo una flor en el culo —canturreó—. Y yo que pensaba que era medio gafe... ¿Qué digo una flor? ¡Tengo dos jardineras repletitas! —Y se bebió la cerveza de un trago, en plan vikingo.

—Bueno, pues lo del coche, si no te importa, lo dejamos para mañana cuando regreses de la reunión porque esta tarde yo ya tengo lío, un par de llamadas que no admiten demora y contrastar unos datos con Pilar y con el cliente, lo siento. —Como me miró hosco, le apreté afectuosamente la mano—. Vete a casa y reposa tu felicidad con una buena siesta. Esta noche celebramos. —Le guiñé un ojo.

—¿Más cigalas?

—No, una descomunal colección de polvos en todas las posturas imaginables. El que se corra, pierde.

Llegué a casa defenestrada, harta de cifras y cálculos, preguntándome si el cliente nos había confundido con una asesoría fiscal. Todo resultaba más sencillo antes de la entrada de los inversores rusos en el proyecto. La inyección de capital era bárbara, desde luego y nos había permitido ampliar aspiraciones hasta límites insospechados, pero no veas lo exquisitos que eran y la cantidad de horas que nos robaban en consultorías que luego quedaban en nada. Llevaba un tiempo con la impresión de estar nadando en círculos. Menos mal que mis deberes estaban al día y Pilar no tenía motivo de queja.

Esa tarde ni fui al gimnasio siquiera. A pesar de mis promesas, sólo quería tumbarme en el sofá y dormir.

Allí estaba Alberto, con la música a todo volumen, bailoteando con un porro en las manos y la atmósfera del salón invadida de esperanza. Sin darme tiempo a soltar las llaves, me atrapó la cintura y me obligó a danzar alrededor de la mesa.

—Vaya, qué contentito estamos... —advertí con cierto cinismo. Debía llevar toda la puñetera tarde celebrándolo en solitario.

—Ya tengo coche —anunció rutilante.

—¿Qué ya...? ¡Alberto! ¿Cómo has podido...? Creí que habíamos quedado en que esperarías...

Me calló colocando un dedo sobre mis labios.

—Tranquila, he ido a verlo, nos hemos reconocido y hemos quedado en pertenecernos el uno al otro. Es un SL negro, despampanante y biplaza, para ti y para mí, princesa, no cabe nadie más.

—Un poco ostentoso ¿no? —torcí el gesto.

—El tuyo también es descapotable biplaza —se quejó separándose bruscamente de mi lado. Me dio la espalda y una larga calada al porro, pero no bajó el volumen de la música.

—Por Dios, no compares, es un modesto Peugeot con dos plazas traseras adicionales —me escudé.

—Donde sólo cabe un adulto si le cortas las piernas —puntualizó Alberto ofuscado.

—¿Cuánto cuesta el coche? —pregunté por salir del atolladero.

Volvió a recuperar el buen humor de sopetón.

—Una ganga, me lo dejan en ochenta y cinco y de entrada sólo me piden

unos doce mil. —Me puse bizca. Esas eran palabras mayores y en boca de Alberto, el eterno arruinado, ni te cuento—. Me los presta mi padre, ya le he contado lo del negocio. Y a la guarra de mi ex... le he mandado un mensajito.

Me deshice del abrigo y el bolso y por fin, logré soltar las llaves. Me fui por el pasillo en busca de mi pijamita sexy y lo dejé fumando y saltando en el salón, contento como chico con zapatos nuevos. No quería ser aguafiestas y tampoco quería que me lo chillase a la cara, pero lo veía un pelín embalado. En según qué cosas, pongamos por caso un cochazo de lujo de ochenta y cinco mil eurazos, es mejor no precipitarse. Pero contra todo pronóstico, me cambié de ropa y volví a su lado, ronroneando como una gatita en celo. Alberto me había preparado un porro para mí sola.

—Vamos a celebrar —propuso encendiéndolo.

—Por la reunión de mañana que va a ser un éxito.

—El principio del resto de mi vida —sonrió—. Y recuérdame que le meta fuego cuanto antes a este sofá.

18. Y Esperar Y

Esperar...

Se sucedieron unas semanas infernales. De esperar y desesperar. El tal Antonio de Málaga, ya había pasado un par de veces por urgencias del hospital en coma etílico, a cuenta de celebrar y celebrar y volver a celebrar, la venta de la dichosa parcela. Pero la francesa de los cojones, no paraba de sacarse de la manga exigencias nuevas. Y el representante de la promotora, se lo consentía todo con tal de que firmase la venta. Pese a ello, la señora no terminaba de estampar su rúbrica en ninguna parte.

El vendedor de la Mercedes, que por desgracia es primo de Juana y me conoce, empezó a darme la lata.

—Victoria, el coche de tu novio... Verás, que lleva aquí casi dos meses y mi jefe... Bueno que hay que retirarlo y pagar el resto...

—Ya, pero es que la entrada de fondos se le está retrasando un poco... Es cuestión de días, en serio, se pasará a verte enseguida —prometía yo. Hasta que dejó de creérselo.

Agarré el teléfono y marqué el número de Alberto como una posesa.

—¿Qué tal van las cosas por ahí? —Intenté controlar mi impaciencia.

—Fatal, estancado. La puta vieja... ganas me entran de matarla. Ahora pretende que le hagan también las obras de acceso a la parcela, sólo porque tiene otra al otro lado del monte, también de su propiedad, que planea vender en un futuro. Y así se asegura que la carretera le sale gratis. Será cabrona y aprovechada...

—Sí, desde luego —lamenté—. *Estooo* Alberto, que me ha vuelto a llamar el de la Mercedes...

—¿Qué coño quiere ese ahora? —explotó mi novio al otro lado de la línea— ¿No tiene ya los doce mil pavos?

—¿Qué va a ser? Quiere el resto y que retiremos el coche que le está ocupando espacio —expliqué pacífica. No era cuestión de cabrearlo más todavía.

—Pues no hay resto —bufó—. De momento no hay nada más que aguantarle las gilipolleces a la momia esta... Si no me hubieras convencido para estar presente, no estaría sufriendola martirizado. Esto no hay dinero que

lo pague.

—Bueno, pero Antonio y tú podríais ir cobrando vuestra comisión —aventuré—. Parte al menos, he comentado el asunto con una conocida abogada y me ha dicho que el derecho de cobro se devenga desde que le presentas a la vendedora un comprador dispuesto a adquirir, que ha aceptado el precio y demás exigencias conocidas. Estos nuevos caprichitos de la señora, no estaban en el acuerdo inicial, así que conforme a la ley, vosotros como intermediarios, habéis cumplido. Pedidle al menos, el cincuenta por ciento de la comisión y recoge el coche de una vez que este hombre me tiene frita. —Silencio sepulcral entre los dos—. Porque dice mi amiga abogada, que teniendo la hoja de encargo firmada por la francesa, no hay nada que temer... Porque tenéis hoja de encargo firmada ¿verdad, Alberto?

Más silencio. Con un significado que cayó sobre mí como una losa inmedible y me dejó hecha un sello.

—La tenéis ¿verdad...?— insistí con un hilillo de voz.

—No. No tenemos nada firmado.

Me subió por el cuello algo muy parecido a la desesperación. Era una formalidad por la que no me había interesado antes, ya que la daba por hecho. Antonio, Alberto, Alberto, Antonio... ¿Cuál era más imbécil de los dos?

—Repíteme eso... ¡No, no me lo repitas! Que no tenéis hoja de encargo... ¡No tenéis cómo demostrar que la propietaria os nombró intermediarios...!

—Antonio tenía su palabra... —aludió con torpeza.

—¿Su palabra?! ¡Por Dios, Alberto! ¿No estás viendo lo que vale su palabra? Nada de nada. Se había comprometido a vender y ahora está exprimiendo a la promotora como un limón. En cualquier momento la mandarán a hacer puñetas, hartos ya de sus abusos y el trato se irá al garete. Y con el trato, tu comisión y tus sueños —espeté sin tomar respiro—. Y con sólo que tuvieseis esa hoja de encargo firmada, el derecho a cobrar la comisión sería intocable, incluso si ella se echa finalmente atrás y no vende...

—Joder...

—¡Joder no, Alberto! ¡Coño, coño, coño...! ¿Cuántos años sumáis entre Antonio y tú? Se han cachondeado de vosotros, van a birlaros el pago de vuestro trabajo delante de las narices sin que podáis defenderos. Dice la abogada...

—¡La abogada que se vaya a la mierda, me cago en la puta! ¡Tú y tus formalismos me estáis tocando, pero mucho, los cojones! —reventó en un grito

inhumano que me cortó en seco. Y a continuación, colgó.

—Marejadilla en el estrecho de Gibraltar, por lo que veo. Hija, los gritos se oyen desde la cafetería de la esquina —se burló Pilar apoyada en el quicio de mi puerta. Me giré a mirarla con los ojos encerrados en dos círculos grises.

—Esto es el fin, Pilar —sollocé venida abajo con el teléfono aún en la mano—. No te imaginas lo que ha pasado.

—Sí lo sé, he estado escuchando. Sé que es una falta de educación, pero como no cierras la puerta... —Avanzó en mi busca y me acarició el pelo—. Nena, no tienes la culpa, no te arrees con el látigo que te conozco.

—Pero... pero... después de esto Alberto no va a levantar cabeza, era su sueño dorado, por fin libre de ventas y laboratorios farmacéuticos. Con pasta para disfrutar...

—Eso es lo que lo mata, que no piensa en otra cosa más que en disfrutar.

—Le gusta vivir la vida.

—Ya estamos otra vez discutiendo por lo mismo. —Tomó asiento frente a mí—. No digo que no sea buen chico, pero es un irresponsable lo mires por donde lo mires. Pues si pierde el dinero, él mismo se lo ha buscado por inconsciente y simplón.

—Pero es que hay algo más... —confesé medio histérica. Buena me iba a caer encima cuando le contase. Con un vaivén de la mano me invitó a seguir—. La semana pasada... harta ya de que el de la Mercedes llamase y seguramente contagiada del entusiasmo de Alberto... en fin que saqué un dinero que tenía a plazo fijo y lo junté con todos mis ahorros y...

—¡No me digas más, le has comprado el puto coche! —Pilar se puso en pie de un salto, con las manos en la cabeza. Yo asentí tan despacio que pensé que no acabaría nunca.

—Lo traen a casa esta tarde, era una sorpresa. —A aquellas alturas, las lágrimas ya me corrían cara abajo—. Iba a reponer el dinero en cuanto él cobrase...

—No puede verlo, ese coche no puede ir a tu casa. —Pilar paseó de un extremo al otro de mi despacho mordiéndose las uñas—. Dales mi dirección, envíalo a la mía, lo esconderemos en el garaje...

—Pero ¿cómo voy a ocultarle algo así? —me horroricé.

—Victoria, si Alberto ve el coche, no podrás impedir que lo use, ya lo conoces y es capaz de estrellarlo en una de sus juergas babilónicas. De momento, te pertenece en un alto porcentaje. Déjalo a buen recaudo hasta que se finiquite este asunto.

Hundí la cabeza entre los brazos y me dejé llevar por el llanto y la impotencia.

—No sé cómo he podido confiar en él... Ni siquiera tenía una nota de encargo de la propietaria, como Dios manda... Lleva semanas, meses, reuniéndose con ellos, asistiendo a las reuniones, intermediando, y no se le ha ocurrido... —Me restregué los ojos deseando estar en Bahamas, como muy cerca.

—Retiro lo de buen chico, es un imbécil. Ese tío es un imbécil y en su casa no lo saben —afirmó Pilar con dureza—. Perdona si sueño cruel, pero está donde le corresponde. En el barro. Y jamás saldrá de ahí. Procura que no te arrastre también.

No tuve fuerzas para enfadarme con ella. Quizá sabía que parte de razón, tenía. Pero yo lo quería, estaba enamorada de él y hacer el amor juntos era como transportarme al Nirvana. Era un cepo que me tenía atrapada sin saber cómo salir. Nunca me habían interesado los hombres por sus caudales, nunca.

—Dame el teléfono de la Mercedes. Llamaré y les diré que la entrega ha cambiado de domicilio —resolvió mi compañera tomando las riendas del venenoso asunto. Yo me abandoné en el sillón muerta de vergüenza.

Por un momento, temí que Alberto se tirase de un puente. O secuestrase a la francesa y la torturase lentamente antes de asesinarla. Pero no. Fue mucho más simple. Se trincó una cogorza del quince. Muy en su línea. Y no apareció por mi apartamento. Lo llamé insistente, preocupada por su estado y me respondió a la sexta, con una voz pastosa y arrastrada, y una música infernal de fondo.

—He hablado con Antonio. De hecho, está aquí conmigo y no es tan pesimista como tú, para que lo sepas —recitó tartamudeando—. Esto puede todavía salir bien y cobrar, cobraremos como que me llamo Alberto. —Alguien comentó algo a su lado—. Bueno sí, y Antonio. —Se perdió en su propia risa—. Le voy a meter en las narices a la madre de mi hija. ¿No se fue con el vejete porque tenía pasta? Ahora yo voy a tener más pasta que él pero no voy a volver con ella... Ni muerto, princesa, ni muerto.

—Ten cuidado y no conduzcas, por favor. Coge un taxi —rogué esforzándome por entender sus balbuceos entre tanto ruido ambiente.

Encendí el televisor y me preparé algo de comer. El preciosísimo SL descansaba bien tapado en el garaje de Pilar y Alberto no iba a enterarse. Por mucho que me escociera, sabía que no evitaría sus manos sobre el volante con

el subsiguiente riesgo. Era mejor confiar, como hacían ellos, en que el desastre aún podía salvarse y que yo recuperaría el dinero que tan insensatamente había empleado. Menos lo bonito, todo se pega, como dice mi madre.

La segunda llamada de Alberto que recibí aquella noche, me pilló en mitad del sueño y se hizo desde el coche de atestados de la Guardia Civil. Detenido. Conducción temeraria. Positivo en alcoholemia. Un año de retirada de carnet.

Me fui directa al baño y vomité la cena.

A partir de entonces, nos distanciamos un poco. Él no podía conducir y, de lunes a viernes era imposible que viniese a dormir a casa. No me lo tomé a mal, todo lo contrario, fue un reposo reconfortante que me permitió centrarme en mi trabajo y dormir las horas necesarias. Con un café oloroso delante de las narices, Pilar me lo celebró.

—Ahora tienes mejor cara y mejor todo. Te estabas deformando —lanzó en plan saeta.

—Que no. —La miré. No bromeaba— ¿En serio?

—Fofona. Tipo vaca burra hinchada, cariño.

—Tus muelas, Pilar —farfullé—. Sería el alcohol. No he bebido más whisky en toda mi vida adulta que desde que salgo con Alberto.

—Que ya va para año y medio —suspiró—. Victoria, ese tío no te pega. Mira, ahora que os veis menos ¿no te apetecería dejarlo?

Sonreí ante la ocurrencia y ante el modo de exponerlo. Pilar desde su divorcio, se había resecado como una mata sin regar, coincidía con Paula en su acervado odio a los hombres. Tampoco era para ponerse así, les decía yo. *Que te salga uno malo...* (¡Qué gracia! Ahora me acordaba del limón de Otilia) Para ellas, la mayoría eran repulsivos y no se cortaban un pelo en verles los pliegues. Cosa que yo, enamorada y blanducha, no hacía. Siempre es bueno mantener amistad con alguien sensato, de cabeza y corazón fríos, que analice por ti las situaciones, cuando tu cerebro se rellena de goma espuma y queda inservible.

—Voy a recoger el coche, lo tengo en revisión en el taller. Una hora en el gimnasio, como algo allí mismo y nos vemos en el estudio. Quiero consultar contigo los interiores del castillo... ¿Fuego real en las antorchas o resulta muy peligroso?

Me planté en el concesionario-taller donde había depositado mi cochecito aquella mañana, para la primera revisión de su vida: su primer año.

Y reclamé su entrega en ventanilla. Me pidieron que esperara.

Esperé. Treinta largos minutos. Ya casi iba justa para llegar a clase de spinning y si entraba tarde, me quedaba sin bici. Volví a demandar la devolución de mi coche. Era como si nadie tuviese demasiado interés en atenderme.

—Puede irme cobrando si lo desea —ofrecí. Pero inexplicablemente, el chico se negó a aceptar mi dinero—. Es que tengo mucha prisa. Llego tarde a un sitio.

—Enseguida, señorita. Vuelvo a llamar a taller.

Presentí que algo iba mal, cuando se cumplieron ochenta minutos de espera, yo ya me subía por las paredes, la clase del gimnasio se había ido a la porra y un señor trajeado con cara de póker, se acercó andando despacio por el largo pasillo.

—Señorita Alazán, me temo que no tengo buenas noticias. —Ya está. Me vi en el hospital. “*Su coche solo sirve para el desguace*”. Pero no. Era peor y mucho más ridículo—. No encontramos su vehículo.

—¿Cómo dice?

—Que ha desaparecido del taller. No está en ninguna de las naves. Esperábamos que el encargado supiera... pero se había marchado a comer... y hemos esperado... pero no sabe... El coche estaba donde todos los demás, con la revisión acabada y recién lavado para entregárselo —informó del tirón sin mirarme a los ojos.

Me entraron ganas de llorar a grito pelado. ¿Mi Peugeot robado? ¿Cómo, quién, cuándo? El cuándo sí lo sabía. ¿Por qué?

—¿Quiere decir... que me han robado el coche —balbuceé—, aquí dentro del concesionario...? No puedo creerlo.

—Nosotros tampoco, nunca ha pasado. —Claro, no podía ser de otra forma; la primera vez, tenía que pasarme a mí—. Habrá que poner una denuncia...

—¿Y cómo me desplazo desde ahora? —pregunté como una estúpida. Me dio por recordar todo el contenido del maletero, mi equipación gimnástica, mi música, algunas carpetas rebosantes de bocetos impresos...

—Le prestaremos un vehículo de cortesía —ofreció el enchaquetado.

—Pero... ¿Y si no aparece? —tartamudeé.

—Bueno, eso ya lo hablaremos en su momento, no creo que tengamos tan mala suerte. Por ahora, vamos a entregarle un cochecito para que pueda ir usted a poner la denuncia. —Me tomó del hombro y yo diría que me empujaba

lejos de allí—. Y solo nos queda esperar y rezar para que lo encuentren.

Me arrastró hasta un Peugeot 205 bastante perjudicado de estridente naranja, que habían lavado con esmero. Yo lo miré como si fuese carroña, acordándome de la brillante carrocería de mi utilitario nuevo. Hasta que el pedrusco alojado en el gonzate no subiera o bajase, no podría chillarle al tío aquel lo que realmente pensaba de su empresa nefasta. Pero salí del hangar conduciendo el 205, sin haber sido capaz de pronunciar un insulto.

Cuando llegué a mi casa y aparqué, me deshice en llanto. Llamé a Pilar y la avisé de que no volvería al estudio. Me tomé una tila doble, desconecté el teléfono y me embutí en la cama.

¡Coño, qué mala suerte! ¿Es que cuando Dios repartía disgustos, yo era la única de la cola?

19. El Principio Del Fin Es Cuando Las Obras Empiezan A Desmoronarse Sin Remedio. No Te Pongas Debajo

Mi pequeña joyita no asomó el guardabarros. Váyase usted a saber dónde fueron a parar sus huesitos metálicos y mi ropa del gimnasio y el ambientador ecológico que Natalia me había regalado. Me cansé de esperar en vano y cuando el concesionario y su agente de seguros se vieron atrapados en la necesidad de pagarme un coche idéntico, el muy cabronazo, apareció en el fondo de un barranco, casi intacto. En mi vida he visto una cara más feliz que la del representante de la aseguradora, al verse libre del pago.

—¿Quiere decir que ahora tengo que quedarme con este coche? —rugí indignada.

—Este coche que no es cualquier coche, señorita Alazán, es su coche, el suyo, el suyo propio —me aleccionó sin dejar de mostrar los dientes.

—Pero... ha estado desaparecido... nueve días. Y sabe Dios quién se habrá montado y qué habrá hecho... No lo quiero, yo no quiero tocar el volante de ese coche.

—Está impecable —intervino el encargado del concesionario.

—Me da asco y mal rollo —insistí. Ví que el asegurador se levantaba dispuesto a irse.

—La policía lo ha localizado dentro del plazo legal, no tiene usted derecho a indemnización alguna, lo siento, señorita, tengo que dejarles. —Agarró sus carpetas desmelenadas y enfiló dirección la puerta.

—Oiga no puede... —Miré encolerizada a todos lados. Pero nadie, nadie iba a acudir en mi ayuda y aquel sujeto escurridizo ya se escabullía. Mierda, podía haber llamado a Rosa para que estuviese presente. ¿Y si me estaban tomando miserablemente la cabellera?

—No te preocupes, Victoria, yo me encargaré de vendértelo —prometió el encargado envuelto en reverencias, con un tono meloso y consolador—. Entiendo cómo te sientes y yo pensaría lo mismo si fuese mi coche. Me encargaré de que salga con rapidez, ten por seguro que al primer cliente que me pida un cabrio de ese modelo, se lo ofrezco sin pasar por la opción de

“nuevo a estrenar”.

Estuve tentada de besarle la mano de puro agradecimiento. No me estaba haciendo un favor, el muy miserable se lo hacía a sí mismo, asegurándose que yo no formulaba reclamación ni queja alguna. Quién sabe si no tenía derecho al importe íntegro de un coche de exposición. A fin de cuentas, mi vehículo se había malogrado gracias a su incontestable falta de diligencia y vigilancia. ¿Cómo iba a ser posible que se fueran de rositas?

Pero yo soy así, no me gusta discutir y para mis cosas soy muy paradita. La pinta de fiera respondona me precede, pero no es más que fachada. Luego con cualquier cosita me contentan. Y así fue como me quedé extasiada aceptando la birria de trato que me planteaba el tipo del concesionario.

Me pregunto si por aquel entonces me pasaba lo mismo con los hombres. Que me decían con gracia un "por ahí te pudras" y daba saltos de alegría.

Para cuando descendí de las nubes, el encargado de la tienda seguía parlotando.

—Eso sí, ya me han dado un tirón de orejas respecto del coche de cortesía. —¿Se refería a la inmundicia anaranjada en la que yo me desplazaba al estudio?—. Tenemos que devolverlo, no puedo dejártelo prestado por más tiempo.

—Pero estoy sin coche —lloriqueé—. Permite al menos que venda el mío para poder comprar otro.

—Veré qué puedo hacer —repuso sin comprometerse, levantando ambas manos.

Era lo menos que me debían, la responsabilidad del robo fue suya y yo pude gritárselo al careto como se merecían. Cualquiera en mi lugar habría montado un pollo hermoso de los que hacen época, pero a mí, la rabia enquistada en la garganta no me permitió expresarme. Otra gorda, que me metieron doblada.

¡Pero qué mema eres, Victorita, hija! Tantos estudios *pa ná*.

Preferí no contarle la odisea a Alberto hasta vernos durante el fin de semana. Estaba tan decaída y triste pensando en mi mala suerte, que olvidé el trato por ventilar de mi chico. Cuando pasó a recogerme en un taxi, venía tan mustio como yo, con la ventanilla abierta pese al frío y el brazo colgando fuera.

—Tengo que contarte... —avancé—. Te anticipo que te vas a quedar muerto.

—Pues anda que tú...

—Tú primero —concedí viéndomelas venir de repente. Cruce los dedos dentro del abrigo.

—La venta de la urbanización se ha ido al carajo —contó de un tirón. Amargo tirón.

—¡No! —exclamé.

—Como lo oyes. La vieja dice que ahora no vende. Resulta que la parcela no es solo suya, era de tres hermanas y esta andaba tramando a espaldas de las otras. Cuando se enteraron, cogieron un avión y se presentaron en Málaga, pero mi cliente consiguió tranquilizarlas, volviendo a subir el precio. Cuando ya parecía que todo iba a resolverse... —hizo una pausa y tragó dificultosamente saliva—. Joder, ahora dice que su yerno la ha convencido para construir directamente, en lugar de vender.

—Será cabrona... —musité olvidando el robo de mi descapotable y vigilando el lacrimal de Alberto a punto de inundarse.

—No me queda nada, nada... Para una vez que me sonrío la fortuna... Y lo peor es que se lo he contado a todo el mundo —sí hijo, te pudo la soberbia, especialmente frente a Gio—, menudo ridículo. Joder, joder... —Se metió desesperado los dedos por entre el pelo.

—Y pensar que con sólo haber firmado un... —Me mordí la lengua por no liarla. Pero Alberto estaba demasiado abatido como para batallar. ¿Quién tenía la sangre fría de recordarle (una vez más) que habían vendido la piel del oso antes de cazarla?

—Iba a cambiar de vida, a comprar una casa —me miró desconsolado— para los dos, a dejar ese miserable trabajo de vendedor puerta a puerta, un coche nuevo... ¡Ostias, el Mercedes!

—Olvídate del Mercedes —resolví en aquel mismo instante—. Me lo quedaré yo. No es cierto que el mío esté en el taller, me lo han robado.

Genial. Un coche lujosísimo que no me pegaba (yo soy más de vehículo desenfadado, pequeño y manejable) ni quería, ochenta y cinco mil eurazos que jamás hubiese pensado invertir en cuatro ruedas, la cuenta corriente a cero y encima, deudora de doce mil euros al padre de Alberto. ¿Alguien daba más?

Le estaba salvando la vida y me miró como si lo hubiese abofeteado, insultado a su madre o nombrado a su hija.

—¿Que te vas a quedar con mi descapotable? —rugió.

—No tuve más remedio que reunir el dinero y sacarlo de la tienda. Amenazaban con quedarse con tu depósito —expliqué débilmente.

Pasaron muchos minutos y muy tensos, hasta que Alberto entendió lo que tan reducidamente le explicaba.

—Tú tienes mi coche —resumió con un deje violento.

—Sí. En el garaje de Pilar —confesé.

—Y no me lo pensabas decir —averiguó a continuación.

—En cuanto cobrases la comisión, era una sorpresa. No quería que perdieses lo entregado... Pero ahora no voy a tener más remedio que quedármelo, ojalá me devolvieran la pasta, voy a intentarlo, pero no creo.

Alberto frenó en seco.

—Conductor, pare —ordenó con sequedad—. Bájate del taxi.

Creí que bromeaba.

—He dicho que te bajas del taxi —repitió para que no quedase duda—. Esta noche no tengo ganas de salir a ningún sitio. Y si no te bajas, me bajaré yo. Puedes volver a tu casa.

—¿No te parece que estás exagerando un poquitín? —dije, tratando de tomarlo a broma. Pero su gesto furioso era de lo más elocuente. Abrió la portezuela de un empujón y salió a la calle—. Oye, ya tenemos suficientes problemas en casa, no hay necesidad...

Me quedé con la palabra en la boca. Dio media vuelta y se largó con viento fresco, dejándome con el boquiabierto taxista y la factura de la carrera. Algo en el fondo de mi corazoncito, me avisó de que aquello era el principio del fin. Queriendo ser estupenda, había metido la pata hasta el corvejón con el asunto del Mercedes, y con un ciento de cosas más.

Diez días. Diez días sin ver a Alberto y casi sin hablarnos. A ver cuál de los dos ganaba en tozudez al otro. Telefoneé a su madre un par de veces y me confirmó que estaba muy deprimido, que ni iba a trabajar siquiera. No quise ponerle a la mujer peor cuerpo, pero era la decisión más errónea que podía adoptar, descuidar la única fuente de ingresos que le quedaba después del cántaro quebrado de la lechera.

Fui buena y me guardé mis reflexiones para mí.

Eva me llamaba a menudo. Charlábamos durante horas, pobrecilla, no se olía nada de lo de los cuernos. Se quejaba del poco caso que le hacía su marido, eso sí, pero sin llegar a mayores. Flipó con la historia de la venta frustrada y de los coches. La de los dos. Me demostró que no hacía falta un doctorado en ingeniería para darse cuenta de lo confiado e inocente que había sido Alberto y que yo no era dura al juzgarlo.

—Es un desastre, Victoria, siento tener que decírtelo, muy buen chico, guapo, guapísimo, pero un desastre con patas. Lo único que hace a la perfección es consumir copas, una detrás de otra.

—Pensé que me agradecería el detalle del coche —berreé hecha polvo—. No pensé en quedármelo, ni por un segundo, era para que no perdiese...

—El dinero que puso de entrada, lo sé, no hace falta que repitas. A los hombres les puede la arrogancia. Alberto se ve en el fondo del pozo otra vez, contigo flotando arriba. Encima, el maravilloso coche de sus sueños lo tienes tú y no él... Apaga y vámonos, debe de estar que trina.

—Por mí puede quedárselo. Solo necesito recuperar el dinero. ¿Dónde voy yo con tanto coche?

—Para darte pistas, podrías pasar por casa y recogerme, nos vamos a comer si quieres. Juanpe no vendrá en todo el día y estoy más sola que la una.

—De acuerdo —accedí sin muchas ganas.

Eva era ocurrente y chistosa. Un desperdicio al lado de Juan Pedro. Hasta me hizo olvidar por un rato mis muchos desatinos. Pero al caer la tarde, delante de un té aromatizado con vainilla, me vine abajo con estrépito, sumida en un mar de lágrimas que no me molesté en disimular delante del camarero.

—Me estoy agotando, Eva. Alberto tiene un carácter muy inestable ahora. Cuando lo conocí era un encanto, pero... lo mismo está aquí —levanté una mano abierta por encima de mi cabeza—, que aquí. —La bajé a la altura de mis rodillas. Eva asintió comprensiva. Parece que sabía de qué hablaba—. Pasa de la risa al trueno en micras de segundo, no sé cómo puede tomarse cualquier cosa que pase, y entre tú y yo... — miré alrededor y aminoré el tono — Bebe demasiado.

Eva dudó un segundo antes de hablar. Cuando lo hizo tomó bastante aire.

—No pensaba preocuparte, pero tu chico lleva varios días metido en casa llevándose a Juanpe de juerga. Se pasan el día empinando el codo y vuelven a las tantas en un estado lamentable. Ya lleva tres días durmiendo en el sofá con un edredón de las niñas, hecho una piltrafa. Mi marido y yo hemos tenido varias discusiones a cuenta de eso. —Se retorció nerviosa las manos—. Él dice que soy una insensible, que es su amigo y lo necesita pero... Victoria no me gusta verlo así, destruyéndose. ¿Tú te lo tomas a mal? ¿Piensas que le estoy dando la espalda?

—Para nada —la relajé con una sonrisa paciente—. Nunca he pensado que emborracharse solucione los problemas y parece que mi novio no sabe enfrentarse a ellos. Nos estamos distanciando, este palo ha sido demasiado

para su situación endeble. Si no arreglamos pronto lo del dinero...

—Pero Juanpe lo conoce desde hace mucho y Alberto nunca ha tenido nada, no sabe guardar un duro, ni se administra —acusó Eva con vehemencia—. En cuanto gana algo, lo despilfarra.

—No será en mí —torcí la boca con tristeza—. Cuando pensó que era rico, sólo soñaba con lujos vanidosos y con restregarle los millones por la cara a su ex. A mí no fue capaz de traerme unas puñeteras flores.

—Vaya tela con los tíos —concluyó Eva meneando la cabeza—. Si no fuera por las niñas, te juro que mandaba al mío a la mierda. Así, en dos palabras.

Eva tenía razón. Con un muerto así de rémora, lo mejor era hinchar velas y salir zumbando. Pese a todo y como última nave a quemar, decidí ayudar a Alberto a buscar un trabajo mejor y más remunerado. Pilar y yo teníamos pendiente una reunión con un par de rusos del dichoso proyecto temático, que por cierto, iba viento en popa a toda vela. Se me ocurrió que podía acompañarnos por ver si encontraba algo que pudiese atender. Igual embaucaba a los soviéticos con su encanto irresistible y le ofrecían curro. Tanteé a Pilar sobre el grado de frivolidad de la tertulia. No cometería el error de aparecer acompañada si era muy formal.

—Unas cervecitas y un aperitivo, una puesta en común de ideas, para tenerlos informados y contentos —me aseguró.

Pero su cara se arrugó como un papel quemado en cuanto le vio las pestañas a Alberto. Confirmado: no era santo de su devoción. Recé todo lo que sabía para que no estallase una bomba en medio mismo de mis piernas.

Nos acomodamos en una preciosa terraza en Puerto Banús, disfrutando del espectáculo, de cara a los barcos. Los soviéticos eran altos, fornidos y colorados, de gestos abruptos y sonrisa fácil. Se liaron a pedir vodka con distintos combinados que se emperraron en que probásemos. Ni que decir tiene, que Alberto les rió las gracias y en menos de media hora, estaba borracho como una cuba, parloteando en un extraño idioma similar al esperanto. Pilar masticaba sus palabras desgranando unas explicaciones que nadie atendía. Yo, que me había conservado sobria, empecé a sentirme fatal por ella. La pobre se estaba esforzando al máximo y aquellos tres borrachines de medio pelo, se reían de ella a las bravas. Especialmente Alberto.

—Hemos pensado que dentro del parque podrían intercalarse pequeños hoteles temáticos, incrementando así la oferta de hospedaje...

—¡Podéis poner a los turistas a dormir en camas estrechitas, estrechitas,

como las espadas! —vociferó Alberto con los ojos encharcados en lágrimas, riendo a toda mecha—. ¡O mejor aún, en sarcófagos egipcios como las putas momias...!

—Cariño baja la voz... —Todo el restaurante nos miraba con mala cara y los camareros, apurados, trataban de alejarse en la medida de lo posible. Pilar manoseaba atacada sus documentos.

—¿Es alto secreto de estado? ¡Bah! —chilló aún más alto— Que lo sepan, estos amigos míos rusos están construyendo un complejo hotelero con campos de golf y toda la pesca, con castillitos de hadas y dragones... Por cierto ¿No os interesaría una parcela enorme no muy lejos de aquí? Tengo a un puto carcamal francés, que igual decide vendérosela...

Una pareja entrada en años, se levantó de la mesa contigua y se marchó con malos humos, regalándole a Alberto un par de miradas iracundas. Pilar se puso de pie enervada.

—Creo que es momento de irse... —Calló cuando Alberto la agarró del brazo.

—Siéntate tontorrón, que sé que hace un siglo que no echas un polvo como es debido. Igual te llevas a la cama hoy uno de estos... —cuchicheó a suficiente volumen como para que se enterase medio puerto. Yo deseé que se abriese el asfalto y se tragase a Alberto y su tajada tamaño piano de cola.

—Tengo cosas que hacer. —Lo perforó con los ojos y se libró del gancho de su derecha con un tirón poco diplomático. ¡Qué tensión se respiraba en el ambiente! En aquel minuto vi claro que los rusos y sus caras de pasmo, no favorecerían ninguna oferta de trabajo y que traer a Alberto a la reunión, había sido un error del tamaño de Barcelona.

—Sí, vámonos, es tarde.

—Pero si la fiesta está empezando —me corrigió Alberto levantando un dedo— ¡Camarero! ¡Otra ronda de cubatas!

—Ya está bien, Alberto —reprendí con las mejillas encendidas—. Puedes coger un taxi de vuelta a casa si lo prefieres. Yo voy saliendo ya.

Me arriesgaba a que montase un pollo allí mismo, aunque tampoco me quedaría para presenciarlo. Sin embargo, de nuevo me equivoqué. Lo que hizo fue ponerse a cuchichearle a nuestros clientes, sin respetar las distancias mínimas.

—No tenéis idea de lo insoportable que es esta mujer. Está buena, sí, y me proporciona los mejores orgasmos que he tenido —me puse como una remolacha porque de sopetón, todos los ocupantes de las mesas, sin

excepción, se giraron a examinarme. Me temblaron los tacones—, pero es una verdadera... ¡Bruja!

—¡Vámonos! No tenemos por qué tolerar este espectáculo tan lamentable —murmuró Pilar tomándome del brazo y sacándome de entre las sillas— ¡Qué vergüenza, cielo santo, qué vergüenza! Anda, que ya te vale, guapita. ¿Para qué demonios lo has traído? Será un milagro si los inversores no nos mandan a hacer gárgaras.

Me mordí fuerte los labios, asumiendo cuánta razón flotaba en sus palabras. Habíamos huido dejando un billete de doscientos euros sobre la bandejilla, que puede que fueran insuficientes para la ingente cantidad de copas que habían consumido aquellos tres. Alberto venía correteando calle arriba, dibujando eses con los pies, dispuesto a alcanzarnos.

—¡Qué mal educadas! ¡No os habéis despedido de los Stalins! Suerte que yo estoy de vuestra parte y les he dado unas palmaditas en la espalda antes de abandonarlos. —Me fijé en sus tropezones sobre unos zapatos inseguros y me abochorné—. Más contentos que unas pascuas. Sonríe, Pilarica, que no se diga...

—Alberto, esto que has hecho no tiene perdón —mascó ella sin detenerse y sin soltarme del brazo. Me estaba clavando cinco dedos como cinco clavos.

—¿Qué he hecho? ¿Salvarte el negocio? —Detuvo su avance y se plantó en mitad de la calle con las manos en el pecho, exhibiendo inocencia a raudales.

—Por favor... dejadlo ya... los dos —supliqué al borde del llanto. Todavía esperaba abrir los ojos y encontrarme que había sido una pesadilla.

—¡No! ¡No pienso dejarlo! —gritó Alberto fuera de sí—. Tu amiga es una desconsiderada y una... ¡desagradecida! Si no fuera por mí...

—Si no fuera por ti, ¿qué? ¿No nos habríamos puesto en evidencia delante de todo ese público? ¿No habríamos sido el hazmerreír y la comidilla de todos los clientes incluidos los nuestros? ¿Los estupendísimos orgasmos que te proporciona Victoria seguirían siendo una cuestión personal entre vosotros? —aulló Pilar girándose a encararlo.

—¡Tú límitate a amargarte, vieja chocha! —la insultó. Me interpose entre ambos para impedir que se metieran mano. De un momento a otro, Pilar le arrearía un sopapo y no conseguía prever la reacción de Alberto en aquellas condiciones.

—¡Vete a la mierda, imbécil! ¡Tienes el cociente intelectual de una puñetera almeja! —siseó mi compañera.

—Pilar, ha sido culpa mía —intercedí angustiada.

Ella asintió asqueada, con el cutis amarillo como un huevo frito.

—Desde luego que sí. Ha sido culpa tuya —confirmó con frialdad.

20. Culpa

¿De Quién?

A aquellas alturas, el listón inalcanzable no era entendernos, sino soportarnos. ¿Qué se puede hacer cuando el principal rasgo que te enamoró, la jovialidad y el sentido del humor de tu chico, se esfuman como volutas de cigarrillo? Alberto se pasaba los días aletargado en el sofá lamentándose de su cochina suerte, encogiéndose y arrugándose como una ciruela pasa. A ratos, recuperaba micras de su fuelle perdido, pero eran solo eso, migajas. Yo secretamente, sentía que me odiaba, que me miraba y yo representaba todo lo que a su criterio, el mundo cruel y su perra suerte le habían negado. En sus pupilas leía hasta resentimiento. Enlatado, eso sí, pero a punto de estallar como las Coca-Colas cuando las agitas con mala intención.

Era cuestión de tiempo que aquel espécimen semihibernado que ocupaba espacio en mi sofá y que con el año y pico de relación se había transformado en enemigo, volase por los aires. De eso no podía encargarme yo, desde luego, mi natural talante, compasivo y tolerante me lo ponía muy difícil. Y la educación recibida, la tendencia a conservar la unidad de la pareja... (*¿De la qué...? “De la pareja, mujer, de la pareja”*, me vi obligada a repetirme), me empujaban a esperar un milagro (que no a desearlo) que lo recuperase todo de sopetón.

¿Dónde fue a parar el Alberto dicharachero que conocí en Navidad hacía año y medio? Entonces tenía la herida de Gio la cabaretera golpeándole la bragueta y el orgullo por los suelos. Se miraba al espejo y veía una bolsa de basura reflejada y sin embargo... Si estábamos juntos era feliz. Ahora, superados esos navajazos emocionales, lo veía sumergido en un mar de materialismo que lo ahogaba. Por defecto.

Me acordé de la canción, *“mardito parné, qué pena de no tené”*.

Aquel no era, ni mucho menos, el hombre de quien me había enamorado. ¿Un caso de abducción alienígena? Puede. Pero lo que me habían dejado en su lugar, tras el cambiazó, no me agradaba y no tenía cómo descambiarlo sin destrozarlo un poco más.

Cuando llegó el mes de Julio con sus insoportables temperaturas, los rusos pillaron las de Villadiego y se perdieron caminito de Moscú. Nuestros

clientes originarios se tomaron unos días de balneario, y Pilar y yo, nos guiñamos emocionadas. Era hora de echar el cerrojo, al menos por quince días. Rectifico. Sólo por quince días. Lo hablé con Alberto para hacer planes.

—Tengo que llevar a la niña a casa de mi hermano. Hace siglos que no la ve. La dejo allí, ellos disfrutan teniéndola y nosotros tenemos quince días en soledad y calma chicha —dijo travieso, con un soniquete que prometía muchas cosas y todas muy guarras.

—Pobre... en Madrid estos días no se puede respirar —consideré olvidando que su hermano era ricachón y tenía chalet con piscina y aire acondicionado del silencioso.

—Se lo pasan pipa, te lo aseguro. Si no les diera por juntarse como una pandilla de universitarios, también nos quedaríamos nosotros.

—Estas son las únicas vacaciones de que dispongo —apunté aterrada ante la idea de un veraneo en familia—. Tengo mil cosas que arreglar en casa. Si tú quieres ir, lo entiendo...

—Un par de días. Me quedaré con ellos un par de días y enseguida estoy de vuelta —prometió besándome en los labios. Qué poco imaginaba yo, que sería el último beso que recibiría de Alberto.

Los llevé al tren porque mi chico aún no podía conducir, y les dije adiós con la mano desde el andén. Hasta dejé escapar un suspirito. Pobrecillo, qué mal le salía todo, en el fondo era un buenazo. De vuelta a casa, puse música a todo gas y me dediqué a limpiar y poner en orden mis armarios. Comprobé su llegada a la capital sin novedad, a través de un mensaje breve pero cariñoso. Aquella noche dormí como un lirón.

Pero al día siguiente no recibí noticias. Tardé en percatarme, liada como estaba con el vestidor patas arriba lleno de vestiditos ligeros tirados por el suelo, de esos que no puedo llevar al estudio. Tampoco respondió a mis llamadas, pero lo achaqué al parlamento con su hermano, un hombre encantador que adoraba al trasto de su Albertito. Seguramente le estaba leyendo la cartilla bien leída. Casi siempre que lo visitaba, Alberto regresaba más maduro, más torero.

Pero el tercer día tampoco supe nada de él. Otilia y Pilar insistieron para que bajase a la playa. Acepté pero anduve distraída todo el tiempo. No había razón para ese silencio misterioso. Tenía un mal presentimiento que empezó a tomar forma y a crecer como un charco de grasa oscura. Al cabo de cinco días sin noticias, me llegó un sobrecogedor mensaje. Justo a la hora en que almorzaba con mis dos mejores amigas.

“Lo dejamos. Tú necesitas seguir con tu vida y yo, reorganizar la mía”
leí en voz alta sin dar crédito a mis ojos.

—¿Se le ha ido la pinza? ¿Eso a qué viene? —gorgoteó Oti que no andaba muy puesta de por dónde iban los tiros.

—El tal Alberto, que se ha ido de ejercicios espirituales —explicó cínica Pilar—. Ese es el resultado de su reflexión. Tómale la palabra pero ya —me ordenó.

—Es que no lo entiendo...

—No creo que haya nada que entender, el pobre chico solo piensa en voz alta —intercedió Otilia.

—Cielito, parece un puñetero murciélago estampado en un cristal —prosiguió inflexible mi socia—, desubicado a más no poder. Quítatelo de encima ahora que puedes, antes de que te convierta en papilla.

—Pero las cosas no se hacen así —protesté en mis trece—, se habla, se discute...

—Ya, ya. El que sea capaz de hacerlo. Pocos pueden.

—Pilar, yo creo que te has quedado con muy mal sabor de boca tras tu divorcio —apreció Oti con su voz cantarina de siempre—. Yo también me divorcié y no soy tan pesimista...

—Lo que yo te diga. A este Alberto el seductor, hay que echarle de comer aparte. Victoria no es la misma desde que lo conoce —diagnosticó con dureza.

—No, desde luego, he estado mucho más contenta y mejor follada —batallé dispuesta a no pasarle ni una.

—Pero ¿qué te daba? ¿Quieres explicarme, al margen del sexo, qué te aportaba ese impresentable?

Se me cogió un pellizco en la boca del estómago. Retroceder a tiempos mejores, tal y como estaban las cosas, me resultaba doloroso.

—Alegría y esa pizca de locura que siempre necesité. Estoy harta de ser correcta, de hacer lo que debo, de no ser gamberra. Con Alberto me atreví por primera vez a casi todo —relaté henchida de sentimiento. La mirada de Pilar, sin embargo, seguía congelada.

—Al principio, puede. Ahora estarás mejor sin él. He dicho. —Abortó mi protesta con un amplio gesto de sus manos—. Haz lo que quieras, siempre lo haces, me limito a opinar.

—Debe de estar de broma —concluí releiendo el extraño mensaje—. Se habrá tomado un whisky.

—O un ciento —silabeó Pilar mirando a otro lado.

Pues no debía de ser una broma, porque mis anhelados quince días de vacaciones, transcurrieron sin pena ni gloria, esperando que mi novio apareciese por la puerta o atendiera el teléfono. Y no lo hizo. En el impase, recibí otro mensaje pidiéndome que llevase sus cosas a casa de Juanpe, sin más explicaciones. Quise pensar que seguía sin hablar en serio, aunque ya no lo creía ni yo. Pero gracias a su inexplicable comportamiento, había desperdiciado los únicos días de descanso que me concedía el proyecto y en lugar de cargar las pilas, estaba deprimida y más quemada que la moto de un hippy.

No sé cuándo volvió de Madrid. No sé qué ocurrió a continuación. Sólo sé que Julio se consumió y se cumplieron treinta días sin hablar y sin vernos. Suficiente para un alma atormentada como la mía. A primeros de agosto, bajo un sol de justicia, me atrincheré definitivamente, empaqueté sus cosas y las llevé a casa de Eva. Mi amiga miró los bultos uno a uno, con ojos desorbitados.

—Pero ¿es definitivo?

—Por mi parte sí. Ya está bien de tomarme el pelo —aseguré encendida. Me comía la rabia, en serio. Tanto aguantar, tanto sufrir para no romperle el corazón y mira tú cómo me lo agradecía.

—¿Qué diablos ha pasado? —se interesó Juanpe que venía arrastrando sus zapatillas por el pasillo.

—Explícamelo tú —lo reté—. Desapareció. Sin más y me pidió sus cosas. —Sonreí a la fuerza—. Pues aquí las tiene.

—Deberías ser más comprensiva, Alberto tiene problemas... —comenzó Juanpe en plan sermón dominguero.

—Estoy hasta los cojones de ser comprensiva. Todos tenemos problemas. Tú, yo, Eva, él no es una excepción. Pero no los solucionamos yéndonos de borrachera. Estoy muy harta. Parece que vivo con un adolescente rebelde del que tengo que ocuparme. No trabaja, no trae un duro a casa...

—Claro que trabaja —me contradijo Juanpe— y gana bastante, pero sus vicios son muy caros...

No vi que se mordiera la lengua, pero yo debí quedarme del color de la pared.

—¿A qué vicios te refieres? —pregunté insegura de si quería escuchar la respuesta.

—Ya sabes...

—No, no sé. ¿Las juergas? ¿El alcohol?

—Bueno, sí, todo eso y... Y lo que acompaña...

—¿Qué acompaña? ¡Juan Pedro, joder, habla!

—La coca, coña, Victoria, que pareces nueva. — Juanpe agachó la cabeza y se miró las pantuflas.

—La coca... —Caí desde lo alto y me estrellé en el duro suelo de la realidad—. Alberto consume coca... ¿habitualmente?

—No me digas que no te has dado cuenta —se extrañó Eva sirviéndome un vaso de agua. Debe ser que me vio al borde mismo del desmayo.

—No —acerté a decir—. Siempre me contó que tuvo una juventud alocada —se me secó la boca—, que andaba colocado de habitual, pero que desde que vio los estragos de la droga en uno de sus mejores amigos, le había hecho la cruz... irreversible.

—Pues se ve que le falla la voluntad. Anda más que enganchado —confesó pesaroso su amigo y confidente.

—¡Joder, joder, joder...! —musité incapaz de decir nada más inteligente.

—¿En serio no lo sospechabas? —insistió Eva cruzando miradas con su marido. Negué con la cabeza y las lágrimas cayendo a borbotones.

—Lo creí. Lo creí como una estúpida —murmuré avergonzada por mi ingenuidad.

—Pero se le notaba a la legua, Victoria, su comportamiento, la boca torcida, el beber y beber sin emborracharse mientras que otras veces con sólo dos copas ya estaba ciego.

Levanté la cara con los ojos anegados en lágrimas, rebotando amargura.

—¿Y yo qué sé? No es mi mundo, Juanpe, lo siento. Siento haber sido idiota, no haber reconocido los síntomas, haber pensado que lo hacía puntualmente en alguna fiesta y no a diario y, que ese indeseable se haya estado riendo de mí en mi cara.

—Eso sí que no. Alberto te quiere más que a nada en el mundo, te lo puedo asegurar —apostilló su amigo incomodado.

—Pues por mí, puede meterse su amor por donde le quepa —aseguré poniéndome en pie dispuesta a desaparecer—. No volverá a verme.

Me libré de milagro de las garras de Eva, empecinada en hospedarme aquella terrible noche, pero rodé los kilómetros que me separaban de casa y me refugié en el sereno sosiego de mi apartamento, dando por finiquitada una etapa de mi vida.

—Ha tenido sus cosas buenas —me dije para consolarme.

Me preparé un bol de yogur con cereales y me apoltroné en mi viejo sofá,

el que no pensaba cambiar. Los seres humanos pueden clasificarse en tipologías, afirman los científicos. Y determinados tipos de hombres, los tipejos, en “tipejologías”. A cada cual más vomitiva.

Como disponía de un amplio corcho pegado en la pared de mi segunda habitación, esa que destinaba a despacho, recorté una foto de Alberto y la clavé con una chincheta verde. No podía quejarse, estaba agraciado, él siempre salía muy mono en las fotos. En todas. Escribí un rótulo en un papel, lo recorté con esmero y se lo adosé encima:

TIPEJO-LOGÍA I: el desubicado encantador

No te hallas y nunca te hallarás. Porque lo tuyo es vagar sin rumbo, haciendo desgraciadas a todas las mujeres con las que te topas. Que tengas mucha suerte y la vida te sonría. Compadezco a la que me sustituya.

Y mientras lo miraba melancólica, le hice una pedorreta.

TIPEJO-LOGÍA II:
el mentiroso compulsivo o
Antoñito el fantástico

21. Un fin es un adiós.

Que lo sepas

Lógicamente, pasados unos días, cuando Alberto se tropezó con sus pertenencias cuidadosamente trasladadas a casa de Juanpe y la inspiración de su almohada le probó que yo había seguido sus instrucciones y la cosa iba en serio, se arrepintió de su arranque y trató de volver. Por fortuna, no me persiguió ni me dio la lata, pero me llamó y me envió mails y mensajes hasta desfallecer. Me telefoneó su hermano, con el que lamenté ser tan cruelmente sincera. Para mí, todo había terminado. Eso sí, como un mal sueño: ya se encargaría una servidora de lamerse las heridas sola. Pero de Alberto no quería ni oír. Gracias. Suficiente para un quinquenio.

—Mira, hija, yo las cosas molestas las simplifico mucho —afirmó Juana dejando el arco de sus dientes marcado en el donut—, no le des más vueltas, que ese hombre ya no está en tu vida.

—Qué pena me da, Juana, con los buenos ratos que hemos echado sobre el colchón —dije dando rienda suelta a mi nostalgia.

—Qué se le va a hacer —suspiró—, era una manzana podrida.

—Con un exterior sano y lustroso —especifiqué dolida.

—Y un gusano muy gordo dentro. ¡Olvídalo de una vez, coño!

—Es que no me puedo creer, que hace cuatro días como quien dice, yo fuera el amor de su vida... —insistí machacona.

—Si es que no te ha dejado de querer, apuesto la nariz, ese nunca ha sido el problema de este chico, el amor se le salía por las orejas, hasta yo lo veía. Y si yo, que no estoy pendiente de esas cosas lo veía, ten por seguro que te amaba más que Dalí a su Gala. Pero era muy bala perdida, la cabra que siempre tira al monte y tú eres mucha mujer, Victoria. —Juana me clavó sus ojos abultados y redondos—. No me explicó cómo te arrimas a esos tipejos.

—Pues ya ves —me encogí de hombros—, debe de ser que no soy muy lista.

—¡Coño, si saliste la primera de tu promoción! —Con Juana, el caso es llevarme la contraria. Suerte que yo, ya tenía la respuesta en la punta de la lengua.

—He dicho lista, Juana, lista, que no inteligente. No tiene nada que ver,

que me ganan por el sentimiento. —Le hice un vaivén con los dedos índice y corazón de la mano derecha—. En cualquier caso, no te desveles, que Alberto ya está en la estantería de los olvidos y yo estoy, muy, pero que muy tranquila. El trabajo nos desborda en el estudio y sabes que Pilar no se anda con chiquitas.

—Oh, sí, sí, la siempre pluscuamperfecta Pilar. Oye, que no te afecte doña Reglas. No creo que los extremos sean aconsejables, y tu compañera se ha quedado un tanto tocada con su divorcio. Ahora hace gala de una especie de androginia límite, poco recomendable.

Me quedé pensando. Juana tenía bastante razón. Pero no era la única. Sé que frecuenta bastante a Natalia, que también lleva lo suyo en cuanto a odio acérrimo al sexo opuesto. Puede que sea una especie de epidemia que se extiende y se extiende y para la que no existe cura. Por lo pronto, yo tenía la seguridad de no estar afectada. Y no podía decir que me alegrase. Mi yo interno seguía con cuerpo de jota y clamaba pidiendo follones. Seguía creyendo en el amor, en enamorarse hasta las trancas y en los hombres buenos.

—Bueno ¿y ahora qué piensas hacer?

—¿No te lo he dicho? Salir y emborracharme todos los sábados con Margarita Lores —sonreí sarcástica—. Ya, en serio, me tomaré un período de soledad y reflexión —mentí recibiendo en la cara el arrullo de la brisa—. Siempre me ha parecido que el otoño es un buen momento para renovarse.

—Estamos en Agosto, no me cortes el verano, *jodía* —aulló Juana recalcando lo obvio.

—Rectifica, terminando agosto, que estás de un pejugueras... Para cuando llegue, Juana, para cuando llegue.

Yo sabía que no era sincera, pero quería con todas mis fuerzas no necesitar amor, ni acompañante, ni perrito que me ladrase. Sólo amigas, juerga y botellón, ya que le había cogido el gustillo a eso de ser un poco gamberra. ¿Ves? Algo positivo me había dejado en herencia la relación con Alberto. Lo cierto, lo triste y crudamente cierto, es que yo quería desesperadamente que me quisieran. Que cuidasen de mí y me mimaran como mi padre hizo con mi madre hasta el día en que se le ocurrió morir. Como mi cuñado hace con mi hermana Raquel, pese a tener un humor de mil demonios desde que saca el pie de la cama. Así quería que me amasen, no sabía estar sola.

Sin embargo, extrañezas de la vida, miré al sofá y me sorprendió no ver la silueta de Alberto allí desparramada rodeada de cerveza por todos lados menos por uno, como las penínsulas. Me sorprendió, no me entristeció. ¡Qué

felicidad no echarlo de menos ni un poquito siquiera!

Dispuesta a no perder la inspiración, cogí mi móvil y tecleé buscando y borrando la colección de amorosos mensajes (ahora me parecían empalagosos) que mi chico me había ido enviando día tras día. Curioso que en su momento hiciesen palpitar con tanta virulencia mi corazón y ahora no hacían sino ocupar memoria. La del chisme de llamar, me refiero, no a la mía personal e intransferible.

Andaba embebida en la tarea, cuando me topé con algo inesperado. Un mensaje de Maxwell Oberon, remitido en pleno Julio, deseándome un feliz disfrute del sol y asegurando que no me olvidaba. Algo en mi interior se removió travieso. Decidí contestar.

“¿Eres Maxwell? ¿Maxwell el cliente de Rosa Hernández? Encontré este mensaje en la memoria de mi móvil, siento no haber respondido antes. Victoria Alazán”

Bien por mí. Haciéndome la despistada. La chicharra de mi móvil tronó al instante. Me puse tan nerviosa que el teléfono resbaló de mis manos y se estampó contra la alfombra. Salvado por los pelos. Pero no contesté, ni hice el intento siquiera. El número que aparecía en pantalla era el mismo remitente del mensaje. Era el inglés, sin lugar a dudas. ¡Qué veloz! ¿Acaso llevaba un año poniéndole velas a san Antonio para que yo reaccionase concediéndole una oportunidad? Puede.

Mi total parálisis se unió al espeso silencio. Mi apartamento, de repente, parecía una iglesia y yo no me atrevía a respirar. Por eso, cuando el sonido del móvil ronroneó de nuevo, me sobresalte y salí disparada hacia el teléfono fijo. ¿A quién llamar para pedir consejo? Juana, descartada. Motivo: estaba como una puta regadera. Todo lo más, le daría un ataque de risa al descubrir que me había topado con un mensaje en la memoria del móvil, como quien encuentra un pimiento pocho arrumbado en el fondo de la nevera. ¿Pilar? Ni de coña. Y cuando digo ni de coña, es ni de coña, ni hablar de la peluca. No iba a romper mi flamante y reciente juramento de no participarle a doña Reglas, ni mijita de mi vida *sexuemocional*, para evitar sus lentas y dolorosas torturas cada día en el estudio. *Nanay*. De ahora hasta el final de mis días en un asilo cinco estrellas, Pilar quedaría al margen de mis cosillas. Natalia estaba en Pekín: demasiada pasta la conferencia y, Paula me aconsejaría que me lo comiese frito y colgase sus intestinos del árbol de navidad, que igual hacían bonito. Así

que marqué el número de Margarita Lores. Una chica sensata con una pizca de osadía aventurera, la justa, más o menos como yo.

—Margarita —aullé—. Margarita, el inglés, que no para de llamarme. ¿Qué hago? —consulté como si acabara de cumplir los doce.

—¿Ese que estaba, según tú, tan bueno?

—No está bueno según yo. Está bueno conforme a los cánones oficiales y punto —me irrité—. ¿Qué hago, contesto?

Aunque a estas alturas la pregunta era tendenciosa, habida cuenta que el inglés se había cansado de insistir.

—¿Pues claro! —Margarita se estaba divirtiendo de lo lindo. Lo percibía a través del hilo. Mamona.

—Bueno, ya no suena —informé mirando de reojo mi móvil mudo sobre la mesa del comedor—. Además, no habla un pimiento de español y yo estoy demasiado histérica como para desarrollar una conversación lúcida en inglés. Pensaré que soy medio idiota.

—Pues mándale un mensaje. Tu quieres verlo ¿no?

—Ya no hay impedimento —me convencí a mí misma—, no tengo compromisos con nadie, no veo por qué no.

—Pues adelante con Alicante —me animó alborozada—. Y no te olvides de llamarme luego.

Como buen británico, Maxwell se anticipó. Tenía unas letras parpadeantes en la pantallita, indicándome que aunque había tratado de llamarme, no lo había conseguido (¡qué caballeroso eufemismo!) y que se encontraba (¡Oh mágica casualidad!) en Marbella pasando los últimos días de verano. Que le encantaría verme antes de regresar definitivamente a Londres.

Me tiré derrotada en el sofá. Mi sofá. El que no pensaba cambiar así me matasen. Aquel paso se merecía dos minutos de reflexión. A ver... el inglés estaba como un queso de bola y yo no había podido olvidarlo desde ese único día que nos vimos. Sus pupilas azul cielo clavadas en las mías me habían producido un mareante efecto, que deseché por excesivamente peligroso y porque estaba enamorada. Pero ahora las cosas habían cambiado. Yo era libre como los pajarillos en época de apareamiento y el británico seguía teniendo ganas de verme. ¿Qué podía perder? En la reunión de trabajo me pareció un encanto pero si esa primera impresión era un traspies, siempre podía seguir esquivando sus mensajes, total, había jugado a hacerlo durante meses. Y al final, por persistentes que sean, los tíos acaban entendiéndolo.

“*De acuerdo. Podemos vernos y tomar una copa de vino*” me lancé en

el idioma de Su Graciosa Majestad. La respuesta no se hizo de rogar.

“Mañana. Sería un placer invitarte a cenar”

“Es lunes, tendrá que ser temprano, lo siento. Puede que simplemente el vino”

Siguió insistiendo con lo de la cena. Mi excusa, como si no la hubiese escrito.

“Me hospedo en el Hotel Puente Romano. A las nueve de la noche en recepción. Cenaremos en Roberto”

Se me subió el corazón a las amígdalas. Puente Romano, cinco estrellas gran lujo, caro para morirse. Roberto, uno de los restaurantes más recomendados de la guía Michelin. Volví a perder los nervios y marqué el número de Margarita.

—¿Qué me pongo? —pregunté frenética en un arranque de infantilismo patético. Nada más acabar la frase ya lo había decidido.

—Guapa, sexy, rompedora —se explayaba Margarita soñadora, a su ritmo.

—¿Y si no tenemos nada en común? ¿Y si es un tipo inmensamente rico que me deja embobada y no sé de qué hablar?

Eso le hizo mucha gracia.

—Nena, a ti no te callan ni metiéndote en la boca un tapón de corcho, yo no me preocuparía. Y si es millonario ¿qué? ¿Le vas a quitar un punto? ¡Joder, amiga! Deja de darle vueltas, que ya está bien de pobretones... *Pa pobretonas, nosotras.*

22. Lo que mal empieza...

Ni te Cuento Cómo Acaba

La recepción del hotel era espaciosa y muy bien iluminada. Decorada con un gusto exquisito, aunque mis desatados nervios no me permitieran disfrutarla como se merecía. Comprobé una vez más lo mona que iba (tras proponérmelo e invertir la tarde completa), juzgando las miradas de lascivia que me lanzaban los caballeros diseminados por el lobby. Pensé en mi inglés macizorro y en que se caería de culo cuando me viese, tras decidirme por un vestido de punto ajustado, con fondo rojo, pequeñísimos topes blancos y sugerente escote. El bronceado caribeño obtenido tras duras sesiones playeras y mis sexys sandalias, remataban el conjunto.

Comprobé el reloj de pulsera. Pasaban siete minutos de las nueve, perfecto para no dar impresión de ansiosa, los llamados diez minutos de cortesía, un poquitín recortados. Pero no veía a Maxwell por allí. Empecé a hacer cábalas estúpidas. ¿Y si me había equivocado de hotel? ¿Y si había tenido que abandonar precipitadamente el territorio nacional? ¿Y si me había gastado una cruel broma para vengarse de tanta calabaza? ¿Y si...?

—Victoria...

Me giré nada más oírlo y una divina e inconfundible sonrisa me salió al encuentro. Era la suya, no había podido sacármela del cerebro. En cuanto al resto... Se me congeló la sangre en las venas.

¿Quién diablos era aquel tipejo rechoncho y mofletudo y qué había hecho con mi Apolo británico, alto y gallardo? Encoger no había encogido, pero se había apoderado con agonía de todos los kilos disponibles en el catálogo “lorzas a la carta” y se los había echado encima, como las capas de una cebolla. Me entraron ganas de salir corriendo, aunque me disuadió la cortés mueca de alegría, nada más reconocerme. Era él, desgraciadamente lo era, me dio apuro venirle a las nueve de la noche, con el cuento de la cita olvidada con el dentista.

Sonreí tensa y nos estrechamos la mano un poco aturdidos.

A fin de cuentas era adulta ¿no? Perfectamente capaz de sacar adelante una cita decadente con un hombre que físicamente, había dejado de atraerme. Mi absoluta carencia de interés por su persona (desde aquel momento) me lo

ponía fácil. No tenía que impresionarle, ni que agradarle, ni tampoco que entretenerlo. Que se lo currara. Volví a observar de soslayo conteniendo el aliento. ¿Cuántos kilos lo separaban del chico que me impactó en el estudio, discutiendo acerca de los endeble cimientos de su casa de setecientos mil euros?

Respiré hondo como un torero, dispuesto a coger al destino guasón por los cuernos. Él, ajeno a todo mi trauma, me miraba embelesado.

—Me parece mentira que por fin estés aquí —me halagó con su dulce acento de terciopelo. Menos mal que la voz no le había cambiado.

—Ya te dije que mañana trabajo, solo puedo quedarme un rato —advertí marcando los límites ya desde el principio.

—Vamos pues, antes de que sea más tarde.

Elegante y caballeroso, desde luego, era. Hizo un ademán indicándome el camino y se ofreció de guía, sin parar de hablar sobre sus felices vacaciones en España “en solitario” recalcó. Claro que a mí, eso me importaba un bledo.

Roberto es un restaurante que lame la arena de la playa. Puedes oír el rumor de las olas, acomodado en un vergel de jardines tropicales. Los camareros son atentos, las mesas deliciosas y todo el mundo susurra sin molestar cuando conversa. Conociendo sus gustos caros, no me extrañó lo más mínimo que no eligiese otro lugar.

Tomamos asiento y entonces fue cuando me di cuenta de que mi corazón andaba un poco acelerado. Sin motivo, la verdad, pero anda y díselo tú. Será que a pesar de todo, quería causar buena impresión, una chica siempre quiere eso ¿no? Desdoblé y doblé la servilleta mil veces antes de extenderla en mi regazo y pedí un Martini para comenzar.

Pero a partir de ahí, todo se volvió normalidad. La conversación inesperadamente fluía, abundante y saludable, saltando de un tema a otro como si los llevásemos apuntados en una chuleta. La sensación de que conocía a Maxwell de toda la vida y que su compañía me era relajante y grata, me invadió toda. Y el hecho de no sentirme sexualmente atraída por su persona, lo ponía mejor. Hombre, flotaba en mi mente el recuerdo de quién era aquel hombre y su verdadero físico cuando no se atiborraba de chocolatinas, pero como no aparecía por detrás de ningún arbusto, yo continué indagando en la vida de su nuevo “él”.

—Qué casualidad ser el mismo horóscopo —se asombraba en el instante en que regresé de mi paseo por las nubes. ¿Había oído bien? ¿Un macho interesándose por los horóscopos?

—Sí, los Acuario somos un poco... exóticos — sonreí cómplice.

—Coincidimos en muchas cosas, muchísimas. La música, los viajes, los animales y la naturaleza... —enumeró acelerado—. ¿Fumas?

—No —mentí por hablar sin pensar antes. ¿A cuento de qué venía negarlo si cuando me daba el día fumaba como un carretero?

Preso del entusiasmo, empezó a aplaudir. Me temo que pensó que había encontrado su medio pomelo.

—Genial, fantástico, solo estaba chequeando —me guiñó un ojo—. Y admiro enormemente tu trabajo.

—¿Tú a qué te dedicas? —me interesé sin querer parecer entrometida.

—Asesoro empresas. Las pongo en marcha, las remonto, las reciclo, las saco del pozo sin fondo donde se hayan metido, audito sus cuentas... —Abrió las manos abarcándolo todo—. Cualquiera cosa para la que me llamen. Soy muy bueno en lo mío, te lo digo sin falsa modestia.

Me gustó el modo en que ladeó la cabeza y sonrió. Era un gesto encantador que revelaba su hilera de dientes perfectos y los hoyuelos que se le formaban bajo los pómulos. Enseguida me di cuenta de que no era ningún estúpido. Era un hombre interesante, con inquietudes, sensibilidad y buen humor. Muchos kilos de más y el corazón en peligro, pero ese era un tema secundario del que no pensaba ocuparme por el momento.

Cuando vine a darme cuenta, eran las dos de la mañana y no había fumado, pero la imagen del perverso despertador se me vino a la mente y me eché a temblar. Casi no habíamos comido y las cuerdas vocales protestaban de tanto usarlas. Indiqué con un gesto que tenía que marcharme.

Cargó la cuenta a su habitación y me acompañó al coche a través de los exuberantes jardines.

—¿Puedo? —pidió enganchándose a mi brazo.

No le di mayor importancia. Seguíamos parloteando como un par de loros, robándonos la vez, enlazados como dos amiguetes adolescentes. Decidí que me caía bien Maxwell Oberon. Primero me apabulló y ahora simplemente me gustaba. No en ese sentido que estáis pensando, no.

En un rato de agradable caminata, alcancé a ver mi deportivo.

—Ahí está mi coche —señalé con cierta timidez, apretando el mando para que se abriera.

—Precioso, como la dueña —susurró a media voz. Me volví a mirarlo.

—Bueno, Maxwell...

—Max, por favor, es menos formal —me rogó.

—Bien, Max —acepté de buen grado—. Ha sido una velada fascinante... —“*aunque no pienso volver a repetirla*” añadí mentalmente.

—¿Puedo... besarte? —me avasalló.

¡No! ¡Cielos, por supuesto que no! iba a decir. Pero no pude. Me pegó la boca a los labios y tuve la impresión de que me devoraba una aspiradora. Sin querer resultar grosera, apoyé las manos en su pecho redondo y lo aparté con suavidad, más que nada para volver a respirar.

—Lo siento, no he podido evitarlo —se azoró mirando al suelo.

—No... pasa nada —¿Qué iba a decirle? ¿Que no había química, ni siquiera un poquito y, que yo no había dado en absoluto pie a aquella desmedida declaración de afecto?

Me refugié dentro de mi coche a toda velocidad. Él se parapetó tras el cristal subido de mi ventanilla. Parecía sentirlo mucho.

—No quise ofenderte, Victoria... Me gustaría mucho verte en otra ocasión. —Joder, tenía los ojos brillantes. Si se echaba a llorar allí mismo, me moría.

—Sí, en otra ocasión, cuando vuelvas de Londres —sonreí a costa de quebrarme la mandíbula—, podemos tomar algo y me contarás. Ahora te esperan unos meses de duro trabajo —le recordé, por aflojar el espeso muro que se acababa de abrir entre los dos.

—Te llamaré —fue lo último que oí de Max. Porque arranqué como una exhalación y me perdí de vista con el corazón a la altura de la campanilla.

Aquel beso... ¡*Puagh!*

No tenía comparación con lo que había sentido en Madrid al besar a Alberto por primera vez en la pista de baile, cuando me había arrebatado a tal punto que estuve treinta minutos acariciándole los labios sin pausa y casi sin respirar. ¡Dónde iba a parar! Había sido un beso robado, sí, que siempre tienen su gracia pero... no me había gustado. Nada de nada.

Conduje a toda pastilla sin darme cuenta de que clavaba frenética la puntera de mi zapato en el acelerador. Todo porque una extraña angustia se iba apoderando de mí, de mis pulmones, de la zona por donde se late y se respira. Y me ahogaba poco a poco, acordándome del cosquilleo de aquella ventosa adherida a mis labios. Me entraron ganas de llorar. Y de volver con Alberto.

Aquello me asustó. ¿Volver con Alberto? ¡Ni en sueños! ¿Y por qué lo pensaba? Muy traumatizada tenía que estar para torcer por ese camino, desde luego.

Me abalancé contra la rotonda en la apertura de la avenida que conduce a

casa. Justo cuando metía la sexta marcha acelerando, la bocina de un claxon me partió en dos los tímpanos. También me hizo volver a la realidad: había cruzado la plazoleta como un torpedo pasándome por el forro de la chaqueta la prioridad de paso del que pitaba, un señor arrugado y feroz que me miró envenenado, farfullando desde su cohecito azul celeste.

—¡Señor, váyase a su casa, que no son horas! —chillé ofuscada, en lugar de disculparme.

23. Malos

recuerdos

Al día siguiente, martes, tenía ojeras. Unos surcos profundos y vampíricos impropios de una señorita. Sin embargo esa mañana, después de las pesadillas con cárceles húngaras en las que me obligaban a tragar doce hamburguesas una detrás de otra, seguidas de una bandeja de pasteles rancios, un par de cajas de a kilo de antiojeras, no me hubieran venido mal.

Para colmo, Pilar, a la que absolutamente nada conté de mi cita con Maxwell el irreconocible, venía con las pilas puestas.

—¡Qué mal aspecto! —Conste que he visto caras de asco más indulgentes delante de un bicho podrido.

—Noche de insomnio —informé decaída—. No, corrijo, no dormir habría sido bueno. He tenido pesadillas, todas relacionadas con el sobrepeso.

—¡Bah! Ahora eres tú de nuevo, ya no estás fondona como cuando salías con... —Mira que le costaba nombrarlo. Pero no hacía falta, yo sabía a quién se refería.

Ya lo dije antes, había tomado la terminante decisión de no volver a confiarle a Pilar ni un dato acerca de mi vida sentimental. No es que no confiase en su criterio, todo lo contrario, era madura y sensata, probablemente mucho más fría y cínica de lo que yo llegaría a ser nunca pero acababa mezclándolo con el trabajo, sermoneándome y controlando mis idas y venidas como un perro en celo. No, gracias, para eso ya había tenido a mi madre durante toda mi *laaarga* adolescencia y juventud. Ahora era adulta, libre y respondona.

Y si tocaba equivocarse, me equivocaría. Incluso estaba aprendiendo a reírme de mis errores.

—Reunión urgente, nena. —Ella siguió a lo suyo—. Hay que revisar el listado de proveedores con los clientes, esto va ya cuesta abajo y sin frenos. Mañana a las doce, que acaban los movimientos de tierra de la parcela. Arranca la cimentación.

—No puedo, Pilar, a esa hora estaré en la tele.

—Jolines ya la he organizado.

—Pues la desorganizas, porque mis días en el programa son fijos y ya es

hora de que te los aprendas —protesté ofendida—. Parece que mis cosas te importan un comino.

—Será porque tienes demasiadas de esas que tú llamas cosas —resopló—. Vale, venga, haré lo posible por cambiarlo.

Sé que cuando Pilar dice que hará lo posible, lo que sea, es cosa hecha. Menuda es ella. Me serví un café del tamaño de una palangana y abrí los expedientes del complejo temático. Por mi cuenta, lo había bautizado como “proyecto Cersei” y desde luego, no sé si las madres primerizas están igual de ilusionadas con su preñado que yo con aquel bebé que empezaba a gestarse.

Una de móvil. 0044—207... Gran Bretaña. Londres. ¡Híjole! El Oberon. Para mi estupor, ni se me pasó por la cabeza no responder. Apreté el botón verde con una naturalidad innata.

—¿Victoria?

—Hola, al habla. —Y entorné la puerta de mi despacho para ganar intimidad y evitar que Pilarín metiese las narices donde no debía. Estuvimos charlando casi una hora. Supe de su viaje en avión, de la viejecita que se le sentó al lado y lloró durante el vuelo porque la habían obligado a dejar el perro en el compartimento para equipajes. Que le obligaron a quitarse los zapatos en el control de seguridad con un suelo helado como los demonios y que el señor que le precedía viajaría en *bussines* pero llevaba dos fenomenales tomates en los calcetines. La verdad, nos reímos. Luego nos despedimos como dos buenos amigos y punto.

La misma circunstancia se repitió por la tarde noche y al día siguiente, otro par de veces. Y me distrajo, me alivió el estrés y las penas del corazón. Hasta que entendí que aquello iba demasiado lejos, que probablemente Maxwell acabaría malinterpretando mi cortesía.

—Max... —interrumpí su entusiasmado discurso acerca de un musical archirecomendado en el teatro Victoria. En nuestra primera cena le comenté que me chifla el espectáculo— Debo decirte... no deseo ofenderte ni mucho menos, pero no estoy preparada para vincularme a nadie en una relación, espero que lo entiendas. He acabado una hace muy poco... Aún no he tenido tiempo para reponerme, necesito más y... preferiría que no me llamas.

Iba a especificar “*que no me llamas tan a menudo*”, pero la contestación del inglés me dejó boquiabierto. Refinado a rabiar.

—Victoria, importunarte sería lo último que querría hacer. Me suicidaré arrojándome desde la Torre de Londres si piensas que soy un pesado, de modo que vamos a hacer una cosa. Yo no vuelvo a llamarte y si a ti te apetece un rato

de charla, o contarme algo... por favor marca mi número o envía un mensaje. Te telefonaré en el acto.

¿Quién iba a decirle que no a semejante trato? La verdad, no me esperaba que fuese tan considerado. Un españolito cualquiera me hubiera mandado a hacer puñetas.

—Me parece bien. Gracias por respetar mis necesidades, Max, eres un encanto. —Ciertamente lo era.

—Es lo menos que puedo hacer por conquistar a una reina como tú. Tener paciencia —rió socarrón.

O sea, que pensaba seguir insistiendo, me dije. Pero ya no me importaba, porque tenía bien agarradas las riendas de mi carreta. Allí tirarían los caballos cuando me pareciera bien a mí. Y encima era listo, me había coronado reina.

Mi vida volvió a la normalidad con una facilidad pasmosa. Ya casi no me acordaba de Alberto ni de sus neuras y bajones varios, aunque tampoco me divertía oír el despelleje público de mis amigas. Para la androfóbica Paula, era un vago con todas las letras y además estaba como un cencerro. No se explicaba cómo no me di cuenta, porque ella lo caló al instante.

—Pertenece a ese grupo que simplemente no quiere trabajar y si alguna vez le pica el gusanillo, se sienta y espera que se le pase —rugió creando una sola ceja. Miedo nos daba—. Hiciste requetebién en quitártelo de encima.

Por no dejarla en vergüenza, omití el detalle de que había sido él y no yo, quien me dio portante, pero... ¿quién se acordaba de aquello a aquellas alturas del curso? Y lo más revelador ¿a quién coño le importaba?

A Gio le dio por llamarme, mire usted por dónde, y me tuvo bastante distraída, pretendiendo citarse con una servidora a tomar café, so pretexto de hacer de diligente recadera, repatriando los chismes varios que supuestamente Alberto había dejado por el camino. Pero no se refería a tal cosa, sino a algún que otro obsequio que mi ex novio me había hecho, vigente nuestra relación. Dejando a un lado lo cutre que resultaba reclamar el reintegro de un regalo, si es que alguno quedaba, pensaba quemarlo a lo bonzo en mitad de la terraza. Menos reembolsarlo, cualquier cosa, después de casi dos años viviendo en mi casa a cuerpo de marajá. Soslayé como pude sus insistentes ofertas y decidí que ya la conocería más tarde o nunca, no había prisa.

Pasaron tres días con sus noches sin llamadas desde las islas de su graciosa Majestad.

Al cuarto día me noté inquieta. Echaba algo de menos. No era el tabaco, ni el deporte, ni las galletas Príncipe de Beckelard ni... el sexo, por asombroso que resulte. Ordené el armario. Lo volví a ordenar alterando el orden de colocación de los colores. Comprobé mi correo electrónico. Apagué el ordenador. Lo volví a encender. Me planteé tres veces si fregaba o no el suelo de la cocina con ese nuevo producto aroma a colonia que tanto me gustaba. En resumen, estaba hecha un manojo de nervios. Algo se me escapaba, algo que mi subconsciente reclamaba. Eran las animosas charlas de mi amigo el *guiiri*, con su incesante parloteo de locutor de radio y sus parodias sobre cómo sobrevivir en la oficina. Me dejé llevar y le envié un mensajito. Nada comprometido, le preguntaba por la salud.

Pero me telefoneó al instante.

Y de ahí arrancaron casi dos horas de conversación, en las que narró toda clase de peripecias divertidísimas y me puso sensiblera al confesar que entre su hermana Christine y él, se ocupaban de su madre enferma de Alzheimer. Expuso el asunto con tanta sutileza y ternura, que se me saltaron dos lagrimones como dos membrillos. Al despedirnos, ya lo echaba de menos.

Me traicioné a mí misma y nos llamamos al día siguiente, y al siguiente y al otro también. Y la cháchara fluía ligera, sin presiones y sin frenazos como si siempre hubiese un tema abierto, dispuesto a ser atacado. Nos comprendíamos y compartíamos puntos de vista y opiniones. Por eso no me importó cuando respetuosamente me pidió “permiso” para venir a Málaga.

¿Acaso era yo el guardabosques del aeropuerto? Maxwell venía viajando a mi ciudad con una asiduidad rayana en la residencia habitual, antes de conocerme. ¿A qué venía entonces solicitar autorización? Debí darme cuenta de que andaba un poco espesa.

—Marga, Marga, llega el viernes a última hora —conté con atropello— ¿Te parece que vaya a recogerlo?

—Mujer, si viene a verte, sería lo correcto —dijo la otra por teléfono, venga a zampar patatas fritas.

—No viene a verme a mí, se queda en un hotel y viene... —De pronto me quedé sin argumentos— Viene porque viene.

—Bueno pues igualmente, hazle de taxi, que el pobre chico se lo merece.

Allá que recorrí los sesenta y tantos kilómetros que separaban mi hogar de la terminal del aeropuerto, tratando de averiguar por qué me sentía feliz. No dichosa, ni pegando botes de excitación, pero blandamente contenta. No sabía explicarlo. Sí sabía. Maxwell me suministraba paz. Paz y tranquilidad a

pequeñas dosis. Algo que mi cuerpo serrano llevaba mucho tiempo sin experimentar.

Llegó jubiloso como niño con zapatos nuevos. Eso sí, ni un gramo de menos, pero su sonrisa perfecta iluminó la parada completa de taxis. Me plantó dos besos en las mejillas (nada de aspiradoras, menos mal) y me confesó que me traía chocolate, charla, una fantástica cena y buen vino. Lo dejé decentemente en la puerta de su hotel al acabar, y quedamos en vernos al día siguiente.

Como dos buenos amigos, sí señor. ¡Qué relajación!

Todavía brillaba el sol enfurecido y en Marbella, la gente frecuentaba la playa. Sin demasiado esfuerzo, manteníamos todos un envidiable tono dorado en la piel, que Maxwell adoraba. Me invitó a la piscina de su hotel, a tumbarnos en las hamacas a hacer nada salvo tostarnos y, a almorzar en un bufé donde era más difícil encontrar algo que no fuera langosta, que en la mesa de bodas del Gengis Khan. Tengo que reconocer que estuve muy a gusto todo el día. Tanto así que desconecté el móvil para que mis amigas, especialmente Margarita, ávida de noticias, no me dieran la brasa. Era un placer poder relajarse sin tener que lamentar que mi acompañante se empapase en alcohol y perdiera los papeles. Hubo incluso un rato que me puse a leer y Maxwell respetó mi silencio con devoción de monje capuchino. Y con la tarde, llegó la noche.

Pensé que no disponer de otra ropa que el bañador, un pareo dorado precioso y un ligero vestido de gasa por encima de las rodillas, sería coartada suficiente como para volver a casa, pero Maxwell rumiaba que la presa había caído y no se planteaba liberarla. Directamente me pidió que me quedase a pasar la noche. Sin escapatoria posible.

Seguramente fue un instante de locura. Pero me dije: “*¿Por qué no?*”

Eso. Por qué no. lo tome como una experiencia más de la vida que sin tener demasiado claro el motivo, me apetecía vivir.

Fue un sexo adormecido y romántico (para él, se entiende), sin estridencias y sin cohetes. Nada extraordinario. Seguían sin gustarme sus besos, pero alguna neurona traviesa y desocupada decidió que eso tenía arreglo porque le podía enseñar. No soportaba sus morcillitas ni su espalda cubierta de vello, pero también me las arreglé para no verlas. En el aspecto sexual no estaba lo que se dice tocando el cielo con la punta de los dedos, pero decididamente, aquel hombre tenía otros méritos.

Llamó al servicio de habitaciones y encargamos un par de sándwiches club que devoramos como fieras, en albornoz, delante del televisor. Cuando más llena tenía la boca, dieron unos toquecitos discretos en la puerta. Los oímos de todas formas y Maxwell tuvo que levantarse a abrir. Era un empleado del hotel que primero comprobó su identidad y luego entró a matar.

—Tenemos problemas con su Visa, señor. Nos deniega el pago —informó monótono y sin la menor piedad. No le cortó ni que estuviese yo a tres metros de distancia, escuchándolo con la boca abierta.

—Debe de ser algún problema con el banco —se defendió Max—, es una Visa oro.

—Ya, pero tenemos un saldo deudor acumulado de casi seis mil euros y no podemos seguir aceptándola —se empecinó el señor de gris.

—Entienda que son las dos de la madrugada —Maxwell sonrió condescendiente haciendo gala de su exquisita cortesía. Otro lo estampa contra la pared—, no puedo comunicarme con mi banco ni puedo resolver el problema. Hagan lo que tengan que hacer, pero nosotros nos vamos a dormir. Les agradecería no más molestias hasta mañana en la mañana. Haremos lo posible por aclarar este embrollo.

—Pero...

—Mañana he dicho —repitió tajante—. A primera hora.

A fin de cuentas, el inglés imponía y el gris se acabó marchando. Mi indignación no cabía en el cuarto.

—Pero ¿cómo se atreven? ¿Venir a estas horas a plantear un problema de crédito?

—No me esperaba este comportamiento por parte del hotel, lo admito —suspiró él aletargado.

—Tú eres cliente habitual, te hospedas aquí cada vez que vienes y por una vez que surge un problema con el banco vienen con reclamaciones de madrugada...

—Es verdad —dijo como si acabase de reparar en ello—, soy cliente desde hace años, esto es inadmisibile —protestó con más ímpetu.

—Inaceptable.

—Imperdonable —rugió elevando el tono—. No pienso volver.

—Harías bien —corroboré enojada.

Aquel incidente injusto estrechó nuestros lazos y consiguió que yo me sintiera cómplice y me derritiera toda. Supongo que por pura solidaridad.

24. Y generalmente Sigue Mal, Aunque a Ratos se Enderece

Supongo que preferí pensar que haber hecho el amor aquella noche con el inglés era un episodio aislado, que podía manejarlo. Pero lo cierto es que mi admiración por Max crecía y crecía y se disparaba a la estratosfera. Y yo no hacía nada por impedirlo. Era una sensación completamente nueva para mí. ¿Hombres inteligentes? Pueden contarse con los dedos de la mano. ¿Hombres inteligentes que no resulten pedantes y con sentido del humor? Nos sobran dos deditos. ¿Hombres inteligentes, con sentido del humor, caballerosos y tiernos? Una aguja en un pajar, ni te lo pienses, tírate a por él, si no, eres tonta de remate. Empecé a preocuparme por su bienestar (peligro de muerte: significa que me estaba tocando la fibra maternal que toda hija de Eva llevamos dentro, para amargarnos la existencia). Por eso, cuando me llamó con voz entrecortada y lastimera gimiendo que regaba las sábanas de su inmensa cama con cuarenta grados de fiebre, el corazón se me hizo un higo y llamé a Margarita.

—Vete para allá —me aconsejó sin vacilar.

—¿Quieres que me presente en Londres? ¿En su casa? ¿Así sin más? ¿Has perdido la chaveta? —aullé escandalizada.

—Oye guapa, que son dos horas de avión, tardas más en ir a Cuenca en autobús.

—Nunca he pensado en ir a Cuenca —me rebelé—. Pero a ver... reflexionemos. Si me presento sin avisar...

—Para darle una sorpresa —atajó Margarita muy convencida de lo que proponía.

—Mmm —gruñí pensativa—, me arriesgo a encontrarme que tiene mujer y cuatro chiquillos corriendo por el salón, o una novia formal rubia y pecosa de la que yo nada sabía...

—O un señor con bigote que te abre la puerta y te propone un trío...

—Fíjate, eso no lo había pensado. —Me desmoroné incluyendo la horrible posibilidad en el cesto de la compra.

—¡Déjate de gilipolces! —explotó Marga— ¿Qué te dice tu intuición? ¿Te habla de novias, amantes y embustes varios?

Lo medité un segundo para no responder a la ligera.

—Pues no, la verdad es que no.

—Ahí tienes la respuesta —terció muy satisfecha. Casi podía imaginarla enarbolando la bandera de la victoria contra mi tozudez y mi pánico—. Mira, este asuntillo promete, así que júrame que no te separarás del sofá donde estás sentada ahora mismo. Me reclama un cliente urgente pero te vuelvo a llamar... en nada — sentenció a toda prisa.

Efectivamente, cinco minutos más tarde, mi aparato comunicador se desgañitó de nuevo. Era ella.

—¿Qué decidiste? —espetó como si nuestra discusión no se hubiera interrumpido.

—De momento nada. Me parece tan fuerte...

—Vale, lo imaginaba, así que ya lo he decidido por ti —rió entre dientes—. En el mostrador de Iberia del aeropuerto tienes reservado un billete ida y vuelta a Londres para el fin de semana, acabo de comprarlo para ti a través de mi agencia de viajes. —Me quedé sin habla—. Por cierto, llévate la tarjeta que lo tendrás que pagar.

—Eres... eres una maldita bruja... —resollé.

Margarita se desternillaba de risa. Tanto, que por un instante estuve segura de que me tomaba el pelo, pero iba a ser que no. Despotriqué bastante sin que le importase un comino y sin conseguir que dejara de reírse. Luego me deseó suerte y yo monté una maleta con lo preciso para el viaje. Camino del mostrador de Iberia, mis rodillas parecían *blandyblu*.

Recogí mi tarjeta de embarque y crucé el vestíbulo buscando ansiosa una cafetería. Un buen chute de cafeína igual ponía las cosas en su lugar. Estaba aturdida. Despejada, pero confusa. Serena, pero nerviosa. Me senté y aspiré a fondo. En mi escala de aromaterapias, el café recién molido ocupa una de las posiciones privilegiadas detrás de “Angel” el perfume de Thierry Muller que tufa a chocolate, y la gasolina, tal cual sale por la manguera de la estación de servicio.

Puede que a simple vista alguien como yo, alta, delgada, rubia y con unos ojos rasgados bastante apañadetes, pareciese segura de sí misma. Indefectiblemente eficaz. Pero no lo era. Me pasaba el tiempo dudando, como hacen los demás. Puede que más, puede que menos, dependiendo de la trascendencia del marrón, pero titubeo. Dijeran lo que dijeren Margarita y mi intuición, yo tenía que anunciar mi llegada. Lo contrario me parecía una grosería indigna. Marqué el número particular de Max. Ipso facto, se me secó

la boca.

—Max... soy yo, Victoria —murmuré casi sin aliento.

—¡Qué fantástico escucharte! ¿Y esta llamada? —se extrañó. Normalmente yo era la que me hacía de rogar— ¿Está todo bien?

Aprecié el catarro y los mocos en su nariz. De entrada, estaba claro que con lo de la indisposición, no mentía.

—Pues... ahora mismo estoy a punto de coger un avión para Londres. Quiero... — ¿Quería realmente pronunciar aquellas palabras tan comprometedoras?— quiero verte y... cuidarte. —Creo que en ese punto Maxwell arrancó a llorar como un infante—. Si prefieres que no vaya, este es el momento. Simplemente dilo y no haré preguntas.

—No, no, por amor del cielo... —¿Estaba *emocionadliiiiiisimo*, o era una impresión mía?— Es sólo que... mi apartamento no está en perfecto orden, ya sabes lo desastre que somos los hombres solteros, pero... ¿qué tonterías digo? —Ahí se atragantó— Me muero por verte, no tengo nada que ocultar. Date prisa, dile al piloto que meta el turbo. ¡Te quiero en Heathrow ya!

Yo no necesitaba más aliciente que su tono sedoso invitándome a pasar.

El brumoso Londres me recibió, para variar, con un cielo encapotado que se abrió por encanto al apear me del taxi, mostrando un sol de justicia, de esos que hacen que los ingleses suelten lo que tengan entre manos (sí, eso que estáis pensando también) y corran despavoridos a las calles para bañarse en el placentero *calenturrín*. Siempre lo digo y no es soberbia: en cuanto poso el pie en una ciudad nublada, arrastro los rayos de Lorenzo conmigo. ¡Que viva España, que me la traigo puesta, y olé!

Llevaba un papelito con la dirección de Maxwell anotada, que soy muy despistes y me pierdo en una rotonda. El taxista me llevó sin una pregunta, sin un vacilar. Me condujo a una urbanización de las afueras con muy buena pinta y paró en la puerta de una linda casa con jardín y un álamo centenario en la puerta. Pagué en libras esterlinas y tragué saliva agarrando fuerte mi maleta.

—Bien, nena, allá vamos.

Max saltó al camino de piedrecillas blancas antes de que yo diera dos pasos, envuelto en una bufanda interminable, propinándome un abrazo de oso que estuvo a punto de quebrarme las costillas. Se hizo cargo de mi maleta y me condujo a la casa. Había preparado té caliente. Que el astro de fuego se hubiera dignado a aparecer, no borraba una temperatura del demonio,

insoportable para una chica del sur como yo.

El recibidor era largo y estrecho. Muy estrecho. Con un gran armario para colgar los chaquetones, descalzarse y colocar los paraguas. Y un par de percheros para los sombreros. Me encantan los sombreros y todos los días rezo para que en España la gente los lleve a todas horas, porque si los llevo yo sola, todo el mundo se piensa que soy rara. Gracias a la solícita ayuda de Max, me deshice del grueso abrigo y me quité las botas. ¡Virgen de la Macarena! Había comprado unas babuchas de borreguito solo para mí...

Me sugirió subir la escalera hasta la primera planta. Un espacioso salón con cocina y comedor incorporados, un baño y una ducha (por separado) y la habitación de huéspedes que ocupaba su madre enferma cuando venía. En la tercera planta (¡¡uff!!) su dormitorio SIN baño. Y la escalera, empinada como el Everest.

Pero aquella taza de té me transportó al otro mundo. Arrellanada en el sofá resistiendo su obsesiva y embelesada contemplación, me lancé a charlar.

—Es curioso, desde fuera la casa me había parecido mucho más grande.

Vi a Maxwell enrojecer como los tomates maduros. Soy una bocazas, pensé. Una bocazas arrepentida.

—Tiene una explicación. En realidad ocupamos sólo parte de la casa. Mi vecino y propietario, hizo una pequeña obra y consiguió un apartamento independiente con los muchos metros que le sobraban. Me lo ofreció y acepté. Realmente no me importa mucho, a excepción de mis padres y hermana, casi no tengo familia, me paso el día en la oficina ¿qué más da dónde viva, pensé?

—Sí, desde luego —confirmé cavilando si había oído o no, “padres”.

—Mi casa, mi verdadera casa, era una maravilla de quinientos metros cuadrados con un jardín impresionante... Se la quedó mi ex mujer.

¡Ay, Señor, Señor! La frase del millón. Por un temible instante, vi claro que Max se pondría a gimotear como Alberto y a soltar sapos y culebras sobre la lechuza con la que había tenido la mala ocurrencia de casarse, pero no. No dijo ni una sola palabra negativa sobre ella.

—Era la casa de mis sueños, la diseñé yo mismo —Se le oscureció el semblante y se le humedecieron los ojos. Yo miré abochornada para la chimenea, sospechando que era de pega—, habitación por habitación, estante por estante. Quizá por eso tenía esa absurda ofuscación infantil con la villa de Marbella, era idéntica a mi ex casa en Londres. Pero... me estafaron y también la perdí. —De repente se echó a reír, con aquella risa de cascabeles suya—. De un tiempo a esta parte no hago más que perder y perder... Menos mal que

llegaste tú a mi vida —agregó poniéndose serio y provocando que yo volviese a tierra.

Y es que del modo en que lo dijo, yo pasé de atender su perorata casi por civismo y cortesía, a sentirme la reina del pop. Importante, importante. Al menos a sus ojos.

Fue un fin de semana precioso. Max venció a la fiebre, pero embistieron toses y estornudos. Entre ellos, sin amilanarnos, paseamos por Covent Garden, el parlamento, el museo de cera y el pub de Sherlock Holmes. Mi anfitrión era un pozo inagotable de sabiduría populachera y me desgranó mil y una leyendas urbanas de la City. Cuando el domingo después de comer me llevó al aeropuerto, me dio hasta pena.

Él sin embargo, iba más concentrado en ganar la pelea contra su coche, un diminuto utilitario rojo chillón. Todos los elogios que no le dedicó a su ex, se los llevó el pobre desgraciado.

—Siento que tengas que montarte en "*the red little thing*".

La cosita roja. Así lo llamaba, pero no con cariño, sino con desprecio del bueno.

—Era de mi madre, pero como ahora no conduce me hice cargo de él. Precisamente cuando acababa de encargarme al concesionario un Audi A8... — Abrió una pausa y me miró pidiendo opinión. Yo me encogí de hombros, los coches me importan un pimiento, con que me lleven y me traigan... Si yo tenía el que tenía era por puro accidente, bien lo sabía Dios—. No quiero herirla despreciando su obsequio, está muy mayor y sensiblera, no sé qué hacer.

—Desde luego, para ciudad nada mejor que esto —traté de ayudar.

—Pero es feo, feo... —golpeó el volante. Hay que ver cómo son los hombres con sus cosas. Y si esas cosas se llaman coches...

—Ese Audi que quieres, gasta un montón de combustible, Max, no sería lo que yo te recomendase... soy ecológica.

—Ya, bueno... tengo tiempo para pensarlo... Tendré que avisar al concesionario y detener el encargo. La estafa de la villa no me ha dejado precisamente indemne —elucubraba pensando en voz alta.

25. Hoy Es El Primer Día Del Resto De Mi Vida

Mi secretaria se puso en contacto conmigo arrancándome de la plácida concentración que me embargaba después de otro par de días con Maxwell, esta vez, ya alojado en mi casa. Al indeseable hotel le pusimos la cruz: *nunca mais*.

—Es Rosa Hernández, te la paso.

—Hola Rosa ¿qué tal? Bien ¿y tú? yo también, mucho trabajo que no falte... —Y bla, bla, bla.

Después de tan breves circunloquios, Rosa fue directa al grano.

—Oye Victoria ¿te acuerdas del cliente inglés que te presenté hará año y pico? ¿Maxwell Oberon?

—Sí, claro, perfectamente. —Y tan perfectamente.

—¿Has vuelto a verlo?

—Supongo que te refieres al caso —cavilé perdida—. Yo ya entregué mi informe y...

—No me refiero al caso. Pregunto si te has encontrado con él, en el ámbito personal y perdona que sea tan franca.

Levanté una ceja. A ti te lo voy a contar yo... ¿A qué venía aquel interrogatorio de FBI a lo cutre?

—Pues sí, hemos coincidido un par de veces —reconocí cautelosa.

—Va diciendo por ahí que tiene una novia arquitecto riquísima.

—¿Riquísima? —reí— Entonces no soy yo, te confundes de chica.

—No es broma, Victoria —refutó la letrada muy seria—. Va presumiendo mientras lo cuenta, y solo puedes ser tú.

—Aclárame lo de “va diciendo por ahí” —Adopté su mismo tono profesional e intimidante.

—Ya sabes, a sus conocidos, a su entorno aquí en Marbella —dijo esquiva.

—No, no lo sé. No tengo ni idea de cuál es el entorno de ese señor, Rosa.

—Tienes que tener cuidado con él, no es lo que parece —escupió de una vez. Me quedé ojiplática y muda—. Es un consumado estafador —prosiguió alterada—. Me ha tenido dos años trabajando como una esclava en su caso y

no me ha pagado un céntimo.

Mujer... Para cualquier profesional, una cuenta impagada, sobre todo si te has dejado los higadillos buscando el bien del cliente, es como una puñalada a nivel del páncreas. Pero yo no disponía de datos para emitir ningún juicio. A lo mejor Rosa había sido una abogada funesta que se merecía que el inglés se largara con viento fresco dejándole la cuenta sobre el mostrador de recepción. Vete tú a saber. Calificarlo de farsante solo por eso, me pareció un pelín exagerado.

—Rosa yo no... —traté de decir.

—Y no es solo a mí, le debe un montón de dinero a otro montón de gente —agregó atropellada y furiosa— ¿Vais en serio?

Meneé la cabeza incrédula aunque Rosa no pudiera verme.

—Me parece que esto se está saliendo de quicio, por amor del cielo, solo me he tomado dos cafés... —aseguré, guardando en secreto las amorosas noches compartidas con mi gordito querido.

—En cualquier caso, tenía que advertirte. Pero no es algo que me guste hablar por teléfono, querría verte.

No vi la necesidad de confesarle que pensé que estaba loca.

—Un café, esta tarde ¿a qué hora sales del estudio?

—Sobre las siete —informé agotada.

—En el spa de “Saturday”, en Puerto Banús —concluyó cortante—. Te espero.

—Mira, te agradezco el detalle y la preocupación, pero no creo que sea necesario. Ese señor...

—Me lo agradecerás mucho más cuando oigas lo que tengo que contarte —repuso misteriosa. Y colgó.

Ya me picaba la curiosidad, ese bichito indecente que una vez que empieza, no para. Hay que ver lo bien que se las arreglan los abogados estos para jugar con dos frases y generar un castillo de intrigas, me cago en la leche.

Allí me planté a la hora convenida. Pero por muy puntual que fui, Rosa me tomó la delantera y ya chupaba su refresco light con fruición y una pajita. Me asaeteó desde su mesa con ojos ansiosos.

—Me alegro de que hayas decidido venir. —Me tomó las manos y me las apretó con... ¿Afecto? ¿Necesidad?

—Rosa, más que nada por no ser descortés. Todo esto es una

exageración. Me parece muy grave vilipendiar a una persona ausente que no puede defenderse... Tú deberías saberlo mejor que yo.

Sin pestañear, me pasó una hoja escrita por encima de la mesa.

—Este es un listado de las personas a quien debe dinero, con indicación de sus cantidades.

Hice regresar el folio a su lugar de origen, sin ni siquiera mirarlo.

—No me interesan estos detalles escabrosos, Rosa. —Los cotilleos me escuecen. ¿Hacía falta decírselo también? ¿No me lo notaba en el mohín rancio?

—Pues deberían. —Se arrastró sobre el tablero de la mesa, como segundos antes se había arrastrado el papel—. Bajo esa apariencia de ángel, Maxwell es un manipulador sin escrúpulos capaz de utilizar cualquier patraña sentimentaloides para sacarle dinero a la gente y vivir como un pachá.

Puse los ojos en blanco. Acababa de llegar y ya empezaba a cansarme el rollo.

—Un ejemplo. Consiguió que le prestaran siete mil euros para unos pasajes de avión y el pretendido tratamiento de su hijo menor, enfermo de gravedad en Londres. Se los dejó un amigo mío.

—¿Y? —reclamé cruzándome de brazos.

—¡Que no tiene hijos! Y por supuesto, de los euros nunca más se supo. —La verdad, eso me sorprendió—. Y si quieres más, su historia contigo ha pillado en bragas a Lola, la chica con la que llevaba ocho meses viviendo.

Palabras mayores. Si Maxwell tenía novia formal o cualquier otra cosa que se le pareciera, ya lo estaba largando de una patada en el culo. En ese momento, un revoltijo de pelo rizado y oscuro se echó contra nuestra mesa, pidiendo disculpas como si llegase tarde. Miré a Rosa exigiéndole una explicación.

—Esta es Lola —me presentó tan fresca.

Era una chica extraña, con ojos de loca, alarmantemente desencajada. Y con tantos kilos de más como el propio Oberon. Debía de ser cierto aquello de que compartían casa, era evidente que en compañía, se habían abandonado a los placeres de la carne... empanada.

Así que la trampa ratonera era esa. Que Lola conociese en persona a la mala pécora que le había birlado a su amorcito. A juzgar con la desazón con que me comía con los ojos, debí gustarle mucho. O no y pensaba cortarme a pedacitos. Tomó asiento sin que nadie la hubiera invitado.

—Lola te puede explicar muchas cosas —amenizó Rosa.

—Concluyo que estás aquí en calidad de amiga, no de abogada de nadie... —repuse áspera—. El caso es que por un momento tonto, pensé que también eras amiga mía.

—¡Querida Victoria! —Rosa se ruborizó— ¡Precisamente por eso! Sales con un hombre que te está engañando y nosotras...

—Eso de que “salgo con” te lo acabas de inventar tú —persistí cada vez más cabreada.

—Es lo que asegura él —intervino Lola y se puso a berrear. Yo no sabía dónde meterme, con cara de “*Diosito, que alguien me explique qué le pasa a esta desquiciada*”—. Vivía conmigo...

—¿Y qué ocurrió? ¿Cortasteis, os peleasteis? —interrogué sin ningún interés real.

—Se marchó a trabajar a Londres, no contestaba al teléfono y lo siguiente que supe de él es que tenía una novia arquitecto aquí en Marbella, rica y llamada Victoria —Y dale con lo de rica. Le dio un nuevo ahogo y se atoró.

—Lo siento, creo que todo esto no es cosa mía. —Atrapé al vuelo mi bolso, loca por salir despavorida pero Rosa lanzó el garfio de su zarpa pintada de fucsia.

—Ocho meses, ocho, viviendo por el morro en su casa, rodeándose de buenos amigos gracias a ella, y le debe ochocientos euros de teléfono móvil.

—Un teléfono a mi nombre, pero que usaba él —completó Lola entre hipidos.

Por lo visto nadie pensaba venir a rescatarme. Decidí que ya estaba bien de dejarme envenenar y me levanté de un brinco. No tenía intención de seguir escuchando las paparruchadas de una mujer abandonada, herida y humillada. Y las de otra, que no sé bien de qué iba.

—Repito que os equivocáis —atestigüé con firmeza en un tono que no admitía réplica—, no tengo una relación, es solo un conocido que me cae bien. En cualquier caso —sonreí tensa—, me doy por avisada y os lo agradezco igualmente.

Y una mierda. Vaya par de troleras renegadas. Salí de allí cagando leches. Ni el café probé.

Pero cuando cerré la portezuela de mi coche, advertí que el corazón no marchaba a ritmo normal. La sarta de embustes me afectó. Esas cosas siempre terminan afectando, por eso lanzan el anzuelo las arpías, a ver si picas. Y siempre picamos. Max no era un fullero, era un hombre bondadoso y atento que simplemente había plantado a la chica aquella. Punto. Ella estaba

despechada e inventaba. Y Rosa, la apuntalaba. Todo eso pensaba mientras mi mano trémula marcaba el número de Max.

Le solté la historia de un tirón. No era mi propósito, pensaba ser sutil, diplomática... ¿Cuándo he sido yo eso?

—Victoria, Victoria, tranquilízate —me calmó él con su aterciopelada voz. Yo lloraba a moco tendido—, no hagas caso de habladurías.

—Pero han dado detalles que... ¿Has estado viviendo con la tal Lola?

—No es en absoluto como ella lo cuenta. —Su tono pausado fue sacándome de la histeria. Todo un triunfo—. Después de la estafa con mi casa... bueno, me quedé sin lugar dónde vivir y con el terminante objetivo de hacer justicia, perseguir a ese criminal donde quiera que se escondiese. Lola me ofreció quedarme en un apartamento anexo a la villa donde vive con su marido. ¿Entiendes, Victoria? Esa mujer está casada...

—Eso no me lo ha dicho —calibré sonándome los mocos.

—Claro que no, como tampoco te habrá dicho que me acosaba y aprovechaba los viajes de negocio de su esposo para invitarme a salir. Yo, a veces, salía, hartado de estar encerrado alimentando mi odio, pero a la vuelta ella pretendía más...

—¿Alguna vez se lo diste? —pregunté tontamente.

—Por la reina Victoria, amor, ¿la has visto?

Todo estaba meridianamente claro, no era preciso responder.

—Tuve que marcharme de nuevo a Londres, la situación llegó a ser insostenible.

—¿Y lo de que le debes dinero?

—También te ha mareado con eso —resopló—, no puedo creerlo. Ella insistía en montar un negocio conmigo y otros socios, algo con buenas perspectivas. Compró ese móvil para la empresa y todas las llamadas fueron gestiones y gestiones que practiqué tratando de sacar algo en claro. Al final era otro de sus engaños para retenerme. Hice lo que hice y no me pagaron un penique. ¿Por qué habría de pagar también la cuenta de las llamadas?

—Tiene sentido... —hipé.

—Claro que lo tiene, no te ocultó nada, eres lo que más quiero en el mundo ¿iba a engañarte?

Qué estúpida me sentí. Sentada en el bar del Spa, manejaba la certeza absoluta de que aquellas eran dos embaucadoras en pleno ataque de celos, minando a su víctima. Minutos más tarde, enjaulada en mi coche, el mundo se me venía encima y de buenas a primeras era como si me hubieran atizado un

cogotazo con un paraguas viejo.

Seguí gimoteando y Max continuó sosegándome con sus explicaciones. Tenían más lógica que la historia de las arpías. Suspiré hondo y procuré olvidarlo. A ellas, a sus chismes, todo. Max me prometió que haría lo posible por venir a verme cuanto antes.

26. París,

París

En mis años de colegio, alguna compañera perturbada se obsesionaba conmigo. O un chico. Y se las arreglaban para hacerse con el teléfono de casa y llamaban y llamaban sin reposo. Nunca hablaban. Tampoco jadeaban. Solo se quedaban callados, escuchando mi voz, preguntar “*diga, digaaa*” una y otra vez. En esta ocasión, tras la acelerada entrevista con Lola, ocurrió otro tanto. Sin ser un lince, sabía que era ella. También se dejó caer por el gimnasio un par de veces haciéndose la distraída. Se la mostré a Margarita, la puse al corriente y nos echamos unas risas a su costa.

—Patética —adjetivó—, sencillamente patética.

—Sí, pero la que se llevó el berrinche fui yo.

—Porque quieres. No hace falta más que verla para adivinar que se muere de rabia, que no puede ni con su pelo. Te persigue, hasta debe tener pesadillas contigo como protagonista. Si algo me consta es que Maxwell se muere por tus huesitos, nunca vi nada igual, se derrite cuando lo miras. —Se quedó un instante suspendida en el techo de la cafetería—. ¿Te cuento un chisme? —Me miró pícara— No sé si debería...

—Ahora ya no vale... —la zarandeeé decidida a que escupiese.

—El otro día pillé a Maxwell... entrando en una joyería.

Me quedé blanca.

—¿Y eso significa? —balbuceé.

—¡Va a pedirte matrimonio! —explotó presa de un entusiasmo febril— ¡Va a pedirte matrimonio, Victoria! —Se frenó al notar mi expresión— ¿No te alegras?

—No sé si quiero que me pida casarme —silabeé sombría como una tarde de Noviembre de las malas.

—Hija... —A Marga le gusta más un festival que a un mono un lápiz— Lleváis bastante tiempo, cuánto...

—¿Bastante? Cuatro meses y pico, nada, un soplo —razoné juiciosa.

—Depende de cómo se mire. Cuatro meses muy intensos —consideró machacona. Yo discrepaba.

—Nadie en sus cabales se casa después de cuatro meses.

—Sí que lo hacen, la gente desprejuiciada, las que apuran los buenos momentos de la vida, las que confían en que un noviazgo largo no es, en ningún caso, garantía de éxito en el matrimonio... ¿Sigo?

—Me da miedo equivocarme, ya me equivoqué una vez.

—¡Jolines, durante seis años! La mayoría de la gente se equivoca dos meses, tú estuviste casada con Pedro seis años ni más ni menos, más cuatro de noviazgo.

De repente salí del abatimiento.

—Bueno, esto es solo una hipótesis...

—Claro, claro, no tiene nada que ver, igual entraba a que le cambiasen la pila del Rolex, quién sabe —replicó haciéndose la indiferente.

—No tiene un Rolex —la corregí—. Y además no llevan pila.

—Pues si él va a comprarte un anillo de compromiso, tú deberías comprarle el reloj. Un Rolex estaría bien —puntualizó pasando a otro tema.

De improviso, Max me invitó a un viaje. Bueno, ciertamente no fue así. La ausencia de espíritu aventurero en la cama, le sobraba por todos los poros en los demás aspectos de su vida. Me dijo simplemente que preparase maleta para quince días. Europa. Sin más datos. Y yo sentí un cosquilleo subirme por el estómago, como no me subía desde quinceañera.

—Esto es una sorpresa, entenderás que tengo que taparte los ojos —indicó cuando aparcábamos mi coche en el parking más caro de todo el aeropuerto. Max se cerraba en banda en cuanto a dejarlo en manos de cualquiera y pagaba auténticas fortunas por su protección.

—No vas a revelarme el destino...

Negó con un mohín travieso.

—Pero no puedes llevarme por todo el aeropuerto con los ojos vendados —me escandalicé, al tiempo que reía.

—¿Por qué no? ¿Quién va a impedírmelo?

—Pensarán que estamos locos...

Me atrapó los hombros, me obligó a girarme y miró mis pupilas con sus ojos intensamente azules.

—Que piensen lo que quieran, estoy enamorado, eso sí pueden pensarlo.

Desarmada, listos, ya.

París, París, París. Primera parada. Lo visitamos todo, comimos en todas

partes, me compró la seca y la meca... Me vi forzada a desarrollar una especie de sexto sentido y pasar aparentemente de largo por delante de los escaparates, mirando de reojo todo lo que pudiera en el lapso de tiempo más breve, porque si bien yo nada pedía, bastaba una miradita algo más prolongada de lo normal a cualquier mercancía expuesta, para que mi caballero andante corriera raudo a comprarla para mí.

Los días se sucedieron en magnífico entretenimiento y las noches... bueno, por las noches afortunadamente, estábamos demasiado agotados para nada y nuestros pies parecían ensaimadas mallorquinas, reventados a base de recorrernos calles, callejas y callejones.

No obstante, nunca olvidaré aquella noche, por muy vieja y pelleja que me haga. Vale que con Max el sexo era una balsa de aceite, clásico, insulso y carente de pasión, corrientito, lo de siempre sin florituras. Y él lo sabía. Pero...

—Mi ex mujer me acusaba de ser inservible en la cama —lloriqueó tras una sesión no especialmente lucida—. Decía que era incapaz de despertar el deseo en una mujer. —Abandonó el lecho y se puso a recorrer el dormitorio en círculos— ¿Es verdad eso? ¿Tú piensas lo mismo? Debe de ser mi horrible y espantoso cuerpo. —Se golpeó el estómago frenético como una anoréxica. Se me encendieron todas las alarmas.

—No, cielo, tú eres guapo, muy guapo —lo consolé. “*Lástima que te hayas abandonado hasta tener la cara como un pan cateto y no podamos ver lo guapo que eres*”. La intomable decisión entre ser cruel o brutalmente sincera.

—No sirvo para nada —Se sentó en el borde de la cama con la cara oculta entre las manos, llorando como un bebé.

Le acaricié el pelo rubio y sedoso sin saber qué decir. No podía arreglarlo ni empeorarlo más. Cuando menos me lo esperaba me empujó de espaldas contra el colchón, se lanzó sobre mí separándome las piernas, y hundió su boca en mi sexo. Ni relajarme ni hacerme a la idea pude.

¡Aquello fue tremebundo! ¡Escalofriante! ¡Abominable! Sonaba como si chupase almejas.

—*¡Surrpp! ¡Grulp, grulp! ¡Surrpp ahhhhh!*

¡Ay, señor! ¡Me cago en la leche frita y en la sota de bastos! ¡Pero qué eran aquellos horribles sonidos por ahí abajo, que herían mi sensibilidad y me sacaban de mi estado contemplativo? Quería matarlo, desollarlo vivo y enviar la piel sobrante a Valverde del Camino para que me fabricasen unas botas

camperas. Pero con que dejase de chuperretear de aquel modo “sonoro”, me conformaba.

—Cariño... Cielo, cielo... Para... —Mira que fui considerada y fina. No me atendió, siguió a lo suyo, elevando el tono. Yo traté de concentrarme. Tarea imposible— ¡Paraaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! —aullé.

Alzó la cabeza vivamente impresionado. Le sonreí de mentiras y Max se retiró a cámara lenta, con una franca desilusión pintada en su rostro aniñado. Me sentí la madrastra de Blancanieves, pero por mucho que me esforzara, no podía soportar aquel ruidito... en mis bajos. Si la noche de pasión hacía rato que se nos había ido al garete ¿para qué intentar resucitarla con experimentos?

—Para, porque... no me gusta mucho que me hagan... eso —mentí con descaro. Anda que no. Me volvía loca, perdía la vergüenza, el juicio y las bragas con solo olerlo. Pero con música, no. Con música me negaba.

—Soy un fracaso. —Y venga el burro a la noria. Max se apartó al borde de la cama con grave riesgo de caída libre. Me amoldé a los rotundos contornos de su cuerpo y le acaricié la nuca, pasando por encima de su espalda.

—Descansa, cariño. Anda, descansa. Ha sido un día agotador. —No se me ocurría qué otra cosa decir.

—Y yo que deseaba hacer de esta noche algo inolvidable... —musitó embargado en melancolía, aún sin darme la cara.

—No pasa nada. —Lo acuné como si tuviese tres años.

—Dime... dime un día del año que te parezca especial, no hace falta el motivo, sólo la fecha —gimió todavía con la voz rota.

—Mmm... ¿Qué tal el veintitrés de Junio? Víspera de san Juan. ¡La noche de las brujaaaaaas! —Y me tiré en plancha a hacerle cosquillas, por ver si lo animaba. Rodó sobre mí y estuvo a puntito de aplastarme.

—Bien —Se quedó muy serio— ¿quieres casarte conmigo el próximo veintitrés de Junio?

Abrí unos ojos como espejuelos. Reparé en algo que no había visto antes; de haberlo hecho, habría huido. Una sospechosa cajita de joyería. Y aquella expresión de embeleso absoluto que lo hacía parecer casi tonto...

—Yo... Maxwell —Arrugó el entrecejo—, Max... yo no sé...

Desde luego, él esperaba que aceptase con dobles saltos mortales en el colchón. No venía el hombre preparado para dudas ni titubeos y palideció al escucharme. Me asaltó una duda: ¿se ponía así de verde la gente en los momentos previos a un infarto?

—No quieres...

—No, no es eso —me apresuré a decir—. Es sólo que... bueno, no me lo esperaba. — Ladeé la cabeza como si ardiera de felicidad—. Es tan... pronto...

—Estamos en Noviembre, hasta Junio, son siete meses. —Sonrió, todavía tendiéndome la cajita. La miré como si mordiera.

—Pues... pues...

Siete meses era tiempo suficiente. ¿Para qué? ¿Para espantarlo? ¿Para quererlo? No, quererlo ya lo quería. ¿Para enamorarme? Sentía por Max emociones muy dulces, era feliz a su lado, pero allí faltaba pasión. ¿Era ese un ingrediente imprescindible para el matrimonio? Con Alberto había habido de sobra y acabamos como el rosario de la Aurora, con Alberto jamás me habría casado. Me sentía fatal por no poder corresponder a mi chico al nivel al que él se implicaba pero la atracción física o está o no está, no puedes generarla por la fuerza por mucho que lo desees.

Hay otras formas de querer, me dije. Victoria, no te las conoces todas.

—De acuerdo, acepto —susurré finalmente. Tenía siete meses para terminar de decidirlo.

Mierda, mierda, mierda. Y ni le había comprado el Rolex, ni un lastimoso bolígrafo.

27. Cada Día Es Único. ¿Cómo Puedes Tener La Desfachatez De Desperdiciarlo?

Viena. Austria. Segunda parada.

—¡Marga, Marga! ¿A que no adivinas desde dónde te llamo? ¡Desde el retrete de la emperatriz Sissi! ¿Cómo te quedas?

—¡Cágate! ¡Y nunca mejor dicho! ¿*Habemus* pedruscón? —Ella siempre tan pragmática y tan directa al grano.

—¿Cómo dices? —A ver si haciéndome la loca...

—Ya me entiendes, que si se ha declarado, que si te veré regresar con anillo de diamantes y de cuántos quilates.

—¡Ah, no! —mentí mirándome el dedo. Gordo como la uña de mi índice, talla brillante, clásico, elegante, perfecto—. Nada de eso, al final va a ser una falsa alarma.

—Joder, estaba convencida... Bueno, puede que al volver a casa.

—Mira, Celestina incorregible, que no me quiero casar. No. Me. Quiero. Casar. ¿Alguna parte de la frase que te cueste trabajo pillar?

—Si es que no sé de qué te quejas... Es joven, guapo y rico, te tiene en un pedestal, bebe los vientos por ti, levantaría raíles con los dientes con que se lo pidieras...

“Y no sabe chupar como Dios manda. Todo lo más, come percebes”, me recordé “Pero es dulce, comprensivo y amoroso, el mejor compañero que podría soñar. Estoy confusa, no sé lo que siento y mucho menos lo que quiero”

—Será que aún no estoy preparada para ese paso, no os empeñéis todos en quererme cazar, que no va a dar resultado —bromeé impaciente por zanzar el tema—. Te dejo, que el wáter de época es un rato estrecho, lo tengo clavado en el culo.

Dado el paso del compromiso, Max se relajó bastante con respecto al galanteo. Pasaba más tiempo en Londres currando como un minero, pero me enviaba flores a diario. Rosas rojas grandes como un puño, con tallos de metro de largo. Ni a marchitarse les daba tiempo. Eso sí, de sugerir el reparto

de los gastos de la casa, nada de nada. Mi chico me llamaba a las tantas desde la oficina, a veces cuando yo ya dormía como una bendita.

—¡Oh! ¿Dormías? —Sonaba inocente el cabrón.

—Ya no —refunfuñaba yo.

Todo para decirme lo cansado que estaba y lo mucho que me echaba de menos y si yo sentía lo mismo por él. Claro, claro.

Tantas horas delante de un ordenador tragando comida basura, lo ayudó a trincar varios kilitos extra. Admirando sus rollizas carnes, me vi en la obligación de advertirle.

—Deberías hacer algo de ejercicio, eres joven, pero no te confíes, con el estrés del trabajo, las responsabilidades, puede darte... no sé, un infarto.

—Este no es mi cuerpo —meneó la cabeza abatido—. Consumo mi tristeza y mi melancolía comiendo chocolatinas y bebiendo Coca-Cola.

—Mala cosa. No deberías ser un tipo triste ni melancólico.

—Tengo decidido un cambio drástico, sí, aunque ponerme a dieta precisamente ahora...

Se acercaba la Navidad. A mí me chirriaba.

—La pasaremos en Londres, claro.

—Pues yo pensé que la pasaría con mi madre. —Odio pasar algo más que la cena de Nochebuena en ese decrepito ambiente de farolillos y espumillón. Todo sube y se pone por las nubes y no hay quien entre a los centros comerciales, abarrotados de bolas brillantes y villancicos.

—Podríamos reunirnos los cuatro —me tentó insolente.

—Pensé que habías hablado de tu padre —desvié el tema poniendo cara de interesada.

—Mis padres llevan divorciados casi treinta años, ahora mi madre lo necesita y él no se molesta en llamarla siquiera. Pero bien que la ataba a la pata de la cama cuando cogía una gripe. ¡Qué injusticia! —Me acarició tiernamente la barbilla—. Yo nunca seré así con mi adorada flor.

La adorada flor debía de ser yo. Tragué dificultosamente saliva. Aquellas cursiladas no me iban. Ese era otro de los puntos flacos de Maxwell en la cama, dedicarse a canturrearme a la oreja e intentar ponerse guarrón suspirando letras en inglés.

—*Pussy, pussy, ohmm, ahmm, oh, yeah, my pussy...*

¿Quieres hacer el favor de dejar mi *pussy* tranquilo y no pretender parecer lo que no eres? No eres un perversillo, no te pega, no eres sexi, eres cálido y adorable, que tampoco está mal. Por Dios, deja de susurrar ¡en tu

boca suena ridículo!

Me libré por los pelos de la entrañable reunión familiar. Alegando que nuestras familias no se conocían, que a mi madre le espantaban los aviones y que la suya estaba delicada para viajar. Disfruté de unos tranquilos días en Málaga, en casa de mami, comiendo y bebiendo a dos carrillos.

—Es un buen chico, ¿verdad? —indagó ella más que nada para sosegar. Al fin y al cabo, es madre.

—Mucho, muy bueno, un sol —la tranquilicé—. Esta sopa te ha quedado de muerte.

—Te serviré otro plato. Te quiere mucho.

—Muchísimo, demasiado —convine, rezando para que mi madre no notase el matiz.

—Lástima que sea extranjero.

—Mamá, por favor...

¿Xenofobia a estas alturas? ¿Y viniendo de mi madre, el ser más misericordioso del universo? No.

—Eso sí —me clavó dos ojos como dos saetas—. No pensarás casarte ¿a que no?

Pilar se deslizó en mi despacho como el puto fantasma de la ópera, a darme un susto de muerte que podía haber emborronado de tinta china todos mis dibujos. Su voz me llegó por la espalda.

—Buenas, señorita, estás muy callada.

—Concentración, Pilar, se llama concentración. Y lo que acabas de provocarme, se llama amago de infarto —añadí para que se sintiese un poquitín culpable.

—¿Qué tal todo? —preguntó ignorando mi acusación.

—Marchando, mira lo bonito que me ha quedado este castillete; y ayer vi levantar el esqueleto de una de las torres Targaryen. Más esbelta que la Miranda Kerr.

—No me refería al proyecto, que va viento en popa a toda vela. Me preguntaba por ti, por tu vida personal, por el indeseable Alberto —lancé una mirada inquisitiva—, no habrá vuelto a molestarte...

—Eso es pasado, finiquito enterrado. —Y volví a posar mi atención en los planos. Pero Pilar no ahuecaba el ala. Por lo visto tenía ganitas de cotilleo.

—Y ese chico nuevo con el que sales... Oberon... —frunció el morro—
¿Qué...?

—¿Qué de qué?

—¿Va en serio la cosa?

Me tomé mi tiempo antes de contestar. Lo cierto es que solía ponerme el anillo de compromiso cuando Max estaba en España y hacía lo imposible por olvidar calzármelo, cuando volvía a sus tierras isleñas. Así me ahorra preguntas malintencionadas de la gente e interminables cuestionarios acerca de una boda que todavía ignoraba si se produciría.

—Es tan dulce... —dejé caer bucólica.

—Es que apenas lo nombras, casi no hablas de ello, con Alberto...

—Con Alberto me pasaba las noches en vela y los fines de semana borracha. Llegaba tarde y con ojeras y tú te encabronabas. Con Max todo fluye en una plácida quietud, cumplo mis horarios, estoy siempre lista y despejada y tú deberías estar dando saltos de contento en lugar de interrogarme —escupí ligeramente malhumorada.

—¿No se te hace raro vivir en países distintos? —Relegando mi alterado ánimo, Pilar arrastró una silla y se me sentó justo enfrente.

—Pues no, mira por dónde. Viene casi una semana sí y otra no. Estar sola me permite dedicarme a mis cosas, mis amigas, mis rutinas de belleza, hasta a aburrirme un poquito. ¡Por Dios, Pilar! Si tengo los armarios ordenados como nunca.

—¿Y no te incomoda el tiempo que pasa solo...? Quiero decir teniendo en cuenta lo calentonas que son las inglesas...

Suspiré. Pilar estaba, no solo pesada, qué va. Estaba mosca cojonera, Pepito Grillo total, dispuesta a soliviantarme con tanta indiscreción.

—A las inglesas ya las conocía antes de conocerme a mí, si hubiese querido algo con alguna, no sería mío —asegué con la firme convicción de quien sabe que lo que le pertenece nadie se lo arrebatará—. Cuando está allí, me consta que no tiene ocasión para escarceos, pasa en la oficina más horas que el reloj de la pared. Así y todo, lo que tenga que pasar, pasará —sonreí tratando de pasar por afable.

Pilar meneó la cabeza.

—Muy tranquila te veo yo. O no te conozco, o tú no estás enamorada. —Y se quedó tan pancha.

Le sostuve una mirada iracunda que pasó a colérica y luego a simple irritación floja. Conté hasta diez para no mandarla a la mierda, más que nada porque compartíamos negocio, espacio y proyecto. Además y por encima de lo anterior, doña Reglas era mi amiga. Pero hay límites que incluso las amigas

deben respetar.

—Mira Pilar... No sé si lo haces porque me quieres y te desvelas, o por simple aburrimiento, pero deja de meterte en mi vida. Mis novios no tienen que gustarte a ti, es una pesadez oírte quejas continuas, un rebuzno detrás de otro, acerca de mis relaciones. Déjalas estar —alcé ligeramente la voz, agradeciendo mi continencia, porque lo que me nacía era un buen chillido de bruja.

—Es que...

—Es que nada. ¿Tú desde cuándo no echas un buen polvo, guapa? Creo que voy a copiarte la estrategia y a enloquecerte con mis reproches. Sabrás lo que es el peso de la espada de Damocles sobre la cabeza. Las tuberías, nena, las tuberías se estancan... y no me cuentes otra vez lo de la mala experiencia, que malas experiencias hemos tenido todas. La tuya con tu marido no fue nada especial.

—Ex marido —me corrigió.

—Pues eso. Que me dejes en paz o te atosigaré hasta que me jures que has llamado a un *boy* de esos que se anuncian en la sección de relax de los periódicos, con el fin de que te resetee.

—Mira que llegas a ser burra —dijo con retraimiento. Pero dio resultado, porque retiró la silla dispuesta a irse. Yo por mi parte, cambié mi gesto de vinagre por una sonrisa forzada que me provocó un calambre.

Qué vergonzosa mi ingratitud; probablemente era verdad como el texto de las Sagradas Escrituras, que a Pilar únicamente la movía el cariño. Metomentodo. A los pocos minutos, le pegué un grito de despacho a despacho, de esos que a ella no le gustan.

—¡Me llama Max! ¡Te lo comunico por las vías formales, por si quieres ponerte al aparato y practicarle un interrogatorio de los tuyos, en tercer grado!

Sólo me llegó el porrazo de su puerta al cerrarse.

28. Entre Sierras

Y Nevadas

En Maxwell encontré el perfecto compañero, entre otras cosas, para la práctica de deportes de invierno. Esquiaba de maravilla y cargaba caballeramente con los equipos. Lo dicho, el compañero ideal con mayúsculas. Pagaba los mejores hoteles y siempre, siempre estaba de buen humor. Eso sí, un poco chulo y vacilón mostrando sus dotes de esquiador consumado, pero con todo lo demás que traía en el envoltorio, el pequeño detalle de soberbia se lo pasábamos por alto.

Ese fin de semana confluía con un lunes, fiesta local y nos permitió hacer planes de mayor contenido. Incluso Max vio con buenos ojos que invitase a mi prima lejana, Olga y a su novio. Los dos practicaban esquí desde hacía mucho, él es montañero consumado, soportaban estoicamente el frío y me avisaron que vendrían a pasar el puente en nuestra compañía. Les alegró saber que trasladábamos la residencia a Sierra Nevada, la fantástica estación de esquí de Granada, plena de sol y sin una nube incordiante, el sueño de todo esquiador que se precie. Como guinda del pastel, mi Max, se empeñó en pagar las habitaciones de todos.

—Bueno, bueno, mi primita prometida con un millonario extranjero... — cacareó Olga. A ella sí me había confiado, pero claro, me arrepentí nada más pronunciar la última frase, porque habla más de la cuenta y no siempre piensa lo que dice—. Es el destino que todos esperábamos para ti cuando trabajabas como modelo. El sorpresón fue que te retirases para estudiar. En fin, lo que está escrito, acaba ocurriendo, queramos o no...

Olga, es una firme seguidora del “Secreto” y del destino escrito en las estrellas, en piedra o en teselas de barro. Cualquier cosa le sirve. Y si no, ella se encarga de darle la vuelta y adecantarla para que encaje en sus pronósticos.

Su novio era profesor de educación física en un instituto y siempre llevaba puesta una sonrisa de fábula, a pesar de su calva reluciente, redonda como una loncha de mortadela. Disponía de una innata capacidad de charla que unida a la de Olga, me hacían reír sin parar. Chapurreaban inglés en un nivel aceptable (considerando que el noventa por ciento de mis conocidos no eran capaces de comunicarse con Max de un modo fluido), pero el entusiasmo

de nuestras bromas nos empujaba a veces a graznar en un atropellado español. Noté que a Max, raro en él, se le avinagraba el gesto.

—¡No entiendo lo que decís! —Al salir del comedor en la cena del sábado, me tomó del brazo y me zarandé. Parecía realmente angustiado, como si afrontase una cuestión de vida o muerte— ¡Necesito que me traduzcas!

Miré despacio y vi un pánico desconocido bailando en sus pupilas. ¿Miedo a sentirse excluido? No se trataba de un grupo de amigos, solo mi prima y su casi marido. En fin, suspiré. Si era eso, se trataba de un miedo compulsivo y atroz que lo desquiciaba.

—No te preocupes. Te traduciré todo el tiempo. —Un beso fugaz en los labios lo calmó cual tortilla de Valium. Mano de santo, oye.

Mi promesa convirtió el domingo en un día agotador que si me lo llego a oler... Me la pasé sin conversación propia, traduciendo palabra por palabra, frases con las que Max se aseguraba una posición protagonista en la reunión. Bamboleando la cabeza como un partido de tenis, saltando del inglés al español y viceversa, con la agilidad de un gamo. El resultado final fue una migraña de campeonato y no conseguir articular ni una sola letra de mi cosecha. Ejercer de leal traductora me sirvió para detectar dos aspectos en los que el día anterior no había reparado. El tono suntuoso que usaba Max al hablar, rezumaba un ligero desdén hacia Olga y en mayor medida contra su novio, Pal. Además, no se esforzaba en caerle simpático a nadie, mantenía una discreta conversación superficial, lo mínimo para no resultar grosero. Citó el dichoso encargo del Audi A8, un total de seis veces. Mi mente calenturienta empezó a atar cabos y la rabia se me acumuló a nivel del píloro.

Después de la cena, tuvimos unas palabras.

—Ahora te veo contento —subrayé con retintín, esperando a ver su reacción. Sonrisa flamante.

—Sí, claro que sí. Estamos disfrutando de unas inolvidables jornadas en la nieve...

—No. Voy más allá —lo corregí ácida—. Ahora me tienes cien por cien pendiente de ti, atada, traduciendo tus palabras como si fuera tu secretaria.

—Es tu deber, querida, tienes que ayudarme a integrarme con tus amigos. —No se me escapó el deje sarcástico de su declaración, lo cual, me enojó muchísimo más.

—Ahí está el quid de la cuestión Max, no te integras. No haces el menor intento. No. Te. Integras —puntalicé saliéndome de mis casillas, normalmente estrechas.

—Eso debe ser una apreciación tuya... —rechazó con un ademán al que inmediatamente, cogí manía.

—Eso es una verdad como un templo. ¿Y te digo otra? Estás insanamente acostumbrado a tenerme para ti, salir solos, viajar solos, vivir solos. En las contadísimas ocasiones que hemos socializado —me llevé las manos a la frente descubriendo aterrada la verdad— ... hasta este momento no había caído, pero... tú te enfureces y... y acabas montando un numerito.

—No sé de qué me hablas —dijo sirviéndose té con una flema repulsiva.

—¡Oh, sí! ¡Sabes muy bien de lo que hablo! —Lo apunté con un dedo acusador, manteniendo las distancias porque me habría encantado metérselo en el ojo—. ¿Recuerdas Madrid? Ese esperado viaje en grupo en el que tenía puestas tantas expectativas... diste la nota a base de bien, negándote a comunicarte con nadie porque no hablaban inglés.

—Hice bien —se apuntaló—. Deberían manejar el idioma universal.

—Desde luego que deberían, pero estamos en España, así que no están obligados. Tú sí deberías tratar de ser amable y esforzarte un poquito, llevas viniendo a Andalucía cuatro años y no sabes decir ni tu nombre. Es peor que eso, te niegas a decir tu nombre. —Mi enfado crecía y crecía y ya los nervios no me permitían estar sentada.

—Era un grupo pequeño —se justificó con evidente desprecio.

—¡Éramos veintiséis! ¡Veintiséis almas violentadas porque no sabían cómo tratarte! Teníamos reserva en el hotel, habitaciones idénticas, las había reservado Margarita y nada más llegar, tú cambias la nuestra por una suite de súper lujo.

—Mucho más cómoda, no te quejes.

—¡Fue un desprecio! Y además nos pusiste en evidencia. Max, no estás con ninguna presuntuosa, no me gustan esos juegos. Y para colmo... cuando dijeron de ir de cañas y tapeo... ¡te negaste a comer! ¡Se mataron por ofrecerte de todo, de todo, y no consentiste siquiera beberte una cerveza! Todo porque tu idea era cogerme a mí a solas y marcharnos a un restaurante donde pudieras ponerte como un cerdo comiendo churrascos. —Se me habían saltado las lágrimas. Berrinche en grado óptimo.

Desde la esquina del dormitorio, Max me evaluaba con gravedad.

—Veo que tenías tus resentimientos muy bien guardados, bajo muchas llaves.

—Da gracias a Dios que han salido, aunque sea a trompicones, y podemos aclararlo. No te pertenezco Max, soy un ser más que sociable por

naturaleza y desde luego, no permito que trates mal a la gente. Y mis amigos son los primeros de la lista del “no”.

No me contestó. Ni patata frita. Se levantó parsimonioso, agarró su anorak de plumas modelo “muñeco Michelin”, su gorro con la ridícula bola de lana rosa en la coronilla y salió de la habitación como alma que lleva el diablo. Yo me quedé de pie mirando el lugar por donde había desaparecido, con el corazón en la garganta y los puños apretados. No fue hasta que lo verbalicé, que todas aquellas marranadas salieron a la luz. Maxwell no soportaba la competencia y no hablo de otros hombres. No. Verme disfrutar con un triste café en compañía de otro ser humano que no fuese él, lo ponía frenético, lo volvía un vampiro.

No me agradaba eso. Y si se lo hubiese contado a mi madre le habría gustado menos. Pilar me habría aconsejado huir y Margarita diría que si seguía pagándome bolsos de marcas, esperase unos meses, a ver si cambiaba.

Dieron las doce y media. La una. Me metí en la cama muerta de cansancio. Reñir me deja exhausta. Cerraba los ojos para no abrirlos hasta que el estómago pidiera su ración de huevos revueltos, cuando berreó mi móvil. Miré la hora. Las dos y media de la madrugada y era Olga quien llamaba.

—Victoria —enseguida la noté preocupada y eso que Olga suele echárselo todo a la chepa—, nos ha llamado Max...

—¿Qué os... para qué? —No terminaba de desperezarme, pero a duras penas, eso lo entendí.

—¡Ay nena! ¡Nos ha dejado tan intranquilos...! ¿Os habéis peleado?

—Algo así... Bueno no, hemos aclarado cosas necesarias. Se mosqueó y se fue... — bostecé sonoramente—. Ya sabes, a los tíos no les gustan las verdades...

—Es que su llamada era muy rara... ha hablado también con Pal... decía algo así como que sin ti no tenía sentido vivir, que estaba en la montaña, que no pensaba volver...

—En la montaña —repetí como una autómatas.

—Sí, no creo que haya llegado a las pistas, pero a través del teléfono se oía soplar el viento y la nieve crujir bajo sus pies, no cabe duda de que estaba en el exterior... ¡Victoria!

—¿Qué? —¿Qué esperaban de mí? Intentaba poner en orden mis ideas. Pal enganchó el teléfono, preso de un ataque de frenesí.

—Victoria, este hombre no puede pasar la noche en la intemperie, sé lo que es la montaña, puede que él no lo sepa pero yo con el ejército... Bueno,

que se pueden llegar fácilmente a los veinte grados bajo cero y que... voy a llamar a la policía.

—¿Crees que es necesario? Pal, solo estaba un poco enfadado, se dará una vuelta y volverá, no te preocupes. —La verdad, no me imaginaba a mi pacífico gordito acometiendo ninguna heroicidad.

—¿No te has dado cuenta de la hora que es? Las dos y media y ya nos ha llamado cinco veces.

—¿Cinco veces? Pensé que era la única..

—No hemos querido molestarte, pensamos lo mismo que tú, que se le pasaría, pero yo lo noto muy trastornado.

—Y yo, y yo, balbuceaba incoherencias —chilló Olga abriéndose paso hacia el auricular.

—¿Tú sabes si empina el codo? —investigó Pal con tono sombrío.

—Que va, solo vino con las comidas. Whisky y esas cosas, ni probarlas.

—Yo sigo pensando que lo más prudente es avisar a la policía y que lo busquen — interrumpió mi prima que había vuelto a robarle a su novio el auricular.

—Me parece un poco exagerado... —musité sin parar de darle a la neurona. Yo sabía cosas que ellos ignoraban. Pero igualmente, sin comerlo ni beberlo, se estaban pegando un sofoco del copón.

—Vamos a llamarlo de nuevo y según responda... —Me colgaron sin más. Podía imaginarlos, temblorosos y acongojados, pasándose el teléfono de uno a otro como una patata caliente.

Me dejé caer sobre la cama, perpleja y helada. ¿Por qué razón Max no había comunicado conmigo? Nuestra enemistad no era para tanto, no nos habíamos retirado la palabra ni nada, había algo más. Su intención de implicar a Olga y Pal era clara pero, ¿con qué objeto? ¿Lastimarme más? ¿Impedir que pegásemos ojo? Porque si él había resuelto suicidarse exponiéndose a la congelación, no dormiría, puede que tampoco quisiera que durmiésemos el resto de la humanidad. Cabrón. Telefoneando a Olga mataba dos pájaros de un tiro: los despertaba, los tenía en jaque y se aseguraba que ellos me llamarían a mí. Todos despiertos y cagándonos en la madre que lo parió. ¡La Virgen, qué estrés!

Sonó el teléfono y me sobresaltó. Me abalancé a aferrarlo antes de que saliera dando botes. Era Olga.

—¡Ay, Victoria, ay! Este hombre ha perdido el juicio... Dice que vas a dejarlo, que no quiere vivir... Pal asegura que cometerá una tontería. Vamos a

llamar a la policía, o a los bomberos, ya lo hemos decidido —repitió con contundencia.

—Dejadlo tranquilo. No es ningún niño, ronda los treinta y dos y ya me ha cabreado bastante. —Diría que mi intransigencia tomó a mi prima por sorpresa—. Nada de llamar a la policía.

—Pero Vic...

—¡Que no vamos a seguirle el juego, leñe! —insistí pertinaz. Era mi instinto, lo juro, solo mi instinto el que me guiaba.

Pal le arrancó a Olga el teléfono de las manos.

—Victoria, yo me siento personalmente responsable... —porfió.

—No veo por qué —espeté.

—Porque... —Se quedó meditando— Debe ser porque soy un hombre, los hombres pensamos así... —expuso no muy convencido.

—Pues menuda gilipollez —rugí. Cada minuto que pasaba veía más clara la treta de Max y hervía en indignación. Ninguno de los tres nos merecíamos la nochecita que estábamos pasando por obra y gracia de mi inglés trastornado, podía escuchar a Olga sollozando y Pal se mostraba realmente preocupado. Solo yo conservaba la frialdad y la cordura, pero era porque sabía atar los cabos de su temperamento con el contenido de nuestra discusión—. Mira, he tratado de llamarlo, muchas veces y se niega a descolgar. Sin embargo con vosotros sí se comunica. Está claro que quiere volverme loca usándoos, y no se lo permitiré. Es más, nada de patrullas de búsqueda nocturna. Desconecta el móvil y a la cama. Cuando tenga frío, buscará techo.

—No me puedo creer que no estés alarmada... —se escandalizó Olga interrumpiendo el llanto por un segundo. Lo justo y necesario para reprocharme mi insensibilidad.

—No es eso, Olga... es que toda esta parodia... —suspiré— me suena a teatro y a chantaje emocional barato. Y por ahí no paso.

Bisbisearon entre ellos.

—Puede que tengas razón —concedió, sorbiendo una ensalada de mocos—. Pero Pal sigue asustado por el destino de ese pobre chico. —“*De ese pobre imbécil*” diría yo. ¿A quién se le ocurre?—. Lo está pasando fatal —me susurró en un cuchicheo nervioso.

—Hazme caso, Olga, conozco a Max y se cuida bien solito. Apagad el teléfono y echaros a dormir. —Consulté mi reloj de pulsera—. Por los clavos de Cristo, son las cinco y media de la madrugada. Mañana me quedaré dormida en el telesilla. Que suba y que baje todas las veces que quiera, no

pienso apearne.

Mi ingenua broma distendió el ambiente lo bastante como para que Olga prometiese que tratarían de dormir, pero con Pal dando vueltas por la habitación como un león enjaulado, difícil lo tenía la pobre. Yo me cubrí con el edredón, me cagué en la sota de bastos unas cuantas docenas de veces y me entregué a Morfeo. Mañana sería otro día. Creo que lo que me rindió, nada tenía que ver con el sueño, más bien con el agotamiento extremo.

29. Se Desvela El Misterio

Amaneció, que no es poco, sin noticias de Max. Yo, en la máxima expresión de la crueldad sin par, también había desconectado el móvil y logré conciliar un sueño inquieto de unas tres horas. Nada, yo sin ocho rigurosas, no soy persona. Así y todo, me vestí y acudí al desayuno donde aguardaban Pal y Olga impacientes como infantes en noche de Reyes.

—¿Se sabe algo? —Tenían (corrijo, teníamos) unos espantosos ojos inflamados y rojos, dignos de la mejor plañidera profesional. Negué con la cabeza sin fuerzas para sacar voz del cuerpo y me serví tres tazas de café solo.

—No he pagado ojo, te puedes figurar —me confió mi prima horrorizada.

—Si se hubiera muerto ya lo sabríamos —vomité con apatía. Los dos me miraron como si por primera vez se percatasen de que era la novia de Frankenstein y no yo, quien se deslizaba sobre la nieve a su verita.

Fue tal el mazazo emocional que se llevaron con mi actitud, que el desayuno transcurrió en absoluto mutismo. Gracias a Dios. Cero explicaciones, cero menciones a Maxwell, cero preguntas acerca de qué haríamos o diríamos cuando lo viésemos aparecer o nos comunicasen oficialmente su defunción. Sacamos fuerzas de flaqueza y nos marchamos a esquiar. Más que nada, porque el Forfait estaba pagado y era caro de cojones. Además dicen que el ejercicio es bueno para quemar adrenalina y de eso me sobra, rebosaba a borbotones a punto de ahogarme. El susodicho se mantuvo desaparecido todo el día.

A la hora de marcharnos, regresamos cabizbajos y consumidos al hotel. Pedí la cuenta en recepción. Mierda. Max se había comprometido a invitar a Pal y a Olga y por ende, seleccionó el hotel más pijo y caro de toda la estación de esquí. Ahora que se había perdido en el monte, yo tuve que apechugar con la factura. Pal trato de imponerse, pero a mí me constaba su precaria situación económica. Nosotros los habíamos metido en aquel fregado y yo, en concreto, los sacaría.

Me aproximé discreta al chico del mostrador, facilitándole el número de las dos habitaciones.

—¿Le cargo también la quinientos ocho? —me preguntó.

—¿Disculpe? Esa no es nuestra.

—Está reservada a nombre de —consultó la pantalla de su ordenador—

Maxwell Oberon, al igual que las otras dos.

—Perdone que le pregunte ¿cuándo se hizo esa reserva?

—Ayer por la tarde... a eso de las ocho. —Y me sonrió de oreja a oreja. Pobretico, inocente.

El fuego me subió a borbotones desde las tripas a la campanilla de la garganta. Mi novio era un imbécil redomado.

—Bueno, pues esa no, la abonará el señor Oberon directamente, pero las otras dos las pago yo.

—De acuerdo. —Se encogió de un hombro—. Recuérdeme al señor Oberon que tengo su pasaporte conmigo.

—Se lo diré, faltaría más —me comprometí entre dientes.

No podía con mi furia. Pal y Olga no se coscaron, menos mal, pero casi fue peor no tener nadie con quien compartir mi cólera. Aquello era peor que cuando sorbía sopa entre mis piernas, aquello era intolerable, inadmisible e imperdonable. Una putada en toda regla, confirmé mirando por última vez los ojos vidriosos de mi prima y su desdichado novio, que seguía atormentándose con si no estaríamos abandonando a Max a menos veinte grados, en una nevera al aire libre.

Me despedí de ellos y conduje como una posesa, engarfiada al volante. ¡Hijo de puta! ¡Lo tenía todo planeado! ¿Cómo se puede ser tan cerdo? ¡A las ocho de la tarde ni siquiera habíamos discutido! Tramó montar este teatrillo patético mucho antes de que yo le ofreciera un pretexto para ofenderse. Eso se llama premeditación, crueldad y alevosía, en mi pueblo y en las islas británicas. ¿Qué tal endiñarle con un esquí directamente en los dientes? Maltratador psicológico de pacotilla.

Pues conmigo las llevaba claras.

No me sorprendió encontrarlo en casa, en MI casa, con cara de perrillo faldero descarriado, preparando té para amenizar mi regreso. Lo miré con una dureza inusitada en mí, que soy más blanda que un tarro de natillas, y sin hablar. Acepté en silencio la taza de té que me tendía y lo vi sonreír con timidez.

Acto seguido, arrojé el té despacito por el fregadero. La sonrisa incipiente se congeló en su cara.

—Y ahora, márchate. Sal de mi casa.

—Pero...

—No hay peros que valgan, no pienso malgastar ni un minuto de mi tiempo discutiendo contigo. —Mantuve la taza vacía en mi mano no fuera a

necesitarla como arma de destrucción masiva.

—Estaba muy triste, no podía quedarme a dormir, teniéndote allí al lado, sabiendo que me odiabas. —Premio al victimismo, sí señor.

Lo escuché impertérrita. Sabía que él mismo cavaría su tumba con solo dejarlo hablar.

—Por supuesto, no podías. Y solo se te ocurre simular que te perdías en plena sierra y darnos a todos la noche —le recordé con dolorosa sinceridad.

—¡No era simulación! —Se llevó las manos dramáticamente al pecho— Anduve y anduve durante horas, hasta que dejé de sentir los pies... —Hundió la mirada en el suelo y luego me devolvió unos ojos apagados, muertos. Gimió ahogadamente—. Yo quería morirme, desaparecer.

—Dando por el culo a mis primos hasta las cinco de la madrugada, en vez de darme la lata directamente a mí.

—No querías hablar conmigo.

—No digas estupideces, te estuve llamando y no contestaste, pero a ellos bien que los atosigaste.

—No he pasado más frío en mi vida —sollozó—. Pasé la noche en la calle, por...

Hasta ahí podíamos llegar.

—¡Y una mierda! ¡Max, mentiroso, farsante! ¡Dormiste como un rey en la quinientos ocho! —Se quedó de piedra. Seguramente no contaba con que yo dispusiera de esa información privilegiada.

—Bueno, sí, finalmente el viento era tan peligroso que tuve que regresar al hotel.

—Deja de inventar, por favor. —Me retiré asqueada por su proximidad—. Reservaste la habitación a las ocho de la tarde. Eres un perturbado, Max, no te quiero a mi lado. —Lo miré con crudeza—. He dicho que te marches.

—¡Lo hice por amor! ¿No lo entiendes? ¡Porque te quiero! ¡Nadie te ha querido jamás como yo! —aulló.

—Cosa que agradezco en el alma —repliqué cortante—. Mira, te ganaste mi admiración, ahora te has franqueado mi repugnancia y mi rechazo. Lo siento, no quiero personas como tú en mi vida.

Se puso a llorar. Lo que faltaba. La cara colorada como una remolacha y los lagrimones gordos como puños, rodando por sus mejillas. No me aplaqué. Creo que quiso disculparse y pedir perdón hasta en tibetano, pero por desgracia, no se le daban bien las lenguas exóticas. Además era TARDE.

—Max, que salgas de mi casa, ahora. —Y sonó como quería que sonase:

como una orden.

TIPEJOLOGÍA III:

El inmaduro narcisista: “no me beso porque no me alcanzo”

30. ¡Continuamos

Para Bingo!

El inglés de los cojones salió de mi apartamento arrastrando los pies y llorando como una Magdalena. Debo reconocer que me compungí un tanto al verlo marchar. Pero era decepción sobre todo, lo que sentía. Me asfixiaba la sensación de ser tan boba, que cualquiera fuese capaz de manipularme en nombre de los afectos. ¿Cómo es que no me daba cuenta de las cosas hasta que las tenía encima? Me perdía mi corazón samaritano, yo más que enamorarme, me apiadaba. ¿Cómo podía endurecerme, convertirme en un iceberg irrompible e inescalable? Dedicué unos días a meditar cuál había sido el motor de mi relación con Max, mientras veía sonar mi teléfono hasta agotar la batería, con el prefijo de Londres.

Nunca contesté.

Pasadas unas semanas, dejó de molestarme y yo colgué su foto en el tablón de “Tipejologías”, lo cual equivalía a zanjar definitivamente el episodio y su presencia en mi ciclo vital. Por supuesto, ya no exponía el tablón en mi despacho de casa, podía herir la sensibilidad de cualquier macho (o aspirante a) que visitara mi nidito. Dormía el sueño de los justos en un baúl, sobreviviente y en perfecto estado de salud. Recé para no tener que acumular más tipejos. Pobre de mí, qué equivocada estaba.

Telefoneé a mi prima Olga y me despaché a base de bien. Ella atendió sin interrumpir, el tiempo que hizo falta. Yo me sentía avergonzada por tantas cosas... Al final sólo dijo.

—Pues chica, qué alivio. Se lo voy a contar a Pal, seguro que se alegra.

Luego confesaría que esa noche, los dos salieron a celebrar lo que me había quitado de encima. ¡Joder! Me aprecian más de lo que yo creía.

Cierto resulta, tan cierto como que el pan con salchichón se te coloca en las cartucheras, que a partir de una cierta edad la gente ya no disfruta celebrando los cumpleaños. Lo que hasta los quince era una fiesta y un paso más para hacer lo que te sale del morro y llegar tarde a casa, borracho a poder ser, a los veinte es un suplicio porque no hay pelás para pagar las copas de tanto amigo gorrón que se apunta al festejo y, a partir de ahí, se convierte en un

sufrimiento. Hacemos lo posible por pasar desapercibidos; algunos se van de la ciudad en esa fecha criminal, otros, caen enfermos súbitamente (los cólicos y las jaquecas siempre dan buenos resultados). Otros simplemente inventan una historia macabra para justificar la cara de mala leche que se les pone cuando los felicitan y los más, hacen como si no se acordasen. ¡Qué coño! ¿Quién iba a querer celebrar que lleva un tocho más de almanaque sobre el costillar, que andas doce meses más cerca de las arrugas, la flaccidez y la barriga cervecera y que la menopausia acecha a la vuelta de cualquier esquina? ¡Jodidos cumpleaños!

Muertos los cumpleaños, sólo nos quedan dos celebraciones de mérito. No sé si hace falta recordar que ya no estamos en edad de comuniones: las bodas y los funerales. Afortunadamente, aquella mañana no me avisaron para lo segundo. Hubiera sido de mal gusto, teniendo en cuenta lo eufórica que estaba después de que los clientes aplaudiesen mi diseño del hotel “Fuego Valirio”. Era Juana quien llamaba.

—Se casa mi prima Isabel. ¿Te acuerdas de ella?

—Por supuesto.

Todos nos acordábamos de la prima cordobesa de Juana. De larga y espesa melena oscura, ojos chispeantes y culo de brasileña. Expresiva y graciosa, un primor de chica. Y su novio, un desperdicio como modelo, todo porque se le había ocurrido trabajar en un banco en lugar de liarse con Lady Gaga y hacerse famoso. Con esa percha, hubiera llegado donde quisiera. Una pareja formidable, en serio, donde las haya.

—Pues estamos todas invitadas —prosiguió Juana con entusiasmo—. Lo pasaremos teta. Además hay alguien que quiero presentarte.

Ya estábamos... La cantinela de siempre.

—Juana, te agradezco el interés, pero hasta no hace mucho andaba enredada en una relación a distancia que ni siquiera sé si quería...

—Por eso mismo, por eso. Conocer gente te aclarará las ideas. Es sólo para que le des a la pestaña, con Hugo no hay nada que hacer, es un *hijofruta destrozabragas*. Pero para que te entrenes...

—A veces me pregunto... Bueno, no a veces, casi todos los días y a todas horas en realidad... por qué demonios no os buscáis un novio vosotras y me dejáis vivir en paz —farfullé, agradeciendo en el fondo el interés de mis amigas adoradas, por no verme sola.

—Eres el buque insignia de la pandilla, nena. Si estás pillada, las demás tenemos alguna oportunidad. De lo contrario, salir en tu compañía es salir *pa*

ná. Te los llevas de calle y las demás nos quedamos a verlas venir —remató Juana en son de queja.

—Vete a la mierda, Juana. Ya decía yo. Y conste que has estado en un tris de entermecerme, cabrona...

—Ya verás qué bueno está Hugo, nena, un monumento, lo que yo te diga. Eso sí, no hay quien lo pille. Si alguien puede, esa tienes que ser tú. ¡Isabel y yo hemos hecho una porra!

—¡Qué felicidad ser motivo de coña para tanta gente! —rezongué sin llegar a ofenderme de verdad.

Pero quiso el Señor que yo no asistiera a esa boda: una bronquitis cabrona que no tenía dónde meterse, decidió, después de dar muchas vueltas, hacerme una visita y me postró en cama, malita como una perra, un total de ¡doce días!

—¡Me muero, me muerooo! Ha llegado mi hora —le decía a mi madre, que se trasladó desde Málaga expresamente para cuidarme.

Hasta el médico pasó por casa de visita y reconocimiento. No podía moverme y una fiebre galopante de esas que fluctúan entre cuarenta y cuarenta y dos, me hacía ver enanos cabezones pintados por todas las paredes de mi cuarto. Manejé la certeza de que si alguno se colgaba de la lámpara, acabaría viniéndose encima.

Juana pasó por casa a despedirse y a traerme las seis temporadas de “Sexo en Nueva York”, camino de Córdoba.

—¿Cuántos años esperas que esté enferma? —pregunté viendo tanto DVD junto.

—Mujer, para que tengas con qué entretenerte —se disculpó—. Vaya mala cara... Estás como gris...

—Pero sin el cómo, ya lo sé. Mi madre se encarga de recordármelo a diario —acepté mirando para otro lado. Mi hermosa melena empapada y aplastada. Y aquella penca se me iba de jolgorio. Todas se iban. Sin mí.

—Qué pena que no vas a conocer a Hugo. Bueno, en otra ocasión será, a fin de cuentas vive en Málaga y la porra con mi prima sigue en pie.

Conseguí reunir la suficiente energía para arrojarle un cojín a la cabeza, que recogió con insultante facilidad. Lo que es la salud, oye.

—Te vengo a ver en cuanto regrese y te traigo las fotos. Besitos, nena, mejórate.

No fue cierto. Me llamaron por el camino de ida, antes y durante la ceremonia gritando lo mucho que me echaban de menos y en el trayecto de

vuelta. ¡Son más majas!

A la vuelta...

—Mira, este de aquí, el alto del traje gris, es Hugo —indicó Juana mostrándome la instantánea. Yo seguía encamada.

—¿El de gris marengo o el de gris perla? —pregunté yo un poco extraviada. Juana se alteró con la precisión. Ella es así, muy dejada para sus cosas.

—¡Huy qué tiquismiquis! Gris, gris es gris ¿no?

Suspiré reuniendo paciencia.

—Gris claro o gris oscuro ¿cuál de los dos jodidos grises es el puto Hugo?

—Este. —Señaló con el dedo. ¡Tramposa, eso era pillar el camino más corto!

—¿Este? ¿Este es el Don Juan del que todo el mundo habla? —Mi cara debió decirlo todo, porque Juana me miró como si hubiera blasfemado.

—Está buenísimo...

—Pues a mí me parece... Mmm.. pasable, pero nada para tirar cohetes —afirmé rotunda.

—¡Anda ya! A Otilia le flipó.

—Pobre Otilia. Con lo sensible que es, sólo le falta meterse a bordar punto de cruz con un tipejo semejante.

—¿Ya lo has elevado a categoría de tipejo? —se dolió Juana. No en vano, Hugo era “obra suya”.

—Da gracias a que no le sigue el adjetivo “inmundo”, porque soy generosa y sensata y no quiero juzgarlo y condenarlo antes de conocerlo, pero... fijate, Juana, no hay más que verlo.

A simple vista: sonrisa picarona, sexi y descuidada barba de dos días, ojos color miel, abundante cabello ondulado y considerable altura comparado con el resto de los participantes en la foto. Para más inri, doctor. Médico de urgencias del servicio 061. ¡Tócate los huevos!

—Se ha debido follar a medio hospital —dejé caer con cautela.

—Te quedas muy, pero que muy corta —me sorprendió Juana sin apartar los ojos de la foto.

—¿No me digas que tú...? —me escandalicé.

—Que va. Hugo no se fija en chicas como yo. Además, es íntimo del novio, ya marido, de mi prima y es tremendamente respetuoso con esas cosas. Jamás intentaría nada con ninguna conocida si no va en serio...

—Claro y como lo de ir en serio es algo que ni conoce ni quiere conocer... Uff, menudo espécimen.

—Pero has dado en el clavo, Victoria. Ha caído hasta la sirena de la ambulancia.

No era, desde luego, una perspectiva halagüeña, pero nos hizo reír a carcajadas. Bien por mí, eso solo podía significar una cosa, que me reponía y volvía al ataque.

Curioso. Pilar no me sometió a un exhaustivo cuarto grado de los suyos a raíz del abrupto final con Max.

Maxwell despachado y sin preguntas. Ole yo.

Para compensar el vacío, Otilia, Paula, Natalia y Juana, le cortaron un traje a medida. Lo pusieron verde pistacho hasta que se me atragantó el café con bollo mediterráneo.

—Era guapo —recitó Otilia romántica, en su línea. Paula la miró con odio incontinente.

—Era una bola de sebo —escupió rasposa.

—Era demasiado cursi. Demasiado educado, demasiado... ¿tranquilote? —terció Natalia.

—Yo no quiero a mi lado un tío que me pida permiso para morderme una teta —bufó Paula meneando el cola cao—. Tanto pijismo, para qué, a ver dime tú.

—No pegabais ni con cola, agua y aceite, como lo oyes —definió Natalia atacando los donuts—. Tú explosiva y él, él...

—Un muermo —completó Paula que cuando se trata de putear a alguien, enseguida da con el término correcto. Natalia le agradeció el auxilio con una risita.

—Dejad el linchamiento, me transmitía paz —medié sin demasiada esperanza de serenarlas.

—Creo que ese hombre sólo es capaz de transmitir aburrimiento.

Se equivocaban. Yo me había divertido mucho con Max, nos habíamos reído hasta desencajarnos la mandíbula. Tuvimos conexión, apoyo y complemento. No era justo, ellas solo conocían la carcaza en eventos sociales. Y de social, Maxwell tenía poco.

—Es que tú le vas dando oportunidades a cualquiera, hasta al cartero si te la pide, aunque no llame dos veces, alma de cántaro —me amonestó Juana—. A ver cuándo aprendes que vales mucho y que hay tipos a los que no

deberías permitir ni acercarse a mirar.

Paula encantada, recogió el testigo y contraatacó.

—Anda que yo, con tu cara, tu tipazo, tu inteligencia y tu chispa, sería más puta que las gallinas. No sé por qué misterioso capricho del destino, tú has nacido para tener novio formal y encima quererlos y respetarlos hasta que la muerte os separe.

Todas rieron, es que Juana y Paula cuando se juntan, son muy ocurrentes las jodías. Pero sentí una punzada en lo más íntimo del pecho. Se estaban riendo de mí.

—Admitámoslo, te llevó de viaje por todos lados y te compró cosas muy bonitas. —Otilia siempre emperrada en sacar a relucir lo mejor de la gente.

—Ya basta, chicas, no se me arremolinen y sobre todo, no abusen —dije tomándomelo a broma como solía hacer. Tenían cierto derecho, eran mis amigas y cuando alguna de nosotras cortaba con el novio, celebrábamos cónclave de consejos. En esta ocasión lo cancelaron a petición mía, después de asegurarles treinta y tres mil veces que estaba bien, genial, mejor que bien, de puta madre. Así que por lo menos, tenía que permitirles aquel desahogo.

—No os preocupéis que yo ya le tengo buscada la horma de su zapato —anunció Juana radiante, tomándome de un brazo. Le dirigí una mirada rápida —. Hugo.

Leches, parece que lo pronunciaba con letreros fluorescentes y bengalas.

—¿El George Clooney a la española? —se asombró Paula con una pizca de envidia.

—¿De quién habláis? —intervino la cándida Otilia completamente despistada.

—Del médico de urgencias amigo de Juana —aclaró Natalia interesada —. Está como un tren.

—Oye, que he visto las fotos y no me parece nada del otro mundo —me defendí sin mentir.

—Eso es porque no te lo has topado en carne y hueso, chata, te aseguro que marea —adujo Paula, abanicándose jocosamente con la mano.

—No, no, Victoria no miente, creedla. El Dios del Amor no la pone en absoluto. —Juana sonrió con picardía y nos guiñó un ojo—. Pues eso precisamente, es lo que convierte esto en interesante.

31. Arrancamos

A Correr

Primer asalto, quedada para comer. Málaga capital en un restaurante de Nouvell Cuisine, con unas vistas mareantes de la ciudad y la Alcazaba, fortaleza árabe, de los que te enseñan la muestra del plato y te dejan muertecita de hambre. Juana organizó el follón y luego, como el capitán araña, se quedó en tierra. Menos mal que iban Isabel y su marido, y yo llevaba del brazo a Margarita Lores, alegando que éramos pareja de hecho.

También iba Hugo. Maldición. Encerrona asquerosa.

Si pasamos por alto lo escasito de los platos, que los chicos engulleron tres por cabeza de los más caros de la carta y que tuvimos que pagar a escote el exceso y sus cervezas, el almuerzo no estuvo mal. La gente no nos conocía, pero sintieron curiosidad y fueron muy amables. Creo que más de uno pensó que Marga y yo nos entendíamos. El tal Hugo, no me impresionó en persona más de lo que lo había hecho en foto. Tenía algo en su innata chulería que no acababa de gustarme. Me dio un buen repaso nada más llegar y el resto del tiempo jugó a hacerse el indiferente, gastando bromas en voz demasiado alta y sacándose fotos hasta con la Virgen del Telar. Me cansé de verlo pavonearse y desde luego, no quería que por nada del mundo me pillase mirando. Eso sí, no apartaba de mí el rabillo de su ojo aunque disimulara. La gente ignora el ángulo extraordinario de visión que me proporcionan mis ojos rasgados.

Después del almuerzo, dimos un agradable paseo por el parque. Era un precioso día de finales de Febrero, con una primavera impaciente por participar, que asomaba la cabeza de cuando en cuando. Y esa fue una de esas ocasiones. Hugo se pasó el camino hablando, qué digo hablando, “vociferando” por teléfono, para que no quedase duda de que eran las chicas quienes lo perseguían y no al revés y Margarita se me colgó del brazo un poco achispada. Apenas había comido pero se pimpló cuatro cervezas.

—Isabel se empeña en que me líe con Hugo —se confió—, pero me da la impresión de que ni sabe que he venido. Además... mira su estatura y mi uno cincuenta y seis, pareceríamos la “i” y el punto. Más bien el punto invisible. No mola.

—Ni es chico para ti. —Le palmeé la mano consoladora—. En realidad

creo que no es chico para nadie, está enamorado de su puto ombligo.

—Es que está muy bueno —calificó ella mirándolo con ojos brillantes—, fijate qué culo.

—De cuerpo, un nueve. Hasta un nueve y medio le doy, pero de cara no es nada del otro mundo. —Marga pensaría para qué querer cara teniendo aquella percha y lo que escondería en la trastienda, pero a mí me gustan las cosas redonditas, que no desentonen.

—Voy a empezar a olvidarme —resolvió. Y me di cuenta de que no me atendía, la muy perra.

No sé cómo acabamos en un pub propiedad de uno de los chicos, que lo cerró para nuestra juerga y jolgorio personal. Corrió el alcohol por la barra a precio de coste, dos euros por copa y pinchamos la música que nos dio la gana. La recién casada se hizo con los cascos de Dj, dedicando un tema detrás de otro a su reluciente maridito que la miraba desde el tendido, chorreando babas.

Debe de ser que con el efecto de las copas de más, Hugo decidió que ya estaba bien de ignorarlo y que era el momento de atacar. Se deslizó y me rodeó por la espalda como una sombra traicionera. Yo para entonces ya le tenía cierta tirria, pero el alcohol es un Judas y desfigura la percepción. El caso es que soporté su conversación sin salir de estampida. Simuló una inspiración exagerada.

—Mmm.. qué maravilla de perfume.

—Gracias —respondí seca al cumplido.

—Así que te llamas Victoria. —Cabeceé asintiendo mientras me contoneaba al son de Red Hot Chili Peppers—. Así que arquitecto. —Volví a asentir sin preguntarle nada—. Yo médico.

—Qué interesante. —Ya lo sabía, gilipollas.

—¿Vives en Málaga?

—No, en Marbella. Pero soy de aquí —me aligeré a aclarar, no fuese a pensar que era una millonaria fiestera a lo Paris Hilton.

—Toma, te he traído una copa. —Me ofreció un gin-tonic que hacía equilibrios junto al suyo—. Espero no haberme equivocado, creo que es lo que te he visto beber.

Qué observador...

—Has causado una demoledora impresión en los chicos del grupo —comentó fingiendo desinterés.

Miré alrededor; todos tenían pareja y se hacían arrumacos con ellas. O

sea, que era como decirme guapa pero sin enredarse. Tirar la piedra y esconder la mano.

—Es un grupo muy majo —dije por decir algo. Todavía me escocía el haberme comido una ensalada y una botella de agua mineral y que al pagar a escote, me soplaran setenta euros.

—Creo que vamos a comprar una pizzas para todos, yo ya tengo hambre ¿tú no? Con ese almuerzo de juguete que nos han servido... —Se dio la vuelta para anunciar a grandes gritos— ¡Yo me encargo de la colecta, cinco euros por cabeza, vamos a quemar el Tele Pizza de la esquina! —Y se puso a hurgar en el bolsillo de su raído vaquero, que dicho sea de paso, colgaba de maravilla de sus sexis caderas.

No solo iba de guapo por la vida, también de chistoso. Vaya por Dios. Miré alrededor, Margarita parloteaba sin reposo con un grupito que bailaba descosido. Calibré lo a gusto que me sentía. La compañía inmejorable, copas baratas y los mejores temas. No se podía pedir más por menos. Compensaba la clavada que nos había pegado el restaurante y decidí concentrarme solo en disfrutar. Qué difícil nos resulta eso a veces.

Hugo desapareció para hacer de anfitrión entregado. Asumió la recogida y reparto de las pizzas y, recorrió el local entregando pedazos a los calaveras libertinos que las consumieron de un bocado. Se acercó meloso.

—Te he reservado el mejor trozo. Pizza reina, lo que tú te mereces. —Soltó una risita. No sé por qué le acompañé, supongo que por no resultar grosera—. Y esto, de postre. —Me mostró una piruleta en forma de corazón.

—Bueno, bueno, acabas de hacer realidad mi sueño infantil —ironicé con toda la intención.

—Tienes que prometerme que me la dejarás probar —susurró cerca de mi oído.

No recuerdo lo que pensé en ese instante, seguramente que le dieran por donde más le doliese, pero seguimos bebiendo, favorecimos el descontrol a base de ginebra de buena calidad y acabamos chupando el caramelo por turnos. La verdad, una guarrada, como besarse pero quitándole lo bueno.

Cuando arramplamos con todas las reservas del bar, sintiéndolo en el alma, el propietario nos arrojó a la calle. Echó la llave y rodeo con el brazo los hombros de su novia, despidiéndose de los amigos con un canturreo. Era noche cerrada y hacía frío, nos había sorprendido la penumbra escondidos en el garito donde nos introdujimos cuando todavía el sol brillaba. Margarita me dijo que se quedaría en el piso de su hermana para almorzar al día siguiente

con sus padres.

—Quédate conmigo —pidió con la lengua del revés.

—Tengo mil cosas que hacer mañana, no puedo permitirme perder el día. Luego llega el lunes y la semana próxima hay mucho trabajo.

—¿Por culpa de los Lannister?

—Por culpa de los Lannister. Ten cuidado. —La besé en la mejilla.

Caminé junto a Isabel y su marido, disfrutando del fresco capaz de espabilarnos, pero advertí que tenía a Hugo pegado a mis talones.

—¿Puedes acercarme a casa?

Vaya, eso no me lo esperaba. ¿Acaso Hugo no era de esos chicos que conducen un rugiente todo terreno y se ofrecen a llevarte al fin del mundo en busca de tórridas aventuras? Lo miré despectiva, pero me encontré con un chico de sonrisa tímida y manos ocultas dentro de los bolsillos del pantalón. Ni rastro del farolero imbécil que me había semi acosado durante la jornada.

—Bien, voy para Marbella, si me pilla de paso, no tengo inconveniente.

Hizo divinamente de *tomtom* hasta localizar su portal. Aquello era un espeluznante entramado de calles en una parte nueva de la ciudad. Pocas farolas. El edificio sin balcones pedía a gritos una mano de pintura. Nada de lo que avergonzarse, desde luego, pero nada de lo que presumir, con las ínfulas que Hugo se daba por todo. Detuve el motor del coche, que por cierto, él admiró durante un rato sin pronunciar letra, y me clavó los ojos ámbar. Por todas partes olía a caca de perro.

—¿Quieres quedarte?

Debí poner la cara de la niña del exorcista, porque no insistió. Si esperaba corderos degollados, suspiros entrecortados, desmayos y demás filigranas, se llevó un buen chasco. Lo único por lo que mi cuerpo clamaba era por mi colchón sin par y un sueño reparador.

—No gracias. —Ni se me había pasado por la cabeza algo así, debí añadir para mayor entendimiento, pero no me respondía la lengua.

—¿Estás bien para conducir? —insistió sacando a pasear la vena protectora— Mira que de aquí a Marbella son muchos kilómetros y has bebido lo más grande.

—Me conozco la carretera al dedillo —no mentía— y voy perfectamente. —Lo de manejar las palabras ya era otro cantar.

—Bien, en ese caso... —Abrió lentamente la portezuela dándome tiempo para cambiar de opinión. "*No ocurrirá, pequeño, esperas en balde*". Bajó más lentamente todavía—. Hasta la próxima.

Me despedí con un balbuceo y arranqué pisando a fondo el acelerador. No es que me intimidase su cercanía, ni que tuviese unas irrefrenables ganas de huir de la tentación. Aunque me palpitaba la entrepierna, no me hubiese acostado con Hugo aunque me lo pidiese de rodillas. Es que me estaba haciendo pipí.

32. Cuando El Filósofo Señala La Luna, El Tonto Se Fija En El Dedo

Miré las dos aspirinas como si fuese a salirles cara y me las tragué de golpe. Dicen que licuan la sangre y previenen el infarto. Aparte de eso, me explotaba la cabeza. Demasiadas reuniones, demasiadas carpetas de presupuestos, demasiados socios agregados a la caterva de inversores del parque vacacional, y demasiadas órdenes contradictorias. Para tenerlos contentos, Pilar y yo nos veíamos obligadas a deshacer diez veces lo ya concluido. En aquel momento infame en que colocaba la cafetera al fuego, sostenía el teléfono con el cuello retorcido y cambiaba impresiones con Pilar.

A grito pelado.

—No, no es que sea una... ¿cómo me has llamado? ¿Pobretona emocional? —me enfurecí.

—Te cagas cuando se trata de pensar en la abundancia —siguió ella machacona. A Pilar nada la altera—. Piensa en grande por una vez en tu vida, joder.

—Oye, tú das muchas cosas por sentado. Llevaría tres días en este oficio si fuese tan ingenua. No es normal que den el visto bueno siempre a lo más caro, Pilar, no es normal. —Levanté una mano al cielo.

—Yo lo veo así. Han conseguido unos inversores rusos con más dinero que pelos en la cabeza y que... oh casualidad, adoran los mundos de George R.R. Martin. Están decididos a crear el mejor parque temático del mundo mundial y el resto del conjunto no puede irle a la zaga. ¡Por Dios, Victoria, es tu proyecto! Deberías estar corriendo desnuda por Ricardo Soriano con una campana al cuello ¿por qué no aceptas que es su sueño y que quieren lo mejor?

—Todo el mundo racanea —me obcequé—. En un momento u otro del proyecto, de la obra, en los cascos de los albañiles o en el color del cemento. Todo el mundo —silabeé. Tronó la chicharra del interfono. Era Margarita. Le abrí sin dejar a Pilar—. Hay algo que no me cuadra, que me tiene inquieta.

—Porque siempre te dan carta blanca para gastos y aprueban los presupuestos más ambiciosos, qué contrariedad y qué suerte nefasta —se burló mi socia en plan cínico.

Abrí la puerta de mi apartamento y apareció mi amiga radiante. Llevaba

un vestido de raso estampado en tonos oro viejo y ciruela, ajustado como un guante en torno a su cinturita diminuta. Bronceada como una tableta del mejor chocolate en pleno Marzo. Adorable.

—Bueno, Pilar, te dejo, tengo visita —suspiré profundo—. Espero que no te engañe tu sexto sentido.

—Menos mal que lo tengo... —rezongó. Y colgué pero me quedé preocupada.

—¿Problemas con la socia? —se interesó Margarita cotilleando mis fotos.

—No exactamente, diferencias de criterio. Es que Pilar es tan terminante en todo, tan certera, tan segura de sí misma...

—¿Y tú no? —se pasmó Marga estudiándome con unos ojos como platos.

—No, yo no. No sé de qué te extrañas.

—Provocas la impresión contraria...

Otra vez aquella manida historia. Enarqué las cejas. No hacía mucho había escuchado algo semejante de boca de Natalia. Lo que parezco no es del todo lo que soy.

—Que sepa llevar unos tacones como Dios manda y no me caiga con ellos, significa andar derecha, no estar segura de mí misma. Sobrellevar las miradas que te cruza la gente, cuando has pasado años de pasarela, tampoco tiene mucho mérito, soy bastante miope. Y en cuanto al físico... ¿Cuándo vamos a dejar de dar por sentado que una mujer guapa no tiene inseguridades? ¿Por qué lo basamos todo solo y exclusivamente en el físico? Cada día hay que tomar miles de decisiones que nada tienen que ver con el color del carmín a elegir y en ellas manifestamos nuestra actitud ante la vida. Yo titubeo y sufro, no estoy tan segura de no equivocarme. Es más, sé a ciencia cierta que no soy infalible.

—Pero eres guapa, rematadamente guapa —concluyó ella con una amigable mueca.

—Eso no es seguridad. —Para qué repetirlo, parece que nadie quisiera entenderlo—. Pilar es seguridad y confianza, no yo.

—Bueno, te cuento. —Aleteó las manos para que no la interrumpiese—. Acabo de firmar la compra de mi nuevo apartamento. Vengo a recogerte para que lo veas.

En menos que se santigua un cura loco, íbamos las dos montadas en el descapotable a todo piar, camino de su residencia, cerca del Puerto, un sueño de jardines privados sin fin y una piscina olímpica en forma de delicado riñón.

Era un bajo de tres dormitorios, amplio salón con chimenea, espectaculares baños y acceso directo al jardín. Como si le perteneciese, vaya.

—Joder, Marga, menuda cocina...

—Para lo que va a servir... no sé freír un huevo

—Pero vives sola...

—Tengo cocinera, mi tía Nona. Los domingos por la tarde me trae los *tapers*, tengo guisos caseros para toda la semana.

Mira qué bien, me dije. Otra que se lo monta de campeonato.

—Lo mejor de lo mejor van a ser los fiestorros que pienso montar. Mira este salón y ese porche a continuación y luego, el césped inmenso como una alfombra verde. Sería un crimen no aprovecharlo. Por de pronto, hazte a la idea que este sábado, antes de que me traigan los muebles, celebro la primera. He invitado a toda la pandilla de Málaga del otro día, es una especie de “devolución” por lo bien que nos trataron.

—¿También a...?

—¿Hugo? Por supuesto, ha aceptado nada más insinuárselo. Bueno, no he sido yo, ha sido Isabel que por cierto, le he dicho que se vaya olvidando de que él y yo... en fin, ella ya tiraba por otros derroteros, me dijo. Tiene una porra con Juana y me he unido.

Su descarado guiño me subió un calor infernal estómago arriba. Traición. ¿Tú también Bruto, hijo mío?

—No me lo puedo creer... Creo que os trato muy bien para que hagáis de mi vida sentimental vuestro show privado —me quejé con voz entrecortada por la indignación.

Margarita me largó un codazo amistoso.

—Anda ya, si nos vamos a divertir. No se trata de que te enamores y sufras tonta, que me lo ha explicado Juana, se trata de que él se cuele por ti y lo veamos babear como nunca se ha imaginado. Es un chulo, engreído...

—Insoportable.

—Merece una lección.

—Ni siquiera sé si me cae bien, creo que no. —Arrugué la frente, no más de lo preciso.

—Por eso, ya verás qué risa —me prometió regalándome una sarta de piruetas.

Pues nada, si se trata de dar la nota y montar el pollo, yo que para el trabajo soy seria y cumplidora como la que más, cuando se trata de juerga

también me apunto la primera. Me vestí especialmente para la ocasión. A mala leche, sexi a rabiarse.

Pero cuando Hugo llegó a la fiesta, contra todo pronóstico, venía acompañado. ¿Iba el muy cabrón, un paso por delante de nosotras en el juego?

Mi momento de placer máximo, ver la decepción pintada en los ojos de “las porreras”. Estuve riéndome unos quince minutos, de los cuales, Hugo me pilló unas tres veces. Por la cara de vinagre que puso, puede que pensara que me carcajeaba a su costa. Hombre, a su chica se la veía cohibida, pero de eso a descojonarnos en su cara... No. Ni borracha. No es mi estilo. Hubo un momento en que yo servía champán a todo trapo, que se acercó a mí, afectuosa.

—Me encanta el color de tu pelo.

—Gracias —cumplimenté— ¿Quieres una copa?

—Es que ya he bebido unas cuantas... —resopló. Yo la azucé impaciente sosteniendo la botella, “*oye, mona, decídetes que esto pesa*”—. Bueno, vale, qué porras.

—Eso, qué porras, un día es un día. Además, supongo que no conduces.

—No... me quedo en casa de... Hugo. —Lo confesó casi con miedo.

—Pues él no se priva de una copa, fijate.

—¿Crees que nos parecemos? —saltó de repente. Yo tardé en aterrizar.

—¿Hugo y tú? —Ella se echó a reír.

—¡No! ¡Tú y yo! Unos chicos me han preguntado si yo era tu hermana.

—Pues como un huevo y una castaña, no les hagas caso, están como cubas.

Y bastante menos feliz de lo que llegó pero armada con alcohol, me abandonó y salió corriendo en pos de su caballero andante que en ese momento, se marcaba una salsa de lo más voluptuosa, de la cintura de su hermana. Todos formamos un corro y aplaudimos entusiasmados. Hugo vino directo a mi persona.

—Vaya, vaya, vaya, cómo vienes esta noche. —Le brillaban los ojos como si acabase de volcarse litro y medio de colirio.

—Siempre a la última, ya sabes —respondí picarona ladeando la cabeza.

—Estoy... —miró alrededor— un poco angustiado, ya sabes...

Esperé a que continuara. No lo hizo. Quería que yo me interesara.
Vaaaale.

—No, no sé.

—Pues la chica esta... —Torció la comisura de la boca en un inequívoco

gesto de desagrado.

—La chica esta... todos pensamos que era tu pareja.

—¡No, no, qué va! Es solo una amiga.

Sí, una amiga a la que hospedas en casa y con la que te darás un revolcón esta noche después de las noticias. ¿A quién quieres engañar?

—Ha venido a pasar unos días en Málaga... —“vaya, pobrecita y no hay hoteles”—. Es conductora de emergencias, cooperante, la conocí en una de las misiones de “Médicos sin fronteras” en Nueva Orleans, después de los huracanes. ¿Los recuerdas?

—¿Cómo olvidarlos? Brad Pitt arrimó el hombro cuanto pudo —rememoré con un sonoro deje de admiración.

—Pues allí intimamos. —No hicieron falta más detalles. Yo solita podía adivinar a qué se refería. Hugo con "intimar". Se la pasó por la piedra repetidamente al amparo de la tienda de campaña—. Una gran persona, corazón de oro, pero... —Alcé los ojos, no tenía ganas de parlamentar, no entendía por qué me contaba a mí sus cosas— Estoy deseando que se marche.

—Y recuperar tu espacio —deduje—. Eso es lo que os pasa a los cuarentañeros solteros, os llenáis de manías y luego os veis incapaces de compartir el retrete.

No se me escapó que de lejos, la chica nos espiaba aunque no se atreviese a interrumpir.

—Yo tengo cero manías —rugió afilado— y treinta y tres años.

—Da igual, Hugo, año más, año menos, se te nota.

—Sé vivir perfectamente sin comodidades, ya te he dicho lo de “Médicos sin fronteras” —repetió puesto que yo no me había lanzado a besarle los pies por su filantropía desmedida.

—Preciosa labor, muy sacrificada —aprecié. Y lo dije en serio.

—Claro que por otra parte... el hermano de Inés —señaló con una ceja a su acompañante—, tiene una agencia de viajes de esas gigantonas y consigue viajes alucinantes casi gratis. Por ahí se cuece una excursión a la Antártida y creo que estoy invitado. —Se removió inquieto como un niño ante su primera bicicleta—. Mi lema es, donde haya un viaje exótico, allá va Hugo.

Se me revolvieron las tripas y no era el champán. Acababa de confesar que la chica le estorbaba. Estaba deseando perderla de vista, pero era capaz de follársela con tal de viajar al país de los hielos por el morro. Todo eso, si no estaba sorda, lo había confesado él mismo. Pena de persona, oye. *Estoooooo*.... ¿trataba de seducirme con aquellas dudosas armas? Podía,

simplemente, exhibir sus antebrazos. Un camino más corto, seguro y mucho menos espinoso, porque se estaba metiendo en un jardín, que... En cuanto pude, me escurrí de su lado y preferí no volver a cruzármelo o le endiñaría un sopapo en nombre de todas las mujeres enamoradas de este planeta Tierra.

Margarita fue la anfitriona más aclamada de cuantas recuerdo. Tras el éxito sin parangón de su fiesta, la adularon hasta derretirla. Y ella se dejó y montó otras dos más, hasta que llegó la fecha en que Hugo pondría rumbo al quinto continente. A las dos recepciones, el chico se autoinvitó o facilitó enormemente el que contasen con su presencia. Y libre de séquitos indeseados. Quiero decir que ni Inés (ni ninguna otra) campaba por allí y él relució a sus anchas.

A mí la historia empezaba a originarme un coctel de sensaciones. Morbo, indudablemente. Más, con todo el follón que se habían encargado mis amigas de montar alrededor. Rechazo, por descontado; y no únicamente por su prepotente soberbia. Lo del viajecito de prestado a la Antártida... Parto de la base de que los seres humanos deben ser claros y honestos con sus sentimientos. Puede que Inés le importase un comino pero se notaba a la legua que la chica estaba coladita y él se aprovechaba. ¿Para procurarse un pasaje en primera y un *hotel-igloo* con descuentos? Repugnante, inmoral. El punto que había ganado con su participación en médicos sin fronteras, lo estampó contra la pared pasándose de listo y contándome su maquiavélico plan. Pobre Inés. La compadecí aunque sabía que no volvería a topármela.

El primer jolgorio pasó sin pena ni gloria porque yo no disimulaba mis reparos. Pero en el segundo me relajé peligrosamente, porque ya había decidido que Hugo no me gustaba, y me sentí a salvo. Hay algo que se llama sentido de la decencia y él no lo conocía. No importaba lo que maquinasen mis amigas, las trampas que urdieran, YO, no caería. Porque aquel hombre no tenía principios. Bueno, alguno tendría, pero eran los suyos, sin coincidencia con los míos, de modo que desde ese punto de vista, cautivarme era impensable. Enamorarme, una quimera.

Bebimos hasta caer redondos en los sofás, plagados de gente soltando carcajadas y poniéndose bizca. Empezaron a contar chistes y reímos hasta desgañitarnos. Algunos, la mayoría, cogieron sus borracheras, sus coches o sus taxis y se esfumaron. Margarita me había propuesto dormir allí para evitarme la conducción y yo había aceptado, me encantaba aquella casa, su decoración, sus candelabros góticos llenos de velas y su olor. Lo que no sabía es que Hugo también estaba invitado. Y que no quedaba más dormitorio libre

que el adjudicado a mi persona.

—Dice Margarita que si queremos un colchón grande, en el trastero hay uno —me planteó él como si nada. Yo lo miré con aires demoníacos desde la cama single donde ya casi roncaba.

—Yo estoy bien. —Hubiese querido añadir: ¿no tienes otro sitio para dormir? Pero hubiera sido una grosería y a mí, desgraciadamente, me educaron con las monjas.

—Y yo puedo dormir en el suelo, estoy acostumbrado ya sabes... —Estiró un par de mantas junto a mi cama y se tumbó cuan largo era. Mucho. Luego se cubrió con un edredón.

—Sí, hijo sí, lo de médicos sin fronteras y el hospital de campaña —resoplé al límite de mi paciencia.

¡Qué situación más bochornosa! Más tarde descubriría que Hugo apostaba a que yo había insistido a la dueña de la casa para invitarlo a quedarse. Claro, debí sospecharlo. Alguien tan creído y sobrado de sí mismo, no podía razonar de otro modo: conforme a sus expectativas, yo ardía en deseos de acostarme con él y supliqué a Margarita para que me lo endilgara en el cuarto, allí tiradillo en el suelo, en plan felpudo.

¡No te fastidia! Y yo sintiéndome ofendida por su mera presencia.

El caso es que cuidándome de hacer ninguna manifestación de interés, ni leve siquiera, le propuse compartir colchón. El suelo debía estar duro y frío de pelotas. Aceptó glorioso y regocijado. Suspiré exhausta y me dispuse a dormir. Su cálido apoyo contra mi espalda, no resultaba desagradable, máxime teniendo en cuenta que el cuerpo se nos empezaba a enfriar y que aún no había entrado la primavera. Hugo se puso flamenco nada más notarme y le dio por apretarse con tanto empeño, que a punto estuvo de perforarme la espalda. En mitad de mi trance etílico, entre nubarrones, se hizo la luz. Qué necia había sido, qué estúpida. Cuando le dices a una chica “*anda, ven, no duermas ahí en el suelo, te hago un hueco*”, significa exactamente eso. Cuando se lo planteas a un tío como Hugo, implica una invitación al amancebamiento instantáneo. Y mientras le daba a la neurona y me preocupaba inútilmente, Hugo se giró sobre mí y me clavó sus penetrantes ojos y todo lo demás, dando por hecho que nada de aquello era espontáneo, que estaba planeado entre Margarita y una servidora, que dicho sea de paso, se quedó petrificada.

Compuse una mueca de aflicción.

—Por favor, déjalo —logré decir con muchísimo esfuerzo. De pronto la ginebra había cumplido su misión y la lengua se me salía de la boca, inmensa y

grande como un solomillo.

—No seas tonta, lo estamos deseando —ronroneó a mi oído salpicándome el cuello de dulces besitos.

Me entraron ganas de endiñarle una patada en los cataplínes, engréido de mierda. Pero en lugar de eso, permanecí catatónica y lo que era peor, recalentándome. Ascendió despacio hasta el lóbulo de mi oreja dejándome sentir el ardor de su aliento. Me entraron ganas de abrir las piernas de par en par y se nubló mi vista. La razón cedía al deseo, a la excitación desproporcionada que se cocía en mi vientre soltando rayos en todas direcciones, como un pequeño sol. Desde luego, era más de lo que había sentido con Max en todas nuestras horas de cama, pero claro, también es de mención que Max odiaba el alcohol y las fiestas con los amigos y el despiporren, de modo que llegar a su lecho en las condiciones festivaleras en que yo ahora me encontraba, habría pintado francamente difícil.

Dejé que me besara. Total, estaba hecha un charco. Un goce para los sentidos comparada con la aspiradora humana, pero un cataclismo de mediocridad contrapuesto con Alberto y la inolvidable pista de baile en Madrid. Era como encontrar el punto medio, solo que el punto medio ni era perfecto, ni me satisfacía lo suficiente. Suerte tenía de que estuviese tan borracha.

La fortuna se le acabó cuando trató de despojarme de mi ropa, mi precioso vestido de fiesta con el que me había acostado. Me aparté y puse tierra por medio, como si me hubiera picado un alacrán.

—¿Qué pasa? —me miró bizqueando.

—Que no —solté cortante.

—Pero, ¿por qué no? —Pregunta imbécil, donde las haya.

—Pues porque no. —Menuda joya de conversación—. Ni te conozco ni me gustas. —Eso no se lo creyó, a juzgar por la sonrisa torcida que me dedicó, pero me la pasé por el forro del vestido—. Bueno, digamos que no me gustas lo suficiente. No pienso acostarme contigo.

—Pero para algo me he quedado —protestó.

Le envié una mirada envenenada.

—Tú sabrás por qué te has quedado, pienso que como todos, por vaguera y por no conducir, pero no para que yo te proporcione el fin de fiesta. —Me incorporé con la cabeza convertida en una maraña de greñas y escapé de la cama revuelta con mucha dificultad, bajo la escrutadora mirada de Hugo, el empalmado sin consuelo.

—¿Adónde vas?

—A mi casa. Total, ya se me ha pasado el mareo y está aquí cerca — informé sin mirarlo, buscando mi bolso por debajo de la montaña de abrigos apilados.

—Oye, si es por mí, no tienes...

Vanidoso y pedante de mierda. Si es por mí, si conmigo, si gracias a mí... Yo, yo, yo y si sobra algo también *pa* mí. Me entraron ganas de recordarle que la Tierra gira alrededor del sol no de su persona, pero me pareció demasiado típico para aquellas horas. Y quizá demasiado profundo para su única neurona convertida inevitablemente en espejo de cuerpo entero, donde sólo se reflejaba él.

—No te preocupes, no es por ti. —Encima voy, le sonrío y me esfuerzo por ser amable. No tengo arreglo—. Me muero de ganas de tumbarme en mi cama.

Y desaparecí.

Serían las ocho de la mañana después de una noche eterna en la que no había pegado un ojo. En cuanto el aire fresco me dio en la cara, me sentí renacer y aclaré las ideas. Ese gilipueñas que había intentado seducirme sin el menor escrúpulo, era el que se marchaba al polo sur con los pingüinos, sin pagar apenas su pasaje y por tres duros la semana próxima, a dormir con una pobre chica a la que despreciaba, a engordar sus ilusiones sin futuro. Se me revolvió el estómago.

Encendí la radio, conecté el motor y me sentí la reina de Saba. Mi descapotable es llamativo y me mete en problemas a veces. Pero mola mogollón.

33. La Comidilla

Del Grupo

El domingo lo dediqué a dormir a pierna suelta, a escuchar música y a leer. Con los teléfonos desconectados, así que Margarita se la pasó tratando de localizarme, sin éxito. Tal tamaño alcanzó su impaciencia, que a la mañana siguiente se plantó en mi estudio sin previo aviso. Se encontró con Pilar, porque yo visitaba la obra.

—Estaba preocupada por ella —admitió Marga pensativa—. Se fue de casa y no he sabido nada desde entonces. Puede que un invitado la ofendiese... Ya sabes cómo son los tíos.

Pilar se interesó y coló su portaminas en el cubilete de los lápices.

—¿Está liada con alguien, la loca de mi socia? —preguntó con recelo.

—No, no, que va, todo lo contrario. Queremos pero no se deja —rió Margarita.

—Dejadla como está, que vuele a su aire, cada vez que inicia una relación, esta chica se mete en problemas. ¿Te apetece un café?

Marga asintió y Pilar se hizo con la cafetera de goteo que humeaba en la mesita de la esquina. Preparó dos tazas con primoroso cuidado.

—A mí no me da esa impresión —la contradijo Marga atusándose su rubia melena—, más bien todo lo contrario, me parece que sabe cuidarse bastante bien.

—Esa es la impresión que da, sí. —Sonrió maquiavélica—. Pero falsa, más falsa que los presupuestos generales del estado.

—Quieres decir que es... ¿débil? —se asombró Marga rebuscando una palabra aceptable.

—No, no es débil, es una chica a prueba de bombas, la rompen en mil pedazos y se vuelve a recomponer. Ojalá yo tuviera su fortaleza.

Margarita bajó la mirada y contempló su café, negro y caliente. Por lo normal, rehuía esos coloquios tan filosóficos.

—Pues entonces no te comprendo. Si nadie puede dañarla, entonces no sé qué te mosquea...

—Ahí está el error. Que se recupere con cierta prontitud no significa que antes no la hayan hecho añicos, ni tampoco que no sufra. —Se inclinó hacia

adelante con los ojos brillantes—. Victoria sufre intensamente por todo. Para lo bueno y para lo malo, ella es extremista. Si ama, ama como nadie. Si sufre, sufre como una perra.

—Es muy buena persona —tercio Margarita deseosa de ayudar.

—Es mucho más que eso, tiene el corazón más bondadoso del universo. A veces creo que sale con chicos que no le interesan, sólo por no rechazarlos. Y encima aguanta y trata de hacerlos felices. Lo que tú o yo no haríamos, así nos matasen.

—No lo entiendo, ella podría tener a quien quisiera... ¡Es guapa, inteligente... es perfecta!

—Todos y todas somos capaces de verlo. Me temo que la única ciega es ella. Es incapaz de una micra de soberbia. Y el resultado final es que todo el mundo se le sube a la chepa. —Se sirvió otro poco de café—. Yo sé que le jode lo mucho que la critico, pero es que si se diera a valer, tendría el mundo a sus pies. No se puede ser tan accesible.

—Ya ves, su imagen a primera vista es justo lo contrario.

—Sí. Y la reacción que genera en la gente, muy curiosa. He estado observando, no creas. Cuando la ven piensan en una diosa de hielo, intocable, inabordable. Cuando la tratan, descubren todo lo contrario y entonces parece que se vengan de ese primer susto, abusando de su buena voluntad. —Meneó la cabeza profundamente disgustada—. Si pudiera abrirle el coco y meterle un par de reglas dentro...

—Seguramente le salvarías la vida —comentó Margarita admirada por la reflexión de Pilar. La fría y dura Pilar. Doña Reglas. A mí me irritaba su exceso de preocupación, pero era de agradecer.

Se quedaron un segundo sin hablar, meditando sobre el hecho de que yo era “Cáritas emocional” con patas, siempre compadeciéndome por todo y todos, sin recibir nada a cambio. Una jugadora de póker aturdida y boba, que aun teniendo en su mano las mejores cartas de la baraja, dejaba ganar al contrincante para que no pillara un berrinche. Esa, a sus ojos, era yo.

La pena es que no tuviese conciencia de ello. Yo que me veía tan normal...

—¿Te has dado cuenta que cuando tiene novio Victoria se mimetiza con ellos? —consideró Pilar, mustia.

—No sabría decirte. —Margarita se encogió de hombros apurando su taza—. Nos conocemos desde el colegio, pero nos hemos reencontrado en el gimnasio hace apenas un año, no le he conocido más que a Oberon —meneó la

cabeza negando lentamente—, una pena.

—¿Una pena por qué? —casi rugió Pilar. Margarita se encogió sobre sí misma, incapaz de replicar una letra. Mejor dejarlo como estaba, no fuera a morderle—. Tengo ganas de verla con alguien que no le corte las alas, que le permita brillar, que no la acogote para que no le haga sombra. ¿Sabes lo que le pasa a Victoria? Que se arrima a tíos muy poco hombres y ella es mucha mujer. Mucho pan *pa* tan poco queso, que decía mi padre. Y lo que los atrajo de ella, su ángel, lo especial que es, acaba siendo su clavo en el juanete. Ellos se sienten una mierda a su lado.

—Problema de ellos —dedujo Margarita, esta vez sin demasiado trabajo.

—Ya, pero no saben resolverlo más que dominándola, machacándola o atornillándola a la pata de la mesa.

—Jo...

—Un asquito, hija, lo que yo te diga.

Pilar emitió un suspiro tan largo que pareció el silbato de un tren. Y Marga atendió sus frases y estuvo de acuerdo, aunque ella no llegase a esas honduras de pensamiento. Lo suyo era disfrutar de una tarde de compras equivalente a una paliza; pero algo muy dentro, le gritaba que todo lo que oía era verdad.

Me convertí en la comidilla de la pandilla de la fiesta. La mayoría estaban tan pedos y defenestrados que ignoraban si había compartido o no colchón con alguien. Margarita estaba al tanto, pero guardaba el secreto. Claro que me asaeteó a preguntas, casi segura de que lo inevitable sucedió y, solo cuando le juré diez mil veces que no me había acostado con Hugo, bueno, sí, acostarme lo que se dice acostarme nos habíamos acostado, pero ni me la metió ni se la chupé, pareció ceder y creérselo.

—Hija, no sé cómo te has contenido. ¿Has visto sus brazos?

—Sí, los he visto —admití perezosa. Y los ojos, y las piernas y el culo y he sentido lo demás. Pero se ha ido a la Antártida a follar con otra, por motivos muy distintos al cariño y/o el amor. No me interesa.

—Al día siguiente de la fiesta, cuando fuimos resucitando, me pidió permiso para ducharse. Le dije que podía incluso darse un baño si prefería y estuvo más de una hora en el agua disfrutando como un chiquillo. Durante el desayuno me prometió que en la vida había retozado en una bañera mayor. Tanta fachada, pero en el fondo es un crío —me narró Marga con alegría. Aguardó para estudiar mi reacción, pero mi cara seguía siendo una máscara

inexpresiva, de modo que arremetió—. Isabel me informó que ya ha vuelto de ese viaje tan largo.

Polo sur de los cojones.

Arrugué los labios en prueba de mi indiferencia. Por mí, como si se operaba, la verdad, ya empezaba a ser cansino ese desmedido interés de la gente por arrejuntarnos.

—Es que hacéis una pareja de cine. Los dos tan guapos... —soñó Margarita en pleno ataque de romanticismo.

—Ni fu ni fa, cuanto más os empeñéis, menos cerca veo la posibilidad. Tengo una cantidad de trabajo en el estudio, que no me veo los pies. Las obras del parque están a pleno rendimiento, no estoy por la labor de enchufarme a ningún sentimiento mundano.

—Manda el destino —sentenció mi amiga con solemnidad.

—¿Y tú, qué me cuentas? —Desvié la atención hacia su ajetreada vida sentimental, que haberla, había. Concretamente, tres novios diferentes en el último mes.

—Desastre desastroso. —Se tapó la cara con las manos—. No es que falte gente en el tintero, no paro de conocer chicos, pero no me duran. Enseguida salen de estampida, hija, debe de ser que los espanto.

Pensé que el interés y la desesperación por no estar sola, a Margarita, la traicionaba. Era algo así como el olor del miedo, dicen que los perros violentos con ganas de hincarte el diente, lo perciben en la distancia y más se encabronan. Pues algo parecido ocurre con los hombres. Si no despides aroma a inofensiva, a no quererte casar, a no andar histérica por culpa del reloj biológico, no plantes flores que no crecerán. Y claro, es fácil decirlo, pero imposible de controlar, va en la sangre de las chicas como Marga. Tan connatural a ella como el bronceado caribeño de su piel en mitad del invierno.

—El fin de semana nos reunimos en mi casa.

—¿Otra vez? —Ya iban seis en dos meses. Se estaba gastando una fortuna en darnos de comer y beber a todos.

—No seremos muchos, unos ocho o diez. Quiero que conozcas a Carlos.

Me tensé de cabeza a pies. Por un segundo temí que quisieran endilgarme otro "bombón" para desenvolver.

—Carlos.

—Mi última conquista. Necesito tu ojo clínico, que me des tu opinión.

—Ah, vale —accedí de mala gana. Regalo consejos a diestro y siniestro cuando me los suplican y cuando no, pero no me gusta juzgar a la gente sin

conocerla, a simple vista, me parece arriesgado e injusto. No obstante, si eso la hacía feliz, le echaría una ojeada.

—Viene Hugo —añadió mirando al tendido.

¿Por qué será que no me sorprendió demasiado?

—Pensé que tenía una tremebunda pandilla en Málaga que lo mantenía ocupado, una fila interminable de enfermeras y conductoras de ambulancia con faldas cortas y liguero esperando turno, y demasiado engreimiento como para venir a rendirnos palio por enésima vez, a unos casi desconocidos —vomité con punzante ironía. Marga no se lo merecía, la reprimenda estaba en realidad, dirigida a Hugo, pero no lo tenía a mano.

Margarita no entendió lo más mínimo. Se atusó la melena en varias direcciones y sonrió de oreja a oreja.

—Deja de refunfuñar. Viene a verte.

34. Si Tienes Cierto

Interés Para Mí...

No lo planeé en absoluto, pero lo cierto es que cuando mi mente consciente decidió que Hugo tenía cierto interés (ignoro qué clase de interés, pero “cierto”), ya llevábamos casi tres meses saliendo en grupo con habitualidad. No le molestaba recorrer los sesenta kilómetros que separaban su casa de las nuestras con tal de apuntarse a nuestras comidas, cenas, fiestas y jaranas, y diríase que abandonó bastante sus amistades malagueñas. Se mostró más sincero y menos chulo, dejó de hablar sin cesar de su viaje al reino de Frozen cuando advirtió que nos incomodaba y nos traía al paio, y se centró en revelarme su labor humanitaria como miembro de médicos sin fronteras. Ahí empecé a verlo con otros ojos.

El caso es que un fin de semana organizamos una ruta de senderismo por el campo, alquilamos una casa rural en un encantador paraje rodeado de castaños, y nos vestimos nuestras peores galas para contactar con la naturaleza. Juana se apuntó para que no nos faltasen chistes. Dos parejas de Málaga, Margarita y Carlos, del que nada opiné y un perro de lanas propiedad de este último, que lloraba como una plañidera si no lo dejábamos entrar en casa. Entró y lo llenó todo de pelos y de barro. Margarita huyó horrorizada.

Reunidos en torno a la amable chimenea, Hugo se adosó a mi hombro como de costumbre, después de haber caminado casi veinte kilómetros sin separarnos. Abrimos los termos de caldo del puchero y nos servimos unos cuencos. Gloria bendita. Fuera, la temperatura bajaba a vertiginosa velocidad y aconsejaba arrebujarse bien bajo los edredones.

—¡Chiste, chiste! —irrumpió Juana— Llega un hombre a un restaurante. Buenas, ¿tiene pato salvaje? No, pero si quiere, le cabreo un pollo.

Y venga a reírnos. Algunos, me incluyo, sorprendidos por la rapidez del chiste, espurreamos la sopa que tratábamos de tragar, contribuyendo al regocijo general.

—Habría que preparar unos choricillos a la barbacoa —sugirió Luis, un amigo de Málaga desarrollando unos chorizos de pueblo picantes y ensartándolos en una especie de pinchitos—. Atraviesa la parrilla del horno y los pongo encima.

—Yo corto un poco de pan —se ofreció su novia desde la cercana cocina.

—Hay salchichas también, tráelas y las asamos.

Se fue cocinando la opípara cena. Hugo no movió un dedo, dicho sea de paso, ni para poner platos o cubiertos, ni para preparar ensalada, ni para retirarlos, pero devoró como un auténtico depredador. Eso sí, no apartó sus ojos dorados de mi cuerpo serrano, siguiéndolo allá donde me moviese y me moví una barbaridad. Para equilibrar su caradura, al término, sirvió algunas copas.

—¿Jugamos a las cartas?

—Yo me voy a la cama —Margarita soltó un bostezo carente de glamur, impropio en ella, pero no estaba acostumbrada a trotar por el campo como las cabras y se había torcido todos los tobillos disponibles—, me duelen hasta las pestañas. Mañana participará en el senderismo... Rita la cantaora, de mi parte.

—Exagerada...

—Llega una pija a una tienda de ultramarinos —Juana otra vez, animada por el whisky—: buenas, ¿tiene mayonesa? ¿Musa?

—Ni Musa ni poca, la que quepa en el bote —acabé yo envuelta en carcajadas. Juana me tiró a la cabeza lo primero que pilló a mano.

—Asquerosa, me has reventado el chiste.

—Que me acuesto —anunció Marga a grandes voces en vista de que nadie la atendía.

—Pienso contar uno que no te sepas ni de coña... —amenazó Juana levantando un dedo al techo.

—Inténtalo, bellaca —la reté—, me los sé todos.

—¿No tienes sueño? —se interesó Hugo meloso.

—Pues no, y ya es la segunda vez que me lo preguntas. Si te aburres, ponme otra copita. Ginebra y tónica, por favor.

—Como mande la señora marquesa —acató sarcástico.

—Sí, será por lo que se ha deslomado preparando la cena el señor marqués —lo acusé siguiéndole la broma.

—Pueden retirarse a sus aposentos los señores marqueses, y seguir la discusión en privado —nos jaleó Luis repartiendo cubitos de hielo a todo meter. Y me guiñó un ojo.

Eso del aposento compartido me mosqueó un rato largo. Pero no dije nada. Éramos adultos, el ambiente era ideal y no quería quebrarlo. Al cuarto

whisky, me moría de ganas por un polvo en condiciones. Y si el olfato no erraba, frente a mí, pegado como una lapa, se presentaba el voluntario perfecto.

Fue insinuar que me vencía el sueño y levantarse del sillón como un resorte bien engrasado. Me siguió en silencio y no intervino ni respiró, cuando pregunté qué habitación me tocaba, resaltando bien el singular. Me. A mí. Conmigo misma.

Cerró la puerta a sus espaldas, corrió el pestillo y me clavó una mirada ardiente, que venía a significar “*por fin en la trampa, indefensa y a mi merced, después de tanto perseguirte*”. Yo no pensaba oponer resistencia, al menos aquella noche. El cuerpo me pedía marcha a borbotones. ¿Por qué no? Al mirarlo me cosquilleaba el estómago, con mucho menos me había lanzado con Max a la piscina.

Por qué no, por qué no. Menuda noche.

Decidido a no malgastar ni una micra de segundo, Hugo me acorraló contra la misma puerta, con un beso apasionado y posesivo, mucho mejor que los que ya le conocía. Atrapó mi cara con sus manazas y lamió mis labios con devoción y tanta calentura, que me puso a temblar. Primero empujé su trabajado pecho para alejarlo y acto seguido, exactamente como si hubiese perdido la chaveta, enganché las solapas de su camisa caqui de explorador campero, y me lo pegué, frente contra barbilla, de un tirón.

—¡No te soporto! —intenté susurrar.

Mi pretendida furia solo consiguió calentarnos más. Conforme nos arrancábamos la ropa y nos adentrábamos en la desnudez del otro, la temperatura subía para enloquecernos. Cerrar los ojos, concentrarme en sentir y dejarme llevar sin pensar en nada más, fue la fórmula perfecta. El más absoluto disfrute. La fiebre en la piel. La locura en cada caricia, en cada tramo de mi cuerpo que las yemas de los dedos de Hugo recorrían dejando surcos de fuego. El deseo desbocado, sus labios apoderándose de los míos, de mi boca, de mi aliento, de un modo mucho más intenso que la primera vez. Con una furia desconocida. No voy a engañarme, no fue romántico, no hubo palabras dulces al oído, ni promesas, ni halagos. Fue químico, carnal, visceral. Fue todo tacto y sentidos. Dos extraños que parecían conocer bien cada centímetro de la piel del otro. Fue pura pasión salvaje, gruñidos e instinto animal. Pero fue escandalosamente bueno.

35. Hoy es el Primer Día del

Resto de Mi

Vida. Otra Vez

Me quedé como perro al que quitan pulgas. Satisfecha y relajada. ¡Jesús, qué manera de follar! Así, a lo salvaje, al galope, él sobre mí, entre mis piernas, yo contra sus caderas, mordiéndonos la boca, devorándonos los labios, lamiendo la piel en toda su superficie y enlazando un orgasmo con otro, como una explosión de petardos en la mascletá.

Hugo se levantó con una resaca de mil pares de narices. Se había esfumado una magia que al parecer sólo sentí yo. Los demás usuarios de la cabaña fueron discretos a más no poder y todo discurrió con normalidad absoluta, como si el médico y yo fuésemos pareja desde hacía quinquenios. O a lo peor es que lo conocían bien y ya ese tipo de emboscadas no les chocaban.

Margarita, vestida de rosa, mataba el tiempo conversando con su iPod.

—¡Que te apagues de una puñetera vez! —le rogaba sedosa.

—Olvídate de ese cacharro y métele mano a las tostaditas —aconsejó su chico, Carlos el bombilla, mote que yo le había colocado nada más verlo—, que se enfrían.

Ella obedeció sin dudar, haciéndolo a un lado y bramando por un Cola-Cao. Hugo, con los ojos hinchados y vidriosos, miraba a la nada. La experiencia nocturna, a pesar del cebollón etílico, me temo que le había gustado, mucho, muchísimo y se sabía en peligro. Para remate, Luis lo convirtió en el blanco de sus guasas.

—Tío, despierta que estás ido. Hay que revisar el itinerario de hoy, tú eres el que decía que nos llevarías hasta una cascada...

Todas las cascadas que Hugo guardaba en su mochila las ha gastado esta noche, pensé aguantándome la risa.

Las exigencias de Luis y los demás se difuminaron en el chisporroteo alegre de la chimenea. ¿Quién confesaba que apenas habíamos dormido dos horas y que nos dolía hasta el carnet de identidad por culpa del ejercicio extra? Pues eso, nosotros tampoco. Margarita había llegado al fondo del

cuenco de tostadas y la emprendió nuevamente con el iPod

—Hace un sol espléndido. —La novia de Luis atisbó por la ventana apartando el visillo de volantes.

—Oye ¿esto por casualidad lo patrocina una tila? No hay Dios que lo entienda —chilló Marga fuera de sí desde el sofá. Parecía a punto de arrojar el artilugio a la candela. Hugo se levantó y corrió en su ayuda con una tostada atravesada entre los dientes.

—A ver, trae, *marianervios*...

Me hizo gracia observarlo allí, entregado a sacar a mi amiga del apuro, con tanta habilidad como paciencia. El bombillas, entretanto, se puso morado a jamón cocido y se sirvió tres tazas de café con leche. Y eso que aún esperábamos su contribución al fondo común. ¡Menudo jeta!

Nos fuimos de senderismo y conseguí arrastrar a mi amiga conmigo. Pasaba que había discutido con Carlos por no sé qué chorrada y se habían retirado el saludo. De poco sirvió que le criticase la actitud infantil. Hugo iba andando ligeramente adelantado.

—¡Mira qué cuerpo, por Dios! ¿Ese cuerpo ha sido tuyo, amiga? — indagó con un deje libidinoso. Me reí y le propiné un puñetazo cariñoso.

—Todo entero.

—¿Y...?

—Muy bien. ¿Qué quieres que te diga? Después del tiempo de secano, un poquito de lluvia siempre es bien recibida —metaforicé.

—No cualquier lluvia, esa es agua de primera, cabrona.

—Bueno... —Yo no regalaba puntos así porque así. Estaba completamente segura de que sin ser injusta, los habría mejores. Por lo menos, más humildes. En cualquier caso, había pasado el examen con más de notable.

Se sucedieron las miraditas chispeantes, entrecruzadas con cualquier excusa. Una piedra en un recodo era pretexto suficiente para atrapar mi brazo y arrimarse en exceso. Tenía colgada en la cara la traviesa sonrisa de un niño. Deseé que permaneciese así siempre, sería una delicia. Hasta olvidé el degradante pormenor de la Antártida. Generosa que es una... Porque aquel fin de semana compartido en abierto contacto con la madre naturaleza, sacó a relucir lo mejor de Hugo y nos unió en el fondo y en la superficie. Qué lejos estaba de pensar que doctor Jeckyll y Mr. Hyde harían de las suyas... durante mucho, mucho más tiempo.

El mes transcurrió anodino y frío, salpicado de buenos ratos gracias a

Hugo, que se las ingeniaba para engancharse a los planes de mi pandilla siempre que le era posible, o sea, al menos, cada fin de semana. Se estableció así entre nosotros un ambiguo trato, de que nos encontraríamos sin ni siquiera habernos citado. Era como aprovecharse de la casualidad y fingir que no contribuíamos a que pasara. Pero transcurridas unas semanas, puede que un mes, Hugo empezó a llamarme y a forjar planes privados sin contar con el resto.

Yo para aquel entonces, me preguntaba por qué demonios perdía el tiempo con el médico de emergencias. Acudía a sus convocatorias, íbamos al cine, a pasear e invariablemente acabábamos en la cama. No obstante, por una inexplicable razón, algo nos separaba a Hugo y a mí, algún matiz sutil que ejercía de barrera infranqueable. Con otros chicos, tras las cinco primeras citas, los sentimientos quedaban claros, diáfanos, al descubierto. Con él no. Esquivaba hablar de nosotros, yo tampoco lo provocaba, de un lado no sentía la obligación, de otro, bastaba percibir su reticencia para tirar por el callejón opuesto. Yo soy así, mi vena rebelde, que sale al recreo cuando menos me lo espero. Se acumulaban los días, las citas y los encuentros sexuales y la cosa perdía fuelle a marchas forzadas.

Andaba en la obra peleándome a brazo partido con los electricistas. Sonó mi móvil. Margarita requería unos segundos de atención. No esperaba escuchar tamaños berridos, cuando me retiré a una esquina a disfrutar de un poquito de intimidad. Lloraba como una becerra.

—Pero bueno... ¿qué pasa?

—¡Victoria!

—Tranquilízate, mujer, no entiendo lo que dices —me alarmé— ¿Qué pasa?

—¡Me ha dejado...! ¡Se ha ido! —creo que llegué a oír.

—¿Quién, coño?

—¡Buaaaaah! —Otro ataque de histeria.

—¿Estás bien? ¿Has tenido algún accidente? ¿Estás en el hospital? —traté de organizarme.

—Si, no, no —respondió por turnos.

—Vale —suspiré—. ¿Quién se ha ido?

—Carlos...

¡Ostias, el bombillas! Margarita se embolsó con otra parrafada de la que solo entendí, maletas, plantón y orzuelo. Me pudo el figoneo, lo declaro solemnemente.

—Vamos a hacer una cosa, estoy en la obra —quedaba muy próxima a su apartamento—, despido a esta panda y me paso a verte.

—Preparo unos refrescos. —Eso sí lo entendí. Porque se acababa de sonar los mocos.

—A la que voy, paro y compro algo en el chino.

—En el chino no, que me da asco.

Arrugué la nariz.

—Creí que atravesabas la madre de todas las crisis y no estabas para exquisiteces —protesté.

—Si quieres, no como. —Mira que llega a ser chantajista.

—No mujer ¿qué te apetece? —sucumbí. Total, si iba a ayudarla, mejor hacerlo a su modo.

—Palmeras de chocolate. Cuatro o cinco.

—Tu fruta madre, Marga —renegué. Pero acabé comprándolas. Y rollitos de primavera y ensalada para mí.

Se me abalanzó a los brazos como naufrago al capitán del barco que lo rescata. Tenía los ojos como dos puñaladas en un tomate. Se señaló el derecho con frenesí.

—¡Mira, mira, un orzuelo! Me ha salido de tanto llorar.

—Vaya por Dios. —Conseguí quitármela de encima y me abrí paso a empujones hasta la cocina. Solté las tarteras de comida china, que abrasaban—. Ahí tienes tus palmeras.

—Vamos a sentarnos al sol. Ya he servido las Coca-Colas. —Destrozó el envoltorio de dos tirones y miró los dulces con embeleso—. Gracias, gracias, me hacían mucha falta.

—Vas a comer palmeras con Coca-Cola —apunté incrédula.

—Claro.

—Ah.

Los sillones de ratán de su terraza eran lo más cómodo que ha parido fábrica. Con unos cojines de plumas que eran la muerte y una mantita de mohair para protegernos las piernas de la rasca. A Marga se le da genial lo de decorar, lo borda. Examiné con interés su rostro iluminado por la claridad del mediodía. Tenía un aspecto espantoso.

—Nos íbamos de viaje. Carlos y yo —detalló llorosa al ver mi cara de pasmo.

—No lo sabía.

—Me lo propuso como sorpresa o regalo o yo qué sé, era su cumpleaños.

—Largó un bocado y desapareció media palmera—. Me gustaba mucho.

—¿En serio? —No me lo tragaba. Margarita era puro capricho, el suyo aún no había llegado. Pero disimulé por el bien de su desahogo.

—La tenía chiquita pero matona —se secó una lágrima al vuelo—, en la cama se esforzaba mucho. En fin, que ya estaba yo con las maletas llenas de trajes esperándolo en la puerta... y va el muy cerdo y me llama...

No pudo seguir, se atragantó y la Coca-Cola salió disparada por los orificios de la nariz. Le alargué tres servilletas con unos preciosos estampados de hojas de acanto en malva.

—Y me dice que se lo ha pensado mejor... ¡A las siete y media de la mañana, Victoria, figúrate! Se lo había pensado mejor mientras se afeitaba, supongo. Y que esto era ir muy deprisa. Lo de irnos juntos de viaje...

—¡Qué asqueroso! —Me salió del alma.

—Cachocabrón, malnacido... ¡Yo lo quería! —vociferó. Me dejó de piedra.

—¡Anda ya, vas a quererlo! —Me retrepé en mi silla para analizarla mejor. Se ve que la había afectado mucho el plantón.

—Que sí —machacó, volviendo a morder la segunda palmera. Se le dibujó un surco de chocolate negro por todo el bigote.

—Pero si era un tirillas, calvo como... como una puta bombilla... y bajito. Y si encima me dices que por trabuco tenía un gusanillo...

—Me trataba como a una reina, me hacía reír —afirmó sacudiendo enérgicamente las migas de la mantita del sofá.

Ah, bueno ¿ves? Esa sí es una razón de peso para querer a alguien. Pero no era momento de admitir cosas así, tenía que machacarlo para animar a mi amiga.

—Era como Kojak si le cortasen las piernas —insistí, luchando por arrancarle una sonrisa. Pero sabía bien a qué se refería. Yo había conocido lo mismo en una etapa de mi vida, con Alberto. Y de algún modo también con Max. Transcurrieron unos minutos terribles durante los cuales, no supe bien qué decir para consolarla. El orzuelo se agravaba—. Dame un cigarro.

Me miró con ojo atravesado.

—No fumo, ya lo sabes... y tú tampoco. ¿Desde cuándo?

—Lo dejé cuando empecé con Max. Pero ahora me apetece uno, con desesperación.

—¡Qué fuerte, es verdad! Dicen que el tabaco engancha tela ¿cómo conseguiste dejarlo?

—Simplemente se me quitaron las ganas, se me pasó... —Para ser honestos, no podía explicarlo, no lo sabía.

—No fueron las ganas de fumar lo único que se te pasó junto al inglés —citó Margarita con desmayo—, estabas de apagadita...

Por fin lo había soltado, después de tanto simular. No podía apoyarme en el respaldo de la silla, poner cara de interesante y fingir una indiferencia que no sentía. Trotó libre mi amargura.

—Entonces era verdad... —La vi asentir—. Pues bien que me alentaste y lo defendiste —le reproché apesadumbrada.

—Puede que me equivocase, pero se le veía tan enamorado, te cuidaba con aquel esmero y era tan rico...

—Marga, sabes que me importa un bledo la salud de la cuenta bancaria de la gente —me sublevé. Ella opuso sus manos en son de paz.

—Siempre es un alivio saber que no te faltará de nada, te trataba como a una emperatriz china, jolines, que ya era hora.

—De todas formas y para tu información, no he aprovechado ni un euro de la cuenta de Max para mis necesidades personales. Entre tú y yo, y sé que suena sórdido, preferiría que hubiese ofrecido pagarme la factura de electricidad, que también él consumía, en lugar de tantas flores y tanto regalo insulso. He pasado toda mi vida sin botellas de vino de cuatrocientos euros y mírame, aquí tan contenta. De hecho, ni siquiera me gusta demasiado el vino.

—Son una mierda los hombres.

—No mujer, todos no —la achuché con cariño, superado mi momento de desahogo—, solo algunos.

—¿Cómo está el orzuelo? —Se lo miré sin mover un músculo de la cara para no asustarla. Rojo, hinchado, supurando—. ¿Y qué hora es?

—Las cuatro de la tarde, casi.

—Llevo ocho horas llorando sin parar. Este ojo no se me curará en la vida, lo perderé por culpa de Carlos... ¿Y a ti qué tal te va con Hugo?

Madre mía, qué capacidad la de Marga para saltar de una cosa a otra. La pregunta del millón ya estaba tardando. La solté como si quemase.

—Uff... Hugo... el rompecabezas humano.

—No te quejes, no para de llamarte y salís juntos, está colado, me lo ha dicho Isabel, lo dice todo el mundo. Juana está convencida de que la porra es suya, bueno, nuestra.

Por una vez no me escoció que jugaran apuestas y corrieran dinero y diversión, a mi costa.

—Hay algo extraño en todo esto... A veces pienso que es solo sexo y la verdad... — desvié la mirada pero Margarita seguía allí, embobada aguardando ansiosa a que continuase—, no es para tirar petardos.

—No me lo creo, con la fama que tiene... Además el primer día me contaste...

—A ver, tiene un pollón magnífico y se sabe menear, al César lo que es del César, pero el primer día, creo que mi imaginación y mis ganas lo hicieron casi todo. Fue fantástico. Después, él va a lo suyo y se le da muy bien. Yo me quedo un poco... a dos velas.

No había pensado contarle a nadie que el sexo con Hugo tras el estreno, no me proporcionaba el menor placer, pero ya que estábamos... Margarita se echó las manos a la cabeza. Sé que por un instante había pensado que le mentía, pero leyó la sinceridad en mis ojos oscuros.

—¿¡En serio!?

—Y tan en serio, un día detrás del otro y la verdad... — me miré las uñas aparentando frialdad— no estoy enamorada, no avanzo con él hacia nada concreto y ¿para qué me acuesto y me arriesgo si no siento nada? Es un estímulo meramente físico, no se entrega...

—¿Te gustaría que lo hiciese?

—Supongo. Sería al menos, una relación normal, podríamos conocernos y ver si funciona. Pero... es gélido —recapacité—. También podría ser cosa de la postura, no hay manera, no la cogemos.

Yo es que el asunto de la postura equivocada, lo tengo adoptado como excusa para cuando el sexo no acaba de cuajar, ya os lo he comentado antes.

Lo fácil y pronto que me convenzo a mí misma.

—Yo sin embargo, con Carlos tenía una cama excepcional.

—Volvió a acordarse y a gimotear. En cero coma dos segundos, lloraba a lágrima viva. El cuento de nunca acabar.

—Por favor, Margarita, era un repelente que no te amaba y encima te ha dejado colgada con las maletas hechas por un arrebató de inseguridad. Ponlo en la papelera de reciclaje. Si te sirve de apoyo solidario, yo mandaré a Hugo al carajo la próxima vez que me llame.

—¿En serio? —me preguntó entre un mar de lágrimas y rímel corrido.

—Palabrita del niño Jesús. Y nos iremos de juerga este fin de semana y el otro y el otro, y la liaremos parda —prometí, secándole una lágrima rodante.

—Si eso es verdad... tengo algo que decirte... me lo contó Juana, que se

lo contó su prima, que se lo dijo su marido después de unas cervezas con Hugo, pero pensamos que era mejor callarnos y ver qué pasaba.

—Habla —temblé.

—La semana pasada... Hugo se acostó con dos fulanas. —Me miró con los ojos muy abiertos, por si me echaba a llorar o me clavaba en la tráquea los palillos chinos. Pero toda yo era una montaña de hielo, fría y en apariencia, indiferente—. No dos fulanas en el sentido estricto, quiero decir, que no son putas, una es ingeniero técnico de algo y la otra es medio modelo, salió en la tele, yo qué sé... las dos se llaman Ana.

—¡Qué bonito! —asimilé a duras penas recordando que la semana anterior, Hugo y yo habíamos tenido tres encuentros de cama. Menudo semental.

—Son de Málaga —agregó cautelosa.

—Me imaginaba.

—Pero bueno ¿no te importa? —Margarita se contorsionó con tal de verme la cara, por si descubría tristeza o decepción oculta, pero no.

—La verdad, no sé si me importa. Es lo penoso del caso. Supongo que... no.

—En otras circunstancias le arrancarías la nuez de un mordisco. — Margarita conoce mi temperamento latino y le consta que soy celosa. No hasta el punto que ella se teme, pero sí.

Hubiese debido ponerme gris. O al menos, saltárseme una lagrimita díscola. Nada. Extraño. Intimidante.

—Pues ya ves. Debe de ser que esto no marcha. Arreglad lo de la porra como podáis sin despellejaros, porque ninguno de los dos está enamorado. Esa palabra le viene grande a tipos como Hugo.

36. Noche

De Chicas

Pasé el resto de la semana en estado de flotación, tratando de comprender por qué había accedido a verme en más de una ocasión con el médico de los cojones, si no sentía nada. Me había dejado arrastrar por el ardor de la bebida, por escenarios que invariablemente conducían a la cama. O por la soledad. O por el aburrimiento. Bien ¿y qué? Podía haberlo dejado ahí, en un polvo diez en una noche rural. Pero él me había buscado por cielo y tierra y yo había acudido. Total ¿para qué? La primera noche que me llevó a su casa, se molestó mucho, demasiado, colocando un caminito de flores rojas desde el salón al baño, donde ardía incienso de sándalo. La bañera estaba preparada, rebosante de espuma y nos habíamos desnudado el uno al otro *leeeentamente*, disfrutando de cada roce, aumentando la fogosidad cada vez que nuestras pieles se tocaban. Luego nos las habíamos arreglado para entrar ambos en la minúscula bañera y hacer el amor durante horas. Yo no alcancé el orgasmo para variar, pero la puesta en escena, los besos, las miradas lascivas y el toqueteo, no habían estado nada mal.

Me llamó unas tres veces y jamás descolgué. No tenía intención de hacerlo. Tampoco podía hacerse el encontradizo, porque acordé con Margarita dar tregua a las fiestas de momento. Sábado noche. Cita previa en el apartamento de mi amiga, solas ella y yo, y lo que se terciara. Me sorprendió con una botella de *Moët Chandon* bien encajadita en el cubo entre hielo picado. Dos copas. Un brindis. Otras dos. Más brindis. Una tercera. Brindis, brindis y brindis. Por nosotras, exaltación de la amistad, por nosotras y nuestros zapatos de tacón, por nosotras, por los hombres que saben amarnos, por la juerga de la noche.

Puerto Banús, allá vamos.

Salimos a la calle tambaleándonos de manera vergonzosa, pero más felices que perdices en escabeche. Acercándose el verano, Marbella se sale por las fronteras, el puerto era un bullir jubiloso de gente guapa, con rabiosas ganas de divertirse. Los restaurantes y sus terrazas iluminadas con lujosos farolillos, se abarrotaban y los camareros serpenteaban las mesas bandeja en ristre, con pasmosa agilidad. Todo parecía parte de un Circo del Sol muy bien

planteado, rutilante, esplendoroso.

Cenar en algún sitio de moda era parte del plan aquella noche; en lugar de eso, nos inflamos a patatas fritas en casa de Marga y cayeron dos botellas de champán completitas. Innumerables locales en el puerto, proporcionan oportunidad de comer lo que te apetezca a las horas más intempestivas, los manjares más exóticos siempre a punto de caramelo. Cuando estuviésemos a punto de caer redondas, haríamos una paradita y a zampar.

Descubrimos una respetable cola aguardando acceso en la sala de fiestas de la Torre de Piedra, hermoso y distinguido establecimiento instalado en la antigua torre vigía del puerto, con una terraza desde la que puedes divisar los yates anclados en sus atraques, la mayoría con fiestas a bordo sobradas de famosos, y nos sumamos sin dudar. A la cola, me refiero, no a las fiestas. Mientras esperábamos y soportaba con paciencia los excitados saltitos de Marga sobre sus interminables plataformas, recordé fugazmente los sitios a donde me llevaba Hugo. El grandilocuente Hugo, el fantástico, arrogante Hugo. El que se creía por encima del resto de la humanidad, del bien y del mal y te lo demostraba con una sonrisa torcida llena de significado y una brutal negativa a las caricias y al afecto. Me agasajaba, compraba comida india y la devorábamos sentados en la alfombra de su casa, íbamos al cine, ansiosos ante la perspectiva de cualquier estreno. En realidad, ambos amábamos con desesperación el séptimo arte y yo, tras una larga temporada de privación, dado que Maxwell no entendía el español y no dábamos con pelis subtituladas, tenía tal mono que era muy capaz de irme al cine sola, conmigo misma y mi bolsa de chuches. Hugo decidió que eso no podía ser, y que de ahora en adelante sería mi satélite en cada estreno. Ajá. La excusa perfecta. No nos llamábamos para salir, pero nos enviábamos mensajes aludiendo a las novedades cinematográficas, algo que indefectiblemente ocurría a intervalos semanales. Así empezamos a vernos con asiduidad y completamente al margen de los planes del grupo. Jugando a que no pasaba.

Por fin, las puertas dobles bellamente talladas del local, se abrieron para nosotras y nos asaltó una explosión de sonido y color. Volamos hasta la barra y ordenamos dos gin-tonics después de visualizar el que sería nuestro reservado perfecto. Una vez acomodadas, al Dj le dio por lucirse y pinchó mi tema favorito. Fue oír los primeros compases y mi copa se hizo más sabrosa, la luz rosada de los reservados me recordaba los cuentos de las mil y una noche y mis pies pedían pista. Quise levantarme, pero Margarita me atrapó el borde del vestido y me propinó un soberano tirón. Volví a tomar asiento, no fuera a

quedarme en tanga allí en medio.

—Tengo algo que contarte —musitó con cara de chismosa y el dedo jugueteando con su pelo. Menuda cogorza.

—Toda oídos —aseguré cumplidora. Mentira y gorda. Mis cinco sentidos continuaban enganchados en las notas de la canción.

—Me gusta un profesor del gimnasio, adivina cual.

La miré casi bizca, conmocionada. ¿Era la misma Margarita del corazón despedazado la que me hablaba? ¿La del orzuelo a causa del llanto? ¿Cuánto hacía de eso, tres días? ¿Cómo era posible que ya se le hubiese pasado el desencanto de amor?

—Estoy tan feliz, aquí contigo, mi mejor amiga... Te echaba de menos, odio a ese Maxwell que te secuestró. Todos comentábamos que te mantenía aislada a propósito. —No, por la Virgen de la Macarena, otra vez con el inglés, no.

—Del gimnasio... —simulé concentración— Sólo tenemos el de *spining* y no creo que pase de los veinte abrilés...

—¡Frío! —se entusiasmó— ¡Frío, congelado! A ver... ¿Qué otro deporte practico últimamente? —Entretanto introdujo sin querer un dedo en su vaso.

—¡Boxeo! —exclamé cayendo en la cuenta.

—¡Caliente, hirviendo! —palmoteó— ¡Sí!

No supe qué decir. Bien pensado, la había notado taciturna en la clase de bicicleta, con los ojos clavados en el código de barras de su artefacto con tal empeño, que deduje que querría memorizarlo. Y al acabar, completaba esa hora de sudoroso esfuerzo con otra más, emprendiéndola a puñetazos con un desgraciado saco. Mucho me insistió para que la acompañase, pero demasiado ejercicio no es bueno. Marga no me hizo ni puñetero caso. Ahora lo entendía todo. Cerré la boca, que debía llevar un buen rato abierta.

—Pero... ¿Y Carlos?

—Ese era un mero entretenimiento... mientras que Martini me hace caso.

—¿Martini?

—El profesor de boxeo ¿de verdad no le has visto? Es el hombre anuncio de Martini en persona.

Cielos, entonces debe de tenerlas haciendo cola, pobre Margarita, en los berenjenales que se mete.

—Pero lo pasaste fatal... —Yo volvía a referirme a Carlos, la verdad, aún no conseguía hilar su extraña cadena de sentimientos. Tampoco coordinarlos con los míos. Yo, pasmo. Ella, exaltación en grado máximo.

—Bueno, sí, claro, una tiene sus expectativas, pero Martini es quien de verdad me gusta. —Levantó la copa picarona—. Por él, por él y por él, que está como un queso.

Interrumpió nuestro enésimo brindis, un chico moreno que vino como una bala y se sentó sin pedir permiso. Era guapetón, pero su desmedido contoneo y su mano apoyada en la cadera, me reveló sin matarme mirando, que no era ligar con nosotras lo que buscaba.

—Me vais a perdonar, pero sois lo más glamoroso que ha entrado aquí esta noche. —Ya me caía bien—. Decidme de dónde son esos trajes, por amor del cielo, decídmelo.

—De Karen Millen —se apresuró a descifrar Margarita. Menos mal que fue rápida, porque el mío era de Zara y me estremecía arrebatarme al chico su ilusión de primeras marcas.

—Sois tan...tan... diferentes. —Llevó ojos y manos al techo en una muestra de experiencia religiosa casi indecente.

—Es que aquí hay mucha puta suelta —rió Margarita sin cortarse un pelo. Yo no podía creer lo que había oído, pero al recién llegado le hizo mucha gracia y los dos a coro gorjearon como gallinas.

—Soy diseñador —se presentó señalándose el depilado pecho con unas manos llenas de anillos— y me encantaría mostraros...

Ya me parecía a mí. Los halagos no eran fruto de una admiración espontánea. Éramos nuevas y el vendedor acudía como las moscas a la miel por ver si nos endosaba algún modelito. No me enteré de lo que le encantaría mostrarnos, porque de entre las sombras brotó una silueta escuálida recubierta de lentejuelas color café, meneando los brazos cual molinillo y llamando a Margarita a gritos.

La reconocí. Pepi que ahora se hacía llamar Pepa, que es más *cool*. Profesora de aerobio de nuestro gimnasio. Me pregunté por qué diablos tenía Margarita que convertirse en amiga íntima de todo bicho viviente aunque no hubiera intercambiado más de cuatro palabras con ellos. Aquella mujer me odiaba, podía olerlo en sus miradas atravesadas. Venía corriendo muy feliz, pero frenó derrapando en cuanto me divisó.

—¡Margarita, qué alegría verte! ¡Qué guapísima estás! —La zarandeó por los hombros y temí que Marga le vomitase encima los litros de alcohol que transportaba en el estómago. Luego desvió un ojo en mi dirección y su estrepitosa sonrisa viró a forzada— ¡Ah, hola! Perdona, no recuerdo tu nombre...

—Yo tampoco el tuyo... —le respondí con idéntica falsedad.

—Pues como os iba diciendo, tengo unos trajes de fiesta... —retomó el diseñador incansable después de mirar a Pepi de arriba abajo como si fuera un insecto molesto.

Margarita se las apañaba para atender a todos, como la perfecta anfitriona que era. Yo, por el contrario, desvarié pensando en la música y en la volubilidad amorosa de mi amiga, sintiendo sobre mis huesos la mirada escudriñadora de Pepi. Y en un rato corto, la melancolía se había apoderado de mí. Recuerdos, veloces imágenes mías con Hugo en aquellas ocasiones en que su lado dulce y amoroso asomaba sin que él tirase de la rienda. Sus ojos dorados mirándome intensos. Yo preguntándome por qué no podía ser así todo el tiempo... Maravilloso.

—Vamos a hacernos unas fotos —propuso Margarita emocionada. Apuesto a que también andaba deseosa de perder a la tal Pepi, de vista.

—¡Yo hago de fotógrafo! ¡Yo, yo! ¡Tengo unos encuadres para morirse! —Nuestro amigo se apoderó de la cámara y empezó a sacudir las manos organizando el grupo, indicándonos la dirección y altura ideal de nuestras posiciones. Pepi se colocó por medio.

—No acerques tanto la cámara —pedí al advertir que nuestro artista, más ebrio que otra cosa, prácticamente nos la metía en la nariz. Íbamos a salir todas como reflejadas en una cuchara. Antes de poder aclarar lo de que la imagen se deforma, Pepi se me adelantó graznando.

—¡Eso, eso! No le acerques la cámara aquí a la señorita, que le van a salir todas las arrugas. —Y se rió ella sola de su gracia. Marga le lanzó un dardo criminal en forma de ojeada.

—Creo que nadie te ha invitado a la foto —decidí en cuestión de segundos. Y de un empujón la lancé fuera del cuadro.

A partir de ahí, me dediqué a bailotear e ignorarla hasta que se aburrió y se largó. Triste amargada. Dice un ser entrañable a quien tengo el gusto de conocer y llamar amigo, que **los insultos de los envidiosos se barren con indiferencia**. Yo añadiría un buen empellón. Al menos sólo por esta vez.

También nos quitamos al diseñador de encima, el tiempo necesario para echar un par de bailes, pero rondaban las cinco y media de la mañana y me moría por hacer el salto de la gamba... sobre mi colchón. Tironeé de Margarita hasta que la saqué fuera.

En la calle, la temperatura invitaba a trasnochar. Las parejitas de quinceañeros se pegaban el lote aprovechando los rincones oscuros. Atendí la

charleta de Margarita y sus planes con Martini, hasta que me dio por cantar “El Fantasma de la Ópera” desafinando a todo pulmón. Encantada, ella me coreó por la avenida, ajenas a las miradas y los dedos señaladores del personal, tan pedo como nosotras. Cuando quisimos darnos cuenta, nuestra exhibición particular de canto se había rodeado de un nutrido grupo de fans, que nos hacían los "*tutuás*" y nos aplaudieron a rabiar.

Después de muchas horas miré el teléfono (curioso, no había recordado ni que existiera), tenía cinco llamadas perdidas de Hugo. Natural, sábado sabadete, un wok chino y un polvete.

Se había quedado con las ganas, pobrecillo. Que llamase a una de las Anas. O a las dos, mejor un trío. A ver si tenían huevos de acoplarse todos en la bañera.

37. La Victoria De Una Debería Ser La Victoria De Todas

Los días se superpusieron mágicamente y los castillos de mi parque temático arrancaron del suelo y rozaron las nubes con sus torreones coronados de penachos escarlata. No cabía en mí de gozo. Cuando el teléfono sonó otra vez, supe que era el momento de enfrentar a Hugo. Unos cuatro días desaparecida y sin dar señales de vida, quizá era demasiada descompostura.

—Estás muy perdida —rió, como si le hablase a su colega de ambulancia.

—Trabajo, trabajo y trabajo —mentí con descaro.

—¡Anda ya! ¿Seguro que no ha habido una juerguecita por ahí?

¿Era mi imaginación o indagaba con disimulo en qué empleaba yo el tiempo libre?

—Bueno, lo confieso, algo hubo... —le seguí el tono bromista.

—Hemos perdido los estrenos de la semana pasada, se nos acumula el trabajo, socia.

Socia. Buen título, especialmente pensado para no comprometerse. Sonaba tan... tan de amigotes de cervecería. Yo no era eso. Podía serlo, pero en el caso de Hugo, no quería. Pensé en decirle que era mejor darnos un respiro de tres o cuatro mil años, que no era buena idea que siguiéramos quedando... qué sé yo. Comedida para no herir sus sentimientos, pero dispuesta a zanjar de una vez aquel absurdo “vernos para nada”. Dejando a un lado su inconsistente frialdad, no era todo cuestión de sentimientos, yo ansiaba un orgasmo en condiciones y lo ansiaba ya. Si él no me lo proporcionaba, buscaría en otra tienda.

—Tengo que ir a Málaga esta tarde, a elegir unos materiales, unos porcelánicos que quiero seleccionar personalmente —se me escapó sin poderlo remediar. ¿A cuento de qué había dicho yo que iba a Málaga? ¿No había decidido que no nos veríamos más?

—Tengo guardia en el hospital, podrías pasarte y nos tomamos un té, un refresco, lo que quieras, en la cafetería —sugirió complaciente.

Sonaba bien y no demasiado comprometedor. Lugar público, gente alrededor, a salvo de sus manazas. Puede que me diese un garbeo y lo dejase

invitarme a café. No aseguré nada, pero para cuando aparqué mi coche delante de la fábrica de porcelánicos, ya sabía que iría y en qué terminaría la aventura.

Volví a equivocarme.

Le avisé con una llamada y salió al mostrador de urgencias a recogerme. Muy guapo con su pijama verde quirófano, guapísimo. Sonriente. Ojos brillantes como niño con zapatos nuevos. No esperaba encontrármelo tan feliz por verme. Me tomó del brazo y me condujo suavemente por detrás de los estantes. Nadie obstaculizó nuestro camino, ningún celador puso objeciones a mi ropa de calle. ¿Acaso era ya, escena costumbrista ver a Hugo el doctor, tironeando de un brazo unido a una mujer de paisano? El pensamiento me estremeció y me recordó que mejor sería salir huyendo. Alcanzamos el estar de médicos. Dentro se oía un extraño revuelo.

Debía de ser una tarde tranquilita, porque el cuerpo de médicos de emergencias en pleno, se apiñaba allí entre voces y alaridos, viendo un partido de fútbol. De repente recordé que estábamos compitiendo en los mundiales. Como todo el mundo se giró para mirarme, saludar y darse codazos disimulados, me vi obligada a corresponder y ser simpática.

—¿Quién juega? —me importaba una mierda.

—España-Ikea —me informó uno.

No entendí el chiste hasta que vi la bandera sueca junto a la española, en el cuadrante inferior derecha del televisor. Entonces, me dio por reírme bajito. El que inventó la cuchufleta, me observó satisfecho. Hugo me hizo señas para que me sentara a la mesa, muy por detrás de los sofás abarrotados. El estar era inesperadamente espacioso y acogedor.

—Tengo café recién hecho —colocó dos tazas en sus platillos y comenzó a servir— y galletitas.

—No me pongas mucho, me quita el sueño —le advertí antes de que rebosara.

—Quizá sea bueno que estés despejada esta noche —me hizo un guiño alentador que fingí no captar. Se sentó a mi lado, innecesariamente cerca y apretado. Joder, qué bueno estaba el puñetero—. Bueno, cuánto tiempo, ¿eh?

—Ya te dije, mucho trabajo, me paso la vida en el estudio.

—Sí, pero os queda tiempo para salir de fiesta... —me acusó con una mueca de fastidio.

—Siempre hay tiempo para despejarse. Es por prescripción facultativa, llevas fonendo, deberías recetarlo. Soy una profesional estresada, apiádate de

mí —gemí con dramatismo, llevándome las manos a la cara. Hugo rompió a reír.

—Payasa... Tenía ganas de verte. —Su cara decía, *"te he echado de menos como los perros a la mano que los alimenta"*. Pero ya sabía que no lo reconocería ni atado al potro de tortura.

—Me alegro. —Bajé la mirada incapaz de soportar la presión de sus ojos—. Yo también —admití, sin apenas pensarlo.

—Salgo a las dos de la mañana. ¿Sabrías ir a mi casa? —Lo miré sin comprender. Sí, me conocía el camino al dedillo, después de recorrerlo un montón de veces—. Mira, estas son mis llaves. Vete para allá, compra algo, cenas, te pones cómoda y me esperas.

—Hugo, yo no...

—Por favor. —Su voz y sus ojos suplicaron mucho más y mejor que sus palabras—. Engañaré a algún compañero y saldré antes, lo prometo, lo prometo, lo prometo.

—No es por eso, es que... —Me negué en redondo a aceptar el llavero, turbada y confusa por primera vez en muchos días.

—No te marches esta noche. Quédate.

No pude seguir negándome. Comprobé con vergüenza que la mayoría de sus compañeros prestaban más atención a nuestra charla que al partido. Al principio simulaban no escuchar, pero luego abandonaron la farsa y se dedicaron a cotillear abiertamente. Vi que me animaban con cabeceos y sonrisillas.

—Está bien. —Recogí las llaves con un veloz movimiento y las lancé al fondo de mi bolso. Resoplé—. A ver ese café.

Giré la llave en la cerradura y accioné el interruptor de la luz. Experimenté la sensación de estar allanando una morada a espaldas de su propietario. De camino había parado a comprar unos kebabs y me senté frente a la tele a consumirlos. Mis ojos vagaron por el escaso mobiliario. Hugo me aclaró que una señora venía una vez por semana a limpiar, planchar y fregarle los platos. En el ínterin, el muy cabrón era incapaz siquiera de fregar un cuchillo. Acabé mi cena y lavé la vajilla, la mía propia y la acumulada, con generosa dosis de Mistol para acallar los malos olores.

Regresé a la tele y saqué de mi bolso la crema para manos. Me llamó poderosamente la atención, la cantidad de fotos de sí mismo, expuestas por todo el aparador. Casi no había amigos, ni sobrinos, ni familia. Era él, él y su

careto por todas partes. De nuevo, una oleada de mal rollo que me hizo preguntarme qué me atraía de aquel sujeto, si es que me atraía algo. Tenía un cuerpo formidable, eso, imposible negarlo y una mirada ámbar e inquietante, una sonrisa canalla en el tercio inferior de una cara preciosa, pero nada más. Ni siquiera había logrado concertar con él una conversación mínimamente interesante, la mayor parte del tiempo sólo hablaba yo.

Pasé al baño y me miré en el espejo. El maquillaje de la mañana brillaba por su ausencia, pero no tenía mala cara, todo lo contrario. Caí en la cuenta de que no tenía cepillo de dientes, ni unas bragas limpias con qué cambiarme, ni una crema facial, ni mi cepillo para el pelo. Tendría que vestirme con la misma ropa ajada a la mañana siguiente, cosa que detestaba. Pero seguí allí, con la inatacable decisión de no marcharme.

Mi siguiente parada fue el dormitorio. Pulsé la luz y una claridad rojiza y tenue inundó la estancia. La lámpara era roja y la bombilla poco potente, especialmente escogida para producir aquel efecto sexy y adormecedor. Mi madre la habría calificado de “habitación de picadero”, claro, otros tiempos, diferentes escalas de valor... La cama no era muy grande, pero Hugo se las arreglaba para pegarse a mí como una lapa y normalmente, no pedíamos mucho espacio. Algo en la mesita de noche, acaparó toda mi curiosidad. El corazón empezó a latir con violencia, realmente fuera de sí. Condones.

Condones.

Condones. Tres.

Hugo no usaba condones conmigo. *Mea culpa*, lo reconozco, pero el caso es que no los usaba. Tomaba la píldora, me iba bien, era imbécil perdida y prefería sentir su carnecita directamente pegada a la mía.

Condones que no eran para mí.

Bien pensado, el que yo estuviese aquella noche en su apartamento era fruto de la casualidad, no estaba planeado, cuando él abandonó su casa por la mañana para ir al hospital y se dejó... aquello... olvidado y a la vista, no sabía que yo los tendría ahora en mi mano temblorosa.

Hijo de fruta...

Me dejé caer pesadamente en el borde de la cama tratando de decidir qué hacer. Solté los envoltorios de plástico casi con asco. O llevaban allí varios días, o los que faltaban se habían usado la noche anterior. Y yo que por un momento me había tragado su desconsuelo por los días que llevaba sin verme... ¡Maldita fuera mi estampa y toda la inocencia que arrastraba conmigo!

Me levanté de un brinco, atravesé el pasillo y me colgué el bolso al hombro. Agarré mi abrigo y me dirigí a la puerta como una bala. Con la mano apoyada en la manija, recapacité: si me marchaba ahora, tendría que volver al hospital a dejarle las llaves en alguna parte. Claro, que también podía, simplemente marcharme y que le dieran por el culo, tirar las llaves en el primer contenedor que me encontrase por el camino y que durmiese en el descansillo de la escalera. Resoplé dos veces seguidas. No podía hacerle eso, yo no era mala.

¿Por qué coño no era mala? ¡Se lo merecía! ¡Se lo merecía mil veces!

Le envié un mensaje. Fue todo lo que se me ocurrió en mitad de aquella oleada de humillación.

“Los condones que hay en tu mesita de noche no son para mí ¿verdad?”

Me respondió enseguida.

“Son para asegurarme que no habrá reclamaciones por paternidad”. Y dos emojis riendo.

Muy propio de él, salirse por la tangente. Cabrón, mamón, desgraciado.

“Pues conmigo no los usas”

¡Bravo Victoria, muy original la frase! Me faltó añadirle un muñequito con la cara colorada y los cuernecillos tiesos.

“Puede que contigo no me importara ser padre”

Toma ya. Contestación apocalíptica, que a pesar de su obvia falsedad, me dejó bloqueada. La inminente necesidad de huir acababa de esfumarse. ¿Estaba intentando decirme algo? ¿Algo como que yo le importaba, o era especial tocante a las otras, por ejemplo? ¿O simplemente escurría el bulto con cierta pericia, después de haberse descubierto que se acostaba con todo lo que se le pusiera por delante?

¡Ay madre! ¡Me cago en la leche! Otra vez tocada y hundida. ¿Qué hacía? ¿Me iba? Y mientras lo meditaba, me fui desnudando y me metí entre las sábanas. Todo muy lógico, como podéis comprobar.

—Por lo menos, confío en que estén limpias —pensé, sabiendo de antemano que quien no lava un plato, tampoco cambia la ropa de cama.

Me quedé dormida en cuestión de segundos. A mí es que los berrinches me sientan de miedo. En un par de horas, entre sueños noté el cuerpo fibroso de Hugo deslizándose a mi lado, arrancándome la ropa interior, colocándose sobre mí, besándome con pasión, abriéndose paso entre mis muslos, penetrándome y moviéndose a un ritmo pausado y perfecto. Tan perfecto, que

me arrancó un grito de placer causante del insomnio de todo el vecindario.

Al cabo de veinte minutos, repetimos. Y luego, en media hora. Y más tarde, unos quince minutos después. Y cada vez era mejor, más intenso e increíble. De no sentir absolutamente nada, pasé a sentirlo absolutamente todo, creo que todos los orgasmos de todas las mujeres de la tierra, nadaban en ese momento por mi cuerpo, me pertenecían. No dormí ni una hora completa, debimos hacer el amor unas dieciséis veces. Lo juro. ¿Que no? Por lo más sagrado. ¡Lo juro!

Desde luego, las mejores noches son las que no se planean.

Cuando finalmente me dio algo de respiro y se quedó dormido, ya eran las nueve de la mañana y mi obligación era marcharme y acudir a controlar mi obra. Caminé de puntillas y me escurrí fuera de la casa sin tomar ni agua, yo, que por las mañana no soy persona si no me zampo el desayuno del marajá de Kapurkala. En fin. Iba aturdida. Muy fuerte lo ocurrido, pero que muy fuerte, justo cuando creía haber tomado una decisión y cuando Hugo me había mostrado que era más mezquino que nunca. Justo entonces, voy y descubro el Nirvana del sexo. ¡Ya es puñetera mala suerte, joder!

También reparé en que el chaval había entrado en su casa sin llamar. Deduje claramente que disponía de otra copia de llaves. Mira, de haberme fugado no le habría originado el menor inconveniente y yo me habría salvado de la hecatombe "*chechuá*".

38. Lo mío

con Hugo...

—Oye, me han contado que lo tuyo con Hugo va viento en popa —trató de sonsacarme Juana con un suave golpeteo en el antebrazo. Me hice la sueca, infalible en estos casos.

—Anda ya. Es un amigo, hemos congeniado, nos vemos para ir al cine... Mira, eso mismo somos, compañeros de estrenos.

—¡Es Hugo! ¿A quién quieres engañar? —me miró con desconfianza— A mí no, está en juego mi porra.

—Estás como una maraca, Juana, aparcad eso de una vez y dejadme respirar. Por cierto ¿qué tal con Pepe?

—¿Pepe? ¿Pepe? —martilleó los dedos en su barbilla mirando al techo — ¿Quién es Pepe?

—Un barman que te presenté hace meses y al que por lo visto persigues sin descanso —la orienté con sorna.

—Ah, ese.

—Exactamente ese. Yo también sé oír los chismes, no creas —la intimidé. Donde las dan, las toman—. Todo Dios lo llama Jose pero por alguna desconocida razón, para ti es Pepe. Pepe, Pepe —bromeé ahuecando la voz—. El nombre más sexi porque los labios se pegan al pronunciarlo... Pepe...

—Bueno, ahí vamos... no se quiere comprometer —me sorprendió Juana con cara de circunstancias.

—¿Y dónde está el problema? Que yo sepa, tú eres libre como los relámpagos y lo querías seguir siendo. —Si algo la hacía huir, era el olor a responsabilidad.

Juana husmeó alrededor nuestra por si había moros en la costa. Nos tomábamos un merecido capuchino en la cafetería junto a mi estudio y la muy cerda venía cargada de bolsas de ropa.

—Pues nena... ¿qué quieres que te diga? Una va variando de parecer con los años... Ya empiezan a darme mucho por culo estos niñatos picaflores que piensan que todo el monte es orégano. Quiero tener un novio formal...

Estuve a puntito de desmayarme. El vuelco en los intereses de Juana, la

loca de Juana, resultaba desconcertante. Analicé su físico, delicado y pequeño, su pelo recio y negro atrapado en una coleta, su tono imperativo, firme e inflexible en contraste con su apariencia frágil. Sí, era ella, la misma Juana.

—Pero ¿este cambio es por ti, o por él? —quise saber.

—Supongo que parte y parte, Pepe reúne muchas de las cualidades que valoro en un hombre, puede que haya decidido que lo quiero como pareja. — Me enseñó cuánta desolación había en sus ojos, al mirarme—. La pena es que él no comparte la opinión.

—No puede ser, tú eres fabulosa. —Se encogió de hombros desalentada—. Si es que ese Pepe es tonto y en su casa no lo saben, siempre lo dije.

Logré que soltara una risita corta y nerviosa. Menos daba una piedra. Pero seguía creyendo que soñaba, que no era ella la que se descolgaba con aquellas necesidades emocionales tan acuciantes. Si Juana siempre había ridiculizado los enamoramientos, especialmente los míos.

—Lleva la cuenta de los días que me llama, supongo que para frenar si considera que se está pasando. Si le envío un mensaje tarda un siglo en responder y hacemos el amor a escondidas en mi casa. A mediodía —agregó balanceando la cabeza.

—¿A escondidas...?

—Sí, porque cuando paso a visitarlo al bar, me trata como a una más de sus múltiples amigas. Hay cientos de moscas horribles olisqueando por allí. —Se miró los pies.

¿Juana mirándose los pies? ¿Juana alicaída? Inaudito.

—El mundo se complica —suspiré—. Los hombres lo tienen tan fácil y nosotras estamos todas tan dispuestas, que si yo fuera ellos, sería más puta que María Martillo, no me engancharía con ninguna jamás.

—Hay mucha loca alegre por ahí suelta, tú es que no sales demasiado —rezongó Juana—. Y lo que te cuento, sin mencionar que cada vez que se me acerca se me ponen los pezones como el timbre de un castillo. —Suspiró—. En fin, sigues sin soltar prenda respecto a Hugo.

Me alegró que cambiase de tema, porque la noté más contenta. Pero yo no tenía claras tampoco mis ideas, no pensaba crucificarme con una confesión.

—Nada que contar, en serio. Piensa que yo, en esa historia, de momento, soy Pepe.

Lo había sido, hasta hacía nada. Pero ahora, con aquel arsenal interminable de orgasmos recién descubierto, las cosas habían cambiado. Me

corroía la duda o desvelar mis verdaderos sentimientos hacia Hugo; no podía evitar preguntarme qué ocurriría si él se abriera ligeramente a mí. Un poco. Algo.

Lo malo era que en tanto él negase sus sentimientos, yo no daría rienda suelta a los míos. La pescadilla se muerde la cola.

“¡Hola bichito! —Era Hugo. Temblé toda. ¡Imbécil!—. Llamo para invitarte a Tarifa, este fin de semana, voy con unos amigos, nos divertiremos. Si te apetece, llámame.”

Biiiiiiiiiiiiiiip.

Era su voz grabada en mi contestador. La escuché en mil ciento veinticuatro ocasiones. No iría, ni pensarlo. No iba descaminada al deducir que Hugo pretendía compensarme por el ultraje de los condones. A su manera, claro, invitándome a una juerga. Dios. Me atraía un ser incapaz de compartir una cena tranquila y disculparse. O no disculparse, estaba en su derecho, pero ofrecer una explicación, una pista sobre lo que implicaba mi presencia en su vida. Cuál era el motivo de que celebrase tanto el verme, en cuanto pasaban dos días entre nosotros, pero que luego, todo quedase en un “volver a cero”. Yo deseaba saber, no sé si era mucho pedir pretender salir de mi ceguera.

No nos comunicamos al día siguiente de aquella noche infame. Lo de infame en sentido figurado, por supuesto. Y yo lo agradecí porque mi cerebro era una auténtica tortilla de patatas. Un revuelto de ajetes. Me llamó en las veinticuatro horas siguientes con la excusa de una película que nos aguardaba con los brazos abiertos. Claro, cómo había podido olvidar la socorrida excusa del cine. Lo más grave es que me desplazé sesenta kilómetros ajustándome a su teatro, simulando que lo que me llevaba allí era el amor a Brad Pitt. No fui capaz de sacar a colación el espinoso asunto de los condones y la mala uva que traía conmigo se disipó en cuanto me tomé una cerveza y nos echamos unas risas. La película me gustó y volvimos a hacer el amor un número incontable de veces. El deseo irrefrenable no nos permitía dormir ni cuarenta minutos seguidos. Un roce de nuestras piernas bastaba para desencadenar lo más grande. Empecé a temer que aquello fuese anormal.

Y así se había repetido, una y otra vez. Hasta aquella invitación a Tarifa que me pilló por sorpresa y que llevaba quizá un mensaje oculto que no supe descifrar. El caso es que me negué a aceptar. El pánico a dañarme se consolidaba, ya podía verlo: una nube negra planeando sobre mi cabeza, augurando mal de amores. Había tenido bastante con mi matrimonio, me hizo

trizas el corazón y el alma. Luego Alberto el juergas y el desequilibrado de Max. Y yo desangrándome, perdiendo mi alegría de vivir, mi encantador infantilismo, volviéndome más grave, endurecida, más parecida a doña Reglas. No pensaba darle a nadie la oportunidad de romperme nuevamente.

Se ve que la falta de noticias por mi parte, lo empujó a llamarme.

—¿Has recibido mi mensaje?

—Sí, claro... —balbuceé.

—¿Y? Puede ser sensacional ¿no te gusta Tarifa?

Claro que me gusta Tarifa, imbécil ¿a quién no le gusta Tarifa? Sus callejones encalados, sus bares de copas a rebosar de surferos, el incienso ardiendo por todas partes. Me gusta, me encanta, pero no quiero ir contigo.

—No quiero ir contigo, Hugo —confesé finalmente con poca energía. Hubiese querido sonar más drástica. No pudo ser.

—¿Y eso? —mi rechazo lo decepcionó.

—Esto está yendo demasiado lejos, pasamos demasiado tiempo juntos y... puede que me esté encariñando contigo —no quería decirlo, pero alguien tenía que poner la primera piedra en aquella puta torre de Babel—, no quiero encariñarme, no creo que le convenga a mi salud mental.

—Es sólo un fin de semana —replicó seco—, te calientas demasiado la cabeza.

Típico de Hugo. Cerrarse al momento presente, cuando hago referencia al montón de meses que llevamos juntos. Ví que era inútil seguir por ahí, menos por teléfono.

—Vale, pues prefiero quedarme.

Silencio embarazoso.

—Como quieras. —Jolines, sería hijo de fruta que ni insistió... Su abrupta respuesta me trajo desconcierto a manos llenas.

Lloré. Por primera vez desde que conocí a Hugo, las lágrimas y el desconsuelo se cebaron en mí. No me encontraba bien, estaba perdiendo los papeles, algo usual, aunque igualmente desagradable. Tenía que encontrar el modo de cerrar los ojos y sacarlo de mi vida aunque fuese a patada limpia.

Fui a la cocina, abrí el frigorífico y me comí un yogurt. Inmediatamente estaba más repuesta. Sí, me asombró lo rápido que se había pasado la desesperanza. Sonreí al comprender que la puñalada trapera de Pedro, mi ex marido, me había fortalecido, que si fui capaz de sobrevivir a aquello, a la monstruosidad de que me hizo víctima, soportaría cualquier cosa.

Buena lección. Dolorosa y cara, pero útil. Sería difícil que un hombre

volviera a tumbarme.

39. Seguir

luchando...

Cuando descolgué el teléfono para atender a mi ansiosa Margarita, quería que me pasara por su casa, tenía cita con un vidente. Marga siempre consigue dejarme perpleja.

—Te presento a Manel. Manel, esta es Victoria, mi mejor amiga. Manel es cubano.

—Encantada. —Le ofrecí mi mano, insegura, un poco rígida por el modo intenso en que me miraba.

—Va a ayudarme a cazar a Martini —anunció ella, ajena a todo el flujo de energías que se agitaba por su apartamento.

—¿Cazar? —Me lo explica, por favor.

—Vamos a hacerle vudú... —Eché atrás la cabeza y se lanzó a la risa floja. Manel revolvió las manos muy turbado.

—No, no, vudú no. No nombres esa palabra, es pecaminosa. Trabajo con magia blanca, el vudú es para otros asuntos.

—Así que existe, después de todo —susurré incrédula.

—Desde luego, señorita, y es potente y destructivo como no se puede imaginar.

—Hazle vudú a Hugo, que no se le levante el calabacín si no es contigo... —me animó Margarita la peliculera, perdiéndose por el pasillo—. Manel, voy a preparar la habitación.

—Ni caso, está como un cencerro —la disculpé, movida por la evidente desazón del cubano—, pero es buena chica. Ayúdala en lo que puedas.

—Es curioso que lo digas, tú no crees en estas cosas —sentenció con determinación.

¿Lo llevaba escrito en la frente? Maldición. Iba a ser cierto lo de la videncia. Me retiré discretamente al sofá, donde Margarita había dispuesto una merienda opípara y me puse las botas en tanto ellos dos montaban conspiraciones en la habitación de huéspedes. Al salir, Margarita lucía radiante, como un pequeño sol y Manel clavó de nuevo en mí, sus ojos de escarabajo.

—¡Ay, Victoria! ¡Ay qué felicidad! Manel dice que Martini será mío, me

lo asegura. —Volteó hacia el muchacho, moreno y delgado— ¿Por qué no te habré conocido antes?

Traté de encubrir mi mueca de descreída. A mí a estas alturas, ya no me la dan con queso.

—¿Quieres probar?

—¡Qué buena idea! ¡Sí, Victoria! A ver qué te dicen las estrellas...

—Las runas —la corrigió Manel sereno.

—Jolines, qué más dará...

Pretendía reírse de mí, ponerme en evidencia por recelosa. Vamos, como si llevara un letrero colgado que dijera “excéntrica” por no acudir al consultorio de la bruja Lola.

—No, de verdad, no me hace falta —intenté escabullirme—, mira, vamos a tomar té con pasteles, creo que te lo has ganado —solté queriendo hacer una broma. Pero con Manel no se podía.

—Opino que sí te hace falta, estás triste, no tienes por qué —apuntó con una imperturbabilidad que me sacó de quicio.

—¿En serio estás triste? —Margarita me abrazó vehementemente— ¿Por qué amiga? ¿Por qué no me has contado nada?

—No tengo conciencia de tal tristeza —repliqué, mirándolo repentinamente hostil. La conversación acababa de convertirse en un duelo. Más que hablar, nos retábamos.

—Eso es lo peligroso, que flota en el subconsciente. —Alargó una mano elegante y trigueña—. Permíteme aconsejarte.

—No te lo pienses más —Margarita apoyó ambas manos en mi espalda y me empujó sin contemplaciones hacia el cuarto en penumbras—, ve, ve y luego me cuentas. Verás qué guay.

Esta chica...

Entré dando traspiés, apabullada por la atmósfera misteriosa que mi amiga había creado con tanta perfección. Los candelabros abundaban en el apartamento, los había colocado dispersos por el dormitorio, en un ficticio caos capaz de dibujar sombras y figuras en las paredes. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Quería marcharme de allí corriendo.

Cuando giré la cabeza, Manel me miraba sonriente, transmitiendo fe y sosiego. Me dejé llevar y tomé asiento mansamente. Sobrecogida.

—Y bien... ¿qué quieres saber?

—¿Que qué quiero saber? Nada en realidad —me desconcerté. Debía de haber olvidado que entre él y Marga, prácticamente me habían llevado a

rastras hasta la silla.

—Oh, sí. Quieres saber acerca de tu futuro en el amor. —Sonrió seguro de sí mismo. Empezó a barajar unas cartas anormalmente grandes. Las miré desde lejos con aprensión.

—No creo en el tarot —me apresuré a advertirle.

—No voy a leértelas, no temas. —Otra sonrisa arrebatadora—. Son mi guía personal.

—¡Ah! —Me mordí la lengua por mete patas. Era una agnóstica de la videncia, cierto, pero el muchacho me caía bien, no podía evitarlo, de modo que tampoco quería resultar mordaz.

—Hay una persona en tu vida... —Se interrumpió y arrugó una ceja. Mal empezábamos—. Eres un ángel, niña, un alma pura como he visto pocas.

O una mema de primer premio. Omití cualquier comentario. Hubiese sonado a presunción o a mofa. Mejor callada.

—Es un hombre inseguro, apocado y cobarde —¿Apocado Hugo? Quién lo habría pensado—, con una magnífica armadura que recubre sus temores. Jamás te confesará lo mucho que te teme. —Levantó los ojos y me mareó—. Tampoco lo mucho que te ama.

Aquello sonó a cañonazo. Pensé que desde el principio la cosa estaba clara, ni Hugo ni yo nos enamorábamos. Él, porque era un pendón desorejado. Yo, porque mi infalible mecanismo de defensa me impedía enamorarme de golfos y similares hierbas. Caso resuelto.

—Para no lastimarte... debes leer entre líneas —me aconsejó Manel con su voz de terciopelo y sus prolongadas eses.

—Debería alejarme, no es hombre de fiar —me abrí por fin, convencida de mis conclusiones.

—Tú decides. —Dejó de manosear las cartas y las puso a un lado. En su lugar, tomó unas piedrecillas marrones con unos dibujos amorfos grabados en la superficie. Las agitó un instante entre sus palmas cerradas y las arrojó sobre el tapete de la mesa. Dio la impresión de que los candelabros pestañeaban—. Eres demasiado buena para él y digo buena en todos los sentidos del término. Eres una visionaria, Victoria, tú no has venido a la tierra para sufrir, pero tu capacidad y tu fuerza atraen sin remisión, almas atormentadas como la suya.

—¿Piensas que es un alma atormentada? —*Cagüenlamar*. No debí curiosear.

—Eso me dicen las runas. En tres palabras, se siente inferior.

—Pues lo disimula muy bien —definí con sarcasmo.

—Es un experto en engañarse. A sí mismo y a los demás. Quiere aparentar una entereza que no posee. Nadie nunca verá su debilidad, es una promesa que se hizo tiempo atrás.

Desde luego. La persona con la que mejor se llevaba Hugo, era Hugo. Sin duda.

—Eres muy especial para él, significas un soplo de aire fresco en su existencia, bastante anodina por lo demás. Algo diferente a todo lo conocido. Le atraes, pero también pones de relieve sus carencias. Por eso te le indigestas.

Un puñetazo en un ojo me habría dolido menos. Describió mi relación de quita y pon con Hugo con tal precisión, que terminó asustándome.

—Ten cuidado Victoria. Esta lección de vida no es para ti, sino para él. No permitas que te destruya.

Salí del dormitorio en estado catatónico. Hasta Margarita palideció al verme.

40. Si Fueras Un Juguete Para Mí, No Perdería El Tiempo Amándote

Marcado mi futuro por el encuentro con Manel, el número de noches que dormía fuera de mi casa, cambiando mi confortable colchón por los duros e inestables muelles de Hugo, fue en aumento.

Según las instrucciones recibidas, aplicables a su dificultoso caso, para echarle el guante a Martini, Marga debía fabricar unos pergaminos en miniatura con su nombre y el del muchacho, escritos en tinta verde. A continuación, quemar los bordes e introducirlo, enrollado como un papiro, dentro de un pastel de chocolate. El destino del desdichado dulce era ser arrojado al mar con tanta potencia y tan lejos como fuera posible. Margarita me pidió que la acompañase a cumplir con el ritual, cosa que acepté, pero me mantuve firme en mi convicción de no replicarlo con Hugo. Yo tenía diseñada mi propia estrategia.

Nunca te dirá cuánto te ama, nunca te dirá cuánto te ama, nunca te dirá cuánto te ama, nunca te dirá cuánto te ama.

Hay palabras que se graban a fuego lento en nuestra mente, para luego hacernos los días largos y solitarios, y amargarnos las noches. No iba a embrujar a Hugo. Iba a incentivarlo, a proporcionarle todo el amor del mundo. A derribar sus absurdas defensas. Iba a salvarlo de sí mismo y de su espantoso porvenir de des-enamorado.

Moraleja: nunca jamás te esgrimas en salvadora de los demás. Conténtate con salvarte a ti misma, que ya es mucho.

Nos dejamos arrastrar una y otra vez por el pretexto del cine. Aunque los dos sabíamos de sobra que eran las ganas de vernos y tocarnos lo que nos impulsaba a quedar, ninguno daba su brazo a torcer ni lo confesaba. Hacíamos uso de la excusa como si admitir otra cosa más allá, nos dejara en cueros delante del otro. Pero tras la sesión de gran pantalla, en su piso saltaban las chispas del despegue Challenger. Nos comíamos semidesnudos contra la puerta de entrada, apenas cerrada. Luego volvíamos a hacerlo en cada uno de los asientos del salón. Le seguía la encimera de la cocina y para cuando llegábamos a la cama y nos tumbábamos, me había penetrado unas seis veces y

me había llevado al éxtasis otras siete u ocho. Con mis alaridos incontenibles, los vecinos debían estar curados de espanto si no habían avisado ya a la policía. O a un exorcista.

Quisiera o no reconocerlo, yo estaba colada hasta las trancas. Incluso le masajeaba los piececillos delante de la tele. Pedíamos pizza a domicilio y nos hacíamos reír mutuamente. En nada nos diferenciábamos de una pareja normal. Excepto en que hablar de “nosotros” era tabú.

Luego nos despedíamos y todo se tornaba normalidad para solteros. Una pena.

Se organizó plan para el fin de semana. Se apuntaban Isabel y su maridito. Ya hacía tiempo que no nos veíamos, siempre eran bien recibidos, tan animosos y charlatanes. Comimos y bebimos juntos durante todo el sábado. Mi semana en la obra había sido agotadora, los inversores estaban encaprichados con mi presencia allí todo el tiempo, había que darles gusto, para algo pagaban con una generosidad de pecado. Quise esquivarlo, pero el tema “Hugo” acabó saliendo a la palestra. Como no, lo sacó Juana, cuyo ataque momentáneo de melancolía por Pepe, estaba superado.

—¿Y qué me decís de estos dos? —me señaló con una ceja. El marido de Isabel descompuso la expresión.

—No me gusta —sentenció gravemente el que debería ganarse la vida como modelo.

Eso eran malas noticias. Que el íntimo amigo de Hugo pronunciase esas palabras fúnebres, me puso los pelos como escarpas.

—No te gusta —lo imitó burlona su mujer—. ¿Por qué? ¿Acaso Victoria no es lo suficientemente buena para tu amiguito?

Si era así, él no lo reconocería jamás de los jamases, era un chico bien educado. Pero nos sorprendió su respuesta.

—Todo lo contrario. Mira, hasta ahora me he limitado a escuchar y no te engaño, muchas veces a envidiar, las historietas de Hugo y sus mujeres rubias, casadas, morenas, solteras, viudas y hasta calvas. No las conocía, me daba igual si salían escaldadas. Contigo es diferente, Victoria, nos conocemos, te considero amiga y eres una chica excepcional —me ruboricé al momento—, lo digo en serio, de todo corazón.

—Y Hugo es un cabrón con cara de actor cotizado —resumió Isabel, sin complicarse demasiado.

—Digamos que la ética moral con las mujeres, nunca ha sido su fuerte —rectificó su marido—. Lo aprecio como un hermano, pero no dejo de

lamentar...

—¿Qué? —sondeó su mujer.

—Eso, ¿qué? —interrogó Juana al borde del colapso. Solo yo parecía mantener la calma.

—Que no tenga principios —remató él con cierta amargura.

Estábamos de acuerdo. Ya lo había pensado yo antes. Y eso que no le confié a nadie el episodio de los condones. Juana en mi lugar, le habría sacado los ojos.

Pasó un ángel, porque todos nos quedamos mudos. Hugo llegaría esa noche para las copas y nadie quería alimentar un mal rollo que nos aguara la fiesta. A fin de cuentas, acabé convenciéndolos de que yo era una adulta inteligente que sabía dónde me metía y que perdieran cuidado. Pero de puertas para adentro, el horizonte no brillaba tan despejado.

Otra vez de cena. Una de las mejores reuniones de amigos que recuerdo, donde cada cual se dedicó a recordar sus más íntimos secretos de la infancia y Margarita, que se unió a nosotros, se puso morada de aceitunas rebozadas.

—Yo con ocho años, todavía rezaba todas las noches —refirió el marido de Isabel—. Cerraba los ojos, así, fuerte: ¡Señor, Señor, que cuando los abra encuentre una morena tetona en mi cama! ¡Por favor, Señor!

Descojone general. Hugo, para no ser menos, se puso en pie.

—¿Os acordáis de nuestros primeros guateques? Cuando sacábamos a bailar a la chica que nos gustaba. —Imitó la postura sujetando torpemente lo que sería el cuerpo de una mujer—. Un pasito a la derecha, dos a la izquierda, uno a la derecha, dos... menudo mareo. —Carcajadas estrepitosas contemplando su cara y sus gestos—. Y ella se aseguraba de que no te arrimases mucho. —Ahora simulaba ser la chica, apartándolo con remilgo. Creí que me hacía pis encima.

—Yo recuerdo mi primer concierto. —Pepe, sí, el Pepe ansiado de Juana, también acudió a la cena, la cosa prometía—. Una avalancha de gente me arrastró por delante del portero y sin saber cómo, me vi en medio de la sala, con la entrada aún en la mano. Superé el alud de gente que entraba, empujando en dirección contraria con tal de entregarle mi ticket al portero, no me fuesen a expulsar. ¿Sería pardillo?

Juana le estampó un dulce beso en la mejilla mientras todos celebrábamos a voces su encantadora inocencia juvenil. Conocía a Pepe desde hacía años, pero nunca habíamos intimado. Juraría que se le veía relajado y

feliz.

Luego vinieron las copas y el porompompero. Margarita nos remolcó hasta un garito de mala muerte donde solía ir Martini en una tentativa desesperada por coincidir con él. Pero no funcionó. Debía de estar en casa haciendo flexiones. Hugo en cambio, no se apartaba de mi lado, en una asfixiante y chocante proximidad. Toda su euforia anterior parecía haberse esfumado con los postres y comprobé que bebía más y con más ansia de lo normal.

—Estás preciosa esta noche —señaló. Pero con aquel tono tenebroso, más parecía un insulto que otra cosa.

—Gracias —dije arrastrando la palabra.

Me atrapó en un abrazo de garfio y me besó hasta hacerme perder el sentido. Cuando me retiré de su imprevista caricia, Isabel y su marido nos observaban con ojos desorbitados. Creí morir de vergüenza. Antes de que reaccionase, volvió a hacerlo. Me besaba con una avidez anormal, desesperada.

—Te ocurre algo —afirmé para que no se molestara en mentirme.

—He bebido —fue su justificación. Trató de abrazarme de nuevo, pero lo esquivé. Me miró contrariado.

—Estás demasiado impetuoso... —Yo diría ardiente. Me embrujaba, pero tenía prohibido admitirlo. Pactos absurdos hechos conmigo misma.

—Tú también. Tus besos saben a cerezas —me susurró al oído. Su aliento me provocó un tsunami. Los demás, con la sola excepción de Juana, embebida en Pepe, nos observaban evaluadores.

Llegó un momento, entre beso y beso, a cada cual más de tornillo, que dejó de importarme ser objeto de experimentación. De todo el local, sólo los ojos dorados de Hugo me resultaban visibles.

—Hay algo que no entiendo —me atreví a plantear. No es buena idea hablar de cosas serias cuando uno está pedo, aunque también es cierto que los borrachos y los niños dicen la verdad. Por intentarlo...

—¿Algo? Tienes suerte, yo no entiendo la mayoría de las cosas que me pasan por delante —repuso con un deje de aburrimiento—. Porque dicen que han descubierto las ruinas del palacio de la reina de Saba.

—Me lo creo —apoyé enfática. ¿Qué problema tenía aquel tipo?

—Y si te digo que unos arqueólogos están a punto de dar con el abrevadero de la burra del portal de Belén. ¿Eso también te lo crees?

Ya estaba tardando en salir a flote el Hugo cínico y gracioso. Pero se

llevaría el corte de su vida.

—Yo me lo creo todo. Es lo mejor que tengo —repetí contundente. Me miró asombrado.

—Eres un ser especial, chiquitina, muy especial, nunca he conocido a nadie como tú. ¿Nunca te quejas? ¿Nunca estás cansada? ¿Nunca estás de mal humor?

Negué tres veces. Como San Pedro.

—Joder... No puedo contigo. —Bebió un largo trago. Un trago interminable.

—Sí que puedes —refuté acordándome de las palabras de Manel.

—Para ti yo sería... un entretenimiento, un juguete —masticó antes de pedir otra copa al camarero.

—Me ofendes, no creo haberte dado motivos para pensar eso.

—Es tu entorno, tu forma de vida, tus amigos... Puede que yo no encaje en ninguna parte.

Hice una mueca de abierta incredulidad.

—Vaya, ¿quién lo diría? Ahora pareces bien encajado. Tus amigos son mis amigos...

—En el único sitio donde encajo bien es entre tus piernas.

Volvió a besarme con fiereza. Algo en el corazón me aseguró que no revelaría más datos y que Manel tenía razón. Hugo estaba asustado.

41. Pagamos por los errores de otros

Sonó el timbre del estudio y me sobresaltó. Le he dicho mil veces a Pilar que hay que cambiarlo, es estridente y desagradable, parece un manotazo en la cara. Salí a abrir porque para variar, nuestra secretaria andaba trotando por esas calles de Dios. Dos desconocidos de raídos trajes y cara chupada, me plantaron una placa oficial de policía por delante de la nariz, a un tris de dejarme chata. Se dirigió a mi persona, el que tenía la frente tamaño plaza de toros y los ojos saltones como dos huevos escalfados

—¿Victoria Alazán?

—Sí, dígame.

En las pelis es al revés: primero se comprueba la identidad y a continuación te estampan la placa.

—¿Es usted? —insistió, seguramente para no cometer errores.

“*Que síiiiiiiiiiiiiiiii*” me exasperé en mi interior. Por fuera, finamente, solo susurré:

—Soy yo, ¿en qué puedo ayudarles?

—Necesitamos que nos acompañe a Comisaría a responder unas preguntas.

¿A Comisaría? ¿Había oído Comisaría? Se me encogió el píloro. Salió Pilar curioseando, algo había escuchado.

—¿Qué pasa?

—¿Pilar Bailón?

—Soy yo...

—¿Sería tan amable de acompañarnos también?

—¿Qué hemos hecho?

—¿Estamos detenidas? —me horroricé. Tenía la boca como si me hubiesen vaciado un bote de súper-glu dentro.

—De momento no. En Comisaría les informarán.

—Pero ¿cuál es el problema? —se plantó mi socia muy seria.

—No podemos informarles de más, el instructor responderá a sus preguntas.

—¿Podemos usar nuestro coche? —me atreví a preguntar.

—Preferiblemente no. —Y por su tono, no admitía oposición.

Entonces reparé en una cosa redonda y brillante que brillaba en su mano. Mis ojos se dispararon mirando las esposas con aprensión, exactamente como si fueran a encadenarme con ellas al Titanic, amenazada de que me arrancarían la piel a tiras como no consiguiera moverlo a tirones. Se me saltaron las lágrimas pero el poli no se conmovió.

—No se preocupe. Del coche iremos directamente a la oficina de declaraciones, nadie la verá —me tranquilizó en tanto las apretaba.

Imbécil, no era eso lo que me preocupaba.

Esto no está ocurriendo esto no está ocurriendo esto no está ocurriendo esto no está ocurriendo...

—Cariño, tiene que ser un error —creo que oí a Pilar, mientras bajábamos las escaleras sin que las piernas me sostuvieran del todo.

Es verdad eso que dicen de que las dependencias policiales son cutres y deprimen. Me separaron de Pilar y me indicaron que me sentara en una silla. Hubiese obedecido hasta la orden de bailar la conga. Temblaba toda y se me derramaba la saliva por la comisura. Aquella situación, me sobrepasaba. El dolor en las muñecas era insoportable. Yo esposada, sin nada que ver con numeritos sado-maso, una pesadilla.

Entró un hombre pequeño y calvo, medio pelirrojo, vestido de paisano, con barba recortada y ojos azules y penetrantes. Como un vendaval, con un montón de papeles en la mano. Me miró de arriba abajo.

—¿Se encuentra bien?

—No —gemí. Para qué fardar.

—Quítele los grilletes —ordenó. Y el policía de uniforme accionó su llave y me liberó. Me froté la zona entumecida e inflamada, al tiempo que le lanzaba una mirada castigadora. El tipo volvió a ocupar su posición junto a la puerta, inexpresivo como un cartón.

—Me dijeron que no estaba detenida, pero me han esposado. —Mi voz fue más un maullido lastimero que un reproche.

—Los agentes a veces cometen errores, lo lamento. Sí, está usted detenida —informó con un tono desprovisto de emoción.

Lo peor que me podía decir.

—¡Pero si no he hecho nada! —bramé.

—Bueno, eso es lo que vamos a averiguar. De entrada está usted acusada de colaboración en el blanqueo de capitales.

Se me nubló la vista. Se me cortó la respiración. Todo al mismo tiempo.

—¿Cómo dice?

—¿Conoce usted a estos hombres? —Me tendió una pila de fotografías. Entre ellas seleccionó cuatro. Por supuesto que los conocía. Con gesto mucho más amable y mejor peinados, pero sí.

—Son los inversores rusos de mi cliente.

—El del parque temático.

—En efecto.

—Proyecto urbanístico perfecto para blanquear, pongamos que unos mil cuatrocientos millones de euros. —Me tendió otro folio plagado de cifras. Conseguí atraparlo entre los dedos sudorosos. Me llevó tres intentos asimilar lo que tenía entre manos. La razón es que me temblaban violentamente.

—No sé de qué me habla —musité con ojos vidriosos.

—Llevamos meses detrás de esta banda. Están muy bien organizados y saben rodearse de gente respetable, como su socia y usted misma. Al menos, con apariencia de respetabilidad —espetó con bastante mala leche.

Fui incapaz de responder. Tan sólo pude mirarlo horrorizada, directamente a los ojos, sin encontrar en ellos ni un asomo de piedad.

—Pilar y yo nos hemos limitado a desarrollar un proyecto, elaborar los planos... lo corriente en estos casos. Lo presentamos al colegio de arquitectos, obtuvimos el visado, los presupuestos son legales...

—Sí, sí, todo eso está muy bien —me cortó removiendo los dedos para silenciarme—, pero ustedes no se preocuparon nunca de conocer la procedencia de los fondos.

Hundí la cabeza entre los hombros.

—No. No.

—No, claro, que no. Es tan cómodo recibir a fondo perdido...

—No creo que trabajar con holgura sea ningún delito.

—Señorita, eso será el Juez Instructor y no yo, quien lo determine. De momento vamos a proceder a una declaración formal en calidad de detenida. Enseguida vuelvo.

Se levantó y salió zumbando. Al girar el picaporte se volvió y soltó tan tranquilo.

—Esta noche dormiré en el calabozo.

Rompí a llorar. Uno de los policías que me habían secuestrado, entró al cuartito con algo en la mano que no pude distinguir. Me alcanzó un clínex y me inundó un aroma familiar.

—¿Puedo ayudarla en algo? —se ofreció alargándome un café en vaso de plástico.

A vomitar, por ejemplo. Creo que empecé a marearme. Pero negué silenciosa.

—Debería usted llamar a un abogado —me recomendó en tono bondadoso.

No tenía palabras con qué responderle. ¿Nombrar abogado antes de un interrogatorio? Eso sonaba mal. Muy mal. Fatal.

—Su compañera ha requerido los servicios de una tal... —consultó su expediente— Rosa Hernández. ¿Desea compartir Letrado?

—¿Rosa? ¡No! —aullé. Diría que el agente respingó con mi exagerada reacción—. No me hablo con ella, lo siento... Cosas de mujeres. Llame usted a uno de oficio —indiqué abatida.

—Señorita Alazán —se inclinó hacia mí y suavizó el volumen—, la cosa pinta fea, no creo que un abogado de oficio sea lo más conveniente dada la situación...

—¡Pero si no he hecho nada! —exclamé a punto de echarme a llorar de nuevo— ¿Puedo telefonar a mi hermana? Ella buscará a alguien. No conozco a ningún abogado. —Vi que el policía asentía con lentitud y me traía el teléfono.

Ni siquiera era capaz de recordar el número de mi hermana, desconocía si eran horas de llamar a una casa decente y no podía dejar de llorar. Mi cuñado se hizo cargo de todo y me envió un abogado amable y entrado en años, de su total confianza. Al menos consiguió detener mis lágrimas.

—Han sido unos bárbaros, señorita Alazán. Usted no es responsable de nada, le aseguro que esto quedará en mera anécdota después de que declare mañana ante el Juez. No tienen nada en su contra, meras sospechas de connivencia, pero el modo en que las han tratado... pondremos una reclamación cuando todo esto haya terminado.

Le miré entre hipidos.

—No quiero interponer ninguna demanda, ni queja, solo quiero que alguien me diga que estoy soñando y despertarme en mi casa.

Me dio una sarta de golpecitos en la espalda. Para él resultaba tan sencillo... se paseaba por Comisaría como Pedro por su casa, mientras que yo creía estar viviendo una pesadilla en el pozo de los infiernos.

Me condujeron a un pasillo tan oscuro que por poco me parto la crisma y de ahí, a una celda llena de gente que me fiscalizó con mirada fría. No divisé a

Pilar por ningún lado, lo que contribuyó a intranquilizarme aún más. ¿Por qué me obligaban a pasar la noche en aquella pocilga si no tenían nada en mi contra? Me imaginé condenada por un Tribunal de encapuchados sin cara y manos de esqueleto, a una eternidad de años de trabajos forzados en una mina, donde mi piel se ajaba día a día y mis manos se cubrían de espantosos callos. Acusada de un montón de cargos truculentos que ni entendía. Con un gesto hosco que pretendía crear distancia, me arrinconé en una esquina de la celda y me tapé con la manta vieja y apestosa que me habían proporcionado.

Decir que dormí, sería tomárselo a guasa.

La personación ante el Juez me costó la misma vida. Tenía una pinta innoble, desgredada y sucia, con las manos cubiertas de roña, de apoyarlas en el suelo del calabozo. Los demás detenidos me habían mantenido bajo vigilancia y me miraron con recelo cuando vinieron a buscarme. Una mujer con pinta de indigente murmuró a mi paso.

—Buena suerte.

Le sonreí sin fuerzas. Tenía que utilizar la poca que me quedaba, para estirar las manos y permitir que me apretaran las esposas.

El Juez era joven, atractivo e increíblemente carismático. Claro que no estaba yo para ese tipo de apreciaciones. ¿Cómo y cuándo me había metido en aquel lío?

Repetimos básicamente las preguntas de la noche anterior, con mi Letrado recogiendo mis pedazos y abogando por mi inocencia cada vez que le permitían meter baza. El Juez guapo lo reprendió comprensivo.

—Limítese a sus funciones, Letrado. No responda por la imputada.

Imputada. Sonaba a puta. Peor que puta. Si mi madre se enteraba le daría un infarto. Se me encogió el estómago y me dejé llevar por la desesperación.

—No hemos hecho nada, no sabemos nada de ningún blanqueo —sollocé compungida—. Nuestro cliente contactó con estos inversores, iban a inyectar capital en el proyecto, decían que los universos de Canción de hielo y fuego eran su sueño juvenil... —De repente se me antojaba tan ridícula la idea, que me abochornaba repetirla—. A nadie le pareció mal, nos permitió trabajar con más medios... —El engaño tan evidente, el truco tan burdo...

Me atraganté con una bola invisible que corría garganta arriba, garganta abajo.

—Bien, de momento queda usted en libertad con cargos. —Solo oí la palabra “libertad” que se pegó a mi oído como la maldita cera—. Debe

presentarse en el Juzgado los días uno y quince de cada mes, hasta nueva orden.

Tuve la terrible impresión de que el suelo se desmoronaba bajo mis pies. Incluso sentí que perdía el equilibrio. Pero me las apañé para firmar y coger un taxi que me llevó raudo a casa. Observé al espejo mi rostro cetrino. Y lloré. Lloré hasta hartarme. Bajé las persianas, procurándome oscuridad absoluta, me duché y me convertí en un ovillo en medio de mi cama con todos los teléfonos desconectados. Mi abogado se encargaría de informar a mi hermana y agradecerle su cobertura.

42. Plantearme Otra Vida, Otra Oportunidad

Siempre imaginé que si me deprimía otra vez, me compraría cinco mil cajas de donuts y los devoraría uno a uno hasta reventar. Que no me ducharía ni me lavaría los dientes y que me convertiría en una paria desaseada, como ocurrió en mi época de cornuda. Nunca se sabe. Para mi sorpresa, me dio por ducharme y bañarme y volverme a duchar, obsesionada con que el olor a crimen del calabozo se me había pegado como el estigma carcelario, y caso de asomar la punta de la nariz a la calle, me localizarían y me esposarían de nuevo. No podría soportarlo.

Hablé con Pilar, con mi hermana, mi cuñado y el resto de la panda, unas cinco veces. Todo el mundo se preocupaba, cosa que yo agradecía, pero me entretenían charlando más tiempo del que mi desgastada mente podía manejar. A la tercera frase ya estaba agotada y dejaba de articular, me bailaba la lengua y más de uno sospechó que estaba empujando el codo. Lo que vino a continuación, me lo temía.

—Iremos a tu apartamento a verte.

—No hace falta, en serio, no hace falta —los rehuí con amabilidad—. Me encuentro perfectamente.

—Insisto. Pasaremos esta tarde...

—No, esta tarde no, por favor, he tomado una infusión relajante y pienso echarme a dormir. No te engañe, Natalia, estoy bien, solo un poco *shockeada*, necesito dormir. Una cura de sueño y como nueva.

—¿Segura? —Duda en su tono.

—Segura. De verdad, bobita, estoy bien, no se ha hundido el mundo.

El mundo de la gente no, claro, pero el mío desde luego. Valiente porrazo se había llevado.

—Vale, te daremos otro par de días —accedió aflojando el cepo.

De ese modo logré alejarlos un tiempo y salvaguardar mi intimidad, mientras que Hugo no daba señales de vida. Se cumplía el tercer día desde mi puesta en libertad, cuando me telefoneó. Una llamada acelerada y de compromiso. Su voz me llegó nerviosa, ni que el preso fuese él.

—Me he enterado, ¿cómo estás? —Hasta ahí, correcto.

—Pues imagina... hecha migas.

—¡Menuda putada!

—¿Putada?

—Sí, que no veas, la cárcel y todo eso... menudo acojone.

Putada, acojone... Justo el tipo de palabras propias de un adolescente, que yo elegiría para subirle los ánimos a alguien adulto. En aquella hora y lugar decidí, que médico y todo, Hugo tenía el cociente intelectual de una almeja, ¿qué se le iba a hacer? Probablemente se había tirado a todas las catedráticas de la facultad para conseguir su título. Y allí estaba yo, despedazada emocionalmente, tratando de mantener una conversación inteligente con el hombre-coquina.

—Sí, ha sido horrible —admití arrastrando las palabras—. Sufro pesadillas, taquicardias y temblores.

—Bueno, pero ya estás fuera, a olvidarse y a ser feliz.

Como si eso fuera tan sencillo. Cuando estás en libertad “con cargos”, debes comunicar al juzgado cualquier cambio de domicilio y te prohíben abandonar el país, difícilillo lo de olvidar.

—Sí, eso es lo que merezco después del palo... ser feliz. —Sonreí forzada aunque él no pudiese verlo.

—Te dejo, estoy en el curro. Estamos en contacto.

—Hasta luego, gracias por llamar. —Cabreada pero exquisita, así soy yo.

—No hay de qué, ha sido un placer. —Mira, esa frase sí le salía de corrido, se ve que la tenía bien ensayada.

Se avecinaban mis amigos. Era irremediable; primero me propusieron almorzar cuscús en nuestro restaurante favorito, pero no me veía capacitada para conducir. No quería ponerme al volante y pasarme por alto cedas el paso del tamaño de un biombo, que las bocinas sonasen a mi alrededor, recordándome lo imbécil que era. Seguía queriendo dormir, dormir. Tres o cuatro meses sin abrir los ojos y todo estaría mejor. Pero siguieron insistiendo, querían verme, tocarme y cerciorarse de que seguía viva y entera. Organizaron una excursión a casa.

Me arrebujé en el sofá y me cubrí la cara. ¿Hablar? ¿Contar? Me preguntarían por el comisario pelirrojo, por sus ojos ladinos, por la manta pestilente de la celda y por la mirada acerada de los demás presos. Me obligarían a recordarlo todo. Me eché a temblar como una hoja. Sin embargo, cosas del cerebro humano, me puse tan contenta cuando noté que llamaban a la

puerta, que casi la arranco de sus bisagras. Juana, Pepe, Margarita Lorez, Natalia, Paula, Otilia y Pilar. Hugo no. ¿Hugo *pa* qué? Prohibido retratarse en público o dar a entender que le preocupaban mis desgracias. No. Distancia y frialdad ante todo, que había función y la gente había pagado sus entradas. Menuda decepción.

Traían una tarta y mil sonrisas de ánimo. Pilar, estremecida, se me echó en los brazos, llorando en plena crisis de histeria. Caí en la cuenta de que lo estaría pasando igual de mal que yo, que era un mal compartido. Esforzarme por calmarla, me fortificó. Lo malo fue que enseguida volvió a la carga con sus monsergas de doña Reglas.

—Por cierto, Rosa Hernández se ofendió mucho con que no aceptases sus servicios.

—Ah, ¿en serio? —me extrañé toda cinismo. Lo único que esa rubia buscaba, era verme hundida en la miseria, paladeando su venganza después de lo de Max—. Tenía bastante contigo. Dos es multitud.

—Dice que llegado el caso, podríamos perder la licencia para ejercer como arquitectos.

—Dile de mi parte que se vaya a la mierda. Menuda agorera.

—Sí —convino Otilia olisqueando la yema que cubría la tarta—, bastante jodidas están las cosas para que venga ella con buenas noticias.

—Se limita a asesorarnos —la escudó Pilar—. Puede que no sea lo que queremos oír, pero es lo que marca la ley.

Que se la metan por donde les quepa. Me aclaré la garganta con un carraspeo.

—¿Tenéis pensado ya qué vais a hacer con dos amigas inútiles en el paro?

—¿Y esa actitud derrotista? ¿A qué viene? —me amonestó Juana con los labios apretados.

—Tenemos las cuentas bloqueadas, todas las provisiones de fondos abonadas por los rusos, están incautadas judicialmente. —Pilar dio sentido a mi frase.

—Dicho de otro modo —concluí con amargura—, no tenemos un puto duro. Teníamos trabajo de aquí a cinco años, de modo que llevamos un año y medio rechazando los proyectos que nos ofrecían para poder dedicarnos al parque en cuerpo y alma... —Chasqueé la lengua deseando que se me cayera al suelo—. No puedo creerlo, mierda, mierda.

La masa de la tarta se me convirtió en cemento crudo pegado al paladar y

tuve que expulsarla sobre el plato, con los ojos inundados en lágrimas.

—Lo siento, lo siento —salí zumbando—, creo que voy a vomitar.

—La acompaño —se activó Margarita, aplacando a los demás con su actuar eficaz.

Ni vomitar pude. Me limité a sentarme en el suelo del baño abrazada a la taza del wáter como una vulgar borracha, con un torrente inagotable de llanto y un ataque agudo de incontinencia verbal.

—¡Hijos de puta! ¡Rusos de mierda! ¡No despertara Stalin y os crucificase a todos! ¡Mafiososmalnacidos cabrones! ¡Mecagoentoloquesemenea, poramordedioooooos!

—Victoria, Victoria, suelta el wáter, mujer, ven al sofá, te haré una tila.

—Margarita a tirones conmigo. Yo, a tirones con el retrete.

—¡Que me dejes! —aullé.

—¿Alguien me echa una mano?

Fueron seis contra una, claro que me despegaron de allí, lívidos de espanto y pensando en llamar a los loqueros. Aunque a regañadientes, me senté modosita y callada y me tomé mi tila después de sonarme los mocos. Al poco sonaba el timbre. ¡*Sorpreeesa!* Era Hugo, perfumado y preocupado, con el ceño fruncido desde hacía días, a juzgar por la profundidad del surco. Discretamente, le hicieron sitio a mi lado. Agradecí que no llegase en plena embestida-retrete.

—Bueno chica, Pepe y yo nos marchamos —anunció Juana levantándose y tomándolo de la mano. Pepe se sometió como un corderillo amaestrado—. Ahora que te hemos visto, ya no tengo tanto miedo.

—Creímos que intentarías suicidarte o algo por el estilo —lo arregló Paula, con su soltura de siempre.

—Ya te vale, tía, eres más burra que un arado —la calló Natalia entre dientes. Recogió su bolso y su chaqueta, haciéndole evidentes señas a Margarita, Oti y Pilar para que se fuesen retirando.

La intención era dejarnos a solas a Hugo y a mí. Ya ves, con lo mucho que teníamos que decirnos... Pero el chico había conducido su moto (creo que he olvidado decir que siendo feliz propietario de una moto fardona, jamás se había interesado por comprarse un coche) hasta Marbella y la cortesía obligaba a atenderlo al menos. En un suave flujo, mis amigos desaparecieron de mi vista. Hugo los fue acompañando a la puerta dejándome aovillada en el sofá, con una taza de té caliente entre las manos.

Cuando regresó, venía por fin solo. Me miró con... ¿ternura? Puede que

fuese mi necesidad acuciante de cariño en aquel momento, lo que me llevó a imaginar tal cosa.

—Siento que el mundo se ha confabulado para echarnos a Pilar y a mí la carrera abajo —suspiré.

—Mañana lo verás todo con mejor color —me prometió, acurrucándose a mi lado.

—Eso me dije ayer y anteayer y antes de anteayer, mucho antes, pero continuo fuera de mí... es... —hice un gesto con la mano— como emprender un viaje astral y nunca más llegar a tu cuerpo, te quedas fuera, mirándolo todo sin poder intervenir.

—Dicen que los viajes astrales son peligrosos, puede romperse el hilo de plata ese que une... no sé, ¿qué une?

—El cuerpo físico con el alma —lo instruí, rasposa.

—No creo en esas cosas, sólo en piernas rotas y esguinces de tobillo.

Qué práctico, oye.

—Yo a partir de ahora, en comisarios babosa y en torturas carcelarias.

Se le abrieron dos ojos como dos sartenes ámbar.

—¿Te...?

—¡No, no, por Dios! ¡Claro que no! Es un decir. Me siento tan mal, fue tan... espantoso...

Me vine abajo. Esta vez, definitivamente. Mi chico (o lo que fuese) estaba allí, confortándome y yo, dama afligida, me sentí con todo el derecho del mundo a derrumbarme. Total, ya era una pila de escombros desde que me colocaron las esposas... Hugo me rodeó los hombros con su poderoso brazo y me estrechó contra sí.

—Vamos mujer...

No podía dejar de llorar. Las cataratas del Niágara a mi lado, el chorro de la fuente de la plaza, oye, una minucia. Como el consuelo de Hugo me sabía a poco, lentamente yo solita fui amagándome. Cogí una galleta. Lo miraba de reojo cuando no se daba cuenta y me derretía. Literalmente, mi sexo ardía pensando en sus caricias, echando de menos el modo en que me recorría la espalda con las manos abiertas, para anclarse en mis glúteos y amasarlos con ansia. Me estremecí ante la convicción de mi enamoramiento sin marcha atrás. Hugo, sin embargo, parecía ajeno a mi martirio particular.

—Te propongo un plan que no vas a poder rechazar —tanteó, inesperadamente animado.

—Adelante —dije engullendo la galleta a toda velocidad.

—Pensaba en cómo animarte y recordé que tenemos una invitación pendiente a Tarifa. —Me abstuve de comentarios—. Total que... —parecía ligeramente indeciso, quizá por mi silencio— he reservado hotel para dos días.

El suspiro que se me encajó en la garganta, me impidió responder.

—Tarifa es un pueblo apacible y divertido, te vendrá bien.

—¡Genial! —Y era cierto, me lo parecía, solo que no tenía agallas ni energía para expresar nada más.

—Intentaré que olvides que esos polis malos te han hecho pupa... — Introdujo la mano por debajo de mi camiseta y buscó mis pechos. Vibré. Apresó un pezón y lo pellizcó con ganas. Su bragueta se abultó, yo me humedecí como un caracol. Todo en simultáneo. Le desabroché un botón de la camisa y arrancamos.

La primera vez de las siete que lo hicimos aquella noche, fue en el sofá. Repetimos otras dos, antes de marcharnos a la cama, colgada de él como un birkiki.

Vale, me has convencido, iremos a Tarifa.

43. Verdadero Amigo Es Quien Con Tus Fallos Te Conoce Y Aún Así, Te Acepta

Paraíso. A mí, mis religiosas nunca me habían descrito el Paraíso, pero de haberlo hecho, seguro que lo habrían asimilado con bastante precisión, a mi fin de semana con Hugo, paseando por las interminables playas de Cádiz bajo el sol. Eso sí, seguro que las ardorosas noches de sexo y los gritos que acarrearón una notita por parte de la gerencia del hotel suplicándonos moderación y compostura, no las habrían descrito, pero apuesto a que no hay Paraíso sin polvos, no puede haberlo, es un *contraDios*, digan lo que digan las monjas.

Hugo no separó sus manos de mi cintura en cuarenta y ocho horas; tampoco dejó de sonreír. Lo vi más feliz que nunca, relajado y tan cariñoso que pensé que lo habían clonado. Dejó aparcada esa desagradable tendencia suya a mantener los sentimientos a raya y se entregó todo, por un espacio de tiempo lamentablemente breve, aprovechado al máximo. Vimos las mejores puestas de sol del planeta, haciéndonos carantoñas sin parar. Establecimos un paréntesis en el tiempo invertido desde aquella piruleta compartida, en que fuimos genuinos, honestos y sin máscaras. Ni él ni yo. Nuestras conversaciones no estaban llenas de silencios embarazosos, todo lo contrario, inventamos juegos y rimas con cada frase pronunciada, que nos desternillaban de risa.

—¿Quieres un helado?

—No sé, bueno sí, pagas tú —le metí el dedo entre las cejas, colgada de sus ojos de miel.

—El que pierda paga.

Nos quedamos mirándonos con los ojos abiertos al máximo, casi sin respirar. Los míos empezaron a escocer y a irritarse. Finalmente, él pestañeó.

—¡Ah! ¡Has parpadeado, gano yo!

—Voy a matarte, tramposa... —Eché a correr tras de mí y rodamos abrazados por la arena. De pasear por la zona un publicista extraviado armado con cámara, se hubiese llevado gratis un anuncio, porque eso era lo que parecíamos.

Agotada la tregua, volvimos a casa. A la rutina y a nuestras vidas de

parapeto. Hugo se dedicó al hospital en cuerpo y alma, expiando las culpas de haberme regalado aquellas mini vacaciones, y yo me reuní con mi abogado. Nuestro estudio permanecía clausurado por mandato judicial.

—No sé qué hacer. Lo he hablado con Pilar. —Jugueteé distraída con la cucharilla del café—. No tenemos ni un solo proyecto que llevarnos a la boca. Apenas nos queda dinero para sobrevivir y no digamos sustentar los gastos de alquiler y mantenimiento del estudio.

—Puedes irte olvidando de todo lo que tengas en el banco y provenga de los rusos —me aconsejó a media voz.

—Prácticamente todo —calculé con la boca abierta por el terror.

—Aunque se sobresea el caso respecto a tu persona, incluyo a tu compañera, y seáis declaradas inocentes de cargos penales, la procedencia ilegal de esos fondos los convierten en piezas de convicción, no os los van a devolver jamás.

—¡Pero es el justo pago por nuestro trabajo! —me sublevé—. No te imaginas la de horas...

—Sí, me imagino, pero conforme a la Ley, tienen naturaleza de honorarios impagados, una simple deuda civil que tendrías que reclamar por la vía correspondiente.

—A un cliente insolvente de entrada —recité ácida, adelantándome a su veredicto.

—En efecto, veo que lo has captado —asintió sin emoción alguna en su voz.

—Pero tengo una hipoteca, tengo una maldita hipoteca que me seca las entrañas y la cuenta de ahorros... —rememoré mirando al vacío.

—Tramita el subsidio de desempleo —sugirió prendiendo un pitillo.

La propuesta de mi abogado sonó a seria, no se estaba mofando de mí. Decididamente, mi vida laboral estaba en el barranco.

—Esto aún no ha acabado, Victoria, lamento decírtelo —carraspeó—. La investigación será dura, verterán acusaciones cruzadas... Cualquier cosa con tal de quitarse el muerto de encima.

—Estoy limpia como la patena —me atrincheré, cruzando los brazos con determinación.

—Lo sé, no obstante, el sumario se convertirá en un maldito avispero del que voy a tratar de sacarte cuanto antes. Todos van a apuntarse unos a otros con el dedo y te alegrará no estar dentro.

—¿Y Pilar?

—Olvídate de ella. Me pondré de acuerdo con la pava de su abogada.

Sonreí entre dientes. El pijo de mi abogado no tenía ya edad para esos motes. Pero me hizo gracia. Era su primer chiste desde que lo conocía y además, estábamos de acuerdo: Rosa Hernández era una pava. Una puta pava de metro ochenta.

—No me ha llamado en tres días. Nos pasamos un fin de semana de luna de miel, follando como dos posesos... —recapacité— Bueno, eso no tiene importancia. Quiero decir que debería haberme llamado, o enviado un mensaje, o... qué se yo —me desesperé, apartándome el pelo de un manotazo.

Sería porque aquella mañana había empezado a arreglar la solicitud del paro y me sentía como basura improductiva que ha malgastado un porrón de años en una universidad, para acabar tirada en el barro. Mejor me hubiera ido no interrumpiendo mi carrera de modelo. Estaría embolsándome una pasta por mi bella cara, nunca mejor dicho, lejos de rusos problemáticos.

—Nena, haz el ritual de los pasteles.

—¡Margarita, por Dios...! —La miré indulgente y todo. Ella creía firmemente en lo que apuntaba—. Esto es real.

—Los consejos de Manel también. —Disgustada, se retrepó para crear espacio entre nosotras—. Para que lo sepas, Martini me ha invitado a una copa mañana jueves y he aceptado. Funciona.

—Sí, cariño, claro que sí, perdona —posé una mano implorante en su brazo—, estoy un poco histriónica.

—¿Eso es histérica?

—Más menos —sonreí.

—Oye, ¿qué sabes de Maxwell?

Respingué. Margarita tiene esas cosas, te sale de repente por donde menos te lo esperas, la puñetera.

—Nada de nada...

—Llevo encontrándomelo varias semanas. —Recogió velas y volvió a aproximarse—. En actitud sospechosa —agregó en un siseo.

—Me lo explicas... —reclamé notando que mi corazón se aceleraba.

Marga repartió un par de miradas furtivas alrededor. Parecía el inspector de la pantera rosa.

—Merodea por el gimnasio.

—¿Nuestro gimnasio? Se habrá apuntado —sugerí, por darle una

explicación plausible—. Sé que continua viniendo por Marbella, recuerda que lo conocí por ser un guiri forofó de la costa del sol.

—Te acecha, Victoria, no te engañes, ese tío no tiene absolutamente nada que hacer por aquí, no tiene casa, no tiene amigos... —Exhibió sus palmas abiertas e interrogantes. La verdad, tenía su lógica.

—Pero ¿cuándo fue eso?

—No lo sé bien, no fui yo quien lo vio, fue Juana.

—¿Y por qué no me ha dicho nada?

—No sé, creo que no quería asustarte.

—¿Y por qué iba a asustarme? Me estáis asustando ahora, leñe...

—Dice que lo vio como raro.

Ahí se encasquilló Margarita y no fue posible sacarle un dato más. Por eso en cuanto voló, telefoneé a Juana y la sometí al tercer grado. Sus deducciones no contribuyeron a aclararme, que se diga.

—Sí, como perdido, chica, no es el mismo para nada. ¿Tú has visto alguna vez un hipnotizado suelto por un centro comercial?

—Pues no.

—Yo tampoco, pero debe ser muy parecido. Mirada vacía, ojos febriles, expresión criminalística... —conforme hablaba, mis vellos se erizaban—. Si lo veo rondando tu puerta, aviso a la poli, no te digo más.

—Exageras... ¿no? —pregunté esperanzada.

Esa tarde, cuando salí del gimnasio del que pronto tendría que despedirme por falta de fondos, me llamó Marga, toda ofuscada.

—Nena, ¿dónde estás?

—Saliendo de *spinning*...

—¿No lo has visto?

—¿A quién?

—Al inglés, a tu ex. Confirmado —bisbiseó—, raro, pero raro, raro. Tiene pinta de pirado y se estaba escondiendo detrás de las columnas, creo que para que yo no lo viera, él sí me ha visto pero llegó tarde, yo a él, también. ¿Quieres que vaya a tu casa?

—Ya estoy en el parking —de repente mi cabeza se llenó de thrillers en los que la protagonista se ve atrapada en un garaje sin luces, con un sádico asesino rondándola—, arrancando mi coche, y no hay moros en la costa.

—Me da escalofríos, la manera esa en que mira...

Margarita tiene la cabeza más dura que el mármol y emperrada como estaba, me acribilló a advertencias que me levantaron el estómago. Si bien yo

conocía a Maxwell, tonto del culo, pero inofensivo. Por mucho que ellas temieran, no había peligro en el británico, ni pensarlo.

44. Reencuentros

Indeseados

Dos días más tarde, la depresión se había cebado sin indulgencia en mi persona. Me levanté llorando, hice el café entre hipos y mojé las magdalenas en mocos. Salí a dar una vuelta por el centro a despejarme, a recorrer el parque frente a mi antiguo lugar de trabajo, a comprar el periódico y leerlo tranquilamente sentada en un banco. Aquella hermosura botánica fue uno de los motivos que me empujó a alquilar una oficina disponible para nuestro estudio. Alcé la cabeza y miré compungida las ventanas precintadas por la autoridad judicial. Mi despacho y el de Pilar, ambos con vistas la Alameda. ¡Habíamos sido tan cochinamente felices en él...! ¿Cuánto iba a durar aquella pesadilla?

—Hola Victoria. —Una voz modulada y suave me sorprendió por la espalda. Miré por encima del hombro.

¡Hombre, el capullo de Oberon, reconvertido! Finalmente apareció, como pronosticara Margarita. ¡Recórcholis! ¿Cuántos kilos había perdido? ¿Treinta? Demasiados, cuando para ser justos, sólo le sobraban veinte. Estaba reducido, mermado, encogido en sí mismo, con un vaquero pasado de moda de cinturilla sobaquera y una camiseta azul fosforescente que parecía hawaiana. Eso sí, impecable melena rubia, exuberante bronceado dorado... Incluso atractivo, de no parecer enfermo de anorexia terminal.

¡Virgen del Telar, menuda momia! Pero no quise que ningún aspaviento exteriorizara mi susto. Así que no dije nada, me limité a mirarlo sin demasiada atención, como si nos hubiéramos despedido la noche anterior.

—¡Qué guapa estás!

¿Lo estaba? Mentía, estaba horrible, si la cara es el espejo del alma en la mayoría de la gente, en mi caso es cierto, como que hay lluvia y cae hacia abajo cuando te has olvidado el paraguas. Mi experiencia en la celda, el inspector cabrón y Hugo dando por el culo, por no hablar de mi incierto futuro profesional, me tenían montada en un angustioso carrusel emocional, del que no veía el momento de apearme. Pero el destino seguía empeñado en no detenerlo y claro, a ver quién era la jabata que se atrevía a tirarse en marcha desde tanta altura.

—Cuánto tiempo. —Original donde las haya, lo admito. Pero es que miraba sus huesitos, todos al descubierto, y no me parecía la misma persona. Era un pajarillo desvalido.

—¿Estás bien? ¿Va todo bien? —se interesó con la cortesía de costumbre.

—Sí, sí, no puedo quejarme. —Sonreí tensa, a punto de quebrarme la mandíbula.

Se metió las manos en los bolsillos y tiró del pantalón aún más arriba. El aplastamiento de huevos me dolió hasta a mí.

—Me alegro mucho de haberte encontrado. ¿Tu madre, tu hermana...?

—Todos bien, gracias, ¿y los tuyos?

—Tristes, lamentando haberte perdido. —Golpe bajo. Conocía a la perfección mi afecto por su familia. Juraría que vi en sus pupilas el brillo sospechoso de una lágrima. No podía hacerme aquello. No allí en plena calle, no en aquellos momentos de debilidad, pero lo hizo. Sin el menor apuro arrancó a gimotear como un niño de guardería y yo deseé que el pavimento me tragase.

¿Aquel llorica lastimoso había sido mi novio? Me entraron ganas de gritar hasta que reventasen los escaparates. Enervada, comprobé que la gente cruzaba la calle arrojándome miradas sancionadoras. Podía adivinar hasta el color de sus pensamientos:

Rojo: pobre chico, llorando, con lo mono que es. Culpa tuya, zorra libidinosa.

O naranja fuerte: los hombres sólo lloran cuando están en las últimas, a saber qué le habrás hecho, muy gorda tiene que ser y te quedas así, tan fresca, insensible... Donde las dan, las toman, ya verás, ya...

Pero contra todo pronóstico, cuando ya estaba a punto de ofrecerle mi hombro, paró de repente, se restregó las lágrimas y me dejó marchar.

—Bueno, tengo que irme. Dales saludos a todos de mi parte.

—Igualmente, encantada de verte —barboteé.

Salí embalada, antes de que cambiase de opinión. Además, tronaba mi teléfono y era Hugo, no iba a responder delante de Maxwell, no habría sido caritativo.

—¿Te vienes a Málaga esta tarde? —irrumpió sin decir hola, como si no hubiese pasado cuatro días “perdido del mapa”. Su tono me sonó tan falso, tan ensayada su jovialidad, que me malhumoró.

—No sé si podré...

—No tienes nada que hacer.

—Gracias, querido, estaba necesitando que alguien me lo recordase — tercié avinagrada.

—¡Venga! Acuérdate de sonreír todos los días —fue su inoportuna respuesta.

—Si sonrío, Hugo, sonrío —musité. ¿Cómo le decía que necesitaba un abrazo, un gesto de solidaridad, de apoyo por su parte? ¿Cómo explicarle que esa postura de “agente externo” no implicado que adoptaba era cruel y me dolía?— Pero lo que me ha pasado es muy gordo.

—Hay estrenos nuevos en el cine que te aliviarán las penas. —Típica de él, esta salida ambigua. ¿No podía proporcionarme una palabra de consuelo en lugar de esquivar sistemáticamente el asunto de mi detención?

—De acuerdo, iré —repuse cansina y desilusionada.

—Voy a hacerte el amor hasta que aúlles como los lobos, pequeña.

—He dicho que iré, no me tiendas más cebos.

—Genial, te espero en casa después de los cursos.

—¿Qué cursos?

—Los que me han contratado para que imparta. —Su tono se llenó de entusiasmo—, no paran de llamarme, ya sabes lo buen profesor que soy.

—La verdad, ni siquiera sospechaba que lo fueses...

—Especialista en enfermedades infecciosas.

—Ni lo sabía —admití sin saber si debía impresionarme. Con Hugo ya estaba curadita de espanto.

—Hice un par de cursos en Madrid el año pasado, justo antes de conocerte.

—Bueno, pasar un par de cursos no es ser especialista...

—Da igual —rió—, esta gente se lo cree todo.

Después de la última perla, me entraron ganas de mandarlo a la mierda y no aparecer por su casa, pero que era imbécil, yo ya lo sabía; el tirón del sexo en su cama era un imán demasiado apetitoso. Y era eso, o zamparme medio kilo de bollos de canela. Llegó tarde, lo esperé lo que hubo que esperar y ni nos acordamos del cine. En treinta minutos nos revolcábamos en su colchón como dos fieras. Abajo, la calle seguía oliendo a caca de perro por todas partes, pero yo estaba enamorada.

Sí. Fue espantoso concluir que el enganche sexual que me vinculaba a Hugo, actuaba del mismo modo que el enamoramiento. Estaba dispuesta a renunciar a él, pero no a su pasión. Por eso, no importaba lo insoportable que

fuera, lo deslucido de sus intervenciones, su incapacidad para sentir empatía. Cualquier oportunidad de hacer el amor con Hugo merecía la pena y, me llevaba a recorrer la autovía con temblores en el vientre y la entrepierna en llamas. ¡Maldición! Tenía que habérmela cerrado con una tapa de alcantarilla el mismo día que lo conocí. Ahora estaba perdida, embebida por un tipejo arrogante, inmaduro, malcriado, demasiado sexi para el bien de todos.

Pero el azar me tenía preparadas más sorpresas.

Maxwel Oberon de nuevo a la carga. Llamó por teléfono y sin preámbulos, me invitó a cenar. Decliné la intentona, pero la cambié por un almuerzo en lugar iluminado y rebosante de público. Puede que mis amigas hubieran logrado meterme el susto en el cuerpo, después de todo. Me sorprendió que Maxwell cambiara sus acostumbradas costillas grasosas con salsa barbacoa y patata asada, por una ensalada escuchimirrizada y sin aliño.

—El otro día, pensé que me contarías eso tan espantoso que te ha pasado. La denuncia de los rusos, la detención, el bloqueo de tu proyecto... Es horrible. Cuando me enteré no me lo podía creer. —Alargó una mano y atrapó la mía, helada como los cubitos de mi Coca-Cola—. No te mereces algo así.

—No, desde luego. No he hecho nada malo. —Me cago en la sota de bastos. Lo contenta que yo venía y ahora estaba a punto de echarme a llorar.

—Se aclarará, ya lo verás. Y si en cualquier momento necesitas algo, compañía, consejo... aquí me tienes —se ofreció con dulzura.

Yo no dije ni *mí*, pero hice lo posible por corresponder a sus sonrisas que eran muy amables.

—Sé que lo que hice fue imperdonable, que tendrás un concepto espantoso de mí...

—Peor lo tiene mi prima, por no mencionar a su novio —lo corté con sequedad. Él agachó la cabeza humilde.

—Puedo figurármelo. Me muero de vergüenza. Pero estaba desesperado. Todo lo que hice lo hice por ti, por amor.

—Siempre hay límites, Oberon, tú tiendes a pasarte de la raya —sentencié con severidad.

—Te estaba perdiendo. Lo sabía e inutilicé la cabeza. De todos modos, cualquier cosa que digas, seguramente tienes razón. No tengo disculpa.

—No, no la tienes. —Me mantuve firme en mis trece. Recordar el episodio en la sierra, me soliviantó por dentro—. Suerte que yo ya te perdoné hace tiempo.

—¿En serio? —Su mirada, de pronto, rebosaba luz. Asentí despacio—.

Gracias. Eso es lo único que me faltaba.

—No hay problema —garanticé zafándome de su caricia y refugiándome en el vaso. Bebí con ansia.

—Por eso, ahora que estás pasando un mal momento, insisto, aquí me tienes. Podemos pasear, viajar, charlar... recuerda que éramos los mejores amigos.

—Cierto, lo éramos.

Quizá nunca estuve pasionalmente enamorada de Maxwell, pero el vínculo de complicidad y simpatía existente entre los dos, era innegable. Max me comprendía, me adoraba, me respetaba, me daba paz. Ojalá sus sentimientos no fuesen tan poderosos y yo pudiera agenciármelo de amigo. ¿Dónde había que firmar? Alguien así a mi lado, es lo que necesitaba en estos momentos.

—¿Vienes mucho por Marbella? —indagué mientras me atracaba de aceitunas aliñadas.

—Todo lo que puedo. He alquilado un apartamento pequeño, un estudio en un lugar tranquilo y me escapo siempre que tengo ocasión. Ahora ya no dejo mi corazón aquí como antes, pero el mar y el sol siguen siendo imprescindibles en mi vida.

—¿Te repusiste del golpe de la estafa?

—Sí, sí, desde luego, eso pasó a la historia... un mal trago. —Sonrió como si le escociera y escondió los ojos—. Pero los he sufrido peores. Ahora tengo más cuidado con mis inversiones y con mi confianza..., sumado a un sueldo astronómico. —Sonrió a medias.

No piqué. A mí no se me compra con sueldos por muy exuberantes que sean sus ceros.

Le agradecí que no insistiera en hablar de lo nuestro. El final del almuerzo fue mucho más relajado y, hasta nos embarcamos en una amena conversación sobre empresas internacionales, cuando mi agenda electrónica me avisó de la cita pendiente con Pilar. Nos despedimos con un apretón de manos.

—Ha sido maravilloso compartir estas horas contigo —reconoció emocionado—. Espero que no sean las últimas.

—Nos veremos, no te preocupes —accedí con sinceridad. Y entonces, lo abracé. No fue un abrazo ardiente, más bien amoroso, lleno de agradecimiento y afecto, el que darías a un amigo querido o a un hermano. Sentí su respiración agitarse.

45. Si Te Faltan Las Fuerzas, Detente, Respire E Inténtalo De Nuevo

Pilar llegó a mi apartamento con un tocho tremendo de cartas en el bolso. Las sacó y las esparció por la mesa. Muchas estaban abiertas. Tomé una y le miré la cara: parecía haberse comido una guindilla.

—La policía me ha permitido acceder al correo pese al precinto. Creo que las han revisado ellos antes, de arriba abajo, hasta la goma arábica de los sobres.

—Sí, no vayamos a estar traficando con secretos de estado —me burlé con amargura. Saqué la carta que contenía el primero—. Torres y Álvarez —leí el membrete—. Agradecemos su ofrecimiento pero no estamos interesados en contar con sus servicios. —Releí tres veces incrédula y con aire consternado— ¿Son los mismos que estuvieron a punto de fundirnos el timbre con su insistencia?

—Los mismos. Hace tres días éramos el estudio de arquitectura más solicitado de la costa. Hoy, unas apestadas.

—De mierda —completé vencida.

—Sí, es como ofrecer gin-tonics cuando la fiesta se ha acabado: no te los coge ni Dios. Y no leas ninguna más, son todas idénticas —anunció refiriéndose al correo. Las reunió en un montón y las arrojó a la papelera porque no disponíamos de chimenea.

—Joder, Pilar... ¿Qué va a ser de nosotras?

—Olvídate del desempleo, porque los autónomos no tenemos derecho.

—Pero mi abogado me dijo...

—Olvídate —repitió. Y sonaba tan segura que hasta me atraganté—. Tengo algo de dinero ahorrado, supongo que administrándome bien y comiendo una vez al día, tiraré hasta que este follón se resuelva.

—El problema es que no volvamos a trabajar nunca, que quedemos marcadas —dije con voz de ultratumba.

—¡Hija por favor! ¿Hace falta ser tan agorera?

—¿Qué quieres que te diga, Pilar? ¿Qué la gente es muy cateta, muy malvada y si se tercia no perdona?

—Pero no hemos hecho nada reprochable, ¿qué habrían de perdonar?

—Eso explícaselo a los que andan poniéndonos verdes por ahí, que de repente tanto tú como yo, éramos unas muertas de hambre, sin casa, ni coche, ni oficio ni beneficio, hasta que llegaron los rusos y nos pusimos las botas — vomité toda resentida.

—No puedo creer que alguien diga eso. —Pilar desvió la mirada y la dejó colgada en la pared. Se pasó la mano por la frente—. Esperaremos.

—Porque no nos queda otra, no porque sirva para algo —espeté yo sin consolarme.

Hay que reconocer que Maxwell se lo montó a las mil maravillas. No me acosó, ni me abrumó y siempre que enviaba un mensaje interesándose por mi maltrecho ánimo, lo hacía con una caballerosidad extrema y una ternura que dejaba aún más en evidencia la superficialidad y falta de educación de Hugo. Del buen doctor, recibía mensajes del tipo:

“He estado pensando en ti y acordándome de nuestra siesta del otro día. He tenido que cascármela” o *“Tengo tu olor metido hasta los higadillos”* o mejor aún, *“No se puede estar más buena, te comería hasta el elástico del tanga”*. Romántico para cagarse, que diría Juana. Pero yo seguía trastornada con sus feromonas o las mías o las nuestras y, los cada vez más continuos encuentros liberaban una energía de tal calibre, que nadie en su sano juicio hubiese creído que no bromeaba. ¿Quince polvos en una noche? ¿Veinte? No podía contarlos, me ganaría enemigas de por vida, mis amigas me quemarían en la plaza del pueblo o pensarían que había perdido la chaveta, que tal cosa era im-po-si-ble.

Pero ocurría.

Invariablemente, cada vez que nos acostábamos. Mi clítoris lo reconocía a distancia y se ponía firme con solo rozarme. En cuanto a su pene... Hasta él observaba incrédulo aquel imponente mástil insaciable que se hinchaba y se corría sin solución de continuidad.

Confieso que la propuesta de acompañarlo a un bautizo en Córdoba, me dejó perpleja. La celebración tendría lugar el sábado, pero nosotros pasaríamos juntos allí todo el fin de semana, en plan escapada romántica. Me dio un vuelco el corazón, me volvieron a la memoria los días en Tarifa y de alguna manera, aquello implicaba mi presentación en sociedad. En la suya. Sin embargo, la semana que siguió a la inesperada invitación, Hugo no dio señales de vida. *Missing*.

Por su parte, Maxwell se mantenía inteligentemente alerta, pero alejado.

Empezamos a ir juntos a alguna exposición y no me daba ocasión de discutir o irritarme. Galante y tragándose sus ganas, me dejaba en la puerta de mi casa y me besaba la mano. Finalmente, cuando era yo la que de cuando en cuando lo llamaba para charlar, me propuso volver a salir.

—Y no me refiero a tomarlo donde lo dejamos, me refiero a comenzar de cero —afirmó serio y decidido—. Yo ya no soy la misma persona estúpida que te desencantó y pretendo demostrártelo.

En aquellas semanas había ganado unos kilos y ya no parecía la radiografía de un ser humano. Comía sano y normal y se ejercitaba. Estaba guapo. Atlético, musculoso, atractivo y seductor. El tipo de chico que me haría girar la cabeza hasta descoyuntarme si me lo cruzara por la calle, tal y como lo recordaba de nuestro primer encuentro. Y a pesar de todo, le seguía faltando ese puntito gamberro que a mí tanto me ponía. Traté de ser sensata y sopesar su ofrecimiento con la mente y el corazón, en lugar de con el chichi.

—Si volviésemos... —insinué tímidamente y sin conceder esperanzas—, sería poco a poco.

—Tú marcarás el ritmo —prometió entregado.

—Y nada de matrimonio, Maxwell, que te conozco

—Nada de matrimonio. Victoria. —Me tomó las manos con vehemencia apretándolas hasta hacerme crujir los huesillos—. Si me das otra oportunidad no la desaprovecharé, voy a hacerte la mujer más feliz de la tierra, viviré por ti, yo...

—Frena, frena, Max, no necesito nada aparte de una relación normal, ¿entiendes? Pero no quiero apresurarme y desde luego, no estoy pensando en casarme. —Suspiré—. De acuerdo, dame un par de días, te prometo que lo pensaré.

¡Vaya manera de pensarlo tuve! Llamé a Hugo y salí despavorida a Málaga. Cenamos en un restaurante americano de esos todo frito, donde yo me esforcé una y otra vez por sacar conclusiones respecto de nuestro futuro. Si es que lo teníamos. No sé abrir una puerta sin cerrar antes los balcones y tampoco quería pensar que le era infiel a Hugo.

¿Infiel? ¿Cómo nos engañamos algunas mujeres!

—Bueno, entonces, mañana viernes... ¿viajamos a Córdoba? —quise saber con toda la jovialidad que fui capaz de reunir. Lo vi apretar los labios incómodo.

—No va a poder ser... tendré que trabajar hasta tarde...

—No me importa, podemos llegar para la hora de comer —lo arrinconé

—, incluso a última hora.

—Es que conducir por la noche...

—Hugo, ese recelo debe de ser nuevo, te encanta conducir, pareces un anuncio de la BMW. —Me encogí de hombros—. Bueno, nos vamos el sábado por la mañana, aunque yo llevo peor lo de madrugar.

—Es que... mira el domingo tampoco me voy a poder quedar. —Le lancé una mirada inquisitiva— Tengo que estar en el hospital a las ocho de la mañana.

—Pero si no tienes guardia... —Me empezaba a perder y mucho.

—Es jornada de votaciones, formaremos un retén de sustitución para que los compañeros puedan ir a votar.

Me entraron ganas de abofetearlo. No sé qué me indignaba más, si su descarado mintiendo, o que insultara a mi inteligencia.

—A las ocho de la mañana, ya veo —le seguí la corriente caldeándome—. Y por supuesto, esos muchachos, con lo largo que es el día, tienen necesariamente que cumplir con su deber cívico, cuando ni los colegios electorales se han abierto todavía.

Hugo se quedó mirándome como si acabase de revelarle la fórmula de la eterna juventud, sin reaccionar. Aunque tenía el pollo braseado a la mitad, lo miré con asco y me puse en pie.

—Mira, me voy, no aguanto más esta situación.

Él alargó un brazo y sujetó el mío. Pero permaneció mudo, como un rato antes.

—No soy estúpida, te dejaste llevar por la euforia del momento, me invitaste a acompañarte y ahora te has arrepentido y en lugar de dar la cara como un tío y hablarlo, me sueltas una sarta de gilipolleces, que...

—Es que uno ya tiene un caché. —*¿Un qué? ¿Tú eres imbécil o estás entrenando?* Me entraron ganas de decirle. Pero ya estaba la cosa suficientemente mal sin que yo abriera la boca—. Todo el mundo espera que aparezca solo, como siempre, soy el soltero de oro. De aparecer con pareja, ya sabes... se desatarían las habladurías.

Tú lo que eres, es el panoli número uno, pensé. ¡Señor, qué ganas de estrangularlo con las medias!

—No, no sé, porque no conozco a la gente que se supone que iba, ni falta que me hace conocerlas; yo no tengo que dar imagen ante nadie —repuse agitando el brazo para librarme de su cepo.

—Quédate y terminemos de cenar como dos personas civilizadas

—Se me ha quitado el hambre, lo siento. Todo esto no tiene ningún sentido, ni siquiera lo tiene que nos veamos, porque no vamos a ninguna parte.

Hugo me liberó súbitamente y yo me quedé petrificada, sin poder moverme.

—Podemos ir el sábado, solo al bautizo —concedió con aires de perdonavidas.

—Gracias, pero no, ya no tiene gracia, la pila bautismal te la metes por donde amargan los pepinos. —Me incliné sobre él en la mesa—. Sinceramente, me importaba un pimiento la fiestecita familiar, solo quería pasar un fin de semana contigo, pero por lo visto, es mucho pedir.

Miró al techo, su expresión revestida con algo cercano a la desesperación, tomó aire y bufó ruidoso.

—Victoria, tú... Tú eres maravillosa pero yo no quiero enamorarme, ni relaciones, serias ni nada de eso, ya lo sabes...

—Entonces no me llames —silabeé—. Entonces no me digas que no te apetece acostarte con nadie salvo conmigo. Entonces no dejes que brillen tus ojos cuando nos vemos. Entonces, aclárate, porque a mí, después de tantos meses, me estás volviendo loca.

Y sin perder el fuelle recién ganado, me perdí por la puerta. Porque sabía que si daba un paso en falso, me quedaría. Y ya me estaba empezando a doler aquella apuesta conmigo misma. Antes de llegar al coche, me llegó un mensaje:

“Pasemos esta noche juntos, hagámosla inolvidable, solos tú y yo, sin malos rollos, sin hablar de futuros ni de nada”.

“Sólo follar y follar, como conejos”, me dije con tristeza.

Todo asquea y termina hartando y Hugo me estaba colmando, sin figurarme lo que todavía me quedaba por vivir.

Esa noche transigí, conduje mi coche hasta su casa, en la calle de las cacas de perro, y cuando me metí en la cama con él, olvidé mis fabulosos planes. Pero cuando me levanté por la mañana y me largué, como siempre sin tomarme ni un triste café, me sentí liberada. Y eso, era la primera vez que lo sentía.

46. La Extraña

Etapa

Comenzó una etapa extraña, en la que Maxwell se colaba sibilinamente en mi vida, la depresión hacía de las suyas dentro de mi cabeza, y yo trataba de alejarme de Hugo cuanto podía. Si yo desaparecía, él se desesperaba. Nuestras conversaciones por mensaje de móvil subían de tono y se calentaban hasta alcanzar categoría de porno duro. Eso no hubiera sido posible con Max, entre otras cosas, porque no manejo el inglés a esos niveles, ni siquiera sé decir tacos. Sin casi darme cuenta, llegó el día en que me vi aceptando su proposición y dándole otra oportunidad a nuestra calmada relación. Solo porque mi vida necesitaba de su sosiego. **Sin entender que debería haber sido yo la que me lo proporcionara, sin necesidad de buscarla fuera, en ningún hombre, especialmente en uno que ya me había fallado antes.** Viajamos a Londres, me presentó orgulloso a todos sus amigos y compañeros de trabajo y he de decir que fue gratificante volver a ver a su familia. Me prometí a mí misma que sería una novia modelo.

—Es que hay muchos tipos de relaciones —expliqué a Pilar mientras almorzábamos—. Unas explosivas y otras más... relajadas.

—No me digas más. Con Alberto la primera, con el inglés la segunda. —Asentí—. No, si siempre te he reconocido que Maxwell te sentaba bien, con él estabas centrada, que tú pasas de ser una señorita educada a una chiva loca en un santiamén.

—¿Piensas que me equivoco volviéndolo a intentar? —pregunté llorosa, controlando mucho la información que daba. A Pilar nunca le había hablado de Hugo. Por no escucharla...

—Te sirve de apoyo, es tu mejor amigo —Abrió las manos—. Yo lo querría.

—Pero ¿y las mariposillas en el estómago?

—Hija, todo no se puede tener. Mi madre dice que un buen hombre es para toda la vida, que las mariposillas se esfuman al año de casada.

Me quedé cavilando. Sonaba a verdad. ¿Cómo explicar que desde que rechazaba a Hugo se había vuelto mucho más insistente? ¿Que me bombardeaba con mensajes picantes o desesperados a las cinco de la mañana

cuando uno suele estar ciego como un piojo gritándome algo muy cercano al “te quiero”? Me estaba costando la misma vida contenerme. Y cuando Hugo me anunció que vendría esa tarde a Marbella de visita, pensé que se le había ido la pinza. Muchos meses desde nuestro primer encuentro y podía contar con los dedos de una mano las veces que Su Majestad se había molestado en conducir hasta allí. Siempre era yo la que acababa yendo, rendida a sus pies, en su apartamento, sirviendo a sus lujuriosos intereses, sintiéndome luego una puta.

Me consumió el miedo de enfrentarme a él a solas. No quería recaer. Entonces me asaltó una idea: llevarme a Pilar de carabina.

Fue un almuerzo desenfadado en el que Hugo desplegó todo su encanto, el mismo que cuando lo conocí, hablando de sus heroicas intervenciones en accidentes de tráfico. Pilar lo escuchaba con la boca abierta y yo me sentí a salvo y aliviada. Después de todo, puede que fuera posible salvar algo parecido a una amistad entre nosotros. Nos invitó a salir de copas el viernes por la noche, presionando para que nos desplazásemos hasta Málaga. Yo me negué por principios.

Para pasmo y descoloque, a Pilar, la idea le pareció cojonuda.

—¡Sí, sí, de marcha! ¿Lo haremos, Victoria? Dime que sí, dime que sí — me rogó casi de rodillas.

¡Pero si a Pilar no le va la fiesta y no ponía el pie en un bar desde tiempos inmemoriales...!

—No es buena idea, nena. Max está en Londres y...

—Pero estamos tristes y deprimidas —me recordó mi amiga—, nos han embargado, nos han jodido, estamos sin blanca y sin futuro, nos merecemos una cana al aire, amiga, di que sí...

Observé su expresión por una vez, añorada. ¿Adónde había ido a parar el rictus de inflexibilidad de doña Reglas? Hasta sus arrugas parecían haberse difuminado. La pobre... ya tocaba. Yo al menos tenía a Maxwell, ella se estaba lamiendo sola las heridas del asunto judicial. Accedí y se volvió loca de alegría. Fuimos hasta Málaga en mi coche, cantando a voz en grito.

Hugo no vino solo, desde luego. Trajo consigo a un amigo tan agradable y guapetón, que de repente me olvidé de los peligros que entrañaba aquella cita a cuatro. Ignoro las maquiavélicas intenciones de Hugo, probablemente querría liar a Pilar con aquel muchachote para acorralarme, pero el tiro le salió por la culata porque yo ya no me reía con sus manidos chistes, sus

escasísimos temas de conversación me aburrían, y su amigo fue un soplo de aire fresco en mi vida. Nos pasamos la noche charla que te charla, mientras que Hugo aprovechaba cualquier rincón oscuro para introducir la mano por debajo de mi jersey. Cuando llegó la hora de irnos, el hecho de que Pilar no trajese su propio coche y yo no pudiera quedarme, lo enfadó hasta los huesos. Ahí tuve yo mi pequeño minuto de gloria.

Y ahí decidió él que se vengaría.

En los días siguientes volvió a la carga. Nos sorprendió con una segunda visita de cortesía en Marbella, e insistió lo imposible para que Pilar estuviese presente. ¡Menudo cerdo! Ya estaba fraguando su vendetta y yo sin enterarme de nada. Nos paseó por delante de las narices las invitaciones para la fiesta de inauguración del bar de sus amigos.

—Es este viernes, va a ser cojonuda, no podéis faltar —se pavoneó abanicándose con los cartones y mirándome de reojo.

—¡Yo estaré allí sin falta! —aseguró Pilar arrebatándole una de la mano.

—La fiesta del año, os lo juro —insistió esperando a que yo me pronunciase.

—Maxwell está aquí, a él no le vuelven loco los sitios concurridos, ni la música alta... —repose con voz rota y una repentina mezcla de emociones confusas.

—No sabes la que te puedes perder. —Me plantó la invitación entre los ojos—. Quédatela, a lo mejor puedes convencerlo.

No lo hice, desde luego. Y aquella noche se fraguó mi destino. Porque Pilar se agenció otra incauta que la acompañase y sí asistió. Sin decirme nada.

Pasados casi cuatro días, mi novio volvió a ausentarse y mi ex socia me llamó para comer. Yo estaba bastante decaída, para qué negarlo.

—He hablado con mi abogado esta mañana y dice que el juicio aún irá para largo.

—Sí, esas son las noticias que yo barajo también. —Sin embargo, noté que le brillaban los ojitos.

—Y no ha conseguido que archiven nuestro expediente, dice que es cuestión de tiempo aunque de momento está todo demasiado embrollado.

—Mira, a los jueces les importa poco lo que suframos. Para ellos somos un par de nombres apuntados en un papel...

Sé que Pilar siguió parlamentando sola y yo perdí la cuenta de lo que decía. La verdad, tampoco me importaba mucho, estaba abrumada, cansada de pasarlo mal, solo quería que Max me abrazase, me acariciase el pelo y me

jurara que todo marcharía bien. Pero Max estaba a miles de kilómetros en aquel momento. Mi sentido del oído sólo resucitó cuando oí decir a Pilar que cenaba con Hugo aquella noche. Presté atención con la carne de gallina. Desde la noche de la inauguración, habían estado viéndose, y ella me daba las gracias por habérselo presentado, bla bla bla.

¡Oh, oh, no! ¡Por favor, no!

La miré estupefacta. Pilar no parecía Pilar. Siempre reacia a las relaciones, siempre gélida como un puñetero cubito de hielo, despotricando contra los hombres y ahora... entusiasmada como niña con zapatos nuevos. El efecto Hugo. ¿Cómo le decía que no se lo había presentado para que se lo tirase y mucho menos para que se enamorara? ¡Hugo era un destructor! El típico tipo en quien no se puede confiar, un sinvergüenza con mucho encanto. Si Pilar se dejaba ir, él cocinaría sus higadillos al pil-pil y se los daría a probar a los camilleros en el próximo accidente. Se dispararon mis alarmas, pero la sobria doña Reglas iba embalada como un cohete. La escuché decir que era caballeroso y atento y considerado y un montón de cosas más, que contaban a las claras que el muy cabrón se estaba esforzando por seducirla. Y todo para castigarme, no se podía caer más bajo.

—Pero... ¿os habéis acostado? —pregunté con la ingenuidad de una alumna de primario.

Pilar se ruborizó.

—Siglos hacía, pensé que con los nidos de telarañas, ni entraría, pero oye... —Se abrieron de par en par sus ojos iluminados— ¡Ese hombre en la cama... No sé qué nombre ponerle!

No podía creerlo. La ira me subió por la columna como un ascensor a propulsión. Me despedí apresuradamente de Pilar y me encerré en mi casa frente al teclado del ordenador. Como de costumbre, nada más conectarme, Hugo entró a matar por el chat de las redes sociales.

—Hola preciosidad, ¿cómo te encuentras?

—He hablado con Pilar y me lo ha contado todo —espeté sin tapujos. ¿Para qué?

—¿Y?

—¿Cómo que “y”? Hugo, esa chica es mi amiga, hace mil años que no sale con nadie, tiene sus esperanzas puestas en formar una familia y es una romántica empedernida. ¿Qué coño te propones?

—Todos somos adultos, tenemos libertad para relacionarnos.

Menuda respuesta idiota.

—Eres un hijo de puta sin escrúpulos —vomité asqueada. Me empezaba a marear.

—¿Estás celosa?

Con esa pregunta inconveniente se le vio el plumero. Era sencillo imaginármelo sonriendo con suficiencia, creyéndose vencedor e invencible. ¿Lo estaba? ¿Eran celos lo que yo sentía? Si lo eran, estaban bien camuflados entre el aborrecimiento y la indignación. Si no me quería como pareja, si me había tenido en sus manos y me despreciaba, ¿a qué venía semejante numerito? Una cosa me quedó clara: la moral para con las mujeres no era precisamente el fuerte de Hugo, tenía razón su amigo.

—Mira, si os habéis enamorado, el típico flechazo o algo así... —tragué saliva solo al suponerlo—, os daré mis bendiciones y desapareceré del mapa, te juro por mi vida que no volverás a saber de mí. Pero si lo estás haciendo a mala leche, si vas a lastimarla...

—Creo que tu amiga es bastante mayorcita para cuidarse sola, no necesita ama de cría. Además, ninguno de los dos quiere nada serio, lo hemos hablado, esta todo clarísimo y sin lugar a equívocos.

—¡No es cierto! No puedo creerme que Pilar te haya dicho eso, ella se muere por tener pareja, pero pareja formal de las de toda la vida...

—Eso no es lo que me ha dado a entender.

—Tú, que siempre oyes lo que te interesa —disparé rancia.

—Puedo pasarte una copia de nuestras conversaciones por móvil si no me crees.

¡Madre mía, las había grabado y ofrecía comerciar con ellas! ¿Sería capaz?

—Probablemente no quiera atosigarte, o... ¡Por favor, déjala en paz! —casi lloré.

—¡Estás celosa! —Eso y una larga risotada de triunfo, fue su cruel respuesta.

47. La Maldad

No Viene Sola...

Desconecté de un puñetazo y tomé una determinación. Tenía que hablar con Pilar y sincerarme con ella respecto a Hugo, tenía que saber que no era simplemente un amigo, que aquel repentino interés por ella, podía formar parte de un maligno plan en mi contra. Tenía derecho a saberlo y luego, que hiciera con la información lo que le viniera en gana. Quedamos para tomar algo que nos calentara el estómago a media tarde, en una cafetería nueva de la calle más bucólica de nuestro pueblo. Sin esperar a tener nada cremoso ni humeante ante la nariz, tomé una bocanada de aire y me dispuse a largar.

—Tengo que contarte, que... —Hablabla toda acelerada, la verdad, estaba fuera de quicio. Las tortuosas escenas que mi calenturienta imaginación había sido capaz de inventar pensando en Pilar y Hugo, no se podían ni contar.

Empecé suave, dando rodeos. Pero llegó el camarero con cara de despiste, pretendiendo que lo atendiera.

—¿Café señorita?

—Sí, gracias. —Dejé de mirarlo. Volví la atención a mi amiga—. Y como te decía, nena, a veces todo ocurre muy rápido...

—¿Sólo?

Y venga a dar morcilla y a interrumpir, el tío...

—Bueno, póngame también unas tortitas. Oye, Pilar, que casi me mareo cuando...

—No, que si el café lo quiere solo.

De haber tenido un espejo, podría haber visto la cara que le puse, porque salió corriendo como alma que lleva el diablo. Por fin solas y en paz, me entregué de lleno al relato. Pero ¡Ya me había hecho el camarero perder el hilo!

—Perdona, nena... ¿qué carajo te estaba contando?

—No sé qué de las cosas pasan deprisa y por eso te dio un telele —me situó sin mucho entusiasmo.

—Mira Pilar, hay algo que tú no sabes... ¿Pilar?

No me hacía ni caso, ni me escuchaba, ni me estaba mirando. En realidad, miraba hacia la puerta como una poseída. Hugo en persona, con sus vaqueros

raídos y su sempiterna cazadora de cuero de aviador. Lo vi llegar y se me cortó la respiración. No quería estar allí sentada cuando se aproximase, sonriendo maquiavélico, seguro de sí mismo, inflado... Y guapo a más no poder.

—Oye, tengo que marcharme —anuncié a toda prisa.

Pero mi amiga estaba ocupada, agitando la mano por encima de la cabeza, llamando su atención y no me oyó. Hugo reptó a nuestro lado, sonrió en plan galán de telenovelas, impertérrito pese a toparse con las dos amantes juntas.

—Qué preciosa reunión de bellezas —nos aduló soltando un par de besos en la mejilla de cada una. Los míos resbalaron hasta mis comisuras y me supieron a aceite de hígado de bacalao.

—Qué bien que hayas venido —se alegró Pilar con un ronroneo desconocido en la voz—, tenía ganas de verte.

Ahí sí que por un instante, vi vacilar a la bestia. Pero se repuso enseguida, ya que el camarero se aproximaba cargado con una bandeja enorme, donde traía todo el repertorio de la carta de cafés.

—Como no tenía muy claras sus preferencias, me he permitido prepararle, capuchino, cortado, mitad, nube y café bombón —explicó con voz temblona.

Me di cuenta de lo injusta y borde que había sido con el pobre chico, y quise arreglarlo.

—Déjalos todos, ya nos los repartimos. —Le sonreí para que se le pasara la desesperación.

—El capuchino para mí —se adelantó Hugo alargando las manazas.

—¡Eso, las damas primero! ¡Larga vida a la caballerosidad española! —Apreté los dientes.

—Antigua, esas tonterías ya están pasadas.

—Sí, a los hombres os viene de perillas el rollo de la liberación femenina —farfullé—. Esclavas de por vida, dentro y fuera de casa.

—No haber sido tan ambiciosas —me retó clavándome los ojos bastante más serio.

—Venga, vamos, no iremos a discutir por esas cosas cuando hay otros tantos temas interesantes de los que charlar... —terció Pilar oliendo la tensión en el ambiente. Hugo y yo aún necesitamos unos segundos para desenredar nuestras hostiles miradas.

—Victoria se lo toma todo demasiado en serio —escupió él, ocupándose

de su café y mirando para otro lado.

—Quizá sea porque lo que me importa me importa y soy bastante más honesta con mis sentimientos de lo que suele ser la mayoría de la gente que conozco —repliqué fríamente—. De todas formas vas a tener suerte, porque voy con prisa. Me tomo el café y salgo pintando.

¿Fue un soplo de desilusión lo que percibí en sus ojos? ¡Oh! Si me marchaba, pondría punto y final a su macabra diversión, a tenernos allí a las dos memas con las que se acostaba, creando tensión sexual con una discusión velada.

—Pero pensé que pasaríamos un buen rato... —objetó Pilar extrañada por mi súbito cambio de parecer.

—Hablando de cosas de chicas —la corté—. Lamento desilusionarte, pero ya tienes quien te entretenga. —Me puse en pie y le di un beso—. Mañana nos vemos. —Deslicé mis pupilas hacia Hugo, que me contemplaba con un insano brillo en los ojos—. Hugo, me alegro de verte.

—A ver para cuándo una juerguecita —se despidió con un deje de guasa en la voz.

Intento fallido, me dije al abandonar el café. Lo que no quitaba que volviera a intentarlo.

Esa noche no pegué un ojo imaginando los revolcones de Pilar con quien en su día fuera el objeto de mis deseos. Creo que hasta lloré con el corazón encogido. Pero al día siguiente, conseguí reunir la paciencia necesaria para esperar al mediodía y llamarla por teléfono. Esta vez la cité en mi casa por aquello de la discreción, no sabía cómo podía terminar nuestra entrevista y no quería visitas inesperadas. Los primeros veinte minutos habló de Hugo sin parar, se me rompía el alma oyéndola.

—Tengo que decirte algo respecto a él —comencé con voz débil.

—Si es que es un poco golfo, me lo imagino —sonrió distendida—, lo lleva pintado en la cara, pero creo que es uno de sus mayores atractivos.

—Respecto a mí... No es un simple amigo... —Ella me miró sin pestañear.

—¿Qué quieres decir? ¿Que entre vosotros...? —asentí. Palideció—
¿Cuánto hace de eso?

—Aún seguimos... —La vi desmoronarse como un castillo de arena—. No es lo que piensas, no me acuesto con él desde que volví con Max...

—Pero de eso hace... ¿Cuánto? ¿Dos semanas? ¿Una?

—Más o menos. —Pilar hundió la cabeza entre las manos. Yo solté la

tetera sobre la mesa—. No estaba precisamente orgullosa de esa relación, si puede llamársele así y tú siempre has sido tan crítica... en fin. Decidí ocultártela. Pero ahora, con lo que está pasando...

—Me ha utilizado —comprendió sin dificultad—. Tiene un ataque de cuernos porque has vuelto con tu novio y me ha utilizado como una vulgar servilleta para... darte celos... —En este punto, las lágrimas rodaban a borbotones por su cara huraña y a mí, el corazón se me hizo pedazos.

—Lo siento, Pilar, lo siento muchísimo...

—Cacho cabrón —masculló entre dientes— ¿Qué clase de sentimiento tienes por él?

Sacudí la cabeza, aturdida, negándome a mí misma lo que sentía, las palabras que acudían a mis labios construyendo una sentencia de muerte.

—No me lo preguntes, Pilar, ya no lo sé, después de casi un año de un paso adelante, un paso atrás, he perdido la brújula. Supongo que de algún modo... Lo quiero.

—¡Malnacido! No te figuras la cantidad de estupideces que me ha prometido. —Alzó sus ojos llorosos. Yo la observaba con gesto de preocupación y un nudo en el estomago—. Ya me veía casada y con niños... ¡Seré idiota!

—Pilar...

“*Por tu culpa, esto es por tu culpa*” resonó una vocecilla en mi cabeza que me hizo tiritar. Conocía a Pilar desde hacía mucho y no recordaba haberla visto jamás tan deshecha. Me llegó su mirada desenfocada arrasada en lágrimas, y nos abrazamos llorando. La amistad, la solidaridad y el respeto entre mujeres, se anteponía a un tipejo que sólo venía a aprovecharse y divertirse a nuestra costa. Deberíamos haber planeado una venganza horrible, deshuevarlo o algo parecido, pero no éramos tan malas.

—Se acabó —concluyó tajante—, no contestaré sus llamadas, lo borraré de mi memoria, de las redes sociales, de la memoria del móvil, ni el menor contacto...

—Deberías pedirle explicaciones —sugerí. Y de paso, cruzarle la cara.

—¿Para qué? ¿Para que se burle o me mienta? —se secó las lágrimas de un manotazo— No, Victoria, ya he tenido bastante. No soy una mujer guapa ni explosiva, a mí no se vuelven los hombres a mirarme, vivía con eso bien asumido y este mal nacido consiguió levantarme el ego, me hizo pensar que podía... Determinadas personas no son para determinadas otras, ya lo dice mi madre, cada oveja con su pareja.

Que me perdonase su madre, pero yo no estaba para nada de acuerdo, si eso implicaba desmerecerla.

—Oye, no digas eso, no me da la gana oírlo, tú eres mucho mejor persona que él, de aquí a Lima. —Creo que no le sirvió de mucho.

—Me da vergüenza admitirlo, pero... me ilusioné —confesó un rato después, acurrucadas en el sofá, con nuestras tazas de té en la mano, incapaces de sintonizar nuestros estados de ánimo.

Y yo me sentí terriblemente culpable.

48. Herida

Herida en lo más hondo, Pilar cumplió a rajatabla con su juramento de no contactar con el sinvergüenza de Hugo. No debía de quedarle ni una pizca de decencia en el cuerpo, porque me costa que trató de llevársela de nuevo al huerto con carantoñas, promesas y Dios sabe cuántos embustes. Pero Pilar es dura, no en vano se ganó el mote de “doña Reglas”. Es rígida e inflexible. Seguramente, de no haber estado sumida en una depresión y de horas bajas por culpa de nuestra detención, jamás se habría fijado ni dejado engatusar por alguien como Hugo.

Puede que por idéntico motivo, yo volviese a caer en las redes de Maxwell Oberon. De lo contrario, no lo entiendo. Por un lado estaba la atracción física más animal, seguía tan guapo como cuando lo conocí. Y tan soso como cuando parecía un hipopótamo. Pero tras la odisea con Pilar, me encerré en mí misma casi una semana, cerrando las orejas a los insistentes mensajes de Hugo en busca de acción y sólo aceptaba responder a las llamadas del inglés.

Me acordé de las veces que había masajeadó los pies de Hugo, su adorable espalda, su torso digno del mejor fotógrafo. Babeando. Entregada. Húmeda y caliente a todas horas. Ante él parecía una puta japonesa. Pero claro, ¿qué más daba degradarme si estaba enamorada? **Todo lo hice en nombre del amor, el amor, ese adorable embustero.** Lo peor, lo más terrible, es que Hugo jamás ocultó sus tendencias, había sido transparente y diáfano desde su origen. Era yo la que me empeñaba en desfigurar su realidad a mi conveniencia. No sería porque no repartió señales. Embutida en mi edredón, recordé una de nuestras primeras citas, cuando coincidimos en un local con la chica que se había tirado dos noches antes. Yo la identifiqué gracias a los cotilleos de mis conocidas, aunque la pobre ignoraba quién era yo y se quedó prendida de mi melena y de mis labios pintados.

—¡Vaya! ¡No paramos de encontrarnos! —había cacareado Hugo delante de todos— ¿Acaso me estás persiguiendo?

Ella había palidecido de puro bochorno y yo pasé por alto la lección que me daba la vida: un hombre que se comporta con semejante prepotencia, no conviene. No hará de ti una excepción. Pero claro, en lugar de aprender, lo que hice fue disfrutar con mi posición de favorita del momento, mientras la chica

se deshacía en justificaciones, que para algo, yo estaba enamorada y me creía especial.

¿Cómo se puede estar tan ciega, ser tan sumamente cretina y gilipollas?

Pero ya había llovido, había transcurrido el tiempo y sucedido muchas cosas que dejaron al buen muchacho con el culo al aire. Yo ya no era la pardilla que lo conoció y cayó a sus pies sin apenas darse cuenta. Se acercaba el momento de olvidarlo.

—Y aquí paz y después gloria —me animé a mí misma.

Pero paz y gloria fue lo que menos disfrutamos después de aquella determinación de los cojones. Dio la impresión de que Hugo acechaba escondido en la red de alcantarillas y un piloto automático lo alertaba cuando Max tomaba el avión rumbo a la Gran Bretaña. Me llamaba, no para decirme que me quería, no, eso hubiese estado fuera de lugar tratándose de él. Pero sí para mortificarme con musiquitas y baladas ñoñas.

Pese a sus esfuerzos infinitos, acostarse con mi socia Pilar lo condenó a mis ojos y me desanimó el tiempo indispensable para que las brechas de mis defensas se resquebrajasen y Maxwell se colase por la puerta grande, armado con escudo y espada de caballero andante. Cuando quise reaccionar, lo tenía instalado en casa y su familia venía de camino. Convoqué un cónclave urgente con Otilia y Margarita, el mismo que había esquivado cuando decidí dejar que Max se arrimara de nuevo. Las dos me lanzaron serias miradas de advertencia.

—Sois novios otra vez —refunfuñó Margarita.

—Algo así...

—No me gusta ni un pelo —fue su sentencia de muerte. Otilia, con bastante menos información en el saco, la miró escéptica.

—Es buen chico, un poco... demasiado educado para mi gusto, tal vez, ya lo hemos hablado, pero incapaz de matar una mosca y la quiere con locura.

—A veces pone ojillos de demente —se empecinó Margarita agitando los cubitos de su refresco—. Y aunque no los tuviera —me miró con franqueza—, a ver, lo dejaste porque no lo soportabas, te cargaba... Victoria, él no ha cambiado, sigue siendo el mismo que te mataba de aburrimiento cada fin de semana, no fuma, no bebe, no soporta la gente, ni el ruido ni la música ni los lugares cerrados. ¿Pretende sacarte de marcha al campo?

—Un poco de tranquilidad no viene mal de cuando en cuando —defendió Otilia. Yo las oía discutir como si la historia no fuese conmigo. Pero iba, y más valía que me lo endilgase con rapidez, porque Max corría embalado camino de la vicaría.

—Quiere casarse —anuncié con voz quebrada. Las dos se quedaron de una pieza.

—¡Ni se te ocurra! —se me abalanzó Margarita con los ojos en blanco.

—¿Tú quieres? —fue la pregunta de Otilia.

—No lo sé... a él parece importarle mucho, a mí me da un poco igual, me gustaría verlo feliz... se lo debo...

Margarita estuvo a punto de abrirme la cabeza con la tostadora.

—¿Qué coño le vas a deber? Tú no debes nada a nadie más que a ti misma, por favor, Victoria, prométeme que no vas a cometer ninguna estupidez.

—Sus padres vienen de Inglaterra —avancé—, llegan mañana.

—Eso es que ya la ha cometido —se desesperó agarrándose los mechones rubios.

—Maxwell ha hecho mucho por mí, ha estado a mi lado cuando lo de la detención... —aludí con pasión.

—¡Mentira!

—Bueno, llegó algo más tarde, pero ¿qué me dices de Hugo? Ni siquiera ha sido capaz de darme una frase completa de alivio.

—¡No puedes compararlo con Hugo! Ese tiene una polla por cerebro —soltó Otilia mirando al horizonte—. Por lo que me han dicho.

—No tienes que elegir entre los dos —reflexionó Marga—. Piénsatelo muy mucho, nena —repitió con los labios apretados en un rulo—. Estás metiendo la pata.

Asentí, privada de voluntad y de fuerzas para la batalla.

—Deberías hacer el ritual de los pasteles y apostar por un amor verdadero.

—¿Cómo Martini? —recordé de pronto— ¿Cayó?

—No todavía, pero lo hará. —Sonrió maligna, segura de sí misma.

No sé cómo, me vi prestándole dinero a Max, momentáneamente sin efectivo y con no sé qué polémica con el banco, para que alquilase un coche para su madre; el padre finalmente había cambiado de idea respecto a viajar, después de discutir por enésima vez con ella. Condujimos hasta el aeropuerto y la recogimos con su sinfín de maletas. Ignoro qué milonga le había contado, pero la pobre señora me trataba ya como a su hija política, con todas las de la ley. La señora Oberon, más inglesa que el té con pastas, hasta me había comprado un detallito, un perfume de Pachuli que olía a rayos y que acepté

con una sonrisa que me partía en dos la cara.

Ya en mi apartamento, nos reunimos en torno a mi mesa de café, a consumir infusión inglesa de la buena. Max se acopló en el brazo del sofá, junto a su mamá, que le tomó la mano encandilada. Yo los miraba desde el otro asiento, más tiesa que una mojama y con cara de circunstancias. Todo parecía flotar alrededor, irreal y sin solidez.

—Qué apartamento tan coqueto, Victoria... por cierto, qué casualidad llamarte como nuestra querida y recordada soberana... —creo que oí a la madre.

—Sí, es verdad —comenté distraída. Me había pasado un mareo por delante, un vahído que me hizo despistarme y no oír el resto del discurso de la buena señora.

Le siguió otra frase y luego otra más, pero no las entendí, sólo aprecié su tono cariñoso. Tenía el estómago revuelto y acabé soltando el té en la mesa, aguantándome las náuseas. Resonaba en mis oídos las palabras de Max cuando me... ¿hacía el amor?

—*Pussy... ummm my pussy... ummm, ammm, oooooommm, pussy...*

“¡Por el amor de Dios, que se calle!”, se me estrujaron las tripas.

—Tendréis que buscar algo más espacioso... —pillé casi de casualidad.

—Estoy mirando la posibilidad de una hipoteca —explicaba Maxwell—. En esta zona los precios son tan altos... —Otra vez se me vino a la cabeza el sonido de chupador de almejas que caracterizaba sus sesiones de sexo oral y me estremecí toda.

—Marbella, la joya codiciada por todo británico que se precie —aludió Max chistoso, poniendo voz ronca de granjero retirado.

—Y en cuanto a la boda...

—Perdonadme, tengo que ir al baño. —Salí despedida como un tapón. Maxwell me persiguió con ojos ávidos.

—¿Te encuentras bien?

—Solo un poco mareada, ha debido sentarme mal el almuerzo...

El almuerzo, la visita y los planes de futuro. Me escondí tras la puerta y el llanto se mezcló con el vómito. No soportaba la voz melosa de Max, sus ademanes comedidos, sus manos de uñas pulidas, sus besos de aspiradora. Otra ráfaga de vómito me hizo doblarme sobre mí misma. ¿Eso era lo que me esperaba el resto de mis días? ¿Una vida familiar, ñoña y sosegada? Yo sólo sabía que hasta que accedí a relacionarme con Maxwell, había salido más noches que el camión de la basura y ahora... Joder, debía ser que no estaba

hecha para tanta paz.

“¿*Qué diablos estoy haciendo con mi vida?*”.

Me metí en la cama malísima de la muerte y mi novio y su madre desfilaron por mi cuarto con gesto agitado, entrecruzando miradas significativas, puede que preguntándose si tenía encima un preñado de los que hacen época. Crucé los dedos debajo de la sábana.

—No estás en condiciones de salir a cenar —repuso Max sentado al borde del colchón acariciándome una mano, bajo la tierna mirada materna—, pero comprenderás que tengo que llevar a mamá...

—Sí, sí, por favor, id, sólo necesito descansar, no os preocupéis lo más mínimo. —De hecho, es un alivio que salgáis por la puerta, añadí en mi fuero interno.

Creo que dormí a rachas, pero el portazo de Max al regresar, me sobresaltó. Fue la primera vez que lo vi realmente malhumorado. En lugar de interesarse por mi estado, se arranco los pantalones y soltó una especie de bramido de elefante.

—He tenido que buscarle alojamiento en un hotel.

—Pensé que se quedaría aquí, con nosotros —gemí sin fuerzas.

—Ese era el plan, antes de que enfermares. Ahora a mi madre le da apuro importunarte.

¡Ni que lo hubiera hecho adrede! Por su tono parecía estar echándomelo en cara.

—Mañana estaré mejor —aseguré volteándome y tapándome hasta la coronilla.

49. Hoy Es El Primer Día Del Resto De Mi Vida: Tercer Intento

Pensé que mi futuro esposo me traería un zumito a la cama para reponer fluidos, pero se tiró de la cama a llamar a su mamáita y darle el parte, sin ni siquiera comprobar si yo seguía bajo el edredón. Me incorporé con mucho trabajo y me lo quedé mirando como si fuese un extraño que ha irrumpido en mi dormitorio y toquetea mis cosas.

—Max, no voy a casarme contigo —me oí decir. Él interrumpió lo que hacía, dejándolo a mitad de recorrido.

—¿Cómo dices?

—Que no quiero casarme. Tampoco quiero seguir con esta relación que no conduce a ninguna parte, ni me llena.

Se repuso del susto y se rió de mí.

—Anda, pequeña, no digas tonterías. Estás nerviosa y asustada por lo del juicio.

—El juicio no tiene nada que ver en esto —sí, la notificación con el señalamiento había llegado por telegrama del juzgado dos días antes—, soy yo. Maxwell no te quiero como te mereces. Puede que suene manido...

Corrió a mi lado y me taponó la boca con la mano. Se la retiré con delicadeza y algo parecido a amor.

—Te quiero, sí, mucho, pero no del modo en que necesito querer para dar este paso. Necesito pasión... No la tengo —concluí sosteniéndole la mirada. Sus ojos turquesa se llenaron de lágrimas y creí que me moriría allí mismo, aunque fui capaz de recordar que ya había vuelto una vez por pena y no había sido precisamente la decisión más inteligente de mi existencia. Abracé mis rodillas.

—Pero... has tenido unos meses muy difíciles, cariño, estás deprimida... si quieres, si tú quieres... iremos a un consultor matrimonial, a un sexólogo, a un psiquiatra.

—No necesito nada de eso, Max, necesito recobrar las riendas de mi vida y mi libertad —me mantuve sin desfallecer.

—Es por culpa de mi cuerpo horrible... —lloriqueó volviendo al ya conocido chantaje emocional. No, esta vez no se saldría con la suya.

—No voy a seguirte la corriente como si fueses un niño pequeño, Max, ni voy a contradecirte; tú verás el cariño o el odio con el que te miras. Es cuestión de sentimientos. No estoy segura... es decir, sí lo estoy: no deseo seguir adelante.

—Pero mis padres... mi madre... ¿qué va a pensar? —Se mesó el pelo con ademán desquiciado.

—Si pudiera dar marcha atrás lo haría, no debí permitir que los invitases —me lamenté—. Claro que tampoco me figuraba que la cosa estaba tan adelantada... en tu mente. ¿Le has dicho a tu madre que la boda estaba fijada?

—¿En mi mente? —se enfadó recuperando la verticalidad de un salto— ¿Pretendes decirme que todo esto es producto de mi imaginación? Hemos conversado, Victoria, acordamos que nos casaríamos pronto... —exigió con vehemencia. ¿En serio lo habíamos hablado? No era capaz de recordarlo, solo de haberle advertido que un matrimonio no entraba en mis planes, de momento.

—Lo siento. —Él me observó consternado.

—Me iré al hotel con mi madre unos días, te dejaré sola para que lo medites —decidió poniéndose manos a la obra, sacando una maleta y abriéndola.

—No voy a cambiar de opinión —le advertí afilada. Por fortuna, su resistencia a aceptar lo que le decía, me estaba cabreando.

—¿Hay algo que pueda hacer para que rectifiques? —Hundió los hombros y dejó libres los sollozos.

—Me temo que no.

Le dio un arrebató. Se puso a sacar calzoncillos y camisas y calcetines y jerséis de lana y a introducirlos de cualquier forma en la maleta, cada vez con más violencia. Permanecí petrificada en la cama, sin variar de posición, analizando sus movimientos y la rabia que sentía en aquellos momentos. Cuando tuvo repleto el equipaje, lo cerró con un tirón salvaje a la cremallera.

—A ver cómo le explico esto a mi madre. Estás loca de atar —escupió con odio contenido. No respondí, ¿para qué? Si igual hasta tenía razón y todo.

Experimenté un subidón indescriptible en cuanto lo oí salir. De mi apartamento y con un poco de suerte, definitivamente de mi vida. Me dejé caer sobre los almohadones, desconecté los teléfonos y dormí hasta las tres de la tarde.

Pilar y yo volvimos a reunirnos para acudir a juicio y nos encontramos mutuamente desmejoradas, dos réplicas vivientes de la novia cadáver. Nos

tomamos de la mano antes de entrar en la sala y permanecemos juntas dándonos mutuo aliento. Pero cuando el agente judicial se dejó ver con su carpeta y su bolígrafo, fue mi nombre el que pronunció y tuve que dejarla sola aguardando su turno.

—Va a salir bien —me juró estrechándome la mano con las dos suyas.

—Tiene que salir, llevo puestas las bragas de la suerte —argüí devolviéndole el apretón.

Los rusos agacharon la cabeza a mi paso y yo me cagué mentalmente en toda su parentela. Nadie los había llamado a nuestros despachos, éramos únicamente dos humildes arquitectas ganándose de buena fe la vida, nos usaron como marionetas, alegó mi abogado, pero no existía la menor prueba de confabulación ni de enriquecimiento injusto por nuestra parte. No estuvo mal la cosa, salimos satisfechas. Rosa Hernández me despidió desde lejos con un ademán estrambótico y mi abogado acabó evaporándose también. Los rusos regresaron esposados al furgón de la guardia civil, y Pilar y yo nos fuimos a almorzar.

—No puedo creer que esto haya terminado —resopló—. El alegato de tu letrado ha sido magistral. La mía es una lacia inservible, esta vez me ha decepcionado.

—Como abogado no ha sido muy brillante, pero como consejera... debí haberla escuchado respecto a Maxwell —comenté herida.

—¿A qué te refieres?

—A que para cuando he comprendido que Rosa y su amiga Lola no eran sólo dos pretendientas despechadas y que habían tratado de advertirme sobre los tejemanejes financieros de Max, la mitad de mi vida está hundida y en bancarrota.

—Quieres decir que...

—Que Maxwell Oberon, alias don perfecto, me ha robado. Hará unas semanas me contó una buena trola acerca de un malentendido con su banco. Unas comisiones injustas que según él pretendían cobrarle y a las que se oponía. De momento tenía bloqueado el efectivo, pues más que nada por cabezonería, no pensaba asomar por allí hasta que se disculparan. Y me convenció para que sacara dinero, un préstamo a cortísimo plazo...

—¿Cuánto?

—Sesenta mil. —Pilar se llevó las manos a la cabeza—. El caso es que una vez lo tuve en casa, vino con que ya no lo necesitaba, eso fue casi antes de romper. Pero cuando he ido al cajón donde guardaba el sobre...

—¡Joder! —soltó Pilar que jamás de los jamases suelta un taco— Tienes que denunciarlo...

—Sería perder el tiempo, no tiene un euro...

—¡Eso es lo de menos! ¡No puede irse de rositas, tienes que sentarlo en el banquillo!

—No hay nada que hacer... —la desengañé—. Al banquillo sólo van inocentes como nosotras.

—Tienes un abogado que es un portento, díselo. —Dale, erre que erre.

—Ya se lo he comentado, no podemos probar que fue Maxwell.

Pilar bufó airada. Estoy segura que de tenerlo delante le hubiese arreado un buen puntapié en la boca.

—Y eso no es todo.

—Hay más... —afirmó como si se lo esperase.

—¿Te acuerdas que me dio una tarjeta de crédito? Para que no pasara necesidad cuando él no estuviese en España, eso me dijo —recordé con amargura.

—Sí, nos quedamos boquiabiertas con el detalle. Gato encerrado ¿A que sí?

—Bingo. Tarjeta correspondiente a cuenta cancelada. —Los ojos de Pilar se salieron de sus órbitas.

—¡Menudo marrano!

—Me preguntó en varias ocasiones si había usado la tarjeta, nunca me atreví. Pero un buen día quise darme un capricho, total, tanto repetirme que yo era su sol y su luna y que solo quería mi bien y lo veía gastarse tropecientos euros en chuminadas... compré unos zapatos, cincuenta euros. Tuve que devolverlos, la tarjeta se carcajeó en mi cara. Cuando se lo conté montó en cólera, le echó la culpa al banco y yo me lo tragué.

—Madre del amor hermoso...

—Tan serio, tan distinguido, tan respetuoso... me mostraba los informes que elaboraba para sus clientes... Intachables. Bueno en lo suyo, impecable, un autentico gentleman de negocios... Pero bajo todo eso, se agazapaba un crápula. He registrado el apartamento a fondo, no logro encontrar varios anillos y un reloj —suspiré compungida.

—Me dejás de piedra. —Pilar meneó la cabeza—. Nunca me lo hubiese figurado; no de Maxwell.

—Las apariencias engañan. Y cómo. Es un niño bien, un señorito que tras la estafa...

—Si es que la estafa tuvo lugar —me interrumpió Pilar alterada.

—Cierto —convine—. Pero desde entonces, debe ser que no levanta cabeza, estaba arruinado pero empeñado en seguir viviendo a todo gas. Las contadas discusiones que tuvimos, si es que podemos llamar discusión a sus susurros educados, fueron a cuenta de sus derroches. Se acopló bien en casa, donde yo cargaba con todos los gastos y él se dedicaba a dispendiar los cuartos en flores, brillantes y viajes para impresionarme. He estado tan ciega...

—Todas somos ciegas de cuando en cuando. Si no, fijate en mí con Hugo. Perdí la sesera, me trastorné y me dejó como un guiñapo.

—Lo siento tanto, Pilar, no me perdonaré nunca haber permitido... — Ella le restó importancia al hecho, con un movimiento de la mano.

—Me lancé de cabeza, no fue tu culpa —se señaló a sí misma—. Eso pasa por no echar un polvo en nueve años y en no aceptar que una va para solterona. Mírame el perfil, míramelo, no me digas que no soy clavada a la Rottenmeier...

El inusitado chiste en boca de la seca Pilar, me arranco una risa.

—La vida es una puta broma la mayoría de las veces, ¿por qué no reírnos entonces? ¿Sigue acosándote? —preguntó.

—Aunque parezca mentira. Tengo sus mails por cientos. Me manda canciones, me echa en cara que no haya puesto pie en pared... veladamente, claro.

—Pie en pared...

—Que no haya exigido un compromiso por su parte —aclaré—. No, no me mires así, yo tampoco lo entiendo.

—Me da que interpreta tu interés por él, en proporción a tus ataques de celos. Si sospechas que anda con otras y no le montas un pollo detrás de otro, eso significa que no te interesa. —Me quedé muda y Pilar me examinó la cara con atención—. Habla con él.

Esa noche, de vuelta a casa, imprimí los manojos de mails remitidos por Hugo, y acabaron en mi bolso. Al día siguiente marqué el número de su móvil, en la que me juré, sería la última vez.

—Hola. Voy a pasar por Málaga esta tarde y tengo algo que comentarte —anuncié misteriosa.

50. Deshacer

Los Lazos

Quedamos en una tetería justo enfrente de su casa, en la calle de las cagarrutas de perro que por cierto, olían peor que nunca. Debía de ser que ya no estaba tan locamente enamorada. Sin embargo y pese a que percibí el detalle, decidí rematar lo que había venido a hacer: abrir mi corazón de par en par. Y de paso, sacar el suyo del papel de celofán.

—Quizá esto ya lo hemos hablado en otra ocasión —comencé después de los superficiales saludos de rigor y de ordenar un par de té exóticos—, pero por alguna razón, puede que no haya quedado claro. Quisiera que no quedase duda, al menos por mi parte. —Hugo no movió un músculo de la cara, de modo que proseguí—. Tu comportamiento desde que volví con Maxwell ha sido raro. E insistente, sobre todo insistente. Me consta que sabes que he roto mi compromiso con él, aunque no me hayas dicho ni palabra. —Siguió impertérrito, seco e inexpresivo—. Pero como deduzco de tus mensajes que dudas de mi interés... —Le clavé las pupilas dilatadas— Yo... siento cosas por ti, Hugo, me importas, estoy dispuesta a intentarlo. Creo... que deberíamos intentarlo.

Me cubrí de vergüenza cuando después de mi sincera declaración, el doctorcito de urgencias se removió nervioso en sus cojines árabes y no abrió el pico.

—He tratado de abordar este asunto contestando a tus correos —proseguí—, pero dices que te gusta hablar cara a cara. Bien, ahora es el momento, aunque no te veo muy dispuesto... —lo presioné. Sin resultado, por cierto. Me desmoralicé.

—Yo... no quiero... enamorarme —manifestó con visible dificultad—. Y si me dejas ir contigo... bueno, tratándose de ti puede que me enamore. Sin vuelta atrás.

Joder, joder, joder. Lea usted la conclusión tras una pila ingente de meses.

—¿Y? ¿Dónde estaría lo horrible del caso?

—Para mí, amor equivale a sufrimiento —mintió con descaro—. Además, estoy bien como estoy, libre y a mi aire.

—Metiendo el pito en todo agujero que se tercié —describí sarcástica. Él se encogió de hombros.

—No quiero hacerte daño, Victoria, si no te conviene, entenderé que no quieras volver a verme... aunque tampoco te quiero fuera de mi vida. No sé cómo expresarlo.

—Ya. Pero no estás dispuesto a cambiar. No te pido que varíes tu personalidad, sólo que apuestes por nosotros —dije convencida de que no servía para nada. No respondió—. Bien. Hecho. No quería mirar atrás en el futuro y pensar que esto no fue nada porque no revelé mis sentimientos. **Nadie debería avergonzarse de confesar que ama.** —Agarré mi bolso para que no se me notase que temblaba.

—¿Ya te marchas?

—Sí, tengo un largo camino hasta casa y muchas cosas que hacer. —Él debió presentir mi turbación.

—Cuídate mucho.

—Igualmente —sonreí.

Salí por la puerta con el corazón encogido. Había dado un paso adelante, un paso sin retorno. El comienzo de una nueva etapa, tras pasar la página de un desencanto. Eso creía.

Me equivoqué.

Hugo no iba a dejar las cosas sin revolver y tampoco iba a renunciar a la última palabra, teniendo en cuenta su naturaleza de tipejo soberbio y pagado de sí mismo. Mi ignorancia al respecto, me llevó esa noche a casa con cierta sensación de vacío, pero aliviada. En la nevera encontré una botella de Lambrusco helada que databa de los tiempos prehistóricos. Uno de los contadísimos detalles que Hugo tuvo conmigo, fue comprar una botella de este vino italiano pensando en mí, una de las noches de menú oriental en su casa. No tenía intención de emborracharme, pero antes de poder darme cuenta, me había liquidado la botella completa en un arranque de añoranza. Esa noche dormí en el sofá, despatarrada y a pierna suelta, mientras Hugo vertía sus restos de veneno en el Whatsapp y en mi correo electrónico. Tocó desayunarme con ellos.

—Pero... ¿qué cojones quiere este tío, aparte de colocarme la camisa de fuerza? —mascullé mientras le arrancaba de un mordisco la cabeza a un bollo suizo.

Menos un “*te quiero, te necesito, muero por ti*” explícito, aquello decía de todo y con frenético romanticismo. Pero ya no me engañaba, estaba

decidida a no darle más vueltas. Yo no era responsable de su falta de coherencia. Hice lo que pude, fui sincera, me declararé... ¿Qué más esperaba? ¿Qué más creía merecer?

Hice una bola con los correos y cartas tuyas que guardaba en mi bolso. Su incapacidad para expresar algo que no fuera indiferencia, arrogancia y desfachatez, me entristecía. Especialmente porque hasta hacía bien poco, hubiera jurado que seríamos la pareja ideal, juntos y felices. Ahora ya no estaba tan segura. Hugo jugaba a estar enamorado de sí mismo pero arrastraba sacos de complejos que en lugar de resolver, negaba e ignoraba.

Era su problema, no él mío.

Sacudí la cabeza deseando poder sacudirlo también a él de mi pensamiento, con idéntica facilidad. Sobrepasé mis temores y tiré para adelante, permitiendo que pasaran los días con un levísimo aturdimiento. ¡Bien! Nada de corazones desgarrados, nada de quererme morir, nada de dolor físico a la altura del esternón, de noches en vela rumiando mi desgracia, ni preguntándome con qué clase de zorrón andaría retozando. ¡Nada! Qué diferencia con la ruptura con mi marido. Os lo dije, lo bueno que tiene que te partan el alma en una ocasión, como hizo mi ex, es que ya es muy difícil que otro hombre vuelva a hacerte tanto daño. Y si lo hace, te recuperas mucho antes.

Por eso, cuando ya me consideraba inmunizada, un buen día tras unas cortísimas y merecidas vacaciones, me arriesgué a contestar sus insistentes saludos en el Whatsapp.

—Ya era hora, empezaba a pensar que dejaríamos de ser amigos — bromeó. Típico de Hugo, hay que tener mucha sangre fría para tomarse ciertas cosas tan a la ligera.

—No hay por qué —respondí comedida—. He estado fuera.

—Ya me han dicho, pregunté. ¿Con quién, si puede saberse?

—Con un amigo... especial —inventé sobre la marcha. Me había escapado a Ibiza tres días sola, a relajarme y a disfrutar del sol poniéndose.

—¿En serio?

—Y tan en serio —confirmé, decidida a seguir adelante con la guasa. En realidad, no deseaba a Hugo hurgando en mi vida. Si lo alejaba de la mejor manera, yo feliz.

—Me refiero a si vais en serio.

—De momento, así es —afirmé riéndome en la soledad de mi saloncito.

—Si te digo la verdad, ha sido oírte y... se me ha cogido algo, un

pellizco a la altura del estómago —declaró, aunque ignoro con qué tono ni con qué expresión. ¡A buenas horas! Hugo había dejado de tener significado en mi vida.

—Pues no sabes cómo lo siento. —Juro que mis palabras no fueron una venganza, ni siquiera me alteraron un poquito, estaba más fría que una trucha cuando las teclé— . Te di todo lo que tenía y no te interesó. Ahora lo que queda es seguir cada cual su camino.

—Y en la cama... ¿qué tal?

Lo dicho. La polla en la frente.

—Fenomenal. —Lo hundí en la miseria. Hasta lo escuché atragantarse con su propia saliva.

—Pues nada... joder.... Que todo vaya bien... cuídate y sonrío un poco cada día. —Su viejo y trillado consejo. Tan gastado como sus chistes.

—¿Se lo dices a Lady sonrisas? En cuanto consiga trabajo y remonte lo más mínimo, no le pido más al planeta. Ni siquiera que me toque la Primitiva.

51. Dibujando

Mi Futuro

Tronó el timbre de mi puerta y nada más abrirla, dos pascueros salieron a mi encuentro. Detrás venía Margarita con la lengua fuera, sujetándolos en los brazos, con las mejillas arreboladas.

—Un regalo, amiga —resopló agotada.

—Vaya, ¿los dos para mí?

—¡Qué coño! Uno, el otro es mío.

—¡Ah! Como los traes por pares...

—Para que los críes juntos, sin separarlos. Somos tú y yo, amigas para siempre.

Dispuse las plantitas con sus flores encarnadas bien visibles encima del aparador. Margarita les dio el visto bueno con una sonrisilla satisfecha.

—¿Quieres un café? —negó— ¿Té?

—Vamos a criar ranas en el estómago con tanta infusión. Ponme un gin-tonic bien cargadito.

—¿A estas horas?

—Te traigo dos cotilleos sabrosos, sabrosos.

—Desembucha —la animé vertiendo ginebra en dos vasos largos.

—Primero, don perfecto Oberon, está saliendo con una colombiana de por aquí, propietaria de un restaurante, con más deudas e hipotecas que pelos en la cabeza. Pero igualmente, le gusta aparentar y vive por encima de sus posibilidades.

—Te veo muy bien informada —me admiré estrujando un limón para dar sabor.

—Amigos hasta en el infierno. La que le lleva las cuentas es conocida mía y de todo, menos discreta, la cabrona. Además la del restaurante le debe dinero y está caliente.

—Casi puedo imaginármelos, a Max y a ella, jugando a ver cuál de los dos engaña y roba al otro... —reí sin ganas— ¿Y el segundo comadreo?

—El otro... tanto presumir para esto...

—¿Me he perdido algo? —Puse las dos copas sobre la mesa y la miré con intensidad.

—El chisme del año. Está claro que no sabes lo de Hugo.

La miré abiertamente pero sin entender.

—¡Nena, por Dios, si ha salido hasta en los periódicos! —Por un instante me figuré lo peor, un accidente de tráfico con resultados fatales o algo así. Pero no—. En breve será padre. De trillizos nada menos.

Me quedé sin habla y debí también quedarme sin color en la cara, a juzgar por cómo me miró Margarita. De repente, me eché a reír a todo trapo.

—¿Qué tiene tantísima gracia?

—Que a veces el destino sea tan caprichoso y cuando le rechazas la sopa te haga tragarte cuatro tazones. Mira por dónde, alguien que no quería comprometerse, que huía de las ataduras y las responsabilidades, Dios ha decidido honrarlo con tres churumbeles. ¡Qué fuerte!

—Muy fuerte, sí, me figuro que ni siquiera pidió la sopa. De él nunca lo hubiera esperado.

—¿Y quién es la afortunada? Porque no tengo noticia de que saliera con nadie.

—Esa es la parte fea de la historia. —Margarita se puso misteriosa—. La chica ucraniana que tenía limpiando en casa. —Abrí la boca y los ojos, todo en uno y los volví a cerrar instándola a que prosiguiera—. Menudo rollo chungo, casi ni se conocen y no digo de quererse. Debió de echarle un par de polvos alguna tarde de domingo que no había partido...

—Menuda puntería hija...

—Vale, alguna tarde más de aburrimiento habría, pero qué fatalidad... Y lo más patético es que trate de engañarnos asegurando que está feliz como una perdiz. Tuvo la desfachatez de decirle a Isabel, que era, probablemente, lo mejor que le había pasado en la vida.

—Estúpido orgullo... —rumié recordando uno por uno los rasgos de Hugo.

Nos miramos horrorizadas por la perspectiva. Acto seguido, nos rompimos a carcajadas y terminamos brindando por Jorgito, Juanito y Jaimito.

Bendita justicia divina.

52. Conclusiones

y Moralejas

Estoy contenta que me salgo. Ninguna de mis historias me ha marchitado. Las he vivido, me han hecho sufrir y madurar como corresponde, porque todo en esta vida nos llega por algo. Cada ser humano que frena y aparca su bicicleta delante de nuestra casa, viene con un propósito. Aprender la lección que nos enseñarán sin machacarnos, es lo mejor que podemos hacer.

Mi corcho salió del baúl y vio de nuevo la luz, porque lo coloqué en mi dormitorio bien a la vista, con las fotos de mis tipejos y sus tipejologías. No echaba de menos a ninguno. No los miraba con rencor, pero no los hubiese querido de vuelta, ni recubiertos de oro.

Después de desembarazarme de Alberto, cuando me noté curada y a salvo, accedí a tomar un café con Gio. Me sorprendió gratamente comprobar que no era ni tan espectacular ni tan bruja como me había figurado. Me contó un montón de cosas horribles, pobrecilla. Se la tenía jurada. La versión de él, solo que patas arriba, totalmente al revés. Lo culpaba hasta de la muerte de Mufasa. ¿Exageraba? Ni idea, seguro que algo de razón tendría.

La ex cantante me puso al día: continuaba tan perdido como de costumbre, desde la cresta de la exaltación, al valle de lágrimas de las depresiones, saltando de trabajo en trabajo, a cada cual más inestable y culpando al mundo de su mala suerte. Salía con una chica con casa propia, donde no había dudado en acomodarse y se les veía juntos y felices... sólo de vez en cuando. La vida sigue igual, que decía Julio Iglesias cuando cantaba algo.

De Maxwell (alias Antoñito el fantástico) sé que se compró un flamante descapotable, seguramente con el dinero que me robó, pero también que le duró menos que un chupachús en la puerta de un colegio. Su novia lo convenció para que invirtiera en su desinflado negocio y en menos de seis meses, estaba ofreciendo el coche a grito pelado desde la mesa de saldos, para acallar sus múltiples deudas. Finalmente, retornó a la city del Big Ben.

Lo de Hugo fue de psiquiatra. Y no me refiero a él, sino a mí. Curioso, pero después de que se acostase con Pilar, mi socia, mi amiga, después de cometer la tropelía y la traición más grande que un tipejo pueda cometer con

alguien inocente, algo se rompió en mí para siempre. La siguiente vez, llegué a su cama con la excitación habitual, pero enseguida supe que no vibraría lo mismo. En efecto, aquel resentimiento fue el principio del fin de nuestros encuentros de fábula, irrepetibles. Me hizo abrir los ojos y darme cuenta de la espantosa realidad. ¡Era yo! ¡Yo! ¡No él! ¡Había sido yo todo el tiempo! ¡Era mi cabeza la que hacía el amor, mi cerebro, mi imaginación, mi desesperación por no poseerlo hicieron el trabajo! Entre sábanas, Hugo era un fenómeno. Resistente, sí, ardiente, también, pero aquel comportamiento de superhombre lo añadía mi descomunal amor por él.

Misterio aclarado, querido perro del hortelano. La erótica del pensamiento. Tú tampoco me poseías y lo sabías. Esa rabia te daba alas y te transformaba en ángel. Pero solo por un rato. Aprendí una lección importantísima al notar el declive de mi deseo por él, el número de veces que me apetecía o éramos capaces de hacerlo. Se hundió el Titánic y además, en pocas horas. Quién se lo habría figurado.

Convertido en el desgraciado que seguramente era, instauró una forzosa convivencia con la desconocida embarazada, vendió su piso picadero y se hipotecó para adquirir un adosado donde ellos, los trillizos y el perro que adoptaron, se acoplasen con holgura. Mis amigas me han mostrado fotos desde las que un Hugo desencantado, canoso e irreconocible, parece saludar tiempos mejores.

¡Que les den a todos!

Yo por mi parte, vivo una deliciosa madurez en plenitud. Me cuido, hago ejercicio y me divierto sin grandes aspavientos. Ya no necesito juergas de toda una noche para ser feliz y mi piel me lo agradece. Estoy igual o mejor que a los veinte, la única diferencia es que ahora me cuesta más trabajo mantenerlo.

Vive con ilusión y afán, hermana, y sobre todo, vive despierta. No estamos a salvo de los tipejos, hay mucho suelto, vendrán, tantearán y si descubren un punto débil, se colarán con toda seguridad, a joderte la existencia. Y aunque tus padres o tus amigas te avisen, tú responderás que sabes bien lo que haces, que no eres tonta, que ya has aprendido o que estás enamorada. **Ninguna de esas razones es del todo cierta, pero son tuyas. Y por eso, todas igualmente válidas y respetables.** Ojalá todos los hombres que conociéramos perteneciesen a la *“Tipología I: el hombre sano que se viste por los pies, te respeta y se respeta y, cuando te quiere te lo dice sin rodeos y santas pascuas”*, pero abunda más la *“Tipejología”* en sus múltiples variantes.

De lo que tenga que venir y hacernos aprender, aunque sea con sufrimiento, que venga. En nuestra mano solo está no permitir que nos rompan, o recomponernos en el menor tiempo posible.

Para seguir viviendo.

FIN